



El deseo de Mary

Las hermanas Moore II

Dama *D* *B* Beltrán

El deseo de Mary

Las hermanas Moore II

Dana  *Beltrán*

© *El deseo de Mary*

© Dama Beltrán

Primera edición: noviembre 2019.

© Fotos de cubierta: Adobe Stock.

Corrección y maquetación: Paola C. Álvarez.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito, que, como es lógico, no lo dará porque me he pasado muchas horas y he perdido muchos acontecimientos familiares por escribir la novela.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Epílogo](#)

[Avance del siguiente libro](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Otros títulos](#)

Mi querido/a lector/a, te presento la segunda novela de la saga Las hermanas Moore, la historia de Mary Moore y Philip Giesler. Como siempre digo, todo lo que encuentres en estas páginas es producto de mi imaginación.

Espero que la disfrutes...

Atentamente,
Dama Beltrán

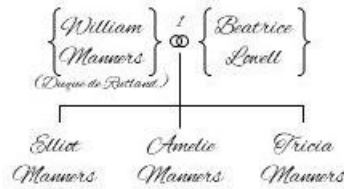
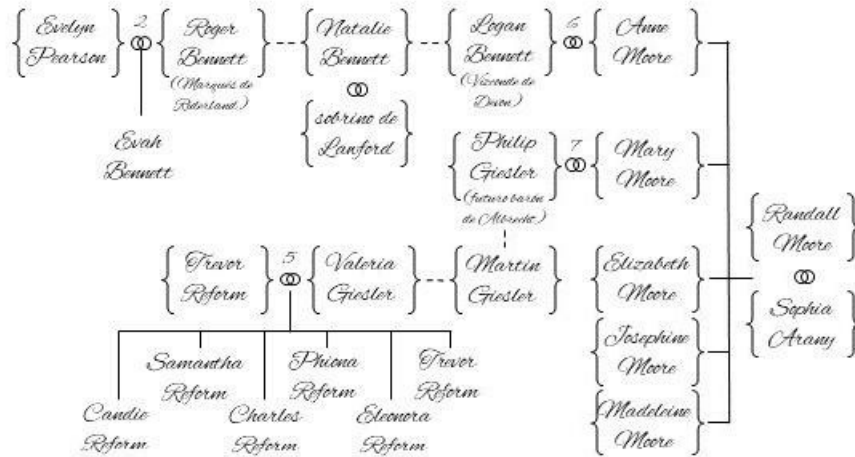
Para mi cuñada, Mary.

«No son tus besos, ni tus caricias, ni tus te quiero... Lo que conquista mi alma es tu sonrisa».

Paz Fernández

08/05/2019

Genealogía de la serie histórica

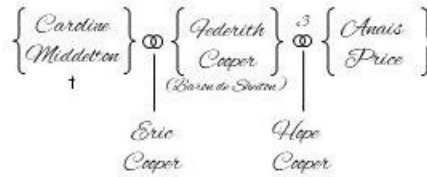


Saga Los Caballeros

1. La soledad del duque
2. La sorpresa del marqués
3. La tristeza del barón
5. Mi amada pícaro

Saga Las hermanas Moore

6. La maldición de Anne
7. El deseo de Mary



Prólogo

Londres, 28 de octubre de 1882. Residencia Moore.

Sophia observó a través de la ventana cómo el carruaje en el que iba su marido se alejaba del hogar. Debería estar acostumbrada a que Randall se marchara en mitad de la noche, pero en aquel momento hubiera dado todo lo que tenía para que no se retirara de su lado. Se abrazó a sí misma e intentó aplacar el escalofrío que la recorrió al sentirse tan sola. El hogar permanecía en silencio, demasiado para su gusto. Desde que nacieron sus hijas, siempre había ruidos por la casa o correteos por los pasillos. Sin embargo, desde que tres de ellas se habían marchado, aquello no parecía un hogar, sino una de las bibliotecas que Mary solía visitar. Fijó sus ojos en la chimenea, apagada ya, y suspiró hondo. ¿Cómo se encontrarían sus niñas? ¿El vizconde las atendería con el respeto que se merecían? Esperaba que así fuera y que las tres se comportaran adecuadamente. Lo único que no podría soportar sería que, después de la añoranza que padecía al no poder estar con ellas, regresaran con un sinfín de escándalos a sus espaldas. Desvió la mirada hacia las sillas que había alrededor de la mesa del comedor y notó cómo su pena aumentaba al observarlas vacías. En noches como aquella, Anne y Josephine abandonaban sus habitaciones y bajaban para acompañarla. Solían charlar de cualquier tema hasta el amanecer y, cuando el resto de sus hijas llegaban, desayunaban conversando sobre qué habían planeado hacer el resto del día.

Apoyó la espalda sobre la ventana y suspiró. Añoraba los gritos que lanzaba a Josephine por haber agujereado otra ventana o por romper la valiosa vajilla de Randall. Extrañaba ordenarle a Elizabeth que cambiara su inadecuado comportamiento o entrar en la habitación de pintura de Anne para admirar su nueva obra. ¿Cuántas veces había suplicado que le regalaran unas horas de tranquilidad? ¡Muchas! Sin embargo, ahora no las quería pues las empleaba en pensar cómo se encontrarían. ¿Se adaptaría la pequeña soldado a una vida repleta de protocolos femeninos o quizás el vizconde le permitiría seguir con sus habituales comportamientos masculinos? ¿Obedecería las instrucciones de Randall? Porque si era así, mucho se temía que dormiría y se bañaría con la nueva arma que le compró. Solo esperaba que el vizconde se mantuviera lejos de Anne para que no le diera a Josephine la oportunidad de acatar las órdenes que le dictó su padre. ¿Y Elizabeth? ¿Actuaría de manera correcta o continuaría mostrando descaro? ¿Y Anne? ¿Seguiría soñando con él? ¿Se enamoraría de ese hombre?

Todo eran preguntas y para su desesperación no hallaba ni una sola respuesta. Solo las encontraría cuando regresaran y, para que eso ocurriese, faltaban algo más de tres semanas.

Una punzada en el estómago le hizo apretar sus manos sobre esa zona del cuerpo. Continuaba sin estar segura de haber obrado de manera correcta. Quizá debió buscar la forma de romper el pacto con el vizconde y no darse por vencida con tanta rapidez. Pero... ¿qué hizo? Nada, pues los sueños de Anne la advertían que no podía impedir aquello que ya estaba establecido. No obstante, la duda sobre la elección que realizó el fuego la asaltaba a cada momento. ¿Cómo podía ser el vizconde el hombre destinado para Anne? ¿Cuál sería el motivo por el que Morgana le mostraba que él era el elegido? La maldición de Jovenka era muy clara: la sangre contaminada volvería a ser pura. ¿A qué clase de pureza se refería? ¿Habría entendido mal el juramento? No, no lo había hecho, puesto que los dos pretendientes de su hija murieron, tal como anunció su abuela.

Entonces... ¿por qué el vizconde, un hombre de sangre azul, destruiría la maldición que su hija sobrellevaba desde que nació? ¿Qué ocultaban los Bennett? ¿Qué les ocurrió? En ese instante, recordó una noticia en la que afirmaban que los marqueses, diecisiete años después, habían reconocido a un joven como hijo legítimo. Según el periódico, este fue robado nada más nacer y no denunciaron la desaparición para no crear un escándalo social. ¿Cómo iban a mantener en secreto una atrocidad semejante? ¿Tan frívola era la aristocracia? ¿Cómo fue capaz la marquesa de soportar un dolor tan cruel? Sophia arrugó la frente y suspiró hondo. Ninguna madre aceptaría una situación semejante salvo que no fuera hijo suyo. Quizá esa fuese la verdadera razón y no el secuestro. Era más lógico deducir que el fallecido marqués de Riderland, con reconocida fama de libertino, mantuviera un idilio con una mujer, tal vez una zíngara, y fruto de ese romance naciera el vizconde. Cuando la mujer anunciara a su amante que había tenido un hijo suyo, este sería rechazado por el padre, como todos los bastardos que engendró su abuela Jovenka, y el pequeño viviría con su madre durante esos diecisiete años. ¿Qué les hizo cambiar de opinión? ¿El accidente que padeció la esposa de su único hijo vivo les instó a reconocerlo al fin? Esa sería una deducción factible; la aristocracia era incapaz de desprenderse del título nobiliario que había ostentado desde generaciones. Quizá fuera esa la razón por el que el fallecido marqués decidió asumir la paternidad. Aunque todavía quedaba un asunto sin resolver... ¿por qué la marquesa, a la que todo el mundo describía como una mujer frívola, aceptó la decisión de su esposo? ¿Se sentiría obligada? ¿Quería evitar de esta forma una humillación social? Ocurriera lo que ocurriese en la familia Bennett, ya no importaba, lo único de lo que debía preocuparse era el motivo por el que su madre creadora había provocado un acercamiento entre el vizconde y Anne.

Decidió regresar a su habitación. Aún podía disfrutar de unas horas de sueño antes de que Madeleine y Mary decidieran levantarse. Además, esa misma mañana se había propuesto visitar a Vianey para hablarle en persona sobre el viaje de sus hijas con el vizconde. Si quería evitar cualquier rumor inadecuado para su familia, la baronesa era la persona ideal. Ella la comprendería mejor que nadie y la ayudaría a salvaguardar el honor de sus hijas porque, si comenzaban a cotillear sobre la honestidad de sus muchachas, aunque el vizconde rompiera la maldición, ningún hombre decente aparecería en su hogar para comprometerse con alguna de ellas.

El pensamiento de verlas casadas la hizo sonreír. ¿Qué esposo sería el apropiado para la intrépida Josh? ¿Quién podría convivir con una mujer como Mary? ¿Algún caballero sería capaz de eliminar la soberbia de Elizabeth? ¿Y qué sucedería con Madeleine? Según su visión, ella también encontraría al hombre que la amaría tanto que haría desaparecer su excesiva timidez. ¿Cómo lo conseguiría? ¿De quién se trataría? ¿De verdad existían? De una cosa estaba bastante segura: sus hijas eran muy especiales y no aceptarían a cualquier hombre.

Posó la mano izquierda sobre la baranda de madera, pisó el primer peldaño y contuvo el aliento al escuchar unos fuertes golpes procedentes de la puerta principal. Rauda, se volvió hacia la entrada y permaneció en silencio para asegurarse de que había escuchado bien. Era cierto. Alguien había llegado a su residencia y golpeaba la puerta con la aldaba. Sophia se miró de arriba abajo. No vestía de manera adecuada para recibir a nadie a esas horas. Además, si la causa por la que habían acudido a su hogar era buscar a su esposo, no podría hacer nada, pues él no regresaría hasta el día siguiente. Pese a que la persona que se hallaba fuera volvió a llamar, tomó la decisión de ignorarla. Si era muy urgente, podría acudir a la residencia del doctor Flatman. Miró hacia lo alto de la escalera y suspiró. Por mucho que lo deseara, un extraño presentimiento le impedía avanzar e insistía en que debía aceptar la visita. Pero... ¿por qué? ¿Quién sería?

—¿Hay alguien ahí? —preguntó al fin una voz femenina—. Veo luz a través de las ventanas.

Por favor, necesito ayuda. Soy la señora Reform y busco al doctor Moore —insistió.

Sophia, al escuchar la voz de una mujer, se giró sobre sí misma y caminó hasta permanecer detrás de la puerta, pero no la abriría hasta confirmar que no era una patraña para acceder a la vivienda y asaltarla. ¿Cuántas veces los de su sangre actuaban en mitad de la noche? ¡Cientos! Eran como alimañas. Esperaban con paciencia a que el hogar de algún acaudalado señor permaneciera desprotegido para asaltarlo. Su propia abuela actuaba en esos robos como reclamo.

—El doctor no se encuentra en estos momentos, ha tenido que salir —respondió Sophia con cautela.

—¿Sabe cuándo regresará? He venido hasta aquí porque uno de mis hermanos precisa atención médica y tengo entendido que el señor Moore es el mejor médico que tenemos en Londres —perseveró Valeria mirando hacia la puerta y sin retroceder ni un solo paso.

No estaba dispuesta a marcharse sin una persona que pudiera ayudarla. Philip jamás había estado tan enfermo, ni postrado en su lecho más de un día. Eso indicaba que su convalecencia no tenía nada que ver con una soberana ingesta de alcohol. Por primera vez en su vida, había enfermado de verdad.

—Mañana. Quizá lo pueda encontrar al mediodía... —contestó repasando mentalmente el tono de voz que utilizó la mujer para hablarle. Parecía desesperada, intranquila y sincera. Pero... ¿eso sería suficiente para confiar en ella?

—Se lo suplico. Mi hermano está muy enfermo y no sé a quién acudir —insistió la señora Reform—. ¿Puede preguntarle a la señora Moore si puede atenderme?

—Soy la señora Moore —desveló—, y le aseguro que le haré saber a mi marido que ha venido. Si es tan amable de explicarme quién es la persona enferma y dónde vive, le prometo que acudiré lo antes posible —sugirió Sophia.

—Su residencia es Kleyton House, situada en Mount Row. Él se llama Philip Giesler —aclaró Valeria tras un largo suspiro.

Al escuchar el apellido, Sophia abrió los ojos como platos y contuvo de nuevo la respiración. ¿Se trataría de la misma persona que acompañó días atrás al vizconde? ¿Ese que fue asaltado por sus hijas en la entrada? ¿Cuántos Philip Giesler podían residir en Londres? ¿Por qué, habiendo tantos médicos en la ciudad, aquella mujer estaba frente a su puerta?

—¿Por qué ha escogido a mi marido si hay otros médicos en la ciudad que pueden atenderla? —preguntó tras suponer que el mismo Giesler la había enviado a buscarlo como pago al sufrimiento que había padecido gracias al mal comportamiento de sus hijas.

—¿Puede abrirme? No deseo hablar a gritos, por favor. Además, sus vecinos pueden asomarse a las ventanas y suponer que mantenemos una discusión —expuso Valeria con algo de serenidad.

—Señora Reform, no estoy presentable. Como comprenderá, no esperaba visita y...

—Estoy sola, señora Moore. No hay ningún hombre a mi alrededor y el cochero sigue en su lugar —la informó—. Solo quiero que me ayude. Usted conoce a todos los médicos de la ciudad y si le explico los síntomas que padece mi hermano, podrá indicarme qué doctor es el más adecuado para sanarlo cuanto antes —insistió—. Se lo suplico, tenga compasión. Le prometo que si me ayuda le estaré eternamente agradecida y...

Valeria se quedó callada al escuchar cómo la señora Moore comenzaba a mover el cerrojo. Quizás no todo estaba perdido. Tal vez había una posibilidad de averiguar el motivo por el que Philip, en sus delirios, no cesaba de evocar un nombre femenino y el apellido del médico.

—Pase, hablemos dentro —la invitó Sophia al ver que, en efecto, su rostro mostraba la misma angustia que expresaba su voz.

Valeria aceptó la invitación y accedió al interior de la residencia; pero no se movió del *hall*, aunque la esposa del médico, tras cerrar la puerta, extendió una mano hacia el corredor de la izquierda. Tenía prisa por regresar. Si el doctor Moore no podía atenderlo, necesitaba con urgencia averiguar quién lo haría y eso retrasaría bastante su vuelta.

—Señora Moore, por favor, ¿a quién cree que puedo acudir?

—¿Tan grave está? —Sophia la miró con cierta reticencia. Quizás había entendido mal cuando escuchó el parentesco que la unía con lord Giesler, pues los dos eran muy diferentes. Allá donde el caballero lucía una mata de pelo tan rubia como los rayos del sol, el de la mujer era tan oscuro como el suyo. Sin contar con la tonalidad de sus ojos. No había nada que pudiera asemejarlos. ¿Estaría engañándola? ¿Sería en realidad una amante desesperada?

—Sí —respondió Valeria apretando con fuerza sus manos—. Lleva varios días en cama. Al principio pensé que su última salida terminó peor de lo que esperaba. Ya me entiende... Un hombre soltero, sin responsabilidades familiares y un amante de la libertad... Pero cuando los sirvientes me informaron de la situación y fui a regañarle, como lo haría una hermana preocupada, descubrí que no se trataba de una soberana embriaguez; estaba enfermo de verdad.

—Como ya le he dicho, mi esposo no regresará hasta el mediodía. Lo único que le puedo aconsejar es que acuda al doctor Flatman. Seguro que lo encontrará en su casa, pues nunca asiste a una urgencia salvo si es requerido por la nobleza —apuntó Sophia como alternativa.

—Pero mi hermano no lo quiere. Él ha dicho su nombre —desveló la señora Reform.

—¿Mi nombre? —se extrañó ella.

—No, el de su marido. Cuando la fiebre aumenta tanto que le provoca delirios, murmura el apellido de su esposo. Por ese motivo estoy aquí. Creo que él desea que su marido lo visite.

No podía contarle la verdad porque le resultaba extraño hasta para ella. Cuando Philip deliraba, las únicas palabras que brotaban de su boca eran Mary y el apellido Moore. Como era lógico, indagó sobre ello. Finalmente, tras varias horas preguntándole a conocidos, descubrió que se trataba del apellido de un médico londinense que vivía a las afuera de la ciudad, que era padre de cinco muchachas y que una de ellas se llamaba Mary. Entonces dedujo que su inconsciencia lo había confundido, pues tenía que haber murmurado el nombre de Randall Moore en vez de hacer referencia a una de sus hijas.

Sophia confirmó su sospecha al escuchar la declaración. Ya no tenía dudas de que lord Giesler quería hacerle pagar a su marido el trágico encuentro que obtuvo la mañana que llegó con el vizconde. Quizá pensó que, tras ser atendido por él, olvidaría lo ocurrido y mantendría en secreto el inapropiado comportamiento de sus hijas, pero... ¿qué podía hacer si Randall no estaba?

—Le prometo que mi esposo acudirá a la residencia de su hermano en cuanto regrese. Mientras tanto, para bajar la fiebre, le aconsejo que le pongan paños de agua fría. Eso le calmará...

Sophia se quedó callada al escuchar un pequeño ruido en lo alto de la escalera. Miró hacia arriba y, cuando vio el camisón de Mary esconderse detrás de la pared, frunció el ceño. ¿Por qué estaba levantada? ¿Seguiría leyendo pese al castigo que le impuso? ¿Acaso nunca atendía sus órdenes? Ninguna de sus reprimendas funcionaba y todavía no había encontrado la adecuada para una muchacha como ella. ¿Habría algo en el mundo que la mortificara tanto que la hiciera entrar en razón? De repente, una sonrisa maligna se dibujó en su boca. Era una idea demasiado maliciosa hasta para ella, pero... ¿no buscaba darle un escarmiento? Mary jamás se negaría a atender a un enfermo y si no le confesaba quién era el paciente, bajaría las escaleras agarrando su maletín sin acordarse que llevaba puesto el camisón. Su sonrisa perversa se alargó aún más al recordar la

profecía de Madeleine: «He visto a Mary enamorada, aunque intentará frenar los sentimientos que ese hombre le provocará desde el momento que se encuentren por primera vez». ¿Qué podía perder? Si aquel hombre no era el elegido para Mary, por lo menos disfrutaría con la venganza. Sin embargo, la duda sobre el comportamiento de su hija la asaltó. ¿Qué sucedería cuando Mary descubriese que el caballero al que debía curar era el mismo que no apartó sus ojos de ella, pese a que Josephine le apuntó con el arma? Posiblemente, lo envenenaría o lo sanaría primero para matarlo después. No obstante, si el destino volvía a cruzarlos... ¿quién era ella para impedirlo?

Dirigió la mirada hacia la señora Reform y adoptó una postura seria y tranquila. Si iba a ofrecer a su hija, necesitaba transmitir una actitud decidida pues no solo podía poner en peligro la honorabilidad de ella, sino que también peligraba la reputación de su propio marido.

—Hay una opción posible. Si estuviera en su lugar, la aceptaría sin dudar —manifestó sin vacilar.

—¡Haré lo que sea, señora Moore! —exclamó Valeria desesperada—. Dígame qué ha pensado y le juro que no me demoraré ni un solo segundo.

—Pero debe prometerme que ella no permanecerá en ningún momento a solas con él —prosiguió Sophia.

—¿Ella? —preguntó Valeria abriendo los ojos como platos.

—Sí, una de mis hijas, Mary. Ella acompaña a mi marido a todas sus visitas médicas. Ha curado a muchos enfermos y le aseguro que es tan diestra en medicina como su padre. Ella averiguará, si usted lo considera apropiado, qué le sucede a su hermano y le asignará un tratamiento mientras regresa mi esposo.

—¿Está segura? —¡Ahí estaba la respuesta a su pregunta! Su hermano no estaba trastornado por la fiebre, sino que gritaba el nombre de la persona que deseaba tener a su lado. ¿Cómo diablos sabía que la hija del médico podía ayudarlo?

—Yo lo estoy. Lo único que debo saber es si usted admite que una mujer actúe como un médico sin importarle...

—¡Por el amor de Dios! ¿No ve que soy una mujer? ¿Cree que rechazaría la ayuda de una, o que soy capaz de menospreciar su trabajo por no ser hombre? —espetó Valeria ofendida—. Le aseguro que mi esposo no sería quién es hoy en día si no se hubiera casado conmigo.

—De acuerdo, ¿le parece bien que la llame?

—¡Por supuesto!

—¿Y me promete que velará por su reputación? Tenga en cuenta que estamos hablando de una joven casadera que permanecerá en la residencia de un hombre soltero y eso puede acarrearle un sinnúmero de problemas en el futuro —apostilló suspicaz Sophia.

—Señora Moore, mi hermano necesita un médico no una esposa —aseguró Valeria con aparente indignación.

—Siendo así, deme diez minutos. Subiré a su dormitorio y le preguntaré si está dispuesta a...

—¡Sí! —exclamó Mary desde lo alto de la escalera—. ¡Voy! Me pongo un vestido y bajo en menos de cinco minutos —añadió feliz.

—¡Mary Moore! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no debes espiar? —vociferó la madre a modo de regañina.

—¡Miles! —le respondió mientras regresaba corriendo hacia su alcoba.

—Hijas... —resopló Sophia—. Por mucho que crezcan, siempre serán unas niñas pequeñas. Albergaba la esperanza que cuando se hicieran mayores cambiarían de actitud, pero, como ha podido comprobar, no lo han hecho —alegó con fingido pesar.

—Yo tengo cuatro y, si son como su padre, tendrán cuarenta años y seguirán siendo unas

chiquillas caprichosas y tozudas —apuntó la señora Reform algo más calmada.

Mientras esperaban a Mary, Sophia realizó un sutil interrogatorio a la señora Reform. Descubrió que era hija de una española y un alemán, que habían llegado a Londres huyendo de la familia del padre y que tenía dos hermanos, todos muy diferentes físicamente. Se había casado años atrás con Trevor Reform, el antiguo dueño del club de caballeros más famoso. Entonces, Sophia comentó que su esposo se había referido a él como lord Giesler y Valeria le narró la historia de la baronía que debía ocupar su hermano en Alemania.

—Pero, como bien ha comentado, nunca crecen como una desea y mi hermano es incapaz de aceptar el título —dijo Valeria con pesar—. Lo he intentado todo... —suspiró—, sin embargo, esa actitud alemana que posee le impide guardar su orgullo y asumir lo que un día heredará por derecho.

¿Eso calmaría a la madre? La mujer no había parado de hacerle preguntas. Por supuesto, las había contestado todas. No quería que pensara que Mary se encontraría rodeada de gente sin escrúpulos. Necesitaba dejarle claro que su familia era muy respetable y que protegería a su hija como si fuera una de las suyas.

—No se preocupe, seguro que pronto tendrá que claudicar. Los hombres son, por naturaleza, muy tozudos y han de encontrar un aliciente para ese paso que tanto se niegan a dar —comentó Sophia, haciendo alusión a la baronía, con falso tono sereno y calmado.

¿Giesler era un barón alemán? ¿La nobleza alemana poseía las mismas connotaciones que la inglesa? Tenía que asimilar demasiada información. Además, si la premonición de Madeleine era cierta, si lord Giesler era el hombre destinado para Mary..., ¿se convertiría en una baronesa inglesa o alemana? ¿Cómo actuaría si lograba esa posición social? ¿Qué ocurriría con todos aquellos hombres que la humillaron en el pasado? Un repentino escalofrío hizo que se le erizara el vello de todo su cuerpo. Si eso sucedía, la mejor opción sería que se marchara a Alemania, porque, si se quedaba, los caballeros que la despreciaron estarían en grave peligro...

—¡Ya estoy aquí! —gritó Mary bajando las escaleras.

Sophia la miró de arriba abajo. No podía regañarla porque ya no llevaba puesto el camisón, lucía el vestido azul del día anterior; le daba la apariencia de institutriz, aunque por la forma en que la tela se ceñía a su cuerpo, no había dudas de que no se había puesto el corsé ni las enaguas. El pelo estaba recogido en un desastroso moño y en su mano derecha portaba el maletín que Randall le regaló al cumplir los dieciocho años. ¿Llevaría en el interior algún bote de cicuta? Porque si así era, mucho se temía que lo gastaría esa misma noche cuando descubriera la identidad del enfermo.

—Recuerda, querida, lo que siempre ha comentado tu padre —le dijo con tono suave mientras la ayudaba a ponerse el abrigo que ella había cogido del guardarropa.

—Buenas noches —saludó primero a la mujer y luego se volvió hacia su madre con mirada interrogante—. Padre me ha dicho muchas cosas, si puede ser más concreta...

—Que no importa quién sea el paciente que necesita la atención, hay que hacer un buen trabajo —le recordó antes de darle un beso en la mejilla.

—No sé por qué dice eso —refunfuñó, ruborizándose con rapidez—. Jamás me he negado a atender a nadie.

—Espero que tampoco lo hagas en esta ocasión —perseveró Sophia achuchándola hacia la salida.

—¿Tiene algún tipo de prejuicio, señorita Moore? —intervino Valeria algo inquieta al escuchar las extrañas palabras de la esposa del médico.

—¡Para nada! —respondió Mary con rapidez, colocándose al lado de la señora Reform—.

Es muy habitual que mi madre me recuerde que no debo ser descortés con las personas.

—Mientras que pueda salvarle, no me importa el carácter que posea —afirmó Valeria—. Señora Moore, buenas noches. Le aseguro que su hija estará en buenas manos.

—Gracias, señora Reform, aunque ahora mismo no temo por Mary, sino por el enfermo —aseveró Sophia.

—¡Madre! —replicó airada—. Por favor, no perdamos más tiempo. Necesito ver al paciente cuanto antes. Si no le importa, señora Reform, durante el trayecto, puede explicarme los síntomas. Esa conversación será más interesante que oír los recordatorios morales de mi madre. Buenas noches, madre.

—Buenas noches, hija.

Una vez que se despidieron de Sophia, ambas caminaron hacia el carruaje. La señora Moore permaneció en la puerta hasta que el vehículo salió de sus dominios. Cerró y suspiró hondo. La vida de su segunda hija iba a cambiar, lo único que no podía asegurar era si ella estaba capacitada para asumir ese cambio...

Mary se acomodó en el asiento y observó de reojo a su acompañante. Parecía tan preocupada que deseó decirle algo que pudiera calmarla. Sin embargo, ella no poseía el don de tranquilizar a las personas, sino el de curarlas.

—Discúlpeme por haberla sacado de su hogar a estas horas tan inapropiadas, pero su madre, después de explicarle lo que sucede, ha insistido en que usted es la persona adecuada para atenderlo.

—No ha sido ninguna molestia, al contrario, me siento muy honrada de poder ayudarla —respondió Mary añadiendo al comentario un leve movimiento con su mano enguantada—. Estaré encantada de averiguar qué enfermedad posee su marido e indicarle el tratamiento apropiado.

—¿Mi marido? —espetó Valeria abriendo los ojos de par en par—. No es mi esposo quien está enfermo, es mi hermano.

—Lo siento, he debido entender mal. Desde allí arriba no podía escuchar bien sus palabras —comentó Mary, ruborizándose al momento—. A veces, cuando me emociono, no presto demasiada atención.

—No se preocupe, a mí también suele ocurrirme. Creo que es muy común en las mujeres inteligentes seleccionar aquello que nos interesa.

Ante ese comentario, Mary se relajó y soltó una sonora carcajada. Cuando se recuperó, volvió a clavar la mirada en la señora Reform y esperó a que le desvelara el nombre de su hermano, pero ella se mantenía en silencio.

—Y, ¿a quién debo asistir? —preguntó al fin.

—Tal vez lo conozca, señorita Moore.

—Mary, por favor, llámeme Mary.

—Gracias. Mary, posiblemente, haya oído hablar sobre él porque es un hombre bastante conocido en esta ciudad. Trabajó en Scotland Yard durante algunos años, pero cuando estaba a punto de obtener un cargo importante, se negó a hacerlo y decidió convertirse en marinero —explicó con pesar mientras observaba cómo Mary seguía negando con la cabeza.

—Le confieso que soy una mujer poco sociable. Apenas salgo de mi casa y cuando lo hago no tengo entre mis propósitos relacionarme con las personas que me encuentro, salvo si he de sanarlas —matizó con agudeza.

—Entiendo... —apuntó Valeria más intrigada todavía. Si la muchacha no lo conocía, ¿por qué su hermano no cesaba de nombrarla cuando le subía la fiebre? Extendió la falda del vestido para que no se arrugase, luego posó ambas manos sobre su regazo y miró a la joven sin

pestañear—. Pero creo que sí conoce a mi hermano —insistió.

—Si me dice el nombre, puedo responderle con más certeza —declaró Mary con tono cansado.

¿A qué venía tanto misterio? ¿Tendría que atender a un criminal huido de la justicia? Tal vez fuera un pariente directo del mismísimo Gilles de Rais[1].

—Mi hermano es Philip Giesler —declaró al fin Valeria.

En ese preciso instante, Mary notó cómo se le desencajaba la mandíbula y escuchó una voz en su cabeza chillar que prefería enfrentarse a un depravado como el barón de Rais a salvar al hombre que la llamó bruja.

Capítulo I

—¿Ya sabe de quién hablo? —preguntó Valeria al observar las muecas de desagrado que mostró en su rostro—. ¿Lo conoce?

—Vagamente... —masculló Mary.

¿Por eso su madre le recordó que debía atenderlo como a uno más? ¿Ella sabía de quién se trataba? «¡Por todos los diablos!», gritó mentalmente. Cuando regresara hablaría muy seriamente con ella y le dejaría bien claro que jamás atendería, aunque estuvieran a punto de morir, a imbéciles como lord Giesler.

—¿De qué? —insistió Valeria, pese al malhumor que la joven mostraba y el tono áspero que utilizó al responder.

—Hace unos días, seis para ser exactos, su hermano vino a nuestro hogar junto al vizconde de Devon —contestó sin mermar su aspereza—. Ambos tuvimos la ocasión de conocernos y conversar durante un breve período de tiempo...

Poco pero el suficiente para odiarlo y desear que se pudriera en el infierno. Sin embargo, esa parte de la historia no era apropiada exponerla en aquel momento. Por el bien de ella y de su futuro paciente, debía serenarse y mostrar un carácter afable, tal como insistía su padre: «Puedes ser la mujer más inteligente del mundo, pero nadie te respetará si continúas comportándote de esa manera tan irascible».

—Entiendo... —susurró la señora Reform clavando la mirada en la ventana.

—¿Cuánto tiempo dice que lleva enfermo? ¿Qué síntomas ha mostrado? —espetó Mary para intentar olvidar el odio que sentía por el paciente y centrarse en averiguar la posible enfermedad. Si todo era mentira, si la había hecho salir de su hogar para seguir mofándose de ella, antes de que pasaran tres horas, su sufrimiento sería real, al igual que el terrible dolor que padecería en su entrepierna.

—Dos días. La fiebre no disminuye, es tan alta que le han salido ampollas en la piel. Delira, suda, no cesa de vomitar y realiza movimientos involuntarios bastante bruscos. Antes de acudir a su hogar, tenía los ojos en blanco por la nueva subida de temperatura, por ese motivo indiqué a varios sirvientes que le prepararan un baño de agua fría. Espero que con eso calme...

—¿De verdad ha ordenado tal insensatez? —dijo Mary horrorizada—. ¡Menuda tontería!

—¿Disculpe? —espetó Valeria con una mezcla de sorpresa y asombro por el repentino cambio de actitud. ¿La estaba llamando estúpida por haber mandado una cosa muy frecuente para estados febriles?—. ¿Qué ha querido decir con esas palabras, señorita Moore? —refunfuñó, adoptando de nuevo una actitud distante.

—¿Cómo se le ha ocurrido tal incoherencia? Una persona con fiebres altas no puede introducirse en una bañera con agua fría sino templada; una vez que su cuerpo se adapta a ese breve cambio de temperatura, se le añaden paulatinamente los hielos, ¡pero nunca de golpe! —clamó airada.

—Vaya, ahora entiendo por qué su vida social es tan escasa... —murmuró en voz alta—. Espero que los sirvientes hayan sido más sensatos que yo y no lo congelen antes de su llegada.

—¡Eso espero! —aseveró Mary cruzándose de brazos.

La conversación entre las dos mujeres cesó en ese momento. El silencio reinó en el interior

del carruaje, aunque de vez en cuando se escuchaban los resoplidos exasperados de Mary. Valeria no podía apartar la mirada de ella y de preguntarse si su hermano era consciente del verdadero carácter de la mujer a la que evocaba inconscientemente. Tal vez, cuando se conocieron, la joven casadera contempló a un hombre apuesto y galán y sacó todas sus armas de seducción para atraparlo. Solo esperaba que, al tratarla de nuevo, Philip entendiera que los escorpiones tenían menos veneno en el aguijón que ella en su lengua.

Una vez que el carruaje estacionó frente a la entrada de la residencia, el cochero abrió la puerta para ayudar en primer lugar a la señora Reform, sin embargo, la hija de los Moore se olvidó del protocolo y, tras un brusco movimiento, saltó al suelo ante la cara de espanto del empleado.

—¿Dónde dice que se encuentra su hermano? —le preguntó Mary agarrando el maletín con fuerza.

—No se lo he dicho —dijo Valeria malhumorada—. Pero imagino que seguirá en su habitación, donde lo dejé antes de ir a buscar a su padre.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Debemos impedir esa absurda congelación! —indicó, caminando hacia la entrada sin esperarla. Una vez que llegó a la puerta, Mary cogió la aldaba y golpeó hasta que un mayordomo la abrió—. Indíqueme ahora mismo dónde se encuentra el enfermo —ordenó nada más verlo. Accedió al interior del hogar sin ser invitada, se quitó con rapidez el abrigo, se lo lanzó al mayordomo y miró a su alrededor intentando descubrir por qué zona de la casa debía avanzar.

Shals, el criado principal, clavó sus ojos grises en la señora Reform, quien apareció después de la extraña, y le preguntó con esa mirada si debía responder a su demanda. Al esta asentir, respondió:

—Arriba, tercera puerta a la derecha. Si desea que la acompañe...

No pudo terminar la frase pues Mary se alzó el vestido con la mano izquierda y subió las escaleras tan rápido que antes de parpadear dos veces ya se encontraba en el piso de arriba.

—Señora... —dijo a Valeria—, ¿quién es esa muchacha? No será una de las amigas del señor, ¿verdad? Ya sabe que tenemos prohibido aceptar la entrada a mujeres de moralidad discutible.

—No se preocupe. No creo que mi hermano la declare como amiga y tampoco es de moralidad discutible. Además, imagino que no sabe qué pueden significar esas dos palabras —respondió ofreciéndole el abrigo—. Es una de las hijas del doctor Moore, que ha acudido en su lugar. Según me ha informado la esposa del médico, ella tiene la experiencia suficiente para averiguar qué le sucede a Philip y lo atenderá hasta que llegue su padre.

—¿Cómo dice? —espetó Shals más asombrado si cabía—. ¿Una mujer médico? ¿Está segura? Su comportamiento no me ha parecido...

—Ya, a mí tampoco me ha parecido muy adecuado, pero si es capaz de averiguar qué le sucede a Philip, olvidaré el tosco e insolente comportamiento que exhibe con tanto orgullo. Por cierto, ¿sabes si han podido meterlo en la bañera?

—Acaban de subir varios sirvientes para levantarlo de la cama. Como bien sabe, las dimensiones del señor son...

—¡Ni se os ocurra! ¡Dejadlo de nuevo sobre ese maldito colchón, atajo de inútiles! —gritó Mary con tanta fuerza que Valeria y Shals la escucharon como si aún permaneciera en el recibidor.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizado el mayordomo—. ¿Sigue afirmando que esa mujer es la adecuada para salvarlo?

—No —aseguró antes de alzarse el vestido con ambas manos y subir los peldaños tan deprisa como pudo.

Cuando llegó al dormitorio, Valeria se apoyó en el marco de la puerta para tomar aire. Mientras su respiración se normalizaba, sus ojos se clavaron en el interior de la habitación. Los tres criados, quienes habían intentado mover el cuerpo de su hermano, se hallaban a los pies de la cama y miraban a Mary como si estuviera loca, pues ninguna mujer sensata gritaría en un hogar desconocido ni permanecería frente a un hombre desnudo, aunque la sábana ocultara la parte inferior de su hermano. Sin embargo, Valeria se quedó estupefacta por la actitud fría de la señorita Moore. La hija del médico no lo contemplaba como mujer, sino como un doctor que buscaba el origen de la enfermedad que padecía su paciente. Después de tocarle la frente, continuó con el pecho. Sus manos palparon el tórax de Philip sin ningún tipo de sensualidad. ¿Sensualidad? ¡Aquella mujer no sabía qué era eso! Pero los ojos de Valeria se abrieron de par en par y los tres sirvientes exclamaron horrorizados cuando ella bajó la sábana hasta las caderas. El vello rizado y rubio de su pubis quedó al descubierto. Se llevó las manos a la cara y dio gracias a Dios de que estuviera inconsciente, pues solo la culparía a ella de haberla llevado a su habitación y que esta se tomara ciertas licencias mientras él no podía defenderse.

Sin retirar la mirada de Mary, advirtió cómo sus largos dedos se centraban en la parte inguinal derecha. Con una suavidad inverosímil, la palpó durante un buen rato luego los apartó, caminó hacia atrás, levantó el rostro, lo dirigió hacia los estupefactos sirvientes y les preguntó:

—¿Dónde están los vómitos de vuestro señor? —Como ninguno era capaz de contestar, pues no podían hablar debido a su asombro, ella se puso a buscar bajo la cama el recipiente. Cuando lo encontró, lo cogió y lo llevó hacia la luz de la mesita—. ¿Desde cuándo está así?

—Desde hace un par de días —respondió Valeria adentrándose despacio—. Primero fueron las fiebres y luego los...

—¿Se ha quejado de dolor abdominal? —la interrumpió Mary regresando a la cama con la palangana en las manos.

La depositó en el suelo. Después, pese a las miradas reprochadoras de los sirvientes, colocó de nuevo sus palmas en la zona inguinal afectada y justo cuando sus dedos presionaron con algo más de fuerza, Giesler, inconsciente hasta el momento, gritó de dolor.

—Parece que sí se queja... —comentó Valeria mordaz al observar cómo su hermano al fin abría los ojos y agarraba la mano derecha de la joven con fuerza.

—Tranquílcese, lord Giesler. Soy Mary Moore —comenzó a hablarle al descubrir que la miraba asombrado, como si creyera que estaba viviendo una alucinación—. Su hermana le ha pedido ayuda a mi padre. Como él no se encontraba en casa, he venido en su lugar. —Tiró de la mano, se dirigió hacia su maletín y buscó el estetoscopio. Regresó hacia el enfermo, apoyó la campana ancha sobre su abdomen y escuchó con atención.

—Mary... —susurró Giesler, apoyando de nuevo la cabeza sobre la almohada y sin poder apartar los ojos de ella.

—¡Chist! Necesito silencio —le ordenó.

Philip la observó atónito hasta que Valeria se acomodó a su lado. Sin querer hacer ni un mísero ruido, para no desobedecer el mandato de la feroz mujer, giró despacio la cabeza hacia su hermana. Esta se encogió de hombros y lo miró de manera compasiva, como si estuviera pidiéndole perdón por haberla llevado. Sin embargo, pese al estado de aturdimiento que Philip poseía y el dolor que recorría su gran cuerpo, sonrió antes de desmayarse otra vez.

—Creo que tiene la fosa ilíaca derecha inflamada —comentó Mary depositando el instrumento en el maletín.

—¿Y? —preguntó Valeria cogiendo el paño que había sobre una mesilla para limpiar con suavidad el rostro sudoroso de Philip.

—Hay que hacer una incisión en esa parte del cuerpo, cortar y extraer la fosa afectada; limpiar bien el interior, cauterizar y coserlo —explicó como si estuviera describiendo una tarea tan sencilla como llenar un vaso de agua bajo el grifo.

—¿Cómo podemos aliviarle el dolor mientras regresa su padre? —apuntó Valeria, dando por finalizada la tarea que realizaba.

—No deberíamos esperar tanto. Si la fosa no está perforada, hay muchas posibilidades de que sobreviva, pero si lo ha hecho... le aconsejo que realice todos los preparativos pertinentes para un próximo funeral —declaró con rudeza.

—¿Cómo osa hablar de esa forma, señorita Moore? ¡Está refiriéndose a mi hermano! ¿Acaso no tiene compasión? —clamó horrorizada por su falta de tacto.

—Soy una mujer racional y sincera, señora Reform. Le aclaro lo que hay y recalco que, si no actuamos con rapidez, la vida de su hermano finalizará en apenas tres días. —Colocó ambas manos sobre su cintura y la miró con fiereza—. ¿No está conforme con mi diagnóstico? Pues... ¡corra! ¡Busque al doctor Flatman para que verifique mi conclusión! Quizá sea demasiado tarde para él... —dijo con más crueldad de la que debía.

¿Acaso estaba desesperada por salvar la vida del hombre que la llamó bruja? ¿Por qué? ¿Había cambiado de opinión al ver cómo sus ojos azules la observaron como si la idolatrasen? No sabía si en su corazón había un poquito de piedad o si quería salvarlo para después poder recordarle que tenía una deuda de vida hacia ella. Fuera lo que fuese, era la primera vez que mezclaba sentimientos y trabajo...

—¿Me está diciendo que la vida de mi hermano está en mis manos? —preguntó Valeria levantándose del colchón.

—No. La vida de su hermano está en las mías, pues seré yo quien realice la intervención. Usted debe dar su consentimiento. Aunque también puedo abofetear a lord Giesler hasta que acepte mi decisión —manifestó girándose hacia el paciente como si tuviera la intención de golpearle.

—¡No se atreva a tocarlo! —tronó Valeria caminando hacia ella—. Si lo hace, puedo asegurarle que no le quedará ni un solo mechón de cabello en su cabeza.

—No me importa quedarme calva, señora Reform, por si no lo sabe, en menos de un año luciré otra bonita melena, pero si no opero a su hermano de inmediato, él estará bajo tierra, descomponiéndose y alimentando a todo tipo de microorga...

—¡Maldita sea! —clamó Valeria desesperada—. ¿Qué quiere que haga?

—Que consienta lo que voy a hacer —dijo Mary satisfecha.

—¿Y si fallece durante la intervención?

—Morirá de todos modos —replicó sin dudar.

—¡Está bien! ¡Que todo el mundo siga las instrucciones de la señorita Moore! —dispuso al fin Valeria—. Espero que no fallezca en sus manos...

—No lo hará —determinó Mary antes de colocarse frente a su maletín y preparar todos los instrumentos que necesitaba para esa apresurada operación.



Valeria no podía dar crédito a lo que contemplaba. Era tan inverosímil que más de una vez creyó vivir una pesadilla. Después de que la señorita Moore ordenara encender todas las luces que había en la habitación y que cerraran las ventanas, pidió a los sirvientes que colocaran dos grandes mesas frente a la chimenea. Allí fue donde depositaron a Philip. Luego les obligó a lavar sus manos en siete recipientes que habían llenado de agua y jabón. Pero no se conformó con esa exhaustiva limpieza, también les obligó a rociar sus palmas con un líquido que llamaba desinfectante. Los lacayos lo hicieron sin rechistar, pues quedó bien claro el carácter agrio y autoritario de la mujer. A dos de ellos, quienes la miraban como si fuera el mismísimo diablo, les encomendó la tarea de limpiar la sangre que cayera al suelo y de avivar el fuego. Una vez que todo estuvo preparado, se puso manos a la obra. Si hasta ese momento había pensado que era una persona única, el comportamiento que mantuvo después, lo confirmó. Mientras que ella no pudo permanecer de pie ni dos minutos al presenciar la diminuta incisión que hizo al cuerpo de Philip, Mary ni pestañeó. Parecía que todo a su alrededor había dejado de existir para ella, a pesar de que hablaba sin parar sobre ciertos hallazgos científicos sobre la operación que realizaba. La joven se centró en el trabajo con tanta seguridad y precisión que se quedó fascinada. ¡Ni en sus partos el médico que la asistió fue tan contundente y profesional! Sin lugar a dudas, Mary tenía un don y, por muy extraño que le pareciera, Philip lo sabía. Quizá por esa razón él murmuró tantas veces su nombre. Pero... ¿cuándo y cómo lo averiguó? ¿Hablarían sobre medicina en ese primer encuentro? No, esa opción estaba descartada, puesto que su hermano no tenía conocimientos sobre dicho tema. Además, a la hija del médico no le agradó recordar aquel momento, como si hubiera sido el peor de su vida... ¿Por qué conocía Philip la increíble habilidad de la mujer? ¿Indagaría sobre ella después de aquel día? ¿Con qué motivo? Esperaba que, si se salvaba, respondiera a todas sus preguntas, porque era la primera vez que Philip le ocultaba algo sobre mujeres y eso la hacía sospechar que tal vez ese encuentro fuera más importante para él que para ella.

Durante las siguientes cuatro horas, Mary no fue capaz de apartar la mirada del cuerpo de su paciente. Después de dormirlo, para lo que tuvo que utilizar casi todo el cloroformo que tenía, pues no había tenido en cuenta las dimensiones del paciente hasta que lo escuchó chillar tras apretar la punta del escalpelo sobre su piel, le hizo la incisión en la zona y buscó la fosa ilíaca. Tal como pensó, por la hinchazón que presentaba a simple vista, no estaba perforada, los residuos continuaban almacenados en el pequeño apéndice vermiforme. Mientras lo extirpaba y cauterizaba el borde del ciego sano con un cuchillo ardiendo, hablaba a la intranquila señora Reform sobre los descubrimientos egipcios y cómo dejaron constancia de tal enfermedad en las momificaciones. Luego hizo alusión a los estudios que realizó Lorenz Heriste, un discípulo de Herman Boerhaave, y finalizó el monólogo científico con las investigaciones realizadas por Reginald H. Fitz, un afamado instructor de anatomía patológica de la Universidad de Harvard. Pero lo único que salió de la boca de la hermana durante todo el tiempo fue «que no muera», así que Mary dedujo que no había escuchado ni una sola palabra de su amplia y contundente exposición científica sobre el descubrimiento del apéndice inflamado.

—Aguja e hilo —pidió una vez que finalizó la limpieza interior.

—Aquí tiene —respondió el criado que había permanecido a su lado en todo momento.

—¿Lo ha desinfectado? —le preguntó después de sujetarlo y estirar el hilo para que no tuviera nudos.

—Sí, lo he hecho tal como ha indicado —informó apartándose con rapidez de ella.

—¿Se ha lavado las manos antes de hacerlo? Porque, aunque no se observe a simple vista, nuestra piel puede estar contaminada por...

—Le aseguro, señorita Moore, que jamás he tenido mis manos tan limpias —la interrumpió

el sirviente con desgana pues ella repetía cada orden siete veces, como si no pudieran entenderla a la primera.

Con una sonrisa que le cruzaba el rostro, Mary comenzó a cerrar la abertura mientras la señora Reform se levantaba al fin del sillón en el que había permanecido durante la intervención. Cuando finalizó la sutura, cogió el escalpelo, cortó el hilo sobrante y lo depositó en la bandeja donde se encontraba el trozo de tripa extirpada.

—Ahora solo necesita mucho reposo. Debe tomar la medicina que le dejaré sobre la mesita. Se acabaron los baños fríos durante una buena temporada. Le recomiendo que limpie su cuerpo con paños de agua templada y si aparecen costras blancas bordeando la herida, tiene que...

—¿Se marcha? ¿Pretende dejarlo así? —espetó Valeria estupefacta mirando el cuerpo convaleciente de Philip.

Reconocía que la actuación de la hija de los Moore fue sublime y que la señora Moore tenía razón al haberla propuesto. Sin embargo, no iba a permitir que se marchara tan pronto. Necesitaba que se quedara durante la noche. Ella, mejor que nadie, podría atenderlo cuando se despertara.

—Mi trabajo ha concluido, señora Reform. Ahora les toca a ustedes encargarse del enfermo. Si sigue mis indicaciones, en dos días podrá levantarse y diez días después continuará con su habitual estilo de vida —respondió apartándose el sudor de la frente con la manga derecha de su vestido—. Además, mi padre vendrá en unas horas para comprobar su estado. Si tiene alguna duda sobre...

—¡Usted se queda! —exclamó la hermana. Al comprender que no había utilizado el tono adecuado para hablarle, pues las arrugas de su frente le indicaban que jamás admitiría una imposición, suavizó su voz—. Señorita Moore, Mary, le suplico que no se marche hasta que abra los ojos. Ya ha descubierto que soy incapaz de mantenerme firme cuando veo sangre y si tengo que cambiarle el vendaje o limpiar...

—El cambio de vendaje puede hacerlo mi padre dentro de un par de días; le recuerdo que no es apropiado que permanezca aquí innecesariamente. No me cabe la menor duda de que su hermano mejorará si sigue mis indicaciones... —comentó Mary visiblemente sofocada.

No quería estar presente cuando aquel titán rubio abriera los ojos, prefería mantenerse lejos del hombre que la había llamado bruja. Además, no podía perder el tiempo cuidando a la persona que odiaba. Era cierto que lo había salvado de una muerte segura, que se había enternecido al ver cómo la miraba, pero hasta ahí llegaba su benevolencia. Cuanto antes saliera de aquel lugar, antes podría olvidar que lo conocía y que había contemplado aquel inmenso cuerpo desnudo. ¿Cómo era posible que sus pupilas se clavaran en ciertas zonas innobles? Había atendido a muchos hombres enfermos, pero él era diferente a todos ellos. La anchura de su torso, de sus brazos, la magnitud y fuerza de sus piernas... Toda aquella apariencia lo dignificaba. Cualquier mujer, si anhelaba tener hijos robustos y sanos, buscaría un marido como él. Pero ella no sería esa futura esposa. Lo único que deseaba era poner cierta distancia entre los dos y que su mente olvidara todo lo que había observado.

—Si teme por su honradez, le aseguro que nadie de esta casa mencionará su visita —alegó Valeria acercándose a ella.

—¿Honradez? —preguntó Mary divertida—. ¡Jamás me han interesado ese tipo de memeces! Soy la persona más honrada del planeta, de ahí que nadie sea capaz de soportarme. No se trata de eso, señora Reform, es más bien intimidad. Su hermano y usted necesitan intimidad para realizar los cuidados oportunos. ¿Qué pensaría su hermano al verme en su habitación?

—Que le salvó la vida. Solo eso. Y le estará tan agradecido como lo estoy yo.

—Pero no es adecuado que una mujer permanezca a solas en el dormitorio de un hombre

—insistió Mary limpiándose la sangre de sus manos en la palangana que le acercó uno de los empleados.

—¿Es pudorosa, Mary? ¿Después de lo que ha hecho intenta convencerme de que es usted una mujer recatada? Porque si lo fuera, no habría soportado las cuatro horas que ha durado la intervención con tanta solemnidad —perseveró Valeria.

—¿Está recriminando mi actuación? Le recuerdo que acabo de salvarle la vida —apostilló señalando con un dedo de su mano derecha a Giesler.

—No malinterprete mis palabras, por favor. Le estoy y le estaré eternamente agradecida. Lo único que deseo es que permanezca esta noche a su lado. Yo estoy tan cansada, después de estos días, que no sé si podré actuar de manera correcta. Por eso le suplico que me ayude. ¿Sabe cómo me sentiría si tras su brillante trabajo él no se recupera por mi culpa? —explicó Valeria visiblemente preocupada.

—Me tomaré esa petición como un halago... —respondió Mary cruzándose de brazos—. Pero insisto en que no soy la persona adecuada para cuidar a su hermano.

—Le pediré a un criado que la acompañe en todo momento. Así nunca estará sola y podrá darle las indicaciones que considere oportunas —le informó Valeria algo más calmada—. Si mañana, cuando llegue su padre, decide que no debe continuar en la residencia, buscaremos a otra persona que ocupe su lugar.

—No se trata de quedarme a solas con él, sino de la reacción que tendrá cuando abra los ojos y me encuentre a su lado —expuso Mary alargando los brazos hacia el suelo. Luego regresó hacia donde se encontraba Philip, cubierto hasta el pecho con una sábana que había colocado uno de los lacayos, y lo observó en silencio. ¿Haría lo correcto quedándose aquella noche? ¿Qué podría suceder? Tras utilizar tanto cloroformo, no debería despertarse hasta la llegada del nuevo día, momento en el que su padre podía ocuparse de él. Pero... ¿y si se despertaba? ¿Qué haría cuando la viese? ¿La miraría de nuevo con ternura o le gritaría que se marchara?

—Mi hermano no la juzgará, Mary. Después de lo que ha hecho por él, ¿por qué cree que reaccionará negativamente? —insistió Valeria acercándose a ella.

—¿Recuerda una de las preguntas que me hizo en el carruaje? —prosiguió Mary apartándose de Giesler para encontrarse en mitad del dormitorio con la señora Reform.

—Le agradecería que fuera más concreta, pues todo lo que pensé antes de su actuación se ha borrado de mi mente —dijo con sinceridad. No mentía. Todo aquello que pensó sobre Mary desapareció de su cabeza al verla trabajar con tanta pericia y profesionalidad.

—Me preguntó si nos conocíamos y yo le dije que brevemente. Bien, le aseguro que nuestro encuentro fue suficiente para eliminar cualquier amistad cordial entre ambos. —Mary miró de reojo a Philip y suspiró. Parecía tan dócil en aquella situación que hasta ella dudaba de que fuera un ogro. Pero lo era.

—Seguro que mi hermano olvidará cualquier incidente que tuvieran en el pasado cuando descubra que usted le ha salvado la vida —aclaró Valeria indicándole con la mano la salida, para que ambas salieran de allí juntas.

—No estoy muy convencida de eso... —murmuró caminando hacia la puerta—. ¿Sería usted capaz de perdonar a la persona que intentó asesinarla?

—¿Cómo dice? —preguntó Valeria, parándose detrás de ella—. ¿Quiso matarlo? ¿Por qué?

—Porque me llamó bruja —respondió Mary avanzado con paso rápido. Si la hermana comenzaba a gritarle, era mejor que lo hiciera fuera de la habitación para no despertarlo antes de lo previsto.

—Lo haría sin pensar. En defensa de mi hermano, he de decirle que es muy atento con las

mujeres, demasiado para mi buen entender... —aclaró Valeria, emprendiendo de nuevo el camino hacia fuera. Al cerrar la puerta, se colocó al lado de Mary y la miró durante unos instantes. ¿Por qué la llamó bruja? ¿Qué había sucedido entre ellos? Si quería conocer la verdad y averiguar el motivo por el que su hermano la había llamado de esa forma, y por qué le sonrió al descubrir que ella estaba a su lado, tenía que esforzarse para que creciera entre las dos una pequeña amistad—. ¿Me haría el honor de tomarse un té? Después de tantas horas sin apenas comer estoy famélica.

—No me gusta el té, prefiero el café y, si a eso le añade unos huevos escalfados y pan tostado, estaré encantada de acompañarla —indicó Mary parándose en lo alto de la escalera.

—Veo que no soy la única que tiene hambre —dijo Valeria sonriente—. No se preocupe, el servicio es incapaz de dormir desde que mi hermano enfermó y seguro que la cocinera estará encantada de prepararnos todo aquello que deseemos. —Enlazó su brazo derecho con el izquierdo de Mary y descendieron juntas las escaleras—. ¿Sabe? Philip es incapaz de salir de su habitación sin haber tomado antes dos tazas de café. Según me ha explicado, las personas que lo beben son más inteligentes y activas. Y después de lo que ha hecho, pienso que tiene razón. Es usted una mujer bastante lúcida y perspicaz.

—¿Intenta halagarme, Valeria? ¿Ya no le parezco una mujer tan horrible? ¿Ha olvidado mi mal carácter? Puedo asegurarle que no será la primera ni la última vez que me comporte de esa manera tan tosca. Como bien sabe, mis habilidades sociales son bastante escasas, cosa que no me preocupa en absoluto.

Ante esa afirmación, la señora Reform soltó una sonora carcajada, apretó a Mary con más fuerza hacia ella y avanzaron hasta pisar el *hall*.

—Después de su actuación, he de decirle que posee más cualidades positivas que negativas, aunque mucho me temo que no está acostumbrada a ese tipo de adulaciones hacia su persona, ¿me equivoco?

—No sé muy bien qué responder, me resulta más fácil enfrentarme a las críticas que a los elogios —respondió con su habitual sinceridad.

—Pues acostúmbrese, Mary. Si realmente ha salvado la vida de mi hermano, él se convertirá en su fiel protector y yo, en su principal admiradora. ¿Cree que alguno de los dos permitiremos que vuelvan a menospreciarla por realizar un trabajo que hasta ahora solo era de hombres? Nadie será tan insensato para enfrentarse con la protegida de los Giesler —le aseguró al tiempo que la dirigía hacia la cocina.

—Si usted lo dice... —declaró Mary un tanto desconcertada.

Capítulo II

Tenía que admitir que su conversación con la señora Reform le resultó bastante agradable. Además de sus numerosas atenciones de afecto, que la hicieron sentirse más de una vez incómoda al no estar acostumbrada a tanta cortesía, la charla fue muy reveladora para ella. Descubrió que los Giesler procedían de una casta de barones alemanes, que el padre se enamoró de una gitana española y que ambos se marcharon de Alemania para vivir su romance. Una historia preciosa que concluía con tres hijos: Valeria, Philip y Martin. Este último no lo conocía en persona, pero sí que había escuchado hablar de él por su excelente labor como profesor de matemáticas avanzadas en la Universidad de Oxford. Según parecía, era una celebridad, pese a ser tan joven. Eso solo sucedía porque había nacido hombre...

Se agarró el vestido con ambas manos y subió de nuevo las escaleras. En esta ocasión, no iba acompañada por la señora Reform, pues insistió en que se marchara a su residencia para descansar. Tal como Valeria aseguró con anterioridad, solo ella podría ayudar al enfermo si este empeoraba. Al principio, se negó a dejarla sola, pues le había hecho una promesa a su madre. Sin embargo, después de un intenso debate acordaron que Shals, el mayordomo principal de lord Giesler, permanecería a su lado durante toda la noche. Mary sonrió otra vez al recordar el momento en el que el sirviente entró en la cocina y escuchó la decisión de Valeria. Si en aquel momento hubiera estado Anne para contemplar aquel rostro, lo habría pintado entre carcajadas. Jamás había visto unos ojos tan abiertos y una boca tan grande. En verdad no pretendía que le diera las gracias por haber salvado al hombre que le pagaba un sueldo, pero tampoco esperaba que reaccionara con tanto miedo y sorpresa, como si se encontrara frente al mismísimo Lucifer. ¿Creería el fiel empleado que, en mitad de la noche, ella cambiaría de parecer y, tras coger su escalpelo, rajaría a su señor desde la cintura a la garganta? Aunque esa idea le hubiera resultado agradable la mañana que lo conoció, ya no opinaba igual. Quizá el hecho de saber que sus madres tenían algo en común o descubrir que no era tan invencible como le pareció aquel día suavizó su temperamento. ¿Quién se habría imaginado que un hombre con aquel aspecto se encontraría dándole la mano a la muerte? Posiblemente, su sangre española, el único legado de la madre, pues no le cabía ninguna duda que lord Giesler heredó el físico de su padre, lo había mantenido vivo hasta su llegada. Ambos padres habían vivido situaciones muy parecidas: su madre huyó de los zingaros para casarse con un médico y la gitana española, con un barón alemán. Sin duda alguna, ambas mujeres habían tenido suerte al encontrar los hombres que las amarían y respetarían hasta la muerte...

Cuando llegó al rellano del primer piso, caminó despacio hacia la habitación donde transcurrirían sus próximas horas. Solo tenía que respirar hondo y actuar con naturalidad hasta que llegara su padre. Una vez que él confirmase que el paciente se encontraba bien y que evolucionaba con normalidad, saldría de allí sin mirar atrás. No era bueno para ella permanecer al lado de un hombre que había dejado de odiar tras salvarle la vida y descubrir que tenían muchas cosas en común.

Puso una mano sobre el pomo y giró despacio, para no causar demasiado ruido. El servicio, salvo Shals, se había retirado a descansar y no quería sacarlos de sus alcobas preguntándose qué había hecho esta vez la hija del doctor. Al abrir la puerta y contemplar el interior del dormitorio,

se llevó ambas manos hacia la boca y la presionó con fuerza para que su grito no se escuchara. ¿Por qué diablos habían hecho una cosa semejante? ¿Le fallaba la memoria o juraba que les había ordenado que no movieran al recién operado hasta que despertara? ¡Pues no le hicieron caso! Los lacayos, aquellos a quienes hizo lavar sus manos tanto que pudo observar cómo algunos pedacitos de dermis muerta caían al suelo, levantaron el grandísimo cuerpo de su paciente para colocarlo sobre el cómodo colchón. ¿Acaso estaba tratando con un atajo de majaderos? ¿No eran capaces de entender sus palabras? ¡Pues terminarían comprendiendo cada letra! Al día siguiente, en cuanto volviera la señora Reform, le pediría que convocase una reunión con el servicio. Una vez que todos estuvieran en silencio y atentos a sus palabras, elegiría un lenguaje muy simple para que pudieran comprender mejor sus mandatos.

Se obligó a centrarse en el bienestar de su paciente. Caminó por el dormitorio pisando con fuerza y no paró hasta posicionarse en el lado derecho de la cama.

—*Verdammt!* [2] —exclamó horrorizada al descubrir que sus dedos, por mucho que alargara sus brazos desde donde se encontraba, no alcanzaban el vendaje porque lo habían tumbado justo en el centro de la inmensa cama. ¿Pero cómo podían ser tan inútiles? ¿No deducían que ella debía subirse al colchón para tocarle la frente o para verificar que la herida no se había abierto al desplazarlo? ¡No! Cómo iban a calcular una lógica tan sencilla. Lo único que deseaban era que el señor despertara cómodo en su descomunal lecho, sin importarles las molestias que ocasionarían durante la noche a la persona que le había salvado la vida. Que Valeria les indicara que su presencia debía mantenerse en secreto por el bien de todos, no les daba derecho a tratarla como si no estuviera. Tras resoplar como un caballo al finalizar una interminable carrera, se dirigió hacia la chimenea, donde se encontraba un caldero con agua limpia y caliente. Metió las manos y las sacó con rapidez al sentir cómo su piel se quemaba. Miró con enfado al paciente, como si se hubiera reído de ella, y volvió a gruñir. Sí, esa reunión con los empleados debía realizarse cuanto antes y, quien no acatara sus órdenes, ella misma lo echaría a patadas de la residencia.

Enfadada por la ineptitud de los lacayos, regresó a la cama para asegurarse de que el paciente no se desangraba. Solo faltaba que después de lo ocurrido aquel día, lord Giesler muriera tras su intervención. ¿Qué comentarían aquellos que siempre se habían burlado de su intelecto y habilidad? No soportaría una humillación semejante y su padre tendría que buscar a otro capitán de navío que no solo se llevara a Anne a Francia, sino también a ella. Miró hacia la puerta, que aún permanecía cerrada, y dejó de respirar para agudizar el sentido del oído. Tras comprobar que no había ruido a su alrededor, se subió con mucho cuidado a la cama, se arrodilló sobre el colchón, apartó ligeramente la sábana del cuerpo de Giesler y clavó sus ojos en el vendaje. Este tenía varias manchas de sangre, pero eran las normales tras una operación de ese tipo. Tal vez aquellos que lo movieron fueron más atentos de lo que pensó. Justo cuando confirmó que las vendas seguían bien sujetas alrededor de la cintura, apoyó la mano derecha sobre la cama para bajarse. Sin embargo, sus ojos siguieron clavados en el inmenso y fuerte torso de Giesler. Como había deducido antes, era un hombre bastante robusto y hermoso. Podía catalogarlo hasta de atractivo, aunque en aquel momento necesitaba un buen baño para eliminar el sudor que había emanado su cuerpo. Su mata de vello rubio, que abarcaba desde su pecho hasta la cintura, poseía una tonalidad más oscura que la de su cabello, y se mantenía pegada a la piel por la exudación. Luego repasó sus hombros, admitiendo que el volumen de estos estaba acorde con la robustez de sus brazos. ¿No le había dicho Valeria que acompañaba al vizconde en sus viajes? Pues el color de su piel y la musculatura confirmaban que no se pasaba esos largos trayectos resguardado en un camarote. Sin duda alguna, se transformaría en un vulgar bucanero una vez que zarparan. Por la diferencia de tono entre el pecho y la cintura, no le cabía duda que lord Giesler mostraba sin

pudor su gran torso, haciendo que el sol y la brisa marina alcanzaran su piel. Entendía el motivo por el que la gitana española se enamoró del barón alemán a primera vista. Si su hijo había heredado el físico paterno, tal como indicó Valeria, no habría mujer que se resistiera a un hombre tan atractivo. Salvo ella, por supuesto. Pues era inmune a la seducción masculina. Apartó la mirada del pecho y la fijó en su rostro. Sus rasgos varoniles se acentuaban con la barba rubia, crecida. ¿Sería ruda como el carácter que mostró el día que se conocieron o sería tan suave como la tela de la sábana? Intrigada por averiguar qué tacto tendría, dirigió los dedos de su mano derecha hacia el rostro de Philip y lo acarició despacio. Sorprendentemente, este giró la cabeza hacia su palma al sentir el contacto y, aunque debía retirarse con rapidez por si este despertaba, la mantuvo allí hasta que escuchó cómo la puerta se abría.

—Señorita Moore... —dijo Shals al encontrarla en aquella posición tan poco adecuada—. ¿Qué hace? ¿Se ha despertado el señor?

Disimulando el estupor que le causó ser descubierta de esa manera tan afectuosa, estiró la sábana hasta cubrirle el cuello y se bajó de la cama con menos delicadeza que cuando subió.

—Estaba confirmando que, al moverlo, la herida no se abrió —explicó con una fingida serenidad. Posó los pies en el suelo y dio varios pasos hacia atrás.

—¿Y lo ha hecho? —preguntó el mayordomo accediendo al interior de la habitación con un enorme sillón en sus manos.

—Por suerte no. Pero ha sido una imprudencia moverlo tan rápido —respondió Mary apartándose lo suficiente para que el sirviente colocara el pesado asiento a su lado—. ¿Para quién es esto? —dijo extrañada.

—La señora Reform, antes de marcharse, me ha pedido que le subiera el sillón más cómodo que nuestro señor tiene en su despacho —contestó tras dejarlo en el suelo y colocar sus manos en la espalda, como si se hubiera dañado al transportarlo.

—¿Le duele? —dijo Mary acercándose a él—. No debería haberlo traído solo. —Antes de escuchar la respuesta de Shals, caminó hacia el caldero caliente que había frente a la chimenea, sumergió un paño y regresó hasta donde se encontraba el empleado—. Quítese la chaqueta y súbase la camisa, por favor. Esto le calmará el dolor.

—Pero... pero... —tartamudeó él.

—O lo hace por propia voluntad o le aseguro que no me importará quitársela yo mis...

—Está bien. Haré lo que me pide —claudicó. Pese al malestar que sentía, no solo por desprenderse de su atuendo delante de una mujer, sino también por la dolencia en su cintura, se quitó la chaqueta y alzó la camisa hasta media espalda. Shals cerró los ojos al notar un ligero alivio cuando Mary le puso el paño sobre la piel.

—No quiero que malinterprete mis palabras, pero es usted demasiado anciano para realizar un esfuerzo semejante —alegó presionando el trapo húmedo sobre la piel.

—¿Siempre habla de esa forma, señorita Moore? —quiso saber Shals mirándola por encima del hombro. Al observar que ella sonreía, como si no le importara la mordaz pregunta, él también sonrió.

—Como le dije a la señora Reform, soy una persona muy racional y sincera. —Con la mano derecha cogió la del mayordomo y se la colocó sobre el paño, luego hizo lo mismo con la otra—. Sosténgalo durante unos minutos más. Si le sigue doliendo, puedo darle algún calmante que tengo en el maletín.

—Gracias, con esto será suficiente —respondió Shals tras darse la vuelta hacia ella—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Puede hacerla, pero no le prometo que la responda —dijo antes de rodear la cama,

acercarse de nuevo a Giesler, alargar su cuerpo hasta que pudo cogerle la muñeca y confirmar que su pulso era el adecuado.

—¿Cómo ha aprendido todo lo que sabe? —preguntó sin poder apartar la mirada de ella—. ¿Su padre la ha instruido como si fuera un hombre?

La sonrisa que había mostrado hasta ese momento desapareció. Alzó el mentón y miró al sirviente como si quisiera fusilarlo.

—¿Acaso cree que las mujeres hemos nacido sin cerebro y que la función de los hombres es moldearnos a su conveniencia? —dijo alzando la voz.

—¡No! ¡No! Por favor, señorita Moore, no malinterprete mis palabras —manifestó Shals en voz baja—. Le juro que no he querido herirla —alegó, apartándose el paño de la espalda.

—Le he dicho que no se lo quite —le regañó al ver que, debido al nerviosismo, había desobedecido su orden.

—Lo siento... otra vez —declaró Shals acatando el mandato de Mary mientras agachaba la cabeza, avergonzado.

—¿Tiene hijos? —continuó hablando Mary mientras regresaba al asiento que le habían traído. Se sentó y alzó la barbilla para seguir observando al mayordomo.

—No.

—Pues deduzco entonces que es absurdo explicarle las decisiones que tomó mi padre tras engendrar a cinco hijas. —Se reclinó en el asiento, se cruzó de brazos y clavó sus ojos en el paciente, quien seguía descansando tranquilamente.

—Tengo sobrinas, si eso le sirve de algo —expuso Shals caminando por detrás del asiento para dirigirse hacia la chimenea.

Si el paño caliente calmaba un poco su dolor, imaginó que situarse frente al fuego lo haría desaparecer. Además, aquel lugar era el ideal si la señorita Moore sufría otro ataque de ira por sus inapropiados comentarios.

—¿Cómo se comportan sus padres con ellas? —le preguntó Mary girándose en su asiento lo bastante para observar al sirviente.

—Hemos nacido en el seno de una familia que siempre se ha dedicado a servir, señorita Moore. Puede concluir que mi hermana y mi cuñado las instruyen para continuar con esa tradición —explicó con cautela.

—Por suerte para nosotras, nuestros padres poseen una visión menos arcaica sobre el futuro de sus hijas —suspiró Mary.

Y también daba gracias a la sensatez que poseían ambos. Ni su madre ni su padre las habrían educado para que se convirtieran en las futuras esposas de odiosos señores que no las valorasen, único objetivo para las jóvenes burguesas o aristócratas. Gracias a esa crianza tan liberal, las cinco podían disfrutar de algo que muy pocas mujeres poseían: felicidad. ¿Cómo serían sus vidas si las hubieran instruido bajo la absurda opresión social? Tediosa, por supuesto, y todas habrían luchado por alcanzar la libertad que anhelaban.

—Me alegro por ustedes —comentó Shals ocupando al fin una butaca sin respaldo que había a su lado derecho—. Es muy extraño descubrir que algunos padres no se ven influenciados por las costumbres que nos rodean.

—Mi padre siempre ha tenido una visión distinta de la vida —prosiguió Mary algo más relajada—. Desde que éramos niñas nos enseñó a valerlos por nosotras mismas y respetó el carácter con el que nacimos.

—En su caso, el amor por la medicina, ¿verdad? —insistió Shals que, debido a la calma de su dolencia y al suave tono de la mujer, empezó a relajarse.

—No crea que le resultó fácil aceptar mis intereses. Al principio, fue reacio a enseñarme todo lo que sabe, pero con el tiempo le he demostrado que mis capacidades son las adecuadas para tal función —expuso con orgullo.

—Y lo afirmo —aseguró el mayordomo fijando sus ojos en Giesler—. He de confesarle que estoy impresionado.

—¿Por la operación? —preguntó risueña Mary—. No ha sido nada... Un corte largo, otro más corto, extirpar, limpiar y cauterizar.

—Lo dice con tanta normalidad que da la sensación de que puede hacerlo cualquiera y no es así. Señorita Moore, ha hecho algo maravilloso e increíble. Estoy seguro de que ningún médico podría haber realizado una intervención urgente con la serenidad que ha mantenido usted en todo momento. Gracias a Dios, la señora Reform, tras escuchar las palabras que el señor evocó en sus delirios, fue a buscarla.

—¿Cómo dice? —preguntó Mary inclinándose hacia delante, para observar mejor la expresión del rostro de Shals.

—¿No se lo dijo la señora? —respondió el mayordomo con cierta inquietud al deducir que había cometido un gran error.

—La señora habló de buscar a mi padre, Randall Moore, pero no me comentó que lord Giesler mencionara mi nombre en sus delirios febriles —manifestó con sorpresa.

—¡No! ¡No! No me refería a su nombre —mintió Shals—, sino a su apellido. Mi señor no cesaba de repetir el apellido de su padre. Por eso la señora fue en su búsqueda.

—Ya entiendo... —comentó al tiempo que volvía a reclinarsse en el asiento y clavaba los ojos en el paciente. No se le habría ocurrido hablar sobre ella, ¿verdad? Porque de ser así, esperaría a que sanara para enfermarlo de nuevo.

—¿Cómo averiguó, con tanta rapidez, la enfermedad de mi señor? —Shals, al confirmar que sus palabras la habían relajado de nuevo, cambió de tema. No deseaba involucrarse en un problema donde se confrontaran el carácter de aquella muchacha y el del hombre al que servía desde hacía varios años, porque lo único que obtendría sería un inminente despido.

—¿Le cuento la versión extendida, que abarca desde la época egipcia, o se conforma con el momento en el que palpé con mis dedos la inflamación? —dijo divertida Mary.

—Como guste. Recuerde que hemos de permanecer despiertos toda la noche y mi única tarea es quedarme con usted en esta habitación —respondió con el mismo tono jocoso Shals.

—Siendo así, comenzaré con el estudio que se realizaron tras unos hallazgos en ciertas tumbas egipcias...

Durante algo más de dos horas, Mary explicó sin parar todo lo que conocía del tema: sus descubrimientos, quiénes lo estudiaron, sus conclusiones y cómo lo resolvieron durante diferentes siglos. En varias ocasiones, el mayordomo se acercó a ella para servirle un vaso de agua fresca, pero ella no reparó en ese detalle de cortesía. Mary estaba increíblemente emocionada porque era la primera vez que alguien la escuchaba hablar sobre medicina con atención y le hacía preguntas acertadas. Se sintió tan cómoda que terminó confesándole todo lo que le preguntó sobre su niñez: el día que su padre la descubrió con un libro de medicina, los gritos que dio Shira al pillarla diseccionando el cadáver de un gato muerto, las continuas amenazas de su madre con sus libros, las reuniones médicas a las que asistía... Habló tanto y se encontraba tan complacida que no reparó en Giesler salvo cuando este emitió un leve gruñido. En ese instante, Shals abandonó con rapidez la banqueta en la que permanecía y se acercó a los pies de la cama mientras observaba cómo ella lo atendía.

—¿Qué le sucede? —preguntó inquieto.

—Nada extraño —respondió tras tocarle la frente y comprobar que su estado era normal—. El cloroformo empieza a desaparecer y no tardará mucho en despertarse. —Se retiró de la cama, se dirigió hacia la mesita donde había dejado el vaso que continuamente llenaba Shals y regresó con Philip.

—¿Un hombre puede beber mientras duerme? —le preguntó Shals bastante confundido.

—No, evidentemente se atragantaría. Pero no se preocupe. Mis intenciones, por ahora, no es asesinarlo. Lo único que pretendo... —Metió los dedos de la mano derecha en el interior del vaso, se los mojó y los colocó sobre la boca de Giesler.

—¿Es? —insistió Shals abriendo los ojos como platos al observarla realizar un acto demasiado íntimo.

—Hidratar sus labios. No quiero que este gruñón se despierte y, cuando grite de dolor, se cuartee la piel de sus labios. Seguro que terminará sangrando más por la boca que por la herida de su cintura —explicó mientras repetía la acción.

—La señora Cheap tiene un ungüento a base de grasa animal que utiliza para que no se le agrieten las manos. Si lo desea, puedo pedirle que me...

—Lord Giesler no necesita ese tipo de mejunjes tan arcaicos. Tendrá más que suficiente con el agua, mis dedos y mi buena intención —comentó con cierto tono de acritud.

—Señorita Moore, no me malinterprete, se lo suplico. Solo deseo facilitarle, en todo lo que pueda, su excelente labor. Imagino que le resultará un tanto incómodo subirse a la cama de mi señor, arrodillarse a su lado e inclinarse hacia su boca para humedecerla con sus propios dedos —expuso Shals asombrado al descubrir que ella era tan inocente que no reparaba en la imagen que ofrecía. Más que un médico hidratando los labios de un enfermo, parecía una concubina realizando algún juego erótico a su cliente.

—Viéndolo desde esa perspectiva, parece que estoy haciendo una cosa horrible y lo único que pretendo es...

Mary se quedó muda al sentir unos dedos cerrados en torno a su muñeca derecha. Continuaba mirando a Shals, quien ya no expresaba asombro sino pavor. Tampoco fijaba sus ojos en ella, sino que los dirigía hacia el lugar del colchón donde se encontraba lord Giesler. Mary tragó saliva y giró despacio la cabeza hacia el rostro del hombre que, inexplicablemente, ya se había despertado. Cuando sus miradas se cruzaron, el corazón se le paralizó. Aquel hombre volvía a mirarla como el día en el que se conocieron. No había ternura en sus ojos, sino odio y resquemor. ¿Por qué diablos no le había administrado algo más de cloroformo? Y... ¿de todas las formas posibles que había para encontrarla, tenía que ser de aquella manera? ¿Qué se le pasaría por la cabeza al verla sobre su cama y arrodillada a su lado? ¿Pensaría que se habría puesto a llorar como una dramática amante al ver peligrar la vida de su amor? ¿Por qué Shals no hablaba? ¿Por qué no le ofrecía el atizador de la chimenea para que ella pudiera golpearle en la cabeza y dejarlo inconsciente de nuevo?

—Señor... Milord... —intentó decir al fin Shals al ver cómo miraba lord Giesler a la señorita Moore—. Ella... es...

—Quien le ha salvado la vida —aseveró Mary antes de hacer un brusco movimiento con la mano, para librarse del agarre, y bajar de la cama con rapidez.

Capítulo III

No podía moverse. Hasta era incapaz de separar las pestañas para observar a quienes se encontraban a su lado. Su mente se hallaba completamente adormecida y su cuerpo parecía haber perdido toda la fuerza. No intentó ni deseó realizar ningún esfuerzo, pues presentía que no lo conseguiría. Con los ojos cerrados e inmóvil, trató de recordar qué le había sucedido. Pero no concretó nada salvo que días atrás se encontraba bastante indispuerto y que, de repente, su cuerpo no se mantuvo en pie. ¿En qué día de la semana se encontraba? ¿Había perdido también la consciencia? ¿Cuándo? Respiró hondo, aplacando despacio la angustia que sentía al notarse tan débil. Por lo menos se hallaba en su hogar, en su habitación. La blandura característica de su colchón y el olor a su perfume daban fe de ello. Dejando a un lado la incertidumbre de lo que pudo pasarle, se centró en las voces. Al principio, parecían lejanas, pero con el paso del tiempo se volvieron más nítidas y próximas. Dos. A su lado permanecían dos personas. Una sin duda alguna era Shals. Su voz podría reconocerla, aunque este se encontrara encerrado en una caja de metal. Sin embargo, se centró en la otra. Una mujer. Sí, aquel tono suave pero a la vez chillón solo podía ser de una fêmeina. Contuvo de nuevo el aliento, apaciguando cualquier sonido que él mismo produjera para averiguar de quién podría tratarse. No se le habría ocurrido a Shals la horrible idea de llevar hasta allí alguna de sus antiguas amantes para que lo cuidara, ¿verdad? Si había tomado esa decisión, su puesto corría peligro.

—¿Por qué pensó en diseccionar al pobre animal? —escuchó preguntarle a la extraña que, por la proximidad de su voz, debía hallarse muy cerca.

—Por curiosidad —contestó ella antes de soltar una suave risita—. Necesitaba ver con mis propios ojos lo que ocultaba bajo el pellejo y la grasa. Además, no es lo mismo estudiar un corazón sobre la imagen de un libro que tenerlo en las manos.

—¿Lo averiguó?

—Sí, hasta que Shira gritó horrorizada —prosiguió divertida al recordar aquel episodio de su vida—. Según ella, estaba cometiendo una barbarie, así que me vi en la obligación de abandonar el cadáver y correr sin parar hasta que alcancé mi habitación.

—Imagino que su madre la castigó —dedujo Shals.

—Solo hasta que llegó mi padre. Cuando le expliqué el motivo por el que lo hice y le enseñé todos los apuntes que había tomado en una pequeña libreta, el castigo finalizó de inmediato. Desde ese día, él mismo me ayudó a saciar mi curiosidad científica. Pero no me permitió, hasta cumplir los dieciocho y tras regalarme el maletín que hoy he traído, acompañarlo a sus visitas médicas.

—¿Atendió a los enfermos a esa edad tan temprana? —preguntó Shals asombrado.

—No. Yo solo observaba la actuación de mi padre y escuchaba con atención todas sus explicaciones. Sin embargo, he de asegurarle que la gran mayoría de conocimientos que poseo los he obtenido a través de los libros que he leído sobre medicina.

—Es usted una mujer muy especial, señorita Moore.

—Gracias —respondió, aceptando con agrado el cumplido.

«Señorita Moore...». Philip sintió cómo su pecho se comprimía al escuchar aquellas dos palabras. ¿Sería ella? ¿La bruja de cabellos oscuros había ido a su hogar para sanarlo? ¿Por qué?

¿Quién le habría pedido ayuda? ¿Por qué aceptó la petición después del terrorífico episodio que vivieron días atrás? Intentó incorporarse para confirmar que no era una alucinación, que su mente distorsionada no lo engañaba, pero seguía débil, demasiado como para poder incluso levantar un dedo. Asumiendo que lo único que podía hacer era escuchar con atención la conversación de la erudita hija del doctor Moore, se concentró en no perderse ni una palabra. Sin embargo, una punzada aguda de dolor en su cintura le hizo gruñir, llamando la atención de ambos.

—¿Qué le sucede? —oyó preguntarle Shals.

—Nada extraño. El cloroformo empieza a desaparecer y no tardará mucho en despertarse.

Philip percibió cómo el colchón se inclinaba ligeramente hacia su izquierda. Después de eso, una suave y cálida mano tocó su frente.

Mary...

Ella se había subido a la cama para confirmar que no empeoraba. Se dejó llevar por la sensación de placer que notó con la ligera caricia. Nunca se había sentido tan protegido por otra persona. Siempre era él quien velaba por la seguridad de los demás, pero, en ese momento, su desvalida figura se hallaba bajo la protección de la mujer a quien gritó y admiró a partes iguales. Apretó más los párpados al percibir que se alejaba. Una extraña frialdad le recorrió el cuerpo, causándole un intenso temblor. Incluso sus vísceras reclamaron esas caricias tan relajantes. No tardó en regresar. Para su placer, Mary se colocó de nuevo a su lado.

—¿Un hombre puede beber mientras duerme? —preguntó Shals con tono preocupado.

—No, evidentemente se atragantaría. Pero no se preocupe. Mis intenciones, por ahora, no es asesinarlo. Lo único que pretendo...

Todo lo que una vez describió como maravilloso desapareció de su mente al percibir la tersura de unos dedos mojados tocando sus labios. Quiso gemir de placer, pero se mantuvo quieto y callado. No quería romper un momento tan tierno, tan espléndido. Posiblemente, sería el único instante en el que ella se comportaría de esa forma tan cariñosa pues, una vez que descubriese que había despertado, la mujer árida y gélida retornaría.

—¿Es? —insistió Shals.

—Hidratar sus labios. No quiero que este gruñón se despierte y, cuando grite de dolor, se cuartee la piel de sus labios. Seguro que terminará sangrando más por la boca que por la herida de su cintura.

Su herida, esa a la que ella hacía mención, no sangraría. Lo que estaba sangrando era su alma. Porque allí estaba, la mujer que le lanzó aquellos rulos metálicos, apaciguando su sed con sus propios dedos. ¿Ese acto podía definirlo como el mayor bienestar que pudiera soñar? Quizás había muerto y su visión de vida eterna era tener a su lado a esa bruja que no había podido olvidar desde que la conoció.

—La señora Cheap tiene un ungüento a base de grasa animal que utiliza para que no se le agrieten las manos. Si lo desea, puedo pedirle que me...

—Lord Giesler no necesita ese tipo de mejunjes tan arcaicos —le interrumpió—. Tendrá más que suficiente con el agua, mis dedos y mi buena intención.

«¡No!», quiso gritar Philip ante la opción que Shals le ofrecía. No quería que se alejara de él, ni que sus labios fueran rociados con nada salvo por el agua fresca de sus dedos. Necesitaba que ella continuara con aquel acto tan íntimo, tenerla cerca, oler ese perfume que desprendía y sentir la suavidad de sus dedos mojados.

Shals continuó hablando. Le explicaba que no era adecuado que ella adoptara cierta posición. ¿Qué posición sería? ¿Estaría incómoda? ¿Se haría daño? La inquietud se apoderó de él al pensar que ella podía sufrir alguna dolencia por su culpa. Muy despacio, separó los párpados.

En un principio, su visión no fue clara, parecía tener una tela de araña sobre sus pupilas. Pestañeó varias veces hasta que logró la nitidez que deseaba. Al verla, sintió que no solo le sangraba el alma, sino también su corazón. Mary se encontraba arrodillada sobre la cama, extendiendo una mano hacia su boca, hidratándola, tal como le explicaba a Shals. Con lentitud, sus ojos se desviaron hacia ese torso femenino oculto bajo un vestido del que no podía distinguir el color con claridad. Negro... tal vez azul. Sus largos y delicados brazos estaban desnudos, porque en algún momento decidió remangarse hasta los codos. La visión de esa piel nacarada le pareció exquisita, atractiva y tremendamente maravillosa. Si estaba muerto no intentaría regresar al mundo de los vivos, pues lo que vivía era ideal para él. Sin embargo, justo cuando Shals advirtió que los observaba, dedujo que su idílica situación había llegado a su fin. Levantó despacio la mano izquierda hacia la muñeca de Mary, se la agarró y ella dejó de hablar.

Sus ojos se encontraron y se miraron durante un instante. Deseó transmitirle a través de ellos la felicidad que sentía al hallarla a su lado, al cuidarlo, pero el miedo y la confusión que exhibió la mirada de Mary lo aturdió.

—Señor... Milord... Ella es...

Las palabras de su mayordomo las escuchó lejanas, como si no permaneciera a los pies de la cama, sino a cien millas de distancia. No deseaba prestar atención a las excusas de Shals por encontrarla en una postura tan comprometida, lo único que anhelaba era seguir contemplando la imagen perfecta de Mary: a su lado, sobre su cama, acariciando su boca con los dedos, calmando su sed... Ese sentimiento de felicidad se transformó en pavor al percibir su brusco cambio de actitud. Ella volvía a levantar el muro que los separó aquel día.

—Quien le ha salvado la vida —manifestó con un tono de voz que Philip odió.

Forcejeó hasta liberar la mano de su muñeca y se apartó de la cama, de su lado. Siguió mirándola. No podía apartar los ojos de ella. Necesitaba observar todas las expresiones que mostraba su rostro. ¿Asombro, alegría, tristeza, compasión? ¿Qué sería? ¿Por cuál decantarse?

—Shals... —murmuró despacio—. A... agua... —terminó de decir.

El mayordomo se acercó con rapidez a la cama, cogió el vaso en el que Mary había metido los dedos y, justo cuando se lo iba a ofrecer, esta gritó horrorizada.

—¡Ni se le ocurra hacerlo!

—Señorita Moore, el señor me está pidiendo...

—Y se la dará, pero no de esa. Seguro que está contaminada tras meter mis dedos.

—Dudo mucho que lo esté después de cómo se los ha lavado —apuntó Shals con cierta diversión.

Mientras que Mary se situaba frente a la chimenea, donde podía observar al enfermo con claridad y mantenerse distante, el sirviente vació el agua del interior del vaso en la palangana y volvió a llenarlo de la jarra que había sobre la mesita. Se acercó a lord Giesler, le sostuvo la cabeza y con mucha delicadeza le dio de beber.

—Gracias... —le dijo una vez que sació su sed—. Shals, ayúdame a recostarme.

—Señorita Moore —comenzó a decir el mayordomo mirándola con sorpresa—, ¿cree que es buena idea hacerlo?

—No —aseveró—. Necesita seguir tumbado unas cuantas horas más.

Las suficientes hasta que su padre apareciera y ella pudiera salir de allí. No podía enfrentarse de nuevo a esa mirada amenazadora. Solo de pensar que continuaba odiándola, la amargada y resentida Mary regresaría para causar otro grandioso escándalo.

—Me conformo con que me alces un poco la cabeza. No quiero permanecer todo el tiempo mirando el techo —solicitó Philip a modo de queja a su empleado, quien terminó accediendo a

dicha petición pese a escuchar cómo la mujer resoplaba—. ¿Qué me ha sucedido?

—¡Un milagro! —exclamó Shals dando un paso hacia atrás, después de acomodarle la almohada.

—¡Menuda tontería! —comentó Mary dándose la vuelta para no mostrar la ira que le producía escuchar una afirmación tan estúpida.

—¿Milagro? —repitió Philip clavando los ojos en la figura femenina—. ¿Qué has querido decir?

—Milord, lleva postrado en su lecho algo más de dos días. La señora Reform ha permanecido a su lado durante todo este tiempo. Intentó curarlo, pero al admitir que requería de la ayuda de un médico, fue a buscar al doctor Moore. Sin embargo, él no podía atenderlo y en su lugar acudió la señorita Moore. Ella... —Shals tomó aire, miró a la joven y habló con orgullo, como si fuera su propio padre—. Ella averiguó con rapidez qué enfermedad padecía y actuó de manera inmediata. Le ha operado, señor. Le ha salvado la vida...

Giesler no apartó sus ojos de ella en ningún momento. Algo en su interior creció con tanta intensidad que su pecho se ensanchó. ¿Felicidad? ¿Agradecimiento? No estaba muy seguro en qué consistía esa emoción que incluso le proporcionaba fuerzas para levantarse. Pero se mantuvo quieto, observándola sin pestañear. Si ella averiguaba que empezaba a mejorar, se marcharía y no estaba dispuesto a desprenderse con tanta rapidez de la mujer que, maleducadamente, le daba la espalda.

—Tenía la fosa ilíaca inflamada —empezó a decir Mary, mirando hacia la lumbre—. Lo único que he hecho ha sido sacarla de su cuerpo antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó de nuevo Shals—. Lo explica como si fuera una cosa muy sencilla y no lo ha sido. Su intervención ha durado algo más de cuatro horas y le puedo asegurar que, en ningún momento, la señorita Moore aminoró su afán por salvarlo.

—No necesito que me halague —le recriminó ella, todavía de espaldas a Giesler—. Cualquier médico hubiera realizado esa operación con la misma capacidad y eficacia que yo.

—Pero hablamos de una mujer... —le susurró Shals a su señor, comentario que hizo sonreír a Philip. No solo por afirmar algo evidente, sino por la forma temerosa de decirlo. ¿Le asustaba? ¿Conocía el carácter especial de la hija del médico?

Sin borrar la sonrisa de su rostro, continuó admirándola hasta que sus ojos le ofrecieron una imagen que jamás olvidaría. Si su mente no cesaba de mostrarle el momento en el que se conocieron, y cómo la tela de su camison se había ajustado a su figura, permanecer frente al fuego y que la luz de las llamas atravesara el tejido de su vestido, le otorgó una nueva y espléndida visión de sus piernas y caderas. ¿No llevaba enaguas? ¿Por qué?

—Cuéntame qué ha sucedido —le dijo Philip a Shals.

—¿Desde el principio? —preguntó el mayordomo acomodándose en el sillón donde Mary había permanecido antes de que despertara.

—Sí —aseguró Giesler sin apartar la mirada de esa imagen tan espectacular.

Tal como pidió, Shals le narró con todo lujo de detalles qué había ocurrido desde que lo encontraron desplomado en la habitación. El cuidado que le ofreció su hermana, las fiebres, los vómitos y las convulsiones. Por supuesto, no hizo referencia a las palabras que él evocó durante sus delirios. Pero para dar una explicación lógica al motivo por el que la señora Reform fue a buscar al doctor Moore, indicó que un empleado había escuchado que el médico sería el más apropiado para ayudarlo, dada la fama que había adquirido en Londres. Shals advirtió que Mary cogió el atizador, lo levantó y luego movió las ascuas con cierta beligerancia. No quiso preguntarle el motivo por el que realizaba ese brusco acto, decidió proseguir hablándole sobre la

salida de su hermana hacia la residencia del doctor y la llegada de esta con la señorita Moore. Explicó cómo les gritó a los empleados que se habían propuesto bañarlo en agua fría, cómo se acercó a él y el asombro que todo el mundo mostró al escucharla explicar qué enfermedad padecía. Narró de manera divertida el momento en el que ella obligó a los sirvientes a lavarse las manos en diferentes calderos y cómo insistió en que se las rociaran con un líquido que guardaba en su maletín. Philip no sonrió al escucharlo. Su rostro se mantenía rígido y sus ojos clavados en ella. Averiguar que había tomado una decisión tan importante, pese a que ambos no habían sido cordiales aquel día, lo dejó anonadado. Ya no le cabía duda que los rumores sobre su intelecto eran ciertos, así como sus conclusiones tras investigarla: los hombres, quienes se mofaban de ella y la humillaban constantemente, actuaban de esa forma porque la temían. Ellos eran muy conscientes de que podría superarlos hasta con los ojos cerrados.

Y eso que había crecido en él, que aún no podía definir, aumentó.

—Gracias —le dijo cuando Shals concluyó la historia—. Le debo la vida, señorita Moore.

—¡Tonterías! —exclamó volviéndose al fin hacia él—. No me debe nada. Como le he dicho a su mayordomo, cualquier persona en mi lugar habría actuado de manera semejante.

—Pero usted se enfrentó con valentía a la señora Reform —intervino Shals. Al observar el rostro desconcertado de su señor, aclaró—: Su hermana quiso esperar al señor Moore, pero la señorita insistió en actuar con rapidez. Es más, le aseguró que moriría si no lo intervenía de inmediato.

Mary notó cómo sus mejillas enrojecían. No ardieron por el calor del fuego, sino por el bochorno que estaba sufriendo. Aquel hombre, imaginando que realizaba un acto de bondad hacia ella, la describía como una persona obstinada, terca e incapaz de aceptar la decisión de la hermana del paciente. Otra característica que debía añadir a su amplia lista de defectos. Lo mejor era zanjarse de una vez el tema. No podía soportar, ni un momento más, tantos halagos innecesarios ni esa mirada hermética que le ofrecía el hombre a quien había salvado de una muerte segura.

—Como advierto que se encuentra mucho mejor y que su mayordomo puede atenderlo adecuadamente, bajaré a la primera planta. Hace rato que ha amanecido y estoy segura de que la señora Reform aparecerá en breve.

—¡No! —gritó Philip al observar que ella se dirigía hacia la puerta. Ese ligero movimiento hizo que le doliera la herida. Se llevó las manos hacia esa zona de su cuerpo y volvió a mirarla—. Por favor... —susurró.

—No se preocupe —comentó Shals—, yo mismo bajaré para recibirla. Usted puede seguir atendiendo a lord Giesler. Ahora que se ha despertado, él mismo le dirá dónde le duele y podrá administrarle la medicina que guarda en el maletín.

—¿Me dejará sola? ¿No recuerda la promesa que le hizo a la señora Reform? —insistió Mary con los ojos abiertos de par en par y colocando sus manos en ambos lados de la cintura.

—No corre ningún peligro, señorita Moore. Como puede apreciar, mi señor es incapaz de hacerle daño alguno y, sobre el escabroso tema de permanecer a solas con un caballero, no tiene por qué preocuparse. Nadie de esta casa hablará de ello después de salvar la vida al hombre que paga sus honorarios, se lo aseguro.

—Pero... Pero... —intentó decir ella.

Shals parecía haberse quedado sordo de repente. Tras hacer una leve reverencia a Philip, caminó decidido hacia la puerta, cerró después de salir y, una vez que ya no pudieron observarlo, sonrió.



¿Qué tiempo había transcurrido desde que se quedaron solos? Tal vez fueron unos segundos, pero a Mary le resultó que había pasado una eternidad. Durante ese breve período no se había movido ni un palmo de donde se quedó antes de la abrupta salida de Shals. Intentó fijar su mirada en la puerta, en la chimenea, en el suelo, pero terminó por clavarla en aquel rostro pálido y enfermizo. Aunque lord Giesler no parecía sentirse cómodo, pues tampoco desvió la mirada de ella. Sus ojos se mantuvieron inmóviles, como si el cloroformo que le administró no le dejara moverlos hacia ninguna otra zona de la habitación. Se cogió las manos y se las retorció con fuerza. ¿Qué debía hacer? ¿Obraría bien si rompía aquel silencio tan incómodo?

—Señorita Moore... —susurró Philip al tiempo que intentaba mover la cabeza.

—¡No lo haga! —le ordenó Mary con un grito—. ¿No ha escuchado a su mayordomo? ¡Acabo de operarle! —insistió encolerizada.

—Sí, pero según sus palabras, la intervención ha sido muy sencilla. Por ese motivo he deducido que...

—¿Deducciones? ¿En serio? ¿Después de la cantidad de anestésico que le he suministrado cree que su mente es capaz de deducir algo con claridad? —continuó irritada—. Lo que ha de hacer es permanecer inmóvil durante varias horas más.

—¿Cuántas?

—¿Cuántas qué? —espetó caminando hacia él con desgana.

—¿Cuántas horas piensa que serán apropiadas? —aclaró Philip, enormemente satisfecho al ver cómo ella regresaba a su lado.

—Imagino que cuarenta serán más que suficientes. —Se colocó en la parte derecha de la cama, cruzó las manos por el pecho y lo miró esquivo.

—Tengo calor... —dijo Giesler después de pensar con rapidez una alternativa que la obligara a tocarlo de nuevo.

—Puede apartarse la sábana, si lo desea —contestó sin disminuir esa actitud airada y distante.

—Pero me ha dicho que no me mueva, que permanezca cuarenta...

¿Podía reír? No. Aunque deseaba hacerlo no era apropiado, pues Mary terminaría tapándole la cara con la sábana para que no la observara ni hablara más. Por ese motivo se quedó callado, disfrutando al contemplar cómo cogía la tela con la punta de sus dedos y la deslizaba lentamente hasta la cintura.

—¿Mejor? —dijo regresando a la posición anterior.

—Agua.

—¿Quiere más agua? —preguntó abriendo los ojos como platos.

—Y medicinas. Según ha declarado Shals, debo tomar...

—¡Cállese de una vez! —exclamó desesperada Mary—. No diga ni una sola palabra más. Voy a darle la píldora [3] y ese maldito vaso de agua.

Realizando movimientos más bruscos de los que debería, se giró hacia el maletín, buscó el bote donde tenía los comprimidos y cogió el vaso de agua.

—No intente moverse, yo le ayudaré. —Philip la obedeció—. Voy a pasarle mi brazo derecho por debajo de la cabeza. Necesita mantener una inclinación adecuada para que el

medicamento no quede atascado en su garganta. Si lo hiciera, podría morir asfixiado —comentó con sarcasmo.

—Sé que no permitiría que me ocurriera una cosa tan horrible —apuntó Philip antes de que le metiera en la boca la cápsula.

—No esté tan seguro —refunfuñó ella mientras le daba de beber.

No había duda. Estaba en el cielo y la mujer a la que llamó bruja era su ángel. Sentir la suavidad de la piel de ese brazo femenino en su nuca, le despertó una increíble sensación de placer y bienestar. ¿Cuántas amantes deslizaron sus manos por su cuerpo? ¡Docenas! ¿Cuántas de ellas le causaron un deleite semejante? Ninguna. Aquella arpía de ojos azules y pelo oscuro le provocaba, con su malhumor y sus esquivos roces, una satisfacción inigualable.

Cerró los ojos cuando ella deslizó su brazo para apartarse. Sinceramente, nada podía comparársele. Tal vez fuera un efecto secundario de ese cloroformo que ella le hizo inhalar, o quizá todo era producto de ese periodo de castidad que se autoinfligió después de conocerla. Fuera lo que fuese, necesitaba sentirlo millones de veces más.

—Gracias —le dijo en voz baja cuando Mary volvió a mantener cierta distancia entre ellos.

—¿Cómo dice? —preguntó entornando los ojos.

—Le doy las gracias, señorita Moore, pero entiendo que no puede escucharme con claridad porque se ha alejado demasiado —contestó, disimulando el estado de frenesí que se apoderó de él al confirmar que acertaba esa áspera separación.

—Le oigo perfectamente, lord Giesler. Solo quería escuchar de nuevo su agradecimiento —respondió mordaz—. Es bastante paradójico que usted, el hombre que me llamó bruja en mi propia casa, me muestre tal gratitud.

—Me lanzó unos tubos metálicos. Quiso dañarme con ellos —se defendió.

—¿No lo hice? —espetó burlona. Enarcó sus oscuras cejas y dibujó una sonrisa perversa al tiempo que colocaba sus manos otra vez sobre la cintura.

—No —respondió Philip. Deleitándose con ese rostro hermosamente endiablado.

—¿Una verdadera lástima! —exclamó divertida antes de chasquear la lengua—. Porque mi único objetivo aquel día fue lesionarlo.

—¿Para qué?

—Para que no me olvidase jamás —respondió de forma altanera.

—No lo he hecho —le aseguró, mirándola sin parpadear.

Las palabras y la expresión de sus ojos hicieron que Mary se sintiera intimidada, algo que no solía pasarle con facilidad. Pero aquel titán, de esbelto cuerpo, cuyo torso bronceado se mostraba sin pudor ante ella, empezaba a romper todas las barreras que había construido contra el sexo masculino. ¿Qué diablos tenía de especial? ¿Por qué su corazón latía alocado? No empezaría a brotar su sangre zíngara en aquel momento, ¿verdad? ¿Qué le había dicho Anne antes de marcharse a la ceremonia nupcial de Natalie Bennett? «Cuando la sangre Arany se libere de la presión a la que la sometes, olvidarás todo aquello que has leído en tus queridos libros y te transformarás en una mujer pasional».

—¿Puedo pedirle un favor, señorita Moore? —preguntó Philip al discurrir que la mirada de Mary mostraba más confusión que temor.

—¿Quiere más agua? ¿Desea que lo cubra nuevamente con la sábana? —respondió irónica.

—No. Mi sed se ha calmado y le aseguro que tengo demasiado calor. Si no se encontrara a mi lado, me apartaría esta maldita sábana de inmediato —apuntó sincero.

Comentario que la ruborizó, pues le hizo recordar qué ocultaba bajo la tela.

—¿Qué desea? —quiso saber, caminando hacia atrás varios pasos más.

No debía permanecer tan cerca. No podía sentir nada. Su corazón necesitaba calmarse de una vez. ¿Por qué su mente no actuaba? ¿Dónde estaba su autocontrol? ¿Y su feroz razonamiento? ¿Acaso se habían desvanecido? ¿Qué sangre poseían en aquel momento sus venas, la Moore o la Arany? ¿Cuándo diablos llegaría su padre?

—¿Ve esa cómoda que hay en el lado derecho de la chimenea? —le señaló Philip con la barbilla.

—Si piensa que voy a convertirme en su criada está muy equivocado. Como bien sabe, mi único propósito ha sido...

—Señorita Moore, ¿puede acatar, por una vez en su vida, una petición sin replicar? —masculló Philip.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Porque no puedo moverme.

—¿Qué me pedirá después? —insistió, frunciendo el ceño.

—Nada, se lo juro por mi honor —le aseguró.

—¡Está bien! —claudicó Mary caminando hacia esa cómoda. Una vez que se situó frente a ella, lo miró—. ¿Qué hago ahora, lord Giesler? —añadió con retintín.

—Abra el primer cajón y levante el pañuelo rojo que encontrará a su izquierda —le indicó. Pese a que no le convenía moverse, colocó los codos sobre el colchón y, soportando el tremendo dolor que ese esfuerzo le causó, se inclinó lo suficiente para verla. ¿Cómo actuaría? ¿Se sorprendería al descubrirlo o se lo lanzaría de nuevo? ¿Qué pensaría de él? ¿Lo acusaría de ser un demente y saldría de allí corriendo? Con los ojos clavados en ella, contuvo la respiración al observarla extender el cajón. Cuando Mary levantó el paño, se quedó inmóvil y contempló en silencio lo que halló—. ¿No me ha dicho que su única intención fue que la recordara el resto de mi vida? Pues ahí tiene la prueba, Mary. No la he olvidado, ni voy a...

—Lord Giesler —le interrumpió Shals después de llamar a la puerta dos veces y abrirla—, el señor Moore acaba de llegar. ¿Desea recibirlo?

—Sí, por supuesto. Estábamos esperándolo —respondió Philip sin retirar la mirada de ella, que, al escuchar al mayordomo, cerró de golpe el cajón y saltó hacia atrás.

Capítulo IV

Shals se echó a un lado para dejar pasar al médico. Una vez que este accedió a la habitación, su mirada se dirigió en primer lugar hacia ella. Respiró aliviado al ver que permanecía frente a la chimenea, alejada del lord. Que Mary tomara la decisión de operarlo con urgencia, cuando era consciente de que podía retrasarse unas horas más sin que corriera peligro, no le provocó tanto estupor como conocer que se hallaba en la alcoba de un hombre a solas. Pero todo lo que había imaginado desapareció de su cabeza al verla tan retirada del paciente. Mary no era como Elizabeth, quien ponía en riesgo constante su honra. Su segunda hija era tan fría como un témpano de hielo y, por muy atractivo que fuera el hombre, jamás lo miraría de otra forma que no fuese para experimentar alguna nueva teoría médica. Sin embargo, no le pasó desapercibido el rubor que exhibía. ¿Las mejillas le ardían por la proximidad al fuego o por la excitación que debía sentir al operar por primera vez a una persona sin su consentimiento? No se atrevió a preguntar... Lo mejor era no saber más allá de lo que sus viejos y cansados ojos observaban. Con paso lento, se acercó a su hija y, tras hacer una escueta revisión a su indumentaria, confirmando las palabras de su esposa, la saludó.

—Buenos días, hija.

—Buenos días, padre.

Mary advirtió que su padre se encontraba bastante cansado, pese a presentar una imagen impoluta y correcta. Estaba convencida de que su madre lo había esperado en la puerta y, antes de que pudiera dar un diminuto paso hacia el interior de la casa, le habría dado la vuelta y le habría arreglado la corbata y la camisa mientras le explicaba lo ocurrido. En cuanto oyó *lord Giesler, Mary, enfermedad y residencia* en la misma frase, ni su estado de fatiga le habría impedido acudir. Estuvo a punto de soltar una carcajada al imaginárselos divagando sobre su conducta cuando descubriese la identidad del hombre al que debía salvar. ¿Temerían por su vida? No la suya, sino la del paciente. Si era así, debían respirar tranquilos porque, en ese momento, no deseaba matar al engreído que la llamó bruja antes de lanzarle unos rulos metálicos. Al recordar ese día, se tensó de nuevo. ¿Por qué diablos había guardado uno de esos artefactos? ¿Por qué lo escondía bajo un paño de seda? Había tenido mucha desfachatez al mostrárselo. ¿Quería humillarla o tal vez deseaba que observara con sus propios ojos la prueba del delito? Si pensaba que el impacto del rulo originó su enfermedad, era más idiota de lo que suponía.

Mientras ella divagaba en silencio, Randall atravesó la habitación hasta colocarse junto a Philip, justo en el lugar donde su hija había pasado la noche. Sus dedos seguían entrelazados en el asa del maletín, como si no quisiera desprenderse de él. Miró de nuevo a Mary, luego contempló al paciente y habló con visibles muestras de temor:

—Buenos días, milord. Disculpe la tardanza. Le aseguro que he venido tan pronto como fui informado por mi esposa. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor, señor Moore —respondió Giesler algo confundido por la actitud distante del médico hacia su hija.

Pero claro, él no sabía qué ideas barajó el matrimonio sobre Mary y su maldad cuando descubriese la verdadera identidad del paciente.

—Imagino que se hallará bastante dolorido —indicó Randall tras relajarse.

Por lo menos no le había arrancado la lengua. Tal vez sí que había adoptado el comportamiento de un médico y no la de una mujer despechada, como pensó Sophia. Nunca había visto a su esposa tan preocupada por la vida de alguien ni rezando a su madre creadora para que lo mantuviera a salvo. Despacio, se giró hacia la mesita y apoyó en ella el pesado maletín.

—El normal después de la intervención que ha realizado la señorita Moore —respondió con cierto sarcasmo. Esperaba que sus palabras eliminaran la posible inquietud del médico, pero no fue así. La anciana figura de Moore se tensó como una cuerda de violín.

—Voy a inspeccionar la zona —dijo cuando sus manos se liberaron de la pesada maleta de cuero negra. La abrió y sacó unas tijeras—. He de quitarle el vendaje, milord.

—¿Por qué? —espetó Philip entornando los ojos.

—Porque necesito asegurarme del estado en el que se encuentra —explicó tras mirar a Mary con rapidez.

—Respiro, hablo con coherencia y percibo con facilidad el dolor que radia la herida. Ya no tengo fiebre y me siento mucho más fuerte que antes. ¿Esas no son señales suficientes para confirmar que, gracias a su hija, me encuentro bien? —apuntó mordaz.

—No se trata de eso, milord —comentó Mary acercándose a la cama. Pero frenó el paso cuando su padre alzó la mano izquierda hacia ella.

—Tengo que corroborar que el trabajo que ha realizado mi hija ha sido correcto.

—Lo ha sido —aseveró Philip tajante.

Mary no podía abrir más los ojos ante la sorpresa que le causaban las palabras de lord Giesler. ¿Qué pretendía actuando de esa manera tan irritante? ¿Iba a rechazar la ayuda de su padre? ¿Por qué? ¿Acaso el cloroformo lo tenía tan aturdido que no era capaz de pensar con sensatez?

—No dudo de la habilidad de mi hija —expuso Randall elevando el pecho—. Créame cuando le digo que pondría mi vida en sus manos sin dudarlo ni un solo segundo, pero, por si no es consciente de ello, Mary no posee la licencia médica que le otorga el poder de actuar como lo ha hecho. Si no ha obrado bien, si ha cometido un pequeño fallo, las repercusiones futuras serían terribles. Todo el mundo hablaría de su impetuosa actuación, del desastre que cometió y la tragedia que sufrirá Londres al perder a un distinguido miembro de la alta sociedad alemana. ¿Quiere que mi hija sea condenada por asesinato cuando lo único que ha hecho por usted es un acto de piedad?

—Sandeces... —masculló Giesler—. Su hija ha obrado perfectamente. Nadie hablará de lo ocurrido esta noche aquí. Pero en el hipotético caso de que sucediera, me convertiré en su fiero defensor.

—No lo hará si muere —intervino ella más asombrada que nunca.

No había dudas. Mary confirmó que los posibles efectos secundarios de la anestesia eran horribles. Todos los pacientes reaccionaban de manera diferente: unos saltaban sobre los colchones como si tuvieran chinches en el cuerpo, otros gritaban como si vivieran en la época de Neanderthal, otros se volvían unos niños pequeños y se consolaban chupándose el dedo. No obstante, el caso de lord Giesler era lo más demencial que había visto. ¡Solo le faltaba levantarse de la cama y empuñar una espada, como si fuera un caballero medieval protegiendo el honor de su esposa!

—Opino igual que usted, milord. Sin embargo, he de verificar su labor —reiteró con vehemencia—. ¿Puedo cortarle de una vez las vendas o desea continuar esta absurda conversación? —añadió vertiendo sobre las tijeras y sus manos un líquido incoloro.

—Haga todo aquello que necesite para confirmar el buen hacer de su hija —dijo al fin.

Mientras observaba cómo rasgaba las vendas, Philip tuvo que admitir que Mary había heredado el comportamiento atrevido de su padre. Ningún hombre se habría dirigido a él con tanta insolencia por temor a una posible represalia. Sin embargo, allí estaba, cortando el vendaje, apartando la tela de su cuerpo y revisando la herida sin parpadear después de insinuar que no estaba en condiciones de pensar con lucidez.

—¿Has utilizado *catgut* [4] como hilo de sutura? —preguntó Randall sin mirarla al tiempo que palpaba los alrededores del corte, confirmando que no había dejado espacios al coserlo. Si Sophia lo hubiera acompañado, descubriría que otra de las habilidades de Mary era la costura, pues lo había cosido con gran destreza.

—¡Por supuesto! —exclamó ella acercándose hasta que se colocó a su lado.

—¿En qué estado la encontraste? —volvió a preguntar sin dejar de palpar los alrededores de la herida.

—A punto de estallar. Por suerte, actué a tiempo. Unas horas más y habría sido demasiado tarde para él... —aseveró ella con firmeza.

—¿Cómo lo descubriste? —Tras hacer la pregunta, Randall se alzó, buscó en el botiquín una pequeña gasa, la roció con antiséptico y se la colocó sobre la herida.

—Los indicios eran evidentes, pero lo confirmé al palparle la zona. Estaba tan hinchada como la del difunto señor Skinner. Sin embargo, lord Giesler ha corrido mejor suerte —explicó antes de alzar despacio su barbilla y contemplar el rostro desencajado de su paciente.

—¿Te aseguraste de que no hubiera perforación? —continuó preguntando Randall sin hacer alusión a la comparación que hizo entre los pacientes.

No era adecuado que repitiera tantas veces que podía haber muerto, pero Mary, tras lo ocurrido con el señor Skinner, no era capaz de pensar en otra cosa. De ahí que actuase sin pensar en las posibles consecuencias.

—Sí. Antes de extraerla la revisé varias veces, pero no encontré suciedad sobre la superficie —continuó explicando—. Luego, cuando la puse sobre la bandeja, confirmé que no había poros.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Utilizaste el método de Fizz? —El padre cogió de su maletín otra venda con la que cubrir la herida.

—No, me basé en el método Moore —continuó divertida. Al comprender que su padre no se divertía tanto como ella, prosiguió—: Abrí, busqué, encontré, corté, limpié, cautericé y cerré —aclaró Mary enderezando al fin la espalda. Cuando dedujo que su padre enrollaría la nueva venda alrededor del abdomen del lord, miró al mayordomo y le preguntó—: ¿Shals, puede ayudarme? Mi padre es tan cabezota que piensa que puede hacerlo solo.

El comentario hizo sonreír a Philip, pues halló otra semejanza entre ambos.

—Sí —respondió el mayordomo avanzando hacia ellos con rapidez.

Randall dio a su hija la venda, se colocó a su derecha y esperó a que el empleado metiera bajo las piernas del lord una almohada. Con la ayuda de ambos, las manos de Mary se movieron ágiles sobre las caderas del paciente. Mientras lo hacía, descubrió que Philip la observaba de manera extraña. No era angustia, ni enfado ni malestar, sino veneración lo que expresaban aquellos ojos tan azules como los de ella.

—¿Qué cantidad de cloroformo le has proporcionado? —le dijo tras confirmar que el vendaje se aferraba perfectamente al cuerpo—. ¿Tuviste en cuenta el tamaño del paciente?

—No al principio —contestó con una amplia sonrisa—. Pero después de escucharle gritar al clavarle la punta del escalpelo, corregí con rapidez mi error. Como ha podido apreciar, es la primera vez que debo sedar a un hombre con la misma complexión que un caballo.

Ese comentario no agradó a Philip. Ni tampoco le gustó que lo compararan con un caballo.

¿No había otro animal más bonito, como un águila?

—¿Cuánto fenol has utilizado?

—Todo el que llevaba en el maletín —admitió Mary tras apartarse de Shals y de su padre—. Tuve que obligar a los empleados que me ayudaron a rociarse las manos después de lavarlas con jabón.

—Doy fe de ello —comentó Shals sonriente—. Gracias a la orden de la señorita Moore, muchos de los sirvientes han descubierto que bajo la mugre poseen una piel tan blanca como el nácar.

—Conozco el carácter de mi hija y estoy seguro de que nadie pudo acercarse sin haber seguido sus instrucciones al pie de la letra —indicó Randall sonriendo por primera vez desde que entró.

—¿Cuánto tiempo tardaré en recuperarme? —preguntó Philip al médico mientras Shals le quitaba la almohada de las piernas y se la acomodaba bajo la espalda.

—Como mínimo, ha de permanecer en reposo diez días —respondió—. Es vital que no se mueva durante ese tiempo. La sutura es perfecta y sería una lástima que, después de un trabajo tan esmerado, lo arruinara al intentar moverse más de lo debido. Necesitará ayuda para realizar sus funciones vitales, pero le aconsejo que, cuando las finalice, regrese al lecho lo antes posible.

—Tenía entendido que me recuperaría en cuarenta horas —comentó Philip mirando a Mary, quien apartó con rapidez sus ojos de él al no tener la decencia de cubrirse el pecho delante de ella.

—Mi hija, como bien ha dicho, ha realizado un trabajo sublime, milord, pero no un milagro —dijo mientras cogía de nuevo el asa del maletín con los dedos de la mano derecha y dibujaba una amplia sonrisa—. Lo visitaré todos los días para observar su evolución. Si en algún momento retornan los vómitos, las fiebres o un inesperado malestar, le ruego que me avise de inmediato.

—La señorita Moore nos ha indicado que debe tomar ciertos medicamentos para disminuir su dolor —apuntó Shals señalándole con el dedo el bote de cristal que había sobre la mesa redonda de su izquierda.

—¿Le has proporcionado suficientes? —le preguntó Randall.

—Tiene para tres tomas durante ocho días —admitió Mary.

—Perfecto. Cuando las finalice, si necesita más, yo mismo se las traeré... —explicó el médico dando un paso hacia atrás.

—Señor Moore, antes de marcharse, indíquele a mi mayordomo la cuantía de sus honorarios. Pienso que... —intentó decir Philip, pero al ver la cara de espanto del médico, se quedó callado.

—No tiene nada que pagarme, milord. Como ya le he aclarado, mi hija no posee la licencia requerida para realizar este tipo de trabajos y no puedo, ni quiero, aceptarlo.

—¡Insisto! —exclamó Giesler intentando colocar de nuevo sus codos sobre el colchón, movimiento que le hizo gruñir de dolor.

—¡Será asno! —tronó Mary desesperada al observar la intención del paciente—. ¿No le ha dicho mi padre que no puede moverse solo?

—¡Mary Moore Arany! —bramó Randall al escuchar cómo se dirigía al lord.

—¿Arany?—preguntó Philip enarcando la ceja derecha y sonriendo al contemplar el sonrojo de ella.

—Cortesía de mi abuela materna, milord —respondió frunciendo el ceño y dirigiéndole a su padre una mirada cargada de represalia.

—Un nombre muy singular —susurró Philip divertido.

—¿Quiere hacerme alguna pregunta más? —intervino con rapidez Randall al notar que su

hija no iba a seguir manteniendo una actitud cordial por mucho tiempo.

—No —contestó Giesler sin apartar los ojos de ella.

La palabra más adecuada para describirla era volátil. Lo único que debía averiguar era en qué momento podría asaltarla con la guardia baja para que no le lanzara aquello que pudiera utilizar como arma. De eso se preocuparía más tarde, justo cuando pudiera levantarse sin la ayuda de nadie. Entonces la buscaría y le agradecería en persona lo que había hecho por él.

—Siendo así, hasta mañana —claudicó Randall extendiéndole la mano.

—Hasta mañana —respondió Philip, estrechándole con aparente dificultad la palma.

—Mary... —le dijo su padre una vez que se colocó a su lado—, vámonos. Es hora de que lord Giesler descanse con tranquilidad.

—Que tenga un buen día, milord. —Se despidió ella con tal frialdad que Philip sintió cómo se le congelaba el alma.

—Gracias de nuevo, señorita Moore —respondió despacio.

Mary le hizo una ligera reverencia y, sin decir una sola palabra más, caminó detrás de Shals y de su padre. Sin embargo, antes de cerrar la puerta, no pudo evitar mirarlo de nuevo. Ese íntimo cruce de miradas la abrumó. No entendía el motivo por el que su mente le advertía que su historia con el lord no finalizaría en aquel momento, sino que acababa de empezar. Horrorizada al pensar que volvería a encontrárselo, cerró la puerta con rapidez y suspiró.

—Ha de estar muy orgulloso de su hija —le dijo Shals al médico cuando ambos caminaban por el largo pasillo—. Nunca he conocido a una mujer tan valiente.

—¿Valiente o demente? —replicó Randall.

—¿No piensa que su hija ha obrado de manera correcta? —preguntó Shals confundido.

—Mary siempre actúa de manera racional, sin embargo, en esta ocasión no estoy tan seguro de eso. ¿Sabe qué tipo de repercusiones acarrearía si hubiera cometido un error?

—¿Error? —espetó Shals parándose en el rellano de la primera planta—. No ha habido ninguno, señor Moore. He sido testigo de la obra de muchos médicos y le aseguro que jamás he visto trabajar a una persona como lo ha hecho ella.

—¿No ha reparado en que se trata de una mujer y que no posee una licencia médica? —insistió Moore asombrado por el apoyo y respeto que el sirviente le mostraba a Mary.

—¿Y? —preguntó Shals mirándolo con incredulidad—. Estoy seguro de que si ella hubiera atendido a mi anterior amo, este aún seguiría respirando —comentó antes de extender la mano hacia las escaleras.

—¿No le importan las opiniones que este acto de supuesta valentía puedan causarle?

—No. Y, ese tema, como bien ha aclarado lord Giesler, no debe preocuparle. Le aviso que, tras la brillante actuación de su hija durante esta noche, nadie de esta casa recibirá, cuando enferme, a otro doctor que no sea la señorita Moore.

—Ella no es médico.

—Para nosotros sí lo es —manifestó Shals contundente.

—No hablaría de ese modo si la conociera mejor... —dijo Randall bajando el primer peldaño.

—Créame cuando le digo que todos hemos descubierto el afable carácter de la señorita Moore —expuso Shals divertido.

—¿De verdad? ¿Qué ha hecho esta vez?

Mientras bajaban las escaleras, el mayordomo le contó el momento en el que llamó a la puerta de la residencia. A Randall no le escandalizó escuchar que le lanzó el abrigo y que sin la presencia de un lacayo se dirigiera hacia la habitación del enfermo. Tampoco se sorprendió

cuando Shals le informó que llamó atajo de inútiles a los criados que pretendían bañar a su señor. Si hubiera actuado de otra forma, sí que estaría desconcertado. Pero solo le describió el típico carácter de su hija y su afán de salvar vidas, el mismo que el suyo. Esa reflexión le causó una gran tristeza. No era justo que la sociedad no permitiese que una mujer ejecutara el papel de un hombre, pese a tener más conocimientos y habilidades que ellos.

—Señorita Moore, aquí tiene su abrigo —comentó Shals extendiendo la prenda hacia ella.

Mary abrió los ojos como platos y soltó una maldición en alemán. Volvió con rapidez sobre sus pasos y, sin escuchar la regañina de su padre al oírla blasfemar, se alzó el vestido con ambas manos para regresar a la habitación.

Corrió por el pasillo hasta que llegó a la puerta del lord. Durante unos instantes, dudó si debía llamar o no. No lo hizo porque se imaginó que, una vez que se hallara solo y en silencio, la morfina lo habría adormecido de nuevo.

Tal como dedujo, tenía los ojos cerrados y respiraba con tranquilidad. No le supondría ningún problema acercarse a la mesita y coger su maletín. De puntillas, atravesó la habitación, se colocó junto al paciente y sonrió al ver que descansaba tranquilo. Sin hacer apenas ruido, se volvió hacia la maleta, la cerró y, al girarse de nuevo, se quedó sin respiración al descubrir que los ojos del hombre se habían abierto y la miraban con una intensidad desconocida para ella.

—Lo siento, he olvidado... —Se quedó callada al ver que él extendía la mano hacia ella mientras balbuceaba algo incomprensible.

Asustada, por si había empeorado durante el breve período de tiempo en el que permaneció solo, soltó el maletín en el suelo y le tendió la mano izquierda. El miedo se tornó en perplejidad cuando él tiró de ella con tanta fuerza que sus narices se tocaron.

—Eres una mujer fascinante, Mary Moore —le susurró—. Fascinantemente inolvidable —aseguró antes de que sus labios tocaran los de ella con dulzura.

La respuesta de Mary no tardó en llegar. Se apartó de él con rapidez y, pese al estado de nerviosismo que sentía al ser besada por primera vez, levantó la palma derecha y le asestó un bofetón.

—Usted es un grosero y espero que *fascinantemente* me olvide —dijo antes de levantar la barbilla, coger su maletín, adoptar una posición altanera y salir de allí a grandes zancadas.

Sin embargo, una vez que Mary cerró la puerta, se apoyó en esta, se llevó la mano con la que le golpeó hacia el corazón y suspiró. ¿Por qué le había abofeteado? ¿Acaso no era consciente de que el cloroformo aún vagaba por sus venas? El lord aún no estaba lúcido y actuaba bajo los efectos del narcótico. Sería una tragedia para ella que recordara lo que había sucedido. Si fuera así, se encontraría en un grave problema. La compasión, sentimiento que no había tenido desde que comprendió la acritud del mundo que la rodeaba, brotó desde sus entrañas. Pero esta desapareció de inmediato al escuchar una grandiosa carcajada procedente del interior de la habitación.

—*Verdammtter Schurke!* [5] —tronó antes de bajar las escaleras con la misma rapidez que las subió.



—Sabes que no deberías sentirte tan orgullosa de lo que has hecho, ¿verdad? —le preguntó Randall a su hija una vez que ambos se acomodaron en el interior del carruaje y depositaron los

respectivos maletines sobre los sillones—. La intervención ha sido un éxito, pero no debiste hacerla tú sola.

—Actué por instinto, padre —respondió ella mirando por la ventana.

—¿Por instinto? —espetó él enarcando las cejas—. ¿Desde cuándo te dejas llevar por ese tipo de cosas?

—Tenía una enorme inflamación. Los vómitos que observé...

—¿No pudiste esperar siete miserables horas, Mary Moore Arany? —insistió el padre enojado—. ¿Te has parado a pensar en las consecuencias si no hubieras trabajado correctamente? ¡Estamos hablando de un lord!

—¿Desde cuándo hace ese tipo de distinciones sociales, padre? —replicó, girando lentamente su cabeza hacia él para mirarlo—. Me ha enseñado que las enfermedades no se apiadan de quienes las sufren. Se observa, se hace un diagnóstico, se actúa y, cuando todo ha finalizado tal como se desea, uno regresa a su hogar satisfecho por haber salvado una vida —dijo con firmeza.

—¡Desnudo! —clamó fuera de sí Randall—. ¡Ese hombre estaba totalmente desnudo! ¿Cómo has sido capaz de mantenerte de pie, Mary? ¿Por eso te sonrojaste al verme entrar? ¿Sentías vergüenza por haber estado frente a un hombre desnudo?

—*Ist das ein problem, Vater?* [6]

—Sí. Para mí eso es un gran problema, hija —confirmó Moore.

—Por si no lo recuerda, desde que lo acompaño he visto muchos hombres desnudos —apuntó con desdén—, y su querido lord no es diferente a los demás.

—¿Sabes qué ocurrirá si alguien de esa casa difunde que operaste a su señor mientras él se hallaba desnudo? ¡Tu madre nos matará, porque ya no hablarán del carácter agrio de su segunda hija, sino de su descaro y falta de decoro!

—¿Quería que lo interviniese vestido? —espetó airada.

—Podrías haberle extendido la sábana, como hemos hecho en multitud de ocasiones —manifestó Randall sin aminorar su enfado—. Pero no. Tú no pudiste pensar en una cosa tan sencilla...

—Me preocupaba más su vida que averiguar su complexión física —declaró mordaz. Aunque se guardaría para sí su valoración del fuerte y robusto cuerpo del lord. Sin contar con la sorpresa de ver, por primera vez, un sexo masculino real—. ¿No he hecho un buen trabajo? ¿No he salvado su vida?

—Eso parece.

—¿Mejorará? —persistió tenaz.

—Esperemos que lo haga —comentó Randall mediante un suspiro.

—Entonces... ¡olvidemos lo demás! —apuntó seria.

—¿Crees que le resultará tan fácil a lord Giesler olvidar que una mujer lo ha visto desnudo?

—¡Oh, vaya! —exclamó con una leve sonrisa—. ¿De verdad cree que es la primera vez que se ha mostrado de esa forma delante de una mujer? ¿Acaso no recuerda que es el mejor amigo de lord Bennett? ¿No ha escuchado lo que rumorean sobre ellos?

—¡Mary Moore Arany, no me hables con ese tono!

—Padre, no sea ingenuo, por favor. Seguro que, dentro de un par de horas, cuando se le haya pasado el efecto del sedante, su querido lord Giesler olvidará lo que ha ocurrido y se centrará en apaciguar el dolor que ha de soportar —manifestó antes de cruzarse de brazos y volver a mirar por la ventana.

—¿Y si no lo hace?

—Lo haré —claudicó tajante.

Sin embargo, ella sabía que no lo haría. Aquel miserable guardó un rulo suyo bajo un paño de seda, la miró con veneración, la defendió como un justiciero y, para aumentar la lista de sucesos horribles entre ellos, la besó. Solo albergaba la esperanza de que el bofetón le hiciera comprender que más le valía olvidarla si deseaba vivir unos años más.

Capítulo V

—¡No me lo puedo creer! —exclamó horrorizada Sophia después de escuchar la exposición de su marido—. ¿Cómo ha podido ser tan imprudente? ¿Operar? ¿Ella sola? ¿Por qué lo hizo?

Por suerte para su hija, nada más llegar a su hogar, subió las escaleras y se escondió en su habitación. Sabía cómo actuaría su madre cuando él le contara todo lo ocurrido y, como mujer inteligente que era, decidió resguardarse del peligro. Pero él no podía huir como Mary...

Randall miró a su esposa, esta caminaba de un lado para otro del salón. El lazo de su bata blanca se soltó con los bruscos movimientos y su cabello, habitualmente liso y suave como la seda, se encrespó al no dejar de tocárselo. Su enfado era comprensible; Mary había actuado impulsivamente, sin pararse a pensar en las consecuencias que su acto de caridad podría acarrearle en un futuro. Sin embargo, él se sentía muy orgulloso del trabajo de su querida niña. Cualquier otra persona en su lugar habría esperado la presencia de otro médico para corroborar el primer diagnóstico, pero ella no necesitó una segunda opinión y procedió con la pasión que mostraba siempre que alguien necesitaba su ayuda. Era cierto que había cometido una gran imprudencia, eso no podía discutírselo a Sophia, pero también debían alabar su buen juicio.

—Lo salvó —dijo después de buscar unas palabras tan impactantes que disminuyeran el enfado de su esposa.

—¿Cómo dices? —espetó ella, abriendo los ojos tanto que pudo verle con claridad la dilatación de sus pupilas.

—Nuestra hija le salvó la vida —respondió con tranquilidad.

—¡Randall Moore! ¿Te has vuelto loco? Porque solo así comprendería tu inadecuada postura —tronó angustiada.

—Pese a mi primera impresión, dudo mucho que lord Giesler sobreviviera a una enfermedad tan peligrosa como esa —añadió sin titubear.

—Pero... ¿no acabas de decirme que podría haber esperado hasta tu llegada? —aseveró frenética—. ¿Qué posición vas a tomar, Randall? ¿Sí o no? —añadió, entornando los ojos y posando ambas manos sobre su cintura.

—A mi juicio, pienso, creo y calculo que...

—¡No empieces a hablarme de esa forma o te juro por Morgana que dormirás en el sillón durante todo un mes! —lo amenazó.

—La posición es sí. Apoyo fehacientemente la decisión de Mary. Es, sin duda, el mejor trabajo que he visto en años —presumió orgulloso—. ¿Puedes creerte que tuve que mirar dos veces la sutura que realizó sobre la incisión? ¡Era perfecta!

—¿Mary... lo cosió? —preguntó asombrada—. ¡Pero si no sabe enhebrar una aguja!

—Pues te aseguro que sabe hacerlo, y muy bien. —Se recostó en el asiento, subió las gafas por el puente de su nariz, sonrió levemente y miró con ternura a su mujer—. En el fondo, creo que ella estaba en lo cierto...

—Entonces, actuó adecuadamente, ¿verdad? Lord Giesler no tomará represalias hacia ella, ¿correcto? —insistió Sophia desconcertada. ¿Qué debía hacer, castigarla durante dos años en su habitación o que Madeleine le preparara uno de esos pasteles que tanto le gustaban?

—Como ya te he explicado en varias ocasiones, este tipo de enfermedades son

impredicibles... —empezó a exponer al tiempo que se levantaba del cómodo sillón—. Es cierto que, si la fosa no explotó en el interior, la intervención podía retrasarse hasta mi llegada, pero como no podemos saber qué está sucediendo bajo nuestra piel hasta que abrimos, posiblemente su predicción se habría cumplido en minutos. Esas inflamaciones son diferentes en cada enfermo. Lord Giesler ha soportado dos días de dolor, fiebres y vómitos, el señor Skinner falleció antes de que aparecieran las fiebres.

—¡Por el amor de Morgana! ¡Había olvidado al señor Skinner! —exclamó llevándose las manos al rostro—. Mary aún no lo ha superado.

—Nunca se olvida la primera persona que muere en tus manos, querida. Sin lugar a dudas fue el peor momento de su vida e imagino que ha sido ese el motivo por el que actuó sin mi consentimiento. Revivió aquella noche y concluyó que tenía que salvar la vida de lord Giesler, a pesar de las consecuencias que obtendría en el futuro.

—¿Te aseguraste de que no le sacó de su cuerpo nada salvo la dichosa fosa? —preguntó algo más sosegada. Si era cierto, si su hija había calmado su conciencia y podía descansar en paz tras su valiente locura, no la castigaría, pero tampoco la premiaría. Si elogiaba a Mary, estaba perdida, porque no volvería a escuchar ni un consejo sin recordarle que sus racionamientos lograron un tremendo triunfo—. Después de lo que sucedió entre ellos hace unos días, podría haberle extirpado medio estómago para vengarse.

—¡Qué locuras dices, cariño! —exclamó Randall con una risa nerviosa—. ¿Cómo iba a hacer nuestra hija ese tipo de bobadas?

Pero lo cierto era que no lo confirmó y fue un descuido por su parte. Estaba tan preocupado por salvaguardar la temeridad de Mary que no reparó en los restos que había en la bandeja. Esperaba que su hija hubiera olvidado la venganza que juró llevar a cabo contra el hombre que la llamó Medusa y que, tal como decía su esposa, no aprovechara el momento para arrancarle con sus propias manos cualquier órgano vital.

—Y, ¿cómo se encontraba cuando accediste a su alcoba? —quiso saber su esposa.

—Bastante bien —admitió respirando al fin tranquilo. Si le hubiera faltado algo importante, no habría abierto los ojos—. Bastante bien —repitió para asegurar su propia deducción—. He de confesarte que su estado de lucidez me desconcertó. En otros pacientes, la recuperación ha sido muy lenta. Sin embargo, lord Giesler estuvo consciente en todo momento y razonó con claridad.

—Supongo que, cuando le anunciaste que fue nuestra hija quien le realizó la intervención, gritaría horrorizado como hizo la mañana que ella le lanzó los rulos metálicos —comentó Sophia mirándolo sin parpadear.

—Pues no. Todo lo contrario. Lord Giesler la defendió con vehemencia.

—¿La defendió? —preguntó Sophia boquiabierta.

—No solo él, sino también su mayordomo principal. Te prometo que pensé que el lacayo me lanzaría uno de los candelabros a la cabeza cuando la regañé delante de ellos —explicó Randall alargando la mano hacia su esposa.

Tenía que descansar. Estaba demasiado agotado para afrontar el día y, como su querida esposa se había calmado bastante, era el momento de llevársela a la alcoba y que el médico tomase el papel de enfermo. ¿Qué más podía desear un marido después de una noche sin descanso y de la situación vivida en la residencia del lord? Solo una: quedarse dormido en los brazos de su mujer.

—¿Le explicaste todo lo que sucederá si se descubre que Mary lo atendió? —dijo Sophia aceptando ese brazo.

—Lo comprendió con rapidez y eso le causó un terrible enfado —indicó, abriendo la puerta.

—¿A quién? ¿A lord Giesler o al mayordomo? —perseveró ella sin aclararse.

—A ambos. El empleado me advirtió que nadie de la residencia acudiría a otro médico que no fuera nuestra hija y lord Giesler dijo que se convertiría en un fiero protector de Mary si alguien se atrevía a reprochar su buen hacer.

—¿Que dijo qué? —espetó Sophia abriendo de nuevo los ojos de par en par.

—Que se convertiría en su fiero protector —repitió Randall.

—¿Cuánto cloroformo le suministró Mary? —insistió su esposa ayudándole a subir el primer peldaño de la extensa escalinata.

—¡Casi un cuarto del bote! ¿No te parece gracioso? ¡Lord Giesler permanecerá sedado una semana entera! —comentó divertido Randall—. Tal vez, cuando su cuerpo elimine toda esa cantidad de somníferos, no recuerde que Mary le operó desnudo —añadió riéndose sin parar.

—¿Cómo has dicho? —tronó Sophia parándose bruscamente en la escalera—. ¿Nuestra hija ha visto desnudo a ese hombre?

—¿Yo he dicho eso? No lo recuerdo, querida.

—Randall Moore..., ¡habla ahora mismo! —En mitad de la escalera, Sophia se apartó de su esposo y se cruzó de brazos.

—No estuvo sola en ningún momento. La hermana del paciente y más de diez sirvientes presenciaron todo —comentó, sin saber si correr, como había hecho Mary al llegar, o regresar al salón y encerrarse hasta que el nuevo enfado de su esposa cesara—. Por eso, no puedes, ni debes, pensar que tuvieron un momento íntimo. Todos los allí presentes...

—¿Desnudo?! —tronó—. ¿Mi hija vio a ese hombre desnudo? ¿Y piensas que lord Giesler se olvidará de ello? ¿Que nadie de esa casa comentará que nuestra hija, a quien esperamos casar algún día, ha tenido la indecencia de ver a un hombre desnudo? —Su garganta se hizo tan delgada y alargada como el cuello de los patos del lago al ver aparecer a Josephine con el arma.

—Sophia..., cariño..., tal vez... Yo... —intentó decir.

—¡Mary Moore Arany! ¡Ni se te ocurra dormirte! ¡Tenemos que hablar! —gritó tras levantarse el camisón y subir las escaleras en tropel.

—Gracias a Dios... —suspiró el médico retrocediendo muy despacio esos peldaños que había subido acompañado de su esposa.

Miró hacia el primer piso y se volvió a su despacho. La elección más acertada sería descansar en un diván duro antes que soportar la disputa que madre e hija tendrían durante las próximas horas...



—¿Se encuentra bien, milord? —preguntó Shals a Philip cuando entró de nuevo en la alcoba.

—¿Se han marchado ya? —contestó este, realizando un gran esfuerzo para mantenerse levemente inclinado.

—Sí. El señor Randall y su hija están de regreso a su hogar. Como no tenían carruaje, me he tomado la licencia de ofrecerles uno de su señoría —le informó mientras caminaba hacia él.

—En ese caso... ¡Me encuentro horrible! —tronó. Reposó al fin la cabeza en la almohada y miró al techo—. ¡Esto duele muchísimo!

Shals, confundido por el cambio de salud tan radical de su amo, cogió el bote de pastillas y sacó las que le recomendó el médico.

—Pensé al verlo inclinarse y al charlar con el médico que no se encontraba tan mal... —dijo acercando las cápsulas hacia la boca de Philip. Las posó sobre la lengua y le acercó un vaso de agua.

—¿Recuerdas la infección que padecí durante mi primer viaje a las islas caribeñas? —preguntó después de tragarse el medicamento.

—Sí, milord. Jamás lo he visto tan débil y enfermo. He de confesarle que pensé que no regresaría a Londres... vivo —explicó consternado.

—Pues esto es peor... —suspiró, echando de nuevo su cabeza sobre el almohadón.

—¿Quiere que llame al señor Moore? Seguro que él sabrá...

—¡No! ¡Ni se te ocurra hacerlo! No deseo que se preocupe por nada. Seguro que culpabilizaría a su hija de mi malestar y no voy a consentir que eso suceda.

—Claro, milord. Tiene toda la razón. Después de presenciar la regañina hacia la señorita Moore, la responsabilizará de todo y, si en ese momento apacigué las ganas de asestarle un buen cocotazo con uno de los candelabros que tiene en la repisa de la chimenea, no lo dudaré la próxima vez. ¿Cómo se ha atrevido a reprenderla de ese modo? ¡Esa muchacha le ha salvado! —comentó iracundo—. Si su propio padre no es capaz de apoyarla, ¿quién lo va a hacer? —añadió.

—El señor Moore es un fiel defensor de su hija, junto con el señor Flatman, pero creo que se ha asustado —reflexionó Philip—. Quizás es la primera vez que ella ha actuado sin su consentimiento.

—Estaba en peligro, milord. Ella actuó con prontitud porque dedujo que podía morir —le informó—. Después de mirar sus vómitos, ella colocó las manos sobre su cuerpo y fue palpándole despacio la zona que ha operado.

¿Tocándolo? Hasta que Shals no hizo referencia a su desnudez, él no reparó en ella. ¿Mary había tocado su cuerpo y él estaba inconsciente en ese momento? ¡Eso era imperdonable! ¿Desde cuándo no sentía las caricias de una mujer? ¿Se habría excitado al notarla? Seguro que sí. Su miembro actuaba por sí mismo sin la necesidad de una orden mental. ¿Lo habría dejado en buen lugar? ¿Cómo reaccionó ella? De repente, una sonrisa de orgullo cubrió su cansado rostro. Hasta el presente, ninguna de sus amantes se había quejado de su complexión física, era más, lo ensalzaban y lo admiraban. ¿Mary también lo habría mirado de ese modo? ¿A qué conclusión habría llegado? La respuesta podía obtenerla a través de Shals, pero debía de ser cauto si no quería que le lanzara el candelabro que deseó tirarle a la cabeza del padre; por la emoción con la que hablaba de ella, era notable su admiración.

—¿Por qué mi hermana la hizo llamar? —Aun sabiendo la respuesta, decidió comenzar desde el principio, para averiguar todos los detalles.

—La señora Reform decidió presentarse en el hogar Moore después de su último estado febril —empezó a explicar Shals, evitando comentar que él gritaba el nombre de la muchacha como si no hubiera otra mujer en el mundo—. Como ya descubrió, el doctor no se encontraba en la residencia y en su lugar se presentó su hija. He de aclararle que, cuando entró y me lanzó el abrigo a la cara, deseé sacarla a patadas —expuso. Sus labios se extendieron para mostrar una sonrisa traviesa mientras aceptaba la invitación de su amo a sentarse justo en el sillón donde ella pasó toda la velada—. Pero su hermana impidió que lo hiciera. Sin más dilación, la joven subió las escaleras de tres en tres con su maletín en la mano y entró en la habitación sin avisar. Fue entonces cuando encontró a tres de los sirvientes agarrándolo. Tan solo intentaban cumplir el mandato de la señora Reform: darle un baño helado. Sin embargo, fueron ellos quienes se quedaron congelados cuando la señorita Moore les gritó *atajo de inútiles*.

Philip soltó una carcajada que le causó más daño que diversión.

—Continúa —lo animó mientras respiraba hondo y se llevaba la mano izquierda hacia el vendaje.

—Los obligó a que lo posaran de nuevo sobre su lecho. Luego se acercó y comenzó a inspeccionarlo, tal como le he dicho. Cuando le anunció a la señora Reform que debía operarlo, su hermana no daba crédito a sus palabras. Intentó persuadirla, pero, según he comprendido, es difícil que la señorita Moore cambie de opinión sobre algo en lo que está completamente segura.

—¿Y? —preguntó Giesler sonriendo con más cuidado.

—Y, en menos de una hora, usted se encontraba sobre unas mesas bajo la atenta mirada de la joven médica. Le prometo que el tiempo se nos hizo eterno, pese a que la muchacha no cesaba de hablar sobre investigaciones que han realizado sobre la enfermedad. Intuí que las narraba para que la señora Reform, quien se sentó en el sillón junto a la chimenea desde que lo vio sangrar, se relajara. Pero todos estábamos en tensión hasta que sacó de sus entrañas eso que lo dañaba. Después lo cosió y bajó a la cocina a desayunar acompañada de su hermana.

—¿Pudo comer algo después de ver lo que guardo en mi interior? —espetó asombrado por la frialdad de Mary.

—Sí, milord. La señorita Moore se tomó dos tazas de café, tres tostadas y un huevo escalfado, mientras que la señora Reform no pudo ni terminar el té que le sirvieron —apuntó con cierta diversión.

—¡Fascinante! —exclamó Giesler tras suspirar y fijar la mirada en el techo.

—¡Ni que lo diga! —respondió Shals levantándose del sillón. Había llegado el momento que esperaba y, como sabía qué reacción tendría su señor, lo mejor era alejarse de él porque, pese a sentirse tan mal, cuando escuchara lo que tenía pensado decirle era capaz de levantarse y estrangularle—. Es una lástima que no podamos hablar sobre lo que ha sucedido aquí esta noche, milord.

—¿Por qué? —le preguntó entornando los ojos.

—Esa muchacha es un verdadero tesoro —declaró a los pies de la cama—, y es una pena que nadie sepa cómo es realmente.

—¿Por qué? —repitió tosco.

—Porque... ¿qué hombre no desearía casarse con una mujer que lo libraría de la muerte sin dudarle un segundo? Si los solteros de esta ciudad supieran el don de esa joven, el señor Moore tendría, a las puertas de su hogar, un sinfín de pretendientes esperándola con impaciencia —comentó con entusiasmo.

—¡De aquí no saldrá ni una palabra! —gruñó Philip, incorporándose pese al dolor que sentía—. ¡Le he dado mi palabra a su padre y la cumpliré!

—¡Oh, milord! No me malinterprete —se apresuró a responder Shals—. Le juro que nadie de esta casa comentará nada. Todos han comprendido que sus puestos corren peligro si no son capaces de mantener la boca cerrada —agregó con aparente tensión.

—Perfecto... —manifestó Giesler tumbándose de nuevo.

—Si su señoría no requiere de mis servicios, acudiré a...

—Una cosa más antes de marcharte —le interrumpió.

—¿Sí? —preguntó, degustando el sabor de la victoria.

—¿Quién, de todos los que trabajan para mí, puede realizar un trabajo que requiere mucha discreción?

—Todos, milord. Nadie de esta casa...

—Pues escoge a uno de ellos y que vigile a la señorita Moore mientras yo no pueda salir de

esta maldita habitación —ordenó tajante.

—¿Piensa que puede estar en peligro? ¿Que alguien puede hacerle daño? No me ha parecido que necesite protección, señor. Ella...

—¿No me has escuchado bien, Shals? ¿Tengo que llamar a otro lacayo para que ejecute mi orden sin rechistar? —insistió, mirándolo con fiereza—. He dicho que alguien la vigile y que me cuente todo lo que hace.

—¡Por supuesto, milord! Ahora mismo me pongo a ello —respondió antes de cerrar la puerta.

Cuando su amo no pudo mirarlo, sonrió ampliamente. ¿Había captado la indirecta? ¿O más bien debía definirla como una gran directa? Fuera lo que fuese, el plan había empezado mejor de lo que esperaba...

¿Un marido? ¿Pretendientes?

Philip apretó los puños y golpeó el colchón. ¡Maldita fuera su enfermedad y la incapacidad de levantarse de la cama! ¿Cuánto tiempo le había dicho el señor Moore que debía permanecer allí? ¿Un mes? ¡Pues él conseguiría recuperarse en la mitad de tiempo! Después de esperar a que Bennett se marchara a su residencia campestre con tres de las hermanas, después de indagar sobre ella y quedarse impresionado por ese tosco carácter y brillante intelecto, después de verla con aquel camisón y de guardar un objeto suyo, convirtiéndolo en su amuleto..., ¿iba a permitir que otro hombre apareciera en su vida? ¡No, rotundamente no! Si un hombre osaba presentarse en la residencia Moore pidiéndole matrimonio... ¡le arrancaría la cabeza! ¡Mary Moore Arany era su Medusa, su bruja y lucharía por tenerla, aunque tuviera que ir arrastrándose como un gusano por las calles de Londres!

Capítulo VI

¡No era justo! ¿Por qué debía permanecer castigada dos semanas por una cosa tan absurda? Su madre olvidó el prodigio que había realizado: salvar la vida de un hombre, y solo se centró en que ella lo había visto desnudo. ¿Cómo iba a operarlo, con una venda cubriéndole los ojos?

Mary resopló por decimoquinta vez y se sentó en el alféizar de su ventana. Solo llevaba cinco días encerrada en su hogar y ya habían surgido los primeros indicios de una monumental locura: no se había cambiado de camisón, ni tan siquiera se había cepillado el pelo ni una sola vez, sonreía sin ningún motivo, deambulaba por la habitación buscando telarañas a las que soplar, pasaba el dedo por las paredes para sentir la rugosidad de estas... ¿Cómo iba a soportar una crueldad semejante durante tanto tiempo? Miró el exterior y resopló. Durante los días anteriores no tuvo el anhelo de salir del hogar, pues la lluvia la ayudó a superar su agonía. Pero aquella mañana, para su desgracia, las nubes se disiparon del cielo y el sol, pese a hacer frío, se mostraba en todo su esplendor, templando ligeramente la ciudad. Se abrazó las piernas, cuyas rodillas tocaban su pecho, y centró la vista en la cama de Anne. La extrañaba. Añoraba las conversaciones y la presencia de la mayor de sus hermanas. Seguro que, si hubiera estado allí cuando su madre se presentó en la habitación hecha una furia, habría apaciguado con rapidez su cólera. Sin embargo, tuvo que enfrentarse sola y, por más que insistió en que no había reparado en aquel cuerpo masculino, la mirada reprochadora de su madre expresó que no la creía.

Y estaba en lo cierto...

¿Cómo no iba a admirar un cuerpo semejante? ¡Si era prácticamente perfecto! Tal como admitió esa noche, una que su cerebro no dejaba de recordar, lord Giesler era digno de ser estudiado como un ejemplar de *Homo sapiens* perfecto. No le cabía duda alguna que, si hubiera vivido en la Prehistoria, sería el mejor cazador. ¿Cazador? ¡No! ¡Él sería el jefe de alguna tribu! Pero de una en la que solo hubiera mujeres. Sí, estaba segura de que, antes de abrir los ojos por la llegada de un nuevo día, tendría frente a él a más de diez caderas alzadas, esperando a ser usadas para engendrar nuevos hijos, nuevos jefes, nuevos hombres con un físico parecido al de su procreador. ¿Y si hubiera vivido en la época griega? ¡Oh, sin duda habría sido el muso de cientos de escultores! Y lo habrían perseguido los hombres... ¡y las mujeres!

Enfadada por compararlo en diferentes épocas y en semejantes situaciones, arrugó la frente y resopló. Era cierto que tenía un físico digno de una deidad: sus brazos, sus piernas y ese duro y fuerte torso le daban esa condición. Pero... ¿por qué debía reparar tanto en algo que para ella era trivial? Siempre pensó que, si encontraba a un hombre que estuviera más que dispuesto a soportarla, este sería inteligente, algo tímido y muy sensato. ¡Lord Giesler no era nada de eso! ¿Tímido? ¡Ja! ¡El muy canalla realizó un gran esfuerzo, poniendo en peligro su buen trabajo, para besarla! ¿Había sensatez en ese acto? ¡No, por supuesto que no! Eso ya le dejaba entrever que el hombre no era nada racional. Si lo hubiera sido, ni la habría besado ni habría hecho un sacrificio innecesario para obtener, como regalo, un buen bofetón. Dicha conclusión la dirigía hacia otra característica que no poseía: inteligencia. ¿Qué persona inteligente realizaba un plan tan absurdo para acercarla a él y darle un beso?

Mary se llevó la punta de los dedos de su mano derecha hacia la boca y sonrió. ¿Pensó, en algún momento de su vida, que el caballero que la besara por primera vez recibiría a cambio el

impacto de su mano? No. Pero tampoco pensó que nadie se atrevería a hacerlo. ¿Quién iba a desear a una mujer que podía matar con una mirada y con algún que otro medicamento que llevaba en su maletín? Sin embargo, aunque no quisiera admitirlo, le había gustado sentirse... *fascinantemente* inolvidable. Eso fue lo que lord Giesler le confesó antes de que pudiera ser consciente de lo que sucedía a su alrededor. Tal vez, no se anticipó a su descabellado plan porque seguía perturbada al encontrar uno de sus rulos guardado como si fuera un tesoro. Si su padre no hubiera accedido a la habitación en aquel momento, ella lo habría cogido y se lo habría lanzado de nuevo, para que no olvidara lo *fascinantemente* doloroso que podía ser un impacto semejante.

Enojada, no solo por el castigo sino por centrarse de nuevo en lord Giesler, saltó al suelo, retirándose de la ventana. No debía eliminar todo lo que su mente había cultivado durante años para rellenar esos huecos mentales con tonterías sobre hombres. Ella había determinado, desde que tenía uso de razón, que no aceptaría casarse con uno, pues todo su mundo se volvería trágico. ¿Qué esposo permitiría que ella acudiera a las reuniones médicas? ¿Qué marido cabal accedería a que su esposa lo abandonara en el lecho para acompañar a su padre a una urgencia médica? ¿Qué hombre podría soportar que su mujer lo sustituyera por un buen libro? ¡Ninguno! ¡No había nacido hombre capaz de ofrecerle la vida que deseaba! Debido a ello, no buscaba un cónyuge. La decepción destrozaría ambas vidas, los problemas aparecerían: discusiones, enojos, gritos, mentiras, infidelidades, tristezas, desilusión y, después de años y años padeciendo una infinita agonía, llegaría la muerte. La de él, por supuesto, porque ella no pensaba morir hasta los noventa, por lo menos...

Nerviosa y agobiada por el obligatorio encarcelamiento, empezó a pasearse por el cuarto hasta que fijó la mirada en la butaca que había a los pies de su cama. ¿Cómo se le había ocurrido una idea tan descabellada? ¿No le pareció suficiente con castigarla sin salir de la casa y sin permitirle leer ni un solo libro que también le impuso una tarea tan absurda? ¡Jamás tocaría aquel bastidor, ni pasaría el tiempo bordando! Pero... ¿cómo había pensado que ella se pondría a coser? ¿En qué momento de su vida le pidió que le dieran hilos y agujas? Se llevó las manos a las sienes y se las apretó, como si de ese modo pudiera hacer desaparecer un dolor de cabeza inexistente.

¡Toda la culpa la tenía él! Desde que lord Giesler apareció en su vida, esta se había trastocado. Y ahora, pese a que llevaba varios días sin saber nada de su paciente, pues su madre le advirtió a su padre que si le pasaba información dormiría eternamente en su despacho, seguía molestándola.

Estuvo a punto de coger la tela comprada para el bordado, que bien podía servirle de colcha para la cama, y hacerla jirones cuando escuchó ruido en el exterior. No se le habría ocurrido salir a Madeleine, ¿verdad? Porque colmaría su mala suerte que, mientras ella necesitaba su presencia para que su locura no aumentara, la menor de sus hermanas decidiera afrontar su timidez saliendo a la calle. Desesperada, corrió hacia la ventana con tanta prisa que su frente llegó antes al cristal que el resto de su cuerpo. Sus labios dibujaron una enorme sonrisa, la primera que mostraba desde que su madre cerró la puerta antes de gritarle que quemaría sus libros si la desobedecía. ¿Vendría a por ella? ¿Había decidido averiguar qué le había ocurrido para no acompañar a su padre a la residencia de su hermano? Si era así, daba gracias a... lo que fuera que todo el mundo creía por que se presentara allí. ¿No le dijo que se había convertido en su primera admiradora y que los Giesler la protegerían? Pues estaba en un grave aprieto y necesitaba esa protección... ¡de inmediato!

Sin esperar a conocer el motivo por el que ella acudía a su hogar, se dirigió al armario y buscó uno de sus vestidos. Aunque Shira no tardaría en subir, pues su madre la obligaría a llamarla para que la señora Reform no descubriese qué había hecho con su hija, ella no deseaba

retrasarse ni un minuto.



Seguía sin dar crédito a lo que estaba haciendo...

Cuando llegó un sirviente de Giesler a su hogar, a las ocho de la mañana, avisándola que debía presentarse en la residencia de su hermano lo antes posible, casi se murió de un infarto. Pensó que había empeorado, y eso que la tarde anterior confirmó que su estado de salud había mejorado. Preocupada, empezó a organizar a todos los empleados de la casa, pues cuando le anunció a su esposo que debía quedarse al cuidado de los niños, este le recordó que tenía una reunión importante y que no podía retrasarla. Sin Trevor... ¡tuvo que buscar otras alternativas y preparar su hogar en una hora! Y... ¿para qué? Para presentarse en el dormitorio de Philip y descubrir que no estaba enfermo, sino que se le había ocurrido una idea descabellada para la cual necesitaba su ayuda.

—Necesito que vayas a verla —le dijo nada más entrar.

—¿A quién? —preguntó ella enarcando las cejas. Si le pedía que hablara con alguna de sus amantes, le arrancaría los ojos en ese momento.

—A Mary.

Bueno, eso la relajó bastante, tanto que caminó despacio por la habitación hasta sentarse en el borde de la cama y mostrar una leve sonrisa.

—¿Por qué? —quiso averiguar.

—Sé que le ha sucedido algo. El señor Moore rehúsa hablar de ella cada vez que saco el tema y me extraña que después de lo que ha hecho no le interese cómo me encuentro —admitió Philip con angustia.

—Tal vez, solo quizá, no quiera saber nada de ti. ¿No has barajado esa posibilidad? —sugirió Valeria con mordacidad.

La sacaba de quicio el grandísimo ego de su hermano, odiaba que fuera tan vanidoso. Era cierto que las mujeres solteras, casadas, viudas e incluso de avanzada edad lo describían como un hombre encantador, elegante, seductor y con un porte digno de un dios, pero eso carecía de importancia. Debido a ello, su hermano no pensaba en buscar una esposa digna de un barón y solo ansiaba yacer en los brazos de amantes desvergonzadas. Valeria estaba muy preocupada por su futuro y esa preocupación aumentó después de leer la última carta que le envió el abogado de su abuelo, en la que informaba que la salud de este había empeorado y la apremiaba a ella para que restaurara la sensatez de su hermano. La negativa de Philip empezaba a ser peligrosa. Si no reclamaba el título familiar, el alma de su padre no descansaría en paz...

—Dado que no puedo hacer otra cosa durante el día salvo pensar, también he sopesado esa idea —declaró enfadado—. Pero sé que esa no es la respuesta. Una mujer como ella, tan apasionada, no puede olvidar de la noche a la mañana la evolución de la persona a quien salvó de la muerte.

—A lo mejor su padre la mantiene informada y él ha de permanecer en silencio —dijo Valeria.

Se temía que esa tampoco era la respuesta correcta. Lo poco que había conocido de Mary

se asemejaba a la conclusión de Philip: era pasional con su trabajo y dudaba mucho que se desentendiera con facilidad de su estado de salud, pese a que, por la cara que puso cuando en el carruaje le anunció su nombre, mostró más odio que misericordia.

—Lleva cinco días sin salir de su hogar —anunció Philip.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Valeria, abriendo los ojos de par en par.

—He encomendado la labor de protegerla a uno de mis sirvientes —declaró él, evitando expresar en su tono más ansiedad de la que debía mostrar a su hermana. Si descubría que tenía cierto interés por ella, empezaría a planear una boda, luego le obligaría a recuperar la baronía, lo enviaría a Alemania y, cuando regresara, se habría convertido en el hombre que no deseaba ser.

—¿Protegerla o espiarla? —La sonrisa pícaro que dibujaron sus labios hizo comprender a Philip que todo su empeño para no revelar un interés especial hacia Mary había sido un fracaso.

—Protegerla —refunfuñó—. He de velar por su honradez. Después de lo que hizo por mí, no veo justo que corra peligro...

—¿Qué peligro podría acecharla? —lo interrumpió, levantándose de la cama—. ¿Acaso alguien desearía matarla por salvarte la vida? Si esta ciudad descubriera lo que ha hecho, la valorarían tal como se merece y dejarían de verla como a una paria. ¿Sabes cuántos hombres se interesarían por ella? —le instó—. Posiblemente, no le estás haciendo ningún bien al ocultar el secreto. Tal vez deberías...

—¡No! —gruñó. Acto seguido se llevó la mano hacia la venda y se apretó para calmar el dolor—. ¡No es eso lo que quiero!

—Bien... Dime entonces por qué me has hecho salir de mi hogar a estas horas y tener que realizar el trabajo de un día entero en una hora —masculló Valeria.

—Quiero que averigües qué le sucede. Necesito saber por qué no ha abandonado su hogar durante estos días.

—¿No has pensado que la lluvia ha tenido algo que ver? —soltó, un tanto enfadada.

—A Mary le gustan los días de lluvia y ni un diluvio le impediría salir de su casa para comprar los folletos científicos que colecciona.

—Y tú sabes todo eso porque...

—Porque me lo pidió Logan —declaró.

—¿Bennett está interesado en ella? —¿Podía darle la vida una patada más fuerte en el trasero? Si su mejor amigo tenía cierta intención en la mujer, su hermano no intercedería, aunque estuviera enamorado. Pero... ¿Philip podía enamorarse?

—No —respondió con una sonrisa. Su hermana debía enmascarar mejor todo aquello que pensaba. Seguía sin entender cómo había sido tan buena jugando a las cartas con Trevor cuando no era capaz de disimular lo que pasaba por su cabeza. No había duda, su cuñado era capaz de hacer cualquier cosa por tal de hacerla feliz—. No, Logan está pretendiendo a la primogénita de las Moore. Necesitaba averiguar cómo podía acercarse a ella sin la interrupción de las demás, así que me pidió que averiguara todo lo que pudiera sobre las Moore.

—Y era de vital importancia que descubrieras sus gustos... —apuntó Valeria con sorna. Philip afirmó con la cabeza—. Entonces, como ha llovido, cosa que ella adora, y tu lacayo te ha dicho que no ha salido de su hogar, has concluido que algo grave le sucede.

—Mary no puede sobrevivir sin esos artículos de medicina. Solo una enfermedad que la obligue a permanecer en su hogar podría impedir que los compre —aseguró preocupado.

—¿Quieres que me presente en la residencia Moore y descubra qué le sucede? —Philip asintió—. ¿A cambio de qué?

—¿Vas a hacerme chantaje, Valeria? —espetó sin saber muy bien si sentirse enfadado u orgulloso de la sangre gitana que recorría sus venas—. ¿Eres capaz de poner condiciones a un hermano que te adora y que no puede valerse por sí mismo?

—Si me lo pidiera Martin, lo haría sin pensarlo un solo segundo. Pero tú —le señaló con un dedo— no eres él. Así que, sí, te haré chantaje, pues es el único idioma que entiendes.

—¿Qué quieres? —dijo después de subirse la sábana hasta el cuello.

Su hermana le daba miedo, tanto que utilizaba la sábana como escudo. Si no erraba en su conjetura, tardaría poco en recordarle que debía...

—La semana pasada recibí una carta del abogado de nuestro abuelo. —Philip gruñó al escucharla—. Quería advertirnos sobre la salud de este. Según parece, su enfermedad se agrava y no tardará en...

—¡No! —tronó—. ¡Olvídate de esa tontería, Valeria! ¡Te lo he dicho mil veces! ¡No la quiero!

—Tienes razón —dijo ella cruzándose de brazos—, me lo has dicho no mil, sino un millón, pero debes admitir que la situación ha cambiado.

—¿Por esto? —Señaló con la barbilla su cintura—. Esto no ha cambiado nada. Mi cabeza continúa sana...

—Si tienes alguna pretensión con Mary, deberías sopesar la alternativa de convertirte en barón.

Ella nunca había captado su atención sobre el tema, pero incluir el nombre de la mujer en la frase lo hizo.

—No tengo ninguna intención de convertirla en mi...

—Entonces, déjame que hable sobre lo que ha sucedido aquí. Cuando todo el mundo sepa que ha realizado un milagro, porque el rumor se extenderá como la pólvora, nadie dudará sobre su gran habilidad. La invitarán a un sinfín de fiestas, tendrá, antes de bajar el último escalón de cualquier salón, la cartilla repleta de bailes y, tal vez en uno de ellos, encuentre al hombre apropiado para casarse con...

—¡He dicho que no! ¡Maldita sea, Valeria! ¿No escuchas cuando te hablo?

Pero... ¿por qué diablos todo el mundo pensaba buscarle un marido a Mary? ¿Querían que se levantara antes de recuperarse? ¿O es que se burlaban de él? ¡Mary no estaría con nadie, no bailarían con nadie y nadie, absolutamente nadie, averiguaría jamás que adoraba sentir las gotas de lluvia sobre su rostro! Al recordar aquel día, cuando pensaba que estaba sola y que nadie podía descubrirla, se estremeció. Jamás en la vida había visto una sonrisa de un ángel hasta que Mary, sin percibir su presencia, dirigió su rostro hacia él y sonrió.

—¿Me escuchas tú? —replicó—. Mira —empezó a decir acercándose de nuevo a él—, si has pensado en convertirla en una de tus muchas amantes, créeme que no lo harás. Esa joven no consentirá una humillación semejante. Ha luchado con uñas y dientes contra todos los infortunios que se le han presentado para aceptar una cosa tan ruin. ¿Acaso no te has informado de lo que hacen los caballeros cuando la ven, o solo has indagado sobre sus gustos?

—Te puedo asegurar que sé muy bien de lo que hablas. —Valeria no lo dudó por cómo endureció su mandíbula y cómo sus ojos, azules como el cielo, se tornaron oscuros, cual noche sin estrellas—. Al igual que también he de confesarte que más de un imbécil cambiará de acera cuando la vea si quiere mantener sus bonitos dientes dentro de la boca —aseguró encolerizado.

—¿Te gusta! ¿Tienes interés en ella? —Aunque sonó como una pregunta, no lo era—.

Entonces, recapacita en una cosa...

—¿Cuál? —inquirió, enarcando las rubias cejas.

—¿Qué vas a ofrecerle tú, Philip, que no puedan darle los demás?

—Respeto y admiración —respondió sin dudar.

—¡Oh, vaya! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. ¿Y piensas que eso será suficiente para ella?

—Sí —aseguró firme.

—¡Pues te equivocas! —gritó—. Una mujer quiere tener a su lado un esposo comprensivo, cierto, pero también un luchador. Necesitará un hombre que la apoye y que no le ponga trabas en su camino. ¿Sabes cuál es el camino de Mary Moore?

«Mary Moore Arany», pensó Giesler.

—¿Cuál, según tu buen juicio? —masculló Philip.

—Convertirse en alguien que la sociedad no permite —bramó—. ¿No tienes ojos en la cara, hermano? ¿De verdad piensas que una mujer, quien es capaz de deducir la enfermedad de una persona con tan solo tocarla y que tiene el valor de enfrascarse en una operación como ha hecho contigo, va a conformarse con un esposo que le ofrecerá respeto y admiración? ¡Ya tiene un padre que lo hace! Mary necesita un marido que la ayude a alcanzar lo que ella no logra sola y... ¿sabes lo paradójico de todo esto? Que, en esta maldita ciudad, solo un noble puede allanarle ese futuro. ¿Conoces algún aristócrata que pueda luchar en esa batalla social a su lado?

Durante más de un minuto, ambos hermanos permanecieron en silencio. Valeria, entendiendo que no había logrado nada, ni tan siquiera una respuesta negativa, se volvió hacia la puerta y la abrió de golpe.

—Ve a ver qué le sucede —le pidió Philip mirando al techo—, y deja que piense.

—Necesitarás mucho tiempo para hacerlo, querido hermano, pues hasta que no has enfermado, no has sido capaz de hacerlo.

—Me quedan diez días para poder salir de aquí. Cuando lo haga, te diré qué he decidido —le aseguró.

Valeria no le respondió. Cerró tras ella con un fuerte portazo. No era mucho, pero era más que suficiente. Si Philip tenía interés en Mary, y de eso no había duda por la forma de llamarla cuando las fiebres se apoderaron de él, meditaría sobre cómo alcanzarla pues ella no era una de sus amantes.

—Buenos días, ¿qué desea? —La voz de una mujer, que no reconoció, la hizo volver al ahora.

—Buenos días, soy la señora Reform. ¿La señorita Mary Moore puede recibirme? —preguntó, ofreciéndole una tierna y encantadora sonrisa.

—La señorita aún no ha bajado de su dormitorio —comentó Shira sin concretar en exceso—. Puedo anunciarle a la señora Moore que desea visitarla, si le parece correcto.

—Sí, por favor —comentó, entrando por fin al recibidor. Le ofreció el abrigo y la empleada lo tomó.

Una vez que la mujer dejó el abrigo en el guardarropa de su derecha, caminó hacia una de las habitaciones situada a su izquierda. Mientras informaba a la esposa del médico que esperaba ser recibida, Valeria suspiró angustiada. Durante el trayecto pensó en el cambio de actitud de Philip. Repasó todos los gestos que mostró su rostro al hablar sobre Mary, hasta evaluó el tono de voz que empleó para esas descripciones, llegando a una conclusión: la segunda hija de los Moore era

especial para él y no podía soportar la idea de que estuviera con otro hombre. Ahora debía concentrarse en acercarlos sin levantar sospechas y buscar, con rapidez, un motivo creíble por el que se había presentado a las diez de la mañana en la residencia Moore.

Capítulo VII

Mientras esperaba el regreso de la empleada, Valeria miró hacia el primer piso. Si Mary estaba en su hogar, y no enferma, pudo observar a través de alguna ventana la llegada de su carruaje o incluso a ella salir de este. Si quería verla, aparecería pronto en lo alto de la escalera, como la noche que la conoció. Sin embargo, esa alternativa disminuyó con el paso del tiempo... ¿Philip estaba en lo cierto? Cabía la posibilidad de que no se encontrara en la residencia. Tal vez tuvo que asistir a otra urgencia médica y debido a ello no había rastro de la joven, pero esa idea desapareció con rapidez, porque al acceder al jardín de los Moore, halló al sirviente de su hermano escondido y sin apartar los ojos de la entrada, tal como le habían ordenado. Entonces... ¿qué había sucedido? Mary no habría decidido alejarse de los Giesler, ¿verdad? No, eso tampoco le pareció acertado. Era cierto que ellas habían tenido alguna disputa cuando decidió operarlo, pero después de su magnífica proeza, ambas charlaron como si se conocieran de toda la vida. Y con respecto a su hermano... ¿deseaba mantener las distancias? ¿Mary, en realidad, era una cobarde? No. No lo era. Si su intuición femenina no la engañaba, la hija de los Moore no se amedrentaría con facilidad. Se enfrascó ella sola en una intervención de gran índole y sería capaz de luchar contra el mundo si necesitara hacerlo. Tenía que haber otra razón por la que Mary no salía de su hogar, una que, por increíble que pareciera, le causaba pavor.

Valeria dejó de mirar hacia el final de la escalera y comenzó a pasear inquieta por el recibidor. Ya no le importaba la excusa que le ofrecería a la señora Moore por visitar su hogar tan temprano, sino la causa por la que Mary no se presentaba. Muy a su pesar, la opción de encontrarse en grave peligro empezó a tomar fuerza. ¿Cómo actuaría su hermano si descubría que la joven se hallaba bajo alguna amenaza? ¡Saltaría de la cama para hacerla desaparecer, aun sabiendo que con ello pondría su vida en riesgo! De eso no le cabía la menor duda...

Justo cuando centró su mirada en la puerta de la entrada, meditando todas las alternativas posibles a dicha desaparición, escuchó el leve sonido de unos zapatos al pisar el suelo. Se volvió con rapidez, esperanzada de que fuera Mary, pero allí no había nadie. Resignada, respiró hondo para tranquilizarse y...

—Valeria... ¡Hola! ¡Estoy aquí arriba! —susurró Mary escondiéndose detrás de la baranda de madera.

—¡Mary! —exclamó eufórica—. ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no bajas? He venido a hablar contigo y...

—No alces la voz —le dijo, acompañando a su orden un leve movimiento de sus manos—. No puede saber que estoy aquí. Si me descubre, me quemará todos los libros —agregó aterrorizada.

—¿Quién? —espetó abriendo los ojos como platos. Subió un peldaño, para poder verla mejor, pero la negativa de Mary la hizo retroceder.

—Mi madre —resopló—. Estoy castigada. —Y la vergüenza que sintió en ese momento al confesarle qué le ocurría hizo que sus mejillas se sonrojaran.

—¿Castigada? ¿Qué has hecho? —insistió Valeria.

—No puedo hablar, pronto llegará Shira y no debe descubrirme —declaró sin apartar la mirada de la puerta por donde la sirvienta había accedido—. Entonces, ¿has venido a verme?

—Sí. Mi hermano me ha pedido que lo haga. Ha sabido, de alguna manera, que no has abandonado tu hogar desde que te marchaste del suyo y estaba preocupado.

—¿Qué considerado por su parte! —exclamó, poniendo los ojos en blanco.

Solo faltaba, para que su castigo aumentara mil años más, que lord Giesler se hubiera presentado en su hogar preguntando el motivo por el que su hija permanecía encerrada. ¡Su madre sufriría una repentina apoplejía!

—¿No puedes bajar? Necesito hablar contigo, pero jamás imaginé que debía hacerlo de esta forma —dijo perpleja. No había tenido hermanas ni primas, pero sí hijas y ellas actuaban de la misma forma cuando alguna era castigada.

Estaba a punto de responder, cuando Shira salió. Mary maldijo por lo bajo y frunció el ceño. ¿No iba a poder llevar a cabo su plan? ¿Para una vez que se había arreglado decentemente! Aunque ese ligero enfado se desvaneció al advertir que su ama de llaves regresaba al interior de la habitación.

—Mi madre te pondrá cualquier excusa para evitar que baje. Tú insístele en que necesitas verme —empezó a decir mientras se levantaba y salía del escondite—. Cuando yo entre, corrobora todo lo que diga —añadió antes de desaparecer con la misma rapidez que debía hacerlo un fantasma.

Valeria apartó la mirada de lo alto de la escalera y suspiró. ¿Por qué la habían castigado? ¿Qué clase de trastada habría hecho para enfurecer a su madre? Ella no debía interponerse en el mandato de una madre. ¡No era sensato! ¿Qué ocurriría en el futuro cuando ella ocupara el lugar de la señora Moore? ¿Dejaría que alguna de sus hijas se librara de un arresto cuando alguna amiga la buscara? Solo esperaba que, después de todo lo que estaba haciendo, su hermano aceptara la baronía o... ¡lo mataría!

—Señora Reform, si es tan amable de seguirme. La señora Moore la recibirá encantada —informó Shira.

Sin borrar la sonrisa amable del rostro, Valeria avanzó hacia la puerta pensando en Mary, en Philip, en la baronía y en los castigos de sus hijos. Movi6 la cabeza ligeramente, apartando todo eso de su mente. Necesitaba concentrarse en el motivo por el que había ido hasta allí y, l6gicamente, no podía confesar la verdad. Otro punto a discutir con Philip, porque... ¿c6mo iba a pedirle a sus hijos que no mintiesen cuando ella era la primera que lo hacía? Enfadada por tener que saltarse todos los principios morales que ensefaba a sus pequefios, se coloc6 frente a la entrada y observ6 a la señora Moore. Permanecía en el centro de la sala, luciendo un bonito vestido de color esmeralda. Su cabello, recogido en un estirado moño, y sus ojos claros acechándola sin parpadear le indicaron que su presencia no era muy deseada.

—Gracias por recibirme, señora Moore —coment6 Valeria estrechando las manos entre las suyas.

—Gracias por venir, señora Reform —respondió cortés. Una vez que se separaron, Sophia le sefial6 un asiento—. Shira me ha comentado que desea hablar con Mary, pero aún no ha bajado a desayunar. Imagino que habrá estado toda la noche leyendo alg6n libro sobre medicina —parlote6 al tiempo que la invitada tomaba asiento—. Si lo desea, mientras la esperamos, podemos tomar un t6.

—Si no es mucha molestia... —respondió ella, aunque sabía que no llegaría a tomárselo. La ansiedad que mostr6 Mary le indic6 que había tramado algo que no incluía una charla amable con su madre y un t6.

—Ninguna —expres6 Sophia tomando el asiento contiguo a Valeria—. Shira, por favor, haz llamar a...

Como si hubiera surgido una repentina ventisca, Shira se apartó con rapidez de la puerta, dejando paso a una joven que corría como un galgo.

—¡Valeria! —exclamó Mary, accediendo a la habitación con una urgencia fuera de lo común—. ¡Qué alegría verte de nuevo!

¿De dónde procedía ese gruñido? ¿La familia Moore tenía un perro escondido en la habitación? Porque ese ruido solía emitirlo Ricardo, la mascota familiar, cuando Fiona tiraba de sus largas orejas y Charles quería utilizarlo de caballo.

—Buenos días, Mary —dijo ella levantándose con rapidez. Al igual que hizo con la señora Moore, estrechó sus manos con las de su amiga y aceptó con gusto los dos besos que la joven le ofreció en las mejillas—. Aquí estoy —agregó mirándola con los ojos abiertos de par en par, expectante por averiguar qué había tramado.

—Has venido en el mejor momento —comentó con una leve sonrisa. Luego observó a su madre, quien fruncía el ceño y la miraba con advertencia, pero no se amedrentaría. Prefería escuchar miles de improperios y órdenes a soportar otro día metida en su habitación... ¿cosiendo? ¡Ni muerta!—. Buenos días, madre —dijo con tono suave. Se acercó a ella y le dio dos besos manteniendo una distancia prudencial, no fuese a poner una mano sobre su brazo y pellizcarla hasta que no corriera sangre por esa zona de su piel.

—Mary... —respondió Sophia con aparente tranquilidad—. Le estaba ofreciendo a nuestra invitada un té. Como aún no has bajado a desayunar, pensé que seguías dormida.

—¡Para nada! Hoy me he levantado muy temprano. Pero nuestra querida Shira me sirvió el café en el dormitorio cuando le dije que estaba despierta —declaró con cierta sofocación, como si realmente se sintiese avergonzada por la insinuación de su madre de que era una holgazana.

—Ya veo... —apuntó Sophia revisando la vestimenta y el peinado de Mary. ¿No se había pasado los días en camisón y despeinada? ¡Qué coincidencia más oportuna! Se presentaba la señora Reform y ella lucía un vestido de paseo...

—¿De verdad que le ha ofrecido un té? —preguntó llevándose la mano hacia la boca, como si la palabra té fuera horrenda. Luego miró a Valeria, quien parecía, además de desconcertada, indispuesta, pues sus mejillas habían palidecido—. ¿No le has dicho que puedes poner en peligro tu salud si bebes infusiones?

—¿En peligro? —preguntaron ambas a la vez.

—Sí. El otro día me confesó que no tolera bien las infusiones, que le producen severas flatulencias —manifestó adoptando la actitud propia de un médico.

—No quería mostrar desconsideración ante el ofrecimiento...

Valeria volvió a recordar a sus hijos, la norma de no mentir y la dichosa baronía de Philip, añadiendo a esos pensamientos la inoportuna indisposición de... ¿flatulencias? ¿No pudo explicar otra cosa menos bochornosa?

—También tenemos café —le ofreció Sophia que, al ver la cara de espanto de la señora Reform, no pudo concretar si se debía al peligro que estuvo a punto de sufrir o por la invención de su hija, quien permanecería castigada dos semanas más si la engañaba.

—Pero... ¿no habías venido para llevarme a pasear? —preguntó con un pequeño sollozo. Ante el carraspeo de su madre, se giró hacia ella para hablarle—: La otra noche, después de mi horrible decisión de intervenir a lord Giesler —declaró con fingido pesar—, Valeria insistió en llevarme a Gunter's y tomar un helado de... ¿moras?

—De limón —la corrigió con rapidez Valeria.

Pues la acidez del helado podía asemejarse a lo que desprendía en ese momento su estómago. ¿Qué diablos hacía? ¿Por qué actuaba de esa forma? ¿Se habría vuelto loca durante el encierro?

—De limón —repitió Mary dibujando una gran sonrisa—. Imagino que no has venido antes por la dichosa lluvia, ¿me equivoco? —preguntó mirando a su salvadora con ojos suplicantes.

—Si a usted le parece bien —comenzó a decirle a la señora Moore, quien abría la boca y la cerraba como si fuera un pez fuera del agua—, me encantaría cumplir la promesa —agregó, colocando las manos a su espalda para poder cruzar los dedos. ¡Se lo iba a pagar! ¡Dios sabía que Mary iba a pagar la mentira, el bochorno y el horrible pesar que estaba padeciendo! Y, por desgracia para la joven, sabía muy bien cómo saldaría su deuda. ¡Vaya que la iba a saldar!—. Además, también he preparado un pequeño almuerzo en mi hogar. Si no recuerdo mal —expuso, cogiendo una de las manos de Mary en actitud cariñosa y entrañable—, ella también me prometió que nos visitaría y haría una exhaustiva revisión médica a mis seis hijos.

—¿Seis? —espetó Mary abriendo los ojos tanto que podían saltar de las cuencas.

—Sí —afirmó la orgullosa madre—. Candie, Charles, Eleonora, Samantha, Fiona y el pequeño Trevor. Todos, para mi pesar, se contagiaron de un terrible resfriado y deseo que su hija me asegure que no les han quedado secuelas —añadió, dibujando una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces... ¿quieres que lleve mi maletín? —inquirió perpleja.

—Sí, creo que es lo más conveniente... —le sugirió Valeria.

Ahora sí que estaba en un aprieto. ¡Todo su plan se había ido al traste! ¿Niños? ¿Seis? ¿Y tenía que ir revisándolos uno a uno? ¿No le dijo que eran unos trastos, que se parecían a su padre? ¿Cómo sobrellevaría una tarde rodeada de diablos? ¡Solo quería comprar sus boletines y tomar un poco de aire fresco!

Sophia, que hasta ahora se había mantenido en silencio y dudando sobre la credibilidad de las dos, al fin esbozó una gran sonrisa. El brillo que mostró en sus ojos expresó tanta diversión que Mary deseó sentarse en el suelo y ponerse a llorar. Sería un buen castigo tener que asistir a seis niños; lo tenía merecido, por utilizar a la pobre mujer como tabla de salvación. Sin embargo, no podía dar su brazo a torcer con tanta facilidad, debía mostrar algo de... rebeldía.

—Si le prometiste que visitarías a esos niños, me parece bien que cumplas tu palabra. Pero he de recordarte el estado en el que te encuentras. Si regresas con las manos llenas de libros, yo también cumpliré la mía —aseveró con ese tono firme que hacía erizar el vello a su hija—. Señora Reform, confío en su buen juicio. Como madre, entenderá que una hija debe obedecer sin rechistar, pues después del sufrimiento que padecemos en los partos, de las noches sin dormir, de todas las inquietudes para encauzarlos por el buen camino, una hija amada y respetada ha de ser fiel a las normas familiares.

—Por supuesto, señora Moore. La comprendo. Al igual que le dije la noche pasada, pongo todo mi buen hacer para que mis hijos, quienes son tan insufribles como su padre, cumplan con sus obligaciones y mandatos.

—Siendo así... —Miró a Mary y la revisó de arriba abajo. Seguía sin concretar cómo se había vestido tan rápido. No podía alegar una excusa para enviarla a su dormitorio, ni retrasar la salida. Tenía que admitir que era muy astuta. Su segunda hija, muy a su pesar, había heredado la inteligencia de su esposo y la astucia característica de su familia. ¿Gritaba a viva voz y se enorgullecía de que por sus venas no corría ni una gota de sangre Arany? ¡Ja! ¡Mary estaba muy equivocada! Solo faltaba una cosa para que su transformación a zíngara se completara... Una que, si no erraba, era el motivo por el que estaba castigada—. Compórtate, Mary. Y no hagas que la señora Reform se arrepienta de haberte liberado de tu castigo —expuso al fin.

—¡Gracias, madre! —exclamó lanzándose a ella para darle un fuerte abrazo—. ¡Le aseguro que me portaré adecuadamente!

—No hagas promesas que no puedas cumplir —la regañó Sophia, tocándole despacio la

espalda.

—Las cumpliré —aseveró con firmeza—. Las cumpliré todas —reiteró.

—Siendo así, podéis marcharos. Seguro que los pequeños estarán deseando ver de nuevo a su madre —manifestó Sophia extendiendo las manos hacia Valeria.

—Le prometo que su hija tendrá la medicina que se merece —le susurró cuando le dio dos besos en la mejilla.

—Confío en ello —respondió la señora Moore de la misma forma.

—¿Nos vamos? —interrumpió Mary ansiosa.

—Sí —respondió Valeria caminando hacia ella.

Después de que Shira les ofreciera el abrigo y el maletín, que su madre había guardado en algún lugar de la casa, las dos bajaron las escaleras con los brazos entrelazados, mostrando la imagen de unas amigas que llevan conociéndose desde la infancia. Mary, al salir de su hogar, cerró los ojos y dejó que el sol tocara sus mejillas. ¡Había añorado tanto esa sensación de bienestar! Pero al fin podía respirar aire fresco, disfrutar de un día tranquilo y... ¡comprar sus revistas!

—Bueno —comenzó a decir Valeria una vez que las dos se acomodaron en el carruaje—, ¿me puedes decir por qué te castigó?

—Por una tontería... —expresó Mary mientras le daba un pequeño puntapié al maletín.

—¿Cuál? —insistió la señora Reform, a quien no le pasó desapercibido el estupor de su nueva mejor amiga.

—No le pareció correcto que operara a tu hermano desnudo... —declaró, encogiéndose de hombros, como si a ella no le hubiera perjudicado el haberlo visto de aquella forma.

—Y, ¿cómo pretendía que lo hicieras? —soltó Valeria con una mezcla de confusión y sorpresa.

—Pues, según ella, vestido o con los ojos vendados. —Tras sus palabras, soltó una gran carcajada. Cuando se calmó, observó de reojo a Valeria y advirtió que su rostro no mostraba la misma diversión que ella. Se movió incómoda en el asiento, apaciguó esa risa y agregó—: ¿De verdad quieres que vea a tus hijos?

—¿Quieres comprar las revistas que has comentado? —replicó, mirándola sin parpadear.

—¡Claro! —exclamó con rapidez—. ¡Las necesito con urgencia!

—Pues las tendrás. Pero antes haremos una parada.

Reclinó la cabeza hacia la almohadilla, se llevó las manos a las sienes y se las apretó. Que Dios tuviera piedad, que ayudara a sus hijos y que no la castigara por lo que iba a hacer. Pero después de todo lo que había padecido, tenía que hacerlo o sufriría el síncope que aguantó la pobre señora Moore al descubrir que su hija había visto el cuerpo desnudo de su hermano.

—¿Qué parada? ¿A dónde vamos? ¿Por qué te frotas la cabeza? ¿Te duele? ¿Sufres con asiduidad de jaquecas?

—En primer lugar, no sufro de jaquecas, pero voy a padecerla en breve... —comentó con un halo de misterio.

—¿Por qué? —preguntó Mary desconcertada.

—Porque voy a escucharte chillar —dijo cerrando los ojos y preparándose para lo peor.

—¿Por qué? —repitió la muchacha.

—Porque primero vamos a visitar a mi hermano...

En ese momento, Mary empezó a soltar mil improperios, a maldecir al destino y a difamar a su mala suerte, causándole a Valeria la temida migraña.

Capítulo VIII

¿Amiga?! ¡Nadie podía considerar amiga a una persona que le tendía una trampa! Porque, definitivamente, eso fue lo que hizo la señora Reform.

Después de gritar todo lo que se le pasó por la cabeza, Mary se cruzó de brazos y gruñó. Desde que Valeria le dejó claro cuál era su propósito, toda la felicidad que había sentido al liberarse de la prisión de su hogar desapareció. Ya no hubo sonrisas en su rostro, sus labios permanecieron sellados, mantuvo la mirada hacia el exterior, resopló sesenta veces y maldijo a lord Giesler otras sesenta.

¡Lord Giesler! Ese nombre connotaba peligro para ella. Por su culpa estaba castigada y, por su culpa, tendría que asistir a seis niños antes de poder comprar sus preciados folletos científicos. Sin contar con el hecho de que lo vería de nuevo. ¿Había en el mundo un castigo mayor? Seguro que su madre, cuando descubriese que se había presentado en la residencia del hombre prohibido, buscaría la manera de superarlo... Y, ¿todo por qué? Porque imaginó que su *supuesta* amiga la ayudaría a salir de su cautiverio y la haría pasar un día espléndido. Pero claro, todo se había torcido, nada saldría como ella planeó.

—Mary... —le dijo Valeria cuando el carruaje accedió al jardín de Kleyton House—, te prometo que comprarás esos artículos y que no tendrás que soportar a mis hijos.

—Promesas... promesas... —refunfuñó Mary.

—Esto ha sucedido por tu culpa —le recriminó, mirándola fijamente—. Yo solo quería hablar contigo y averiguar el motivo por el que no salías de tu hogar. Pero mi plan se trastocó al pedirme que te ayudara a liberarte del castigo —aseveró con el tono de voz que utilizaba su madre cuando la reprendía por una mala acción—. Te he prometido que comprarás esos noticieros, es más, yo misma te los regalaré por las molestias que pueda ocasionarte. Sin embargo, creo que es justo pedirte, después de haberme puesto en una situación tan comprometida, que confirmes el estado de salud de mi hermano.

—Mi padre lo ha visitado todos los días y le he escuchado decir a mi madre que su evolución es adecuada —masculló. Con los brazos aún cruzados sobre su pecho, giró suavemente la cabeza hacia ella y la miró como si estuviera buscando la mejor forma de arrojarla del carruaje sin tener que abrir la puerta.

—Y... ¿no sientes la curiosidad de asegurarlo con tus propios ojos? —perseveró Valeria.

¿Curiosidad? Lo que sentía en aquel instante eran ganas de subir las escaleras y enredar sus manos en el cuello de lord Giesler para asfixiarlo. Pero no era el momento ni el lugar de proclamar a viva voz su deseo. Lo mejor, para salvar al menos cierta parte del día, era fingir que se preocupaba, verlo, sonreírle y, tras confirmar que seguía siendo un engreído, petulante y estúpido, regresar al carruaje para visitar la librería del señor Slow antes de que cerrara.

—La verdad es que sí. Tienes razón, Valeria. Estoy muy intrigada por saber cómo ha evolucionado su estado de salud y si ha cumplido todo aquello que le ordené. —Después de ello, sonrió.

La señora Reform resopló como una de sus niñas al entender que escucharían una reprimenda bastante aburrida. ¿De verdad pensaba que sus palabras sonaban convincentes? Solo le faltaba alargar un poco más sus labios para mostrar la imagen de una mujer digna de ser encerrada en el

hospital psiquiátrico de Bethlem.

La duda sobre el plan que había ideado la asaltó. Mary seguía sin apreciar a su hermano. Lo mostró la primera noche y seguía expresándolo en aquel instante. ¿De verdad no había sentido nada por él? ¿Ni siquiera cierta admiración? A cualquier mujer, que no fuera ella, por supuesto, le costaría mil años olvidar un cuerpo tan hermoso como el de Philip y buscaría la forma de hacerle entender que le debía un gran favor. Muchas de ellas hasta buscarían convertirse en sus prometidas, amantes o... ¡lo que fuera! Sin embargo, Mary era inmune a la masculinidad de su hermano. Solo le faltaba bostezar para acentuar esa indiferencia. Si Philip imaginaba que podía enamorarla, estaba muy equivocado. Antes metería en su cama a una yegua que a la hija del médico.

Siguieron en silencio hasta que el carruaje paró muy cerca de la entrada principal de la residencia. Haciendo honor a esa discreción que mantenían los empleados de su hermano, el cochero abrió la puerta tras asegurarse de que no había nadie por los alrededores. En primer lugar, y esto sí que dejó a Valeria confundida, el empleado le ofreció la mano a Mary. Aunque, por la cara que puso esta, se quedó tan atónita como su acompañante.

—Señorita Moore —le dijo el lacayo cuando ella aceptó su ayuda para bajar—, tenga cuidado con este último peldaño. No me gustaría que sufriera un percance.

Los ojos de Mary se abrieron de par en par. No sabía muy bien cómo tomarse aquella considerada actitud. ¿Estaría burlándose de ella? Quiso decirle algo inapropiado para que el rostro amable que exhibía el cochero desapareciera, pero no se atrevió a decir nada. Por primera vez en su vida, identificó con sorpresa que no había mordacidad, sino ternura y cariño. Lo único que no supo descubrir fue el motivo de esa extraña cordialidad.

—Señora Reform.

Una vez que Mary posó ambos pies en el suelo y el hombre confirmó que no sufriría ningún tropiezo, extendió la mano hacia Valeria y la ayudó a bajar.

Ambas mujeres subieron despacio las escaleras que conducían hacia la entrada. Las dos sorprendidas y mudas, pues no sabían qué decir. ¿Se habría imaginado Philip que la llevaría y había ordenado al servicio que la trataran con toda la amabilidad que pudieran mostrar? No. Él no sabía nada de su plan. Este surgió cuando ella le pidió salir de su hogar para dar un paseo. Entonces... ¿qué sucedía?

Con miles de ideas brotando en su cabeza, Valeria se adelantó a Mary para llamar a la puerta, pero no tuvo que hacerlo. Justo cuando las yemas de sus dedos tocaron la aldaba, se abrió de par en par.

—¡Señorita Moore! —exclamó Shals al encontrársela—. ¡Qué alegría verla de nuevo!

Los ojos de Mary se posaron en la señora Reform y luego, muy despacio, los dirigió hacia el mayordomo.

—¿Me estaban esperando? —preguntó con una mezcla de asombro y estupor.

—¡Oh, no! —respondió Shals apartándose lo suficiente para dejarlas pasar—. El señor no nos avisó de su llegada, pero todos nos preguntábamos cuándo volvería —agregó, extendiendo sus manos para ayudarla a quitarse el abrigo.

—¿Todos? —siguió hablando perpleja.

—Sí —contestó. Después de tomar su abrigo y el de Valeria, a quien apenas miró, Shals le hizo un leve gesto con la barbilla hacia el lado izquierdo de la primera planta—. Todos —repitió.

¿Eso era una comitiva de bienvenida? ¿Por qué diablos estaba todo el servicio de lord Giesler esperándola? ¿Querían lincharla, como harían los aldeanos al declarar bruja a una inocente mujer? Con temor, echó unos pasos hacia atrás, intentando tocar la puerta de la entrada

con la espalda, pero topó con la señora Reform, quien había dejado de respirar.

—¿Qué es todo esto, Shals? —habló al fin Valeria.

—Señora... —comentó el hombre un tanto abochornado—. Le pido mil disculpas si hemos obrado mal, pero cuando la doncella Phiona observó cómo salía la señorita Moore del interior del carruaje con el maletín, ha corrido la voz y, bueno, hemos estado esperándola porque... muchos de ellos necesitan... Desean que...

Mary lo comprendió de inmediato. Lo que intentaba decir el pobre mayordomo la hizo sentirse tan orgullosa y feliz que olvidó el enfado. ¡La esperaban a ella! ¡Quería que ella los atendiera! ¿No le comentó Shals a su padre que ninguno de los sirvientes pediría ayuda a otro doctor que no fuera su hija? Pues no mintió. Aquellas personas lo hacían. No les importaba que fuera una mujer, que no tuviera licencia o que les obligara a lavarse las manos mil veces. Habían determinado que solo ella era la persona que podía atenderlos y allí estaban, en perfecto orden de cola, esperando su decisión. El placer, el bienestar y la emoción que sintió empañaron sus ojos. No se le ocurriría ponerse a llorar, ¿verdad? ¡Ella jamás lloraba! Ahogando ese sollozo, haciendo desaparecer el nudo en la garganta que le impedía respirar, agarró con más fuerza el maletín, miró a Valeria y dijo:

—Lord Giesler puede esperar.

—¡Gracias! ¡Gracias! —escuchó decir a los sirvientes.

—Por supuesto —respondió Valeria, aguantando ese grito de felicidad que deseó soltar—. Si no te importa, mientras los atiendes, subiré a...

No terminó la frase, a Mary no le importó aquello que iba a decirle. Antes de aclararle cuál era su intención, la mujer se giró hacia los empleados y empezó a preguntarles qué les sucedía. El señor Shals miró a Valeria y le sonrió.

—Si lo desea, yo mismo puedo informarle que la señorita Moore acaba de llegar.

—¿Quieres que salte de la cama y baje esas escaleras de tres en tres? —preguntó burlona Valeria.

—Tiene razón, señora. Es mejor que no averigüe qué está sucediendo aquí abajo hasta que la señorita Moore finalice las revisiones médicas —respondió sin borrar la sonrisa.

—Voy a preparar café. Creo que Mary lo necesitará después de esta sorprendente bienvenida —apuntó mientras se dirigía hacia la cocina.

—Permítame que la ayude pues, como ha visto, la cocinera es la primera que está en la fila —señaló Shals caminando detrás de ella.

Y Valeria soltó una sonora carcajada.



No podía soportar ni un día más encerrado en aquella habitación. Su desespero aumentaba a cada minuto. A ello le sumó la angustia de no saber nada de Mary. ¿Por qué no había salido de su hogar durante tanto tiempo? ¿Qué la retenía? La idea de que enfermara seguía latente en su cabeza, al igual que su malestar al no poder levantarse, arreglarse y aparecer en la residencia Moore para averiguar, en persona, qué le había sucedido. Miró de nuevo el reloj de bolsillo que Shals le hizo llegar y resopló. Aquello solo le informaba que el tiempo no corría tan deprisa como deseaba. Las horas parecían días y los días..., años. Se incorporó muy despacio sobre el colchón y buscó el libro que Martin le regaló cuando lo visitó dos días después de que Mary lo operara. ¿Cómo había

pensado que la teoría sobre la ley de gravitación universal, de un tal Isaac Newton, podría aliviar su desesperación? ¿De verdad imaginó que él pasaría las horas buscando el motivo por el que dos cuerpos se atraen? ¡No hacía falta leer aquel libro para saber la respuesta! ¡Él se había sentido atraído tantas veces que podía refutar cualquier absurda teoría! Los hombres atraían a las mujeres, estas buscaban la excitación de ellos y, finalmente, *esa proporcionalidad al producto de sus masas* finalizaba en un encuentro íntimo.

—*Es un principio matemático hermoso —le dijo cuando él abrió los ojos como platos al descubrir qué significaba para su hermano el mejor regalo del mundo—. Te cautivará la simplicidad de la fórmula gravitacional. Es, sin duda alguna, la sencillez más bella que podrás encontrar en la vida. —Y después de ello, sonrió de oreja a oreja.*

—*¿Te has acostado alguna vez con una mujer, Martin? ¿O prefieres irte a la cama con... esto? —le preguntó tosco, señalándole con un dedo la tapa del libro que había arrojado sobre la colcha como si ardiera.*

—*¿A qué viene esa pregunta, Philip? —espetó, eliminando la sonrisa de inmediato.*

—*Porque no entiendo cómo puedes comparar fórmulas matemáticas con belleza y maravillas de la naturaleza. Para mi entender, eso no cabe dentro de tales descripciones. ¿Te has acostado con una mujer o sigues siendo virgen? —perseveró.*

—*¡Por supuesto que no lo soy! —exclamó azorado—. Tengo mis debilidades...*

—*¿Carnales o intelectuales? Porque no estoy muy seguro de que entiendas las diferencias entre un buen par de senos femeninos y dos maneras de calcular un mismo resultado —aseveró, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.*

—*¿Cómo osas hablarme de esa forma? ¿No sientes reparo ni respeto por una mujer?*

—*Sí, las respeto a todas. Puedes preguntarles a mis amantes si quedaron respetadas antes de que las dejara exhaustas en sus lechos. Pero no desvíes el tema, Martin. ¿Has dejado de ser...?*

—*No voy a responderte. Ante todo, soy un caballero —replicó enojado—. Si he estado con una mujer, o con varias, solo me importa a mí.*

—*Es decir, que evitas hablar sobre el tema porque aún no sabes qué significa el placer carnal —aseveró sin dejar de mirarlo.*

—*Valeria me advirtió que tu humor había empeorado —comentó dirigiéndose hacia la puerta—, pero jamás imaginé que alcanzarías un nivel tan alto de imbecilidad.*

—*No es imbecilidad, es aburrimiento —indicó sin poder borrar una sonrisa maliciosa de su rostro.*

—*En ese caso, espero que dejes de aburrirte en breve —declaró antes de cerrar de un portazo.*

Desde ese día, no había vuelto a hablar con Martin. Shals le informó que había ido a la residencia para preguntar por su salud, pero, tras lo ocurrido entre ellos, no había tenido el valor de presentarse ante él.

Abrió el libro por la página que había dejado marcada la noche anterior, resopló ante el aburrimiento que le causaba e intentó concentrarse en la dichosa fórmula sobre la fuerza ejercida entre dos cuerpos. En ese momento, su mente se alejó de la constante de gravitación universal, del valor de dicha constante y de la masa de las materias para centrarse en Mary. Sí, en efecto, ella era el resultado de toda esa dichosa formulación que comentaba el libro. Ella ejercía una fuerza de atracción hacia él que lo descolocaba, lo entorpecía y lo volvía vulnerable. Desde que le lanzó

aquellos tubos, que para asimilarlo con la teoría eran las masas de atracción, no podía pensar en otra cosa que no fuese buscar el contacto de ambos. Lo habían tenido, cierto, pero, en primer lugar, él estaba inconsciente y no recordaba nada y, en segundo, el beso no había sido suficiente para obtener un buen resultado. ¿Qué poder tendrían sobre él sus caricias? ¿Qué sentiría al observar cómo las puntas de sus dedos acariciaban su piel? ¿Se excitaría o se incomodaría? ¿Mary sería una mujer apasionada o mostraría la misma frialdad que exhibía al mundo que la rodeaba? ¿Lo habría observado con admiración o solo había calculado la dosis adecuada de sedante para su gran cuerpo? Philip cerró los ojos y se recostó en las tres almohadas que tenía detrás de la espalda. La imagen de ella apareció sin apenas esfuerzo. La vio riéndose, ante el comentario que le hizo a su padre cuando este le preguntó sobre la cantidad de cloroformo que le había dado. ¿Un caballo? ¡Dichosa mujer! ¿Acaso no había comparaciones más hermosas? Le hubiera bastado con evocar su grandiosa magnitud, que hiciera alusión a su fuerte musculatura, pero no, Mary no podía buscar un símil que lo enorgulleciera. Tenía que semejarlo con un animal de cuatro patas. Daba gracias a Dios que no le hubiera llamado cerdo o becerro, aun así, seguía disgustado. Tal vez el poder de seducción que desprendía hacia las demás mujeres era inmune para ella. Quizás no se fijó en él porque... ¡No! Se negó en redondo a pensar en ello. No había un hombre para Mary salvo él e iba a hacérselo saber en cuanto pudiera salir de su residencia. Cada vez que ella abandonara su hogar, él estaría esperándola en la puerta. Cada vez que ella decidiera ir a esas reuniones que celebraban los médicos los viernes, él estaría sentado a su lado, escuchándola con atención y, por supuesto, lo encontraría en todas las fiestas a las que ella decidiera acudir. Él le pediría bailar una pieza, o dos, o tal vez todas las que pudiera soportar, solo para dejar bien claro a los caballeros que la mirasen que no tendrían posibilidad alguna con ella. Cuando un Giesler encontraba a la mujer de su vida... ¡nadie se interponía en su camino!

Aquel pensamiento solo le causó más inquietud y agobio. Le estorbaba la sábana, le incomodaba la suavidad del colchón..., ¡hasta parecía que les habían salido púas a las tiernas almohadas! Ofuscado y nervioso, alargó la mano izquierda hacia la mesita y cogió la campanilla que Shals colocó allí la misma noche que Mary se marchó. Frunció el ceño, apretó la mandíbula y maldijo su vida. Todo empezaba a girar en torno a ella. ¡Hasta el motivo de hacer sonar una miserable campana! No había duda, tenía que salir de allí y presentarse en el hogar de los Moore para verla o se volvería loco.

—¡Maldito seas, Shals! —tronó cuando, después de agitar más de veinte veces la campanita, su mayordomo no aparecía—. ¿Se puede saber por qué nadie me responde? ¿Es que os habéis quedado sordos? —continuó vociferando. Colérico, apartó la sábana de su cuerpo. Por lo menos, habían tenido la decencia de ayudarle a ponerse unos calzones. No habría sido adecuado aparecer en lo alto de la escalera desnudo y gritando a viva voz que todo el mundo estaba despedido. Sin duda alguna, Valeria lo habría sacado de su habitación, sí, pero para llevarlo directamente a Bethlem.

—Le juro que, como de un solo paso, le doy otro bofetón —lo amenazó Mary cuando, al abrir la puerta, lo encontró de pie junto a la cama.

Capítulo IX

Mary sonrió cuando Shals le ofreció la segunda taza de café. Era la primera vez que se sentía admirada y querida. Por eso, en ningún momento, comentó algo que pudiera herirles, pese a que deseó regañar a más de uno por refunfuñar como un niño pequeño. Para ser sincera con ella misma, empezaba a sentirse cómoda con las innumerables atenciones que le mostraban.

La cocinera, cuando la señora Reform le anunció que, debido a la hora, tendrían que almorzar allí, le preguntó qué plato era su preferido, qué pastel deseaba y ordenó a un lacayo que sacara el mejor vino que lord Giesler guardaba en la bodega. Una de las doncellas no cesó de alabar la grandiosa habilidad que poseían sus manos cuando le extendió una crema sobre las grietas de sus antebrazos. Para que dejara de elogiarla, le contó que el ungüento lo había fabricado su hermana Elisabeth con las flores que cultivaba en su invernadero y le habló, con sincero orgullo, de las innumerables cualidades que Eli poseía para crear flores nuevas y ungüentos sanatorios. Cuando llegó el turno del cochero, este le sonrió. Luego le explicó que tenía una ligera molestia en la garganta. Tras inspeccionar dicha zona, le indicó que debía tomar infusiones con miel y que necesitaba abandonar el absurdo vicio de fumar. Lógicamente, el segundo mandato no le agradó al gentil lacayo quien, tras escucharla, plegó su frente; sin embargo, no replicó, hizo una leve reverencia, como si fuera una dama, y se marchó. Mary temía que, cuando saliera al exterior, aliviaría su enojo con otro cigarrillo.

Valeria, después de regresar de la cocina por cuarta vez, se sentó a su lado y observó expectante lo que hacía. La acompañó en sus risas, apoyó sus regañinas y le aseguró que todos seguirían al pie de la letra sus mandatos.

—Te prometí que no visitarías a mis hijos, pero creo que esta opción ha sido peor —comentó la señora Reform cuando las dos se quedaron solas en la salita, lugar donde Mary decidió acomodar su repentina consulta.

—No tienes por qué disculparte por lo que ha sucedido, te aseguro que ha sido lo mejor que me ha pasado en cinco días —comentó antes de coger la taza. Le dio un ligero sorbo y cerró los ojos para disfrutar del delicioso sabor.

—Te juro que no sabía nada y que todo esto me ha sorprendido tanto como a ti —insistió Valeria.

—Shals le dijo a mi padre que, después de lo que hice con lord Giesler, nadie de esta casa buscaría otro médico que les atendiera y, como he comprobado, no mintió —dijo sonriente y extrañamente feliz.

—Shals es un buen hombre... —reflexionó Valeria—. Y ha tenido mucha paciencia con mi hermano —agregó.

—No se enfadará por lo que he hecho, ¿verdad? —soltó de repente Mary, depositando la taza sobre la mesa.

—¿Quién? ¿Mi hermano? —Mary asintió—. ¡No, por supuesto que no! ¡Philip es incapaz de ser cruel con la gente que trabaja para él! ¡Al contrario! Si no me crees, puedes preguntarles a ellos. —Ante el mohín de disgusto que realizó Mary, continuó—: No sé qué ocurrió entre vosotros dos, pero estoy segura de que no fue agradable. De todas formas, me gustaría que le dieras una oportunidad para que cambiaras tu opinión sobre él. —Cogió su taza y bebió despacio sin apartar

la mirada de la joven. Parecía estar reconsiderando sus palabras, pero, por cómo frunció el ceño, la esperanza de que olvidara cualquier cosa negativa se disipó—. Como te comenté la noche que nos conocimos, mis hermanos y yo nos criamos en Brink Lane. Nuestros padres, tras abandonar Alemania, se instalaron allí y sobrevivimos con lo poco que obtuvieron de los trabajos que les encomendaron —empezó a narrar con el objetivo de ablandar aquel duro corazón.

—Tuvo que ser muy difícil para tu padre adaptarse a una vida de necesidades después de haber nacido y criado como un barón —comentó Mary, intentando no causarle mucho daño ante el recuerdo.

—Estaba muy enamorado de mi madre y eso fue lo único que necesitó hasta que murió —suspiró triste—. ¿Te conté que falleció en sus brazos y que mi madre no quiso apartarse de él pues creía que, en cualquier momento, despertaría?

Una emoción extraña para Mary le oprimió el pecho.

—¿Tanto se amaban? —inquirió perpleja.

—Jamás he visto a un matrimonio quererse tanto, y eso que yo daría mi vida por Trevor. Allí donde estén, seguro que nada ni nadie podrá superar ese amor tan intenso y verdadero.

Ese era otro motivo por el que jamás se enamoraría. Ella, por decreto de la sociedad, tendría que ocupar un segundo lugar en el matrimonio. Se vería en la obligación de dejar todo lo que amaba para acatar las exigencias de su esposo. Tal responsabilidad, como siempre había imaginado, la convertiría en una desgraciada. Buscaría la manera de no tener hijos, para que ellos no fueran los reflejos de su tristeza. No. Rotundamente, ella no se casaría jamás, aunque su madre sufriera mil apoplejías cuando asumiera que su segunda hija había decidido ser una solterona.

—¿Cómo logró superar su muerte? —dijo después de apartar con rapidez sus propias conjeturas.

—No la superó —respondió Valeria levantándose del asiento—. Mi madre murió poco después.

—¿Qué enfermedad padeció? —insistió Mary, alzándose también de la silla.

—La tristeza. Una que ningún médico puede curar con medicinas u operaciones.

—Lo siento... —murmuró avergonzada.

—No lo sientas, yo dejé de hacerlo hace muchos años. Ella quería estar con él, anhelaba permanecer a su lado y luchó hasta conseguirlo.

—¿Cómo sobrevivisteis? —preguntó y, acto seguido, se arrepintió de hacerlo.

¿No era consciente del dolor que mostraba Valeria en su rostro? ¿Por qué insistía? ¿Acaso le interesaba saber qué vida había tenido lord Giesler en el pasado? ¿Es que no podía imaginárselo mendigando por las calles! Era tan... Se mostraba con tanto... ¡Imposible!

—Aún sigo preguntándomelo. Tal vez ellos se convirtieron en nuestros ángeles custodios e hicieron todo lo posible para que sus hijos vivieran, o quizás el destino se apiadó de tres pobres huérfanos. —Se encogió de hombros y, pese a la tristeza que sintió al recordar aquellos años, dibujó una sonrisa—. ¿Quién sabe qué nos depara la vida, Mary? Hoy piensas una cosa, mañana surge otra distinta y, cuando abres los ojos el tercer día, decides algo que no sopesaste con anterioridad.

—Bueno, en eso tienes razón. Sin embargo, he de comentarte que no hay día que me despierte y corrobore un pensamiento —comentó, dibujando al fin una gran sonrisa.

—¿Cuál? —quiso saber Valeria mientras caminaban hacia la puerta.

Ya iba siendo hora de que Mary visitara a su hermano. Si no erraba, pronto empezaría a llamar a Shals para preguntarle si tenía noticias de ella. ¿Cómo actuaría al verla? ¿Se quedaría perplejo? ¿Pensaría que estaba viviendo un sueño? Fuera lo que fuese, solo esperaba que

recordara que su querida hermana la había llevado hasta él y que aún seguía pendiente el asunto de la baronía.

—¿Quieres saber cuál es la única idea que he consolidado con los años? —respondió divertida Mary.

—Sí.

—El de no buscar esposo. Ningún hombre será lo bastante bueno para...

No terminó su estudiada y perfecta exposición pues, al salir al corredor, observó que Shals subía y bajaba indeciso un peldaño de la escalera.

—¿Shals? —preguntó ella caminando con entereza hacia el hombre—, ¿qué ocurre?

La respuesta se la ofreció la voz de un titán malhumorado.

—¡Maldita sea! ¿Os habéis quedado sordos? —escuchó con tanta nitidez que parecía que lord Giesler se encontraba a su lado.

—¡Será asno! ¿Pero qué modales son esos? —Enfadada, se remangó el vestido y subió las escaleras—. ¡Le voy a dar el rapapolvo que se merece! ¿Cómo se puede ser tan insolente?

—Señora..., ¡haga algo! —pidió suplicante Shals a Valeria—. ¡No puede aparecer así! ¡Lo matará!

—¿Tus planes y los míos no son iguales? —preguntó Valeria con una sonrisa de oreja a oreja.

—Señora..., no sé a qué se refiere. —El mayordomo bajó ligeramente la cabeza.

—Shals..., no tienes por qué avergonzarte. Lo he leído en tus ojos cuando la has visto llegar. Tú, al igual que yo, quieres que la señorita Moore se fije en mi hermano, ¿verdad?

—Señora, tenga por seguro que sí, pero no creo que me guste mucho la idea que tiene la señorita Moore ahora mismo sobre... *fijarse en mi señor* —comentó temeroso.

—¿Qué te apuestas a que lo deja tan manso como a un corderito?

—¡Jamás apostaré con la esposa del antiguo dueño de un club! —exclamó Shals con aparente enfado.

—Porque sabes que perderías... ¿verdad? —insistió, entornando los ojos.

—¡Hasta las pestañas, señora Reform! ¡Con usted perdería hasta las pestañas! —reiteró antes de girarse hacia la cocina.

Valeria miró el rellano de la primera planta. Mary ya se había girado hacia el pasillo. Mucho se temía que la vida aburrida de su hermano cesaría en el momento en el que ella abriese la puerta y... ¡qué inoportuna coincidencia que Mary lo visitara justo cuando todos tenían tareas importantes que realizar! ¡Lástima que no pudieran estar presentes! ¡Qué poco decoro! Una mujer soltera en el interior de la alcoba de un hombre... ¡desnudo! ¿Qué pensarían de la hospitalidad de los Giesler?

Sonrió de oreja a oreja, apretó los puños en señal de victoria y se giró hacia la cocina.



Todas las palabras malsonantes que había decidido soltar cuando abriese la puerta desaparecieron al momento. Mary soltó abruptamente el aire que contenían sus pulmones y cerró la boca de golpe. Se quedó inmóvil, paralizada de la cabeza a los pies cuando lo observó levantado, de espaldas a ella. La habitación se encontraba iluminada, porque alguna doncella corrió las cortinas y abierto las ventanas, permitiéndole observar con claridad el interior de la alcoba. Una suave brisa,

producida por la corriente entre la puerta y el ventanal, la recibió nada más llegar. Pero ella no prestó atención a cómo se movían las bonitas cortinas, o cómo la luz del sol se reflejaba en el espejo colocado sobre una gran cómoda, o si los muebles eran oscuros, mates o habían sido devorados por las termitas. Sus ojos se centraron solo en él, haciendo que una voz en su cabeza evocara la palabra peligro. Todo lo que había pensado gritarle mientras llegaba desapareció en el acto. No se acordaba de nada... En el profundo suspiro que dio nada más verlo se esfumó la mujer encolerizada, aquella que tenía un sinfín de improperios mentales, y en su lugar se acomodó una mujer que no podía apartar los ojos de un hombre para sentir... deseo. Se le aceleró el corazón tanto que podía salirse del pecho sin tener que utilizar un escalpelo para abrirlo. Una rara calidez ascendió desde el centro de sus piernas hasta las mejillas, convirtiéndolas en dos llamas de fuego. Respiró hondo, para apaciguar esa emoción tan insólita. No lo consiguió. Sus latidos seguían raudos, sus carrillos seguían prendidos y el ligero dolor abdominal, semejante al que sufría cada vez que se acostaba sin cenar, se hizo más lacerante. ¿Lo había comparado con el jefe de una tribu de la Prehistoria? Pues esa idea seguía siendo cierta. ¿Concluyó que si hubiera vivido en la época griega, lord Giesler habría sido el muso de un sinfín de escultores? Pues también sería cierto. Aunque no quisiera reconocerlo, aunque negaría esa idea el resto de su vida, moriría sabiendo que aquel hombre fue el único en el mundo que le causó cierto interés pecaminoso. ¿Qué mujer sería incapaz de admitir no sentirse atraída por un cuerpo semejante? Era un espécimen perfecto: sus piernas eran fuertes y largas, al igual que sus brazos y hombros. Poseía una cintura estrecha, como sus caderas, por suerte para ella, ocultas bajo unas calzas. Aquel hombre emanaba peligrosidad, no para los demás, sino solo para ella, pues la atracción hacia él era más intensa, menos soportable. Dio un pequeño paso hacia el interior de la alcoba, rezando por primera vez en su vida al Dios en el que todo el mundo creía para que se diera la vuelta y rompiera su absurdo mutismo, su encandilamiento, el hechizo... Pero él no lo hizo. Solo cuando advirtió que se inclinó levemente hacia delante y colocó las manos sobre la venda que rodeaba su cintura, como si fuera un hermoso fajín, la sensatez que había salido disparada de su cabeza regresó para advertirle que el lord estaba a punto de realizar el mayor disparate del mundo. Frunció el ceño, como había hecho durante la subida y la carrera por el pasillo, y al fin pudo gritar:

—Le juro que, como de un solo paso, le doy otro bofetón.

—¿Mary? —preguntó Giesler atónito mientras se giraba muy despacio hacia ella.

Mary tragó saliva al contemplar aquel rostro masculino. Sonreía. Sí, sus labios dibujaron la sonrisa más maravillosa de la Tierra y, aunque nunca se imaginó que la recibiría con entusiasmo, pues nadie en el mundo salvo su familia la acogía con cariño, lo estaba haciendo. ¿Había visto alguna vez una boca tan hermosa, tan gloriosa? Y para su perdición y deleite había averiguado la suavidad de esos labios...

—Señorita Moore —le corrigió, adoptando la postura de mujer gélida—. Le recuerdo que usted no debe tratarme con tanta familiaridad, lord Giesler —agregó caminando con altanería hacia los pies de la cama. Colocó ambas manos en la cintura y lo miró como si quisiera arrancarle los ojos—. ¿Qué diablos hace? ¿Qué parte de *no debe moverse* no entendió? ¿Acaso se ha quedado sordo? Tal vez esa sea la razón por la que piensa que lo están sus fieles empleados —aseveró con firmeza.

—Mary... —susurró repleto de felicidad, como si a su lado se encontrara un ángel iluminado por una luz divina en vez de una mujer que lo había amenazado con propinarle otra grandiosa cachetada—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te encuentras?

—Definitivamente... ¡está sordo! —tronó, poniendo los ojos en blanco—. Le he dicho que no me llame por mi nombre y no necesito que se preocupe por mí, es usted quien debe permanecer

tumbado sobre la cama.

—Pretendía... —empezó a decir Philip mientras intentaba sentarse de nuevo, acto que le hizo gruñir de dolor.

—¡Maldición! —exclamó Mary dirigiéndose hacia él todo lo rápido que pudo.

Sin pensárselo dos veces, se agarró con fuerza a los antebrazos de Philip y lo ayudó a sentarse tan lento como pudo. Una vez que lo consiguió, le alzó las piernas y se las extendió sobre el colchón. Cuando se volvió hacia él, para gritarle hasta quedarse sin voz, se quedó muda de nuevo, pues descubrió que los ojos azules del lord brillaban como si los rayos del sol que atravesaban el ventanal impactaran en ellos. Su rostro, recién afeitado, lo hacía más atractivo si cabía y su cabello ya no era oscuro sino brillante y... hermoso. Apartó la mirada mientras una rara punzada en el estómago la hizo regresar de nuevo al frívolo mundo de la sensatez. No debía dejarse llevar por absurdas atracciones, ni por miserables encandilamientos. ¡Era una Moore de la cabeza a los pies y en ella no podía surgir algo tan absurdo como el deseo hacia un hombre!

—Según tenía entendido, su mejoría era notoria. ¿Quiere que todos los avances que ha tenido durante estos cinco días retrocedan por intentar caminar sin ayuda? —comentó con un tono menos rudo mientras se afanaba por acomodar unas piernas que ya estaban bien colocadas.

¿Eso que olía era loción de afeitar o perfume? Estuvo a punto de cerrar los ojos e inspirar con fuerza, pero la sensatez volvió a actuar. Se apartó ligeramente y con la punta de los dedos cogió el envés de la sábana para extenderla hasta que le cubrió la barbilla. Cuanto menos pudiera observar, menos tentación sentiría. Aquel cuerpo la hacía hervir la sangre, pensar cosas impuras y, sobre todo, perder la razón. Por lo menos, cuando su madre la regañara por haberse expuesto a otra situación comprometida, podía defenderse diciendo que ella lo había tapado y que él llevaba puestas unas calzas que ocultaban sus atributos masculinos.

—Creía que habías perdido el interés en mí —apuntó con voz quejosa Philip mientras se apartaba la sábana.

¿Quería asfixiarlo? Porque tuvo esa impresión al ver cómo se afanaba en taparle hasta el cuello. ¿O tal vez había otro motivo menos... siniestro? Aguantó una repentina carcajada y, muy despacio, se destapó hasta la cintura, exhibiendo la imagen completa de su robusto torso. Deseaba averiguar aquello que tantas veces se había preguntado, pero la ligera sonrisa, que fue incapaz de dibujar, se disipó al ver que ella regresaba a los pies de la cama y seguía mostrando repulsión. ¿Tan desagradable le resultaba?

—Lo dejé en buenas manos, milord. Mi padre, por si no lo recuerda, tiene la habilidad de sanar a la gente —replicó.

—Pero tú me operaste y, según tengo entendido, luchaste contra todos los que se opusieron para no dejarme morir —rebatió.

—Soy... ¿cómo diría? ¿Una persona de corazón bondadoso? —respondió, colocando las manos sobre el dosel de madera.

¿Por qué no podía dejar de mirarle los labios? ¿Su parte insensata deseaba sentirlos de nuevo? ¿Cuántas veces había rememorado ese momento? ¿Un millón? Mientras que solo una vez se dijo que el bofetón había sido lo mejor que había hecho en su vida. En el hipotético caso de que lo hubiese pensado, pues ya no estaba segura de si lo hizo durante el obligado encierro. ¿Contó telarañas o enumeró todos los posibles defectos de lord Giesler? ¿Por qué su mente no paraba de imaginar cómo habría sido un beso más intenso? Esa pregunta aumentó con creces su deseo carnal... ¡Maldita fuera esa parte tan primitiva del ser humano! Habían construido grandes edificios, barcos en los que poder viajar de un continente a otro, sombreros horrorosos con plumas de pavo real, pero... ¿habían sido capaces de hacer desaparecer el absurdo instinto carnal

con el que todo ser humano nacía? ¡No! Las personas seguían siendo unos primates movidos por una absurda necesidad sexual...

—Lo que tienes, Mary —recalcó su nombre, aunque a ella no le gustara oírsele decir—, es una habilidad mágica. Doy gracias a Dios todos los días por el hecho de que aparecieras y que decidieras salvarme la vida —declaró con toda la sinceridad que pudo ofrecer en ese momento, pues su mente buscaba unas palabras que pudieran enorgullecerla mientras un deseo masculino luchaba por sacarlo de la cama, cogerla en brazos, apoyarla contra la pared y besarla con tanta pasión que ambos quedaran sin aliento.

—No... No debe... decirme esas cosas, milord.

¿Tartamudeaba? ¡Ella?! ¿Por qué diablos lo hacía? ¿No le habían ofrecido miles de elogios los sirvientes? ¿No empezaba a acostumbrarse a esos halagos? Entonces... ¿por qué se había sentido tan intimidada al oírlos de él? Toda la fuerza, toda la ira y toda la firmeza que sentía cada vez que se encontraba en peligro se esfumaron como la niebla al aparecer el sol. Tenía que salir de allí lo antes posible. ¡Hasta el aire parecía tan denso que no podía ni respirar! Le había prometido a Valeria que lo revisaría, pues eso iba a hacer. Confirmaría el buen trabajo de su padre y saldría de allí más rápida que como entró.

—Es cierto —le aseguró Philip, a quien no le pasó inadvertido que, por una vez desde que la conocía, el escudo que protegía a la mujer que él deseaba descubrir se eliminó—. Eres una mujer ingeniosa, valiente e increíble. Una mujer a quien le debo la vida —aseguró solemne—. Estoy en deuda contigo. Puedes pedirme lo que quieras, buscaré la manera de conseguírtelo.

—Le pido la luna, lord Giesler —dijo.

Se recompuso todo lo rápido que pudo para no mostrar una imagen que llevaba ocultando desde que descubrió la maldad de las personas. Ella no sufriría como lo hacían Anne o Elizabeth. ¡Ella era diferente!

—Te prometo que la alcanzaré... —Al intentar reclinarsse, otro terrible calambre lo noqueó. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y respiró hondo.

—Relájese, por favor —le pidió en voz baja cuando acudió a él—. No debe realizar esfuerzos innecesarios —agregó mientras colocaba ambas manos sobre la venda y la palpaba despacio para confirmar que no había humedad.

—Me has pedido la luna, Mary Moore Arany, y yo he jurado dártela —dijo sin abrir los ojos. No quería asustarla, no quería que se apartara de su lado y si para ello debía permanecer enfermo toda la vida, ¡qué Dios se lo concediera!

—Me conformo con poder comprar las publicaciones médicas que me habrá guardado el señor Slow —susurró al tiempo que tomaba la decisión de quitarle el vendaje y confirmar que la herida seguía cerrada.

Miró a su alrededor y frunció el ceño. ¿Dónde diablos estaba su maletín? Era más fácil para ella cortarlo con las tijeras que ir desenredándolo poco a poco pues, de esa manera, tendría que tocarlo, tendría que acercarse lo suficiente para poder inspirar ese olor tan atractivo para ella y que... ¿No había leído en algún tomo científico que el ser humano descubría el agrado hacia una persona simplemente por el olor? Pues si aquella teoría era cierta, debía concluir que no era odio lo que sentía por lord Giesler, sino... ¡algo más propio de las Arany que de los Moore! Enfadada consigo misma, desató el nudo que su padre había hecho con las puntas de la venda y fue desenrollándola con los ojos cerrados. Mientras no mirara, la situación estaría bajo control...

—¿Por qué no has salido de tu hogar durante estos cinco días?

La pregunta hizo que Mary abriera los ojos y lo mirara con fiereza. ¿Quería reírse de ella? ¿Ridiculizarla? Porque si le contaba el motivo, ninguna humillación pasada sería tan inmensa

como la que sufriría en el presente. Sin embargo, al descubrir que él no la miraba, que mantenía unidas sus preciosas y largas pestañas rubias, se relajó y continuó con la tarea, envolviéndose otra vez de un estado de bienestar ilógico para ella.

—¿Has estado enferma? —perseveró en averiguar.

—No —respondió.

—¿Entonces? —Entreabrió el ojo izquierdo y sonrió al observar el enfado que exhibía su rostro. No entendía muy bien si se debía a la pregunta o a la repulsión ante su cercanía. Si era la segunda opción, estaba muerto. Al contrario que Mary, él estaba volando sin alas y pisaba las nubes sin atravesarlas. ¿Cómo definiría el resto de la humanidad una emoción similar?

—Estaba castigada —declaró al fin. Fijó sus ojos en el pecho de Giesler, intentando concretar si su respiración se agitaba al aguantar una carcajada. Sin embargo, seguía sereno, tranquilo, y eso la animó a continuar—: A mi madre no le hizo ninguna gracia que su segunda hija, a quien desea ver casada algún día, operase a un varón soltero mientras este permanecía desnudo.

Seguía calmado, como si no le afectaran sus palabras. ¿No iba a soltar ninguna carcajada o realizar una pequeña burla al respecto? ¿Apoyaría la decisión de su madre? Cuando puso su mano derecha sobre el costado, para realizar un leve tirón y quitarle el resto del vendaje, advirtió que fingía esa tranquilidad, pues los latidos de su corazón estaban tan acelerados como los de ella. ¿Qué significaba aquella alteración? ¿Estaba de acuerdo con el castigo o se sentía culpable?

—¿Le explicaste que me dejaste dormido, que su enfado no tenía ningún razonamiento lógico? —le preguntó, soportando con estoicidad el dolor que apareció en su pecho al descubrir que Mary había sido castigada injustamente por su culpa.

—Sí —respondió justo antes de arrodillarse para poder observar desde una posición más cercana la herida.

Tal como le explicó su padre, la sutura había sido excelente. Apenas le quedaría una finísima línea blanca en el futuro. Sin duda alguna, esa costura, pese a los nervios que sufrió, fue perfecta, como si hubiera estado cosiendo toda su vida. De repente soltó una carcajada al deducir el motivo por el que su madre le había llevado el bordador, los hilos y la enorme tela a su dormitorio.

—¿Qué te hace tanta gracia, Mary? —espetó Philip moviéndose con suavidad para observarla mejor.

—¡Es increíble! —exclamó sin poder dejar de reír—. ¡Solo a ella se le puede ocurrir una tontería semejante!

Intrigado, Philip quiso girarse hacia Mary, pero ella se lo impidió colocando de nuevo una de sus manos sobre el centro de aquel amplio pecho masculino.

—No se mueva, milord. Ahora mismo es muy peligroso —le pidió con un suave hilo de voz.

—Respóndeme entonces —rogó, usando un tono tan suplicante que Mary sintió el deseo de abandonar toda esa frialdad que había decidido mostrar, sentarse a su lado y charlar como si fueran dos buenos amigos.

—Ya le he dicho que he estado castigada... —empezó a decir.

—Y que el motivo ha sido injusto porque, aunque me viste desnudo, yo estaba inconsciente y no era peligroso para ti —la interrumpió.

—Usted no es peligroso, lord Giesler, sino arrogante —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vaya! ¡Acabas de pulverizar mi ego, Mary Moore Arany! —exclamó, llevándose las manos al pecho. La tocó. Se había acercado lo suficiente a esa tierna mano como para rozarle los suaves dedos. Pero, para su decepción, ella la apartó bastante rápido—. Tantos años pensando que soy irresistible para las mujeres y ahora resulta que una me asegura que no soy tan seductor

como he creído durante todo este tiempo —agregó burlón.

—He visto muchos hombres que...

—¿Cuántos? —preguntó, abriendo los ojos como platos e incorporándose hacia delante.

—¿No me va a hacer caso? —replicó justo en el instante que tiró la venda hacia alguna zona del dormitorio. Se levantó del suelo y posó ambas palmas sobre el torso de Giesler, para obligarlo a que se reclinara de nuevo sobre la cama.

«¡Maldita insistencia!», pensó Mary al sentir cómo sus manos aumentaban de temperatura, percibían la rugosidad de aquel vello masculino y eran conscientes de que la respiración de lord Giesler se alteró, como si hubiera corrido detrás de un galgo.

—¿Cuántos hombres has visto desnudos, Mary Moore Arany? —perseveró, entrelazando los dedos de cada mano en las muñecas de ella.

—¿Acaso le importa, lord Giesler? —se aventuró a decir.

Ella percibió que los pulgares del hombre acariciaban aquella parte de su piel, quemándola sin compasión. Quiso apartarse, quiso alejarse, ¡necesitaba recuperar su buen entendimiento! Pero... no podía. Él le arrebató toda la fuerza que había tenido hasta el momento, dejándola vulnerable, débil.

—Sí que me importa —susurró Philip mientras fijaba sus ojos en aquellos hermosos labios color carmesí.

—¿Por qué? —preguntó Mary con una voz que no pudo reconocer como suya.

—Porque quiero saber con cuántos hombres me batiré en duelo próximamente —afirmó antes de agarrar con fuerza las muñecas y extenderlas hacia ambos lados, haciendo que ella cayera de bruces sobre él. Con tan buen acierto que aquella preciosa boca impactó sobre la suya.

Antes de que Mary tuviera tiempo suficiente para reaccionar, Philip le liberó las muñecas. Colocó una mano detrás de la nuca femenina y la otra, sobre la espalda, inmovilizándola. Sus maravillosos ojos azules lo observaban con incredulidad y parecía que saldrían disparados de sus cuencas. Dudó por un segundo la decisión que había tomado, pero de inmediato la borró de su cabeza. La adoraba, la deseaba, la necesitaba y quería que fuera... suya. Despacio, apretó sus labios contra los de ella, instándola a que los separase, pero Mary no entendía muy bien el propósito que se había fijado. ¿Nadie la había besado con pasión? ¿Qué Dios se apiadara de su alma descarriada porque iba a disfrutar mucho enseñándole qué significaba la palabra placer!

Aturdida no era la palabra que la definía con exactitud. ¡Ni ninguna otra podría describirla a la perfección! Su boca presionaba la de él, notaba el calor del aire al respirar impactar sobre sus mejillas y percibía, con increíble precisión, cómo los latidos de su corazón y los del lord palpitaban al unísono. Intentó separarse cuando sus manos fueron libres, pero no consiguió moverse. Aquel perverso colocó una de sus grandes manos sobre su nuca y la otra en su espalda, impidiéndole realizar cualquier movimiento para distanciarse. Presa del pánico, abrió los ojos e intentó gritar, pero algo sucedió que la dejó tan desconcertada que la enmudeció. La punta de la lengua masculina tocó sus labios, animándola a separarlos. ¿Qué se proponía? ¿Qué debía hacer? ¿Podía considerar aquel momento como un ensayo médico? ¡Oh, sí! ¡Por supuesto! ¡Y lo añadiría a cualquier manual sobre las interacciones sexuales entre un hombre y una mujer! Apretó con fuerza sus labios, asegurándose de no dejar pasar la atrevida y descarada lengua.

No obstante, esa firme idea se suprimió de su mente cuando las yemas de los dedos, colocados en su cuello, comenzaron a acariciarla despacio. Hechizada por esas suaves caricias, su cuerpo se relajó y se sumergió en un estado de bienestar inverosímil. Fue consciente de cómo el vello se le erizaba, de cómo el calor nacido en su sexo aumentaba y de cómo todo su ser anhelaba algo que no había probado nunca. Por primera vez, había entrado en un estado de fluidez

y despreocupación, como si aquel hombre la mantuviera protegida, custodiada y no existieran problemas a los que enfrentarse. Solo estaban ellos... dos. Lord Giesler aprovechó ese momento de embriaguez erótica para invadir el interior de su boca. Aquella lengua masculina la poseyó, la acarició con anhelo, con deseo y con tanta pasión que finalmente cerró los ojos y se dejó llevar. ¡Nunca se imaginó que una cosa tan ridícula pudiera provocar algo tan grandioso! Ahora entendía la razón por la que Anne había sucumbido con tanta facilidad. Si un hombre la había besado de aquella forma, nada ni nadie impediría que terminara consumiendo la pasión iniciada. De repente, escuchó un rugido brotar desde la garganta masculina. Cuando intentó concentrarse en la razón por la que él realizaba aquel sonido, brotó otro aún más fuerte. Si lord Giesler hubiera sido el jefe de una tribu, aquel sonido podría definirse como un llamamiento de posesión, de territorialidad, de orgullo y gloria, convirtiéndola de ese modo en su única compañera de vida. Pero... eso era una tontería, ¿verdad? Él no podía reclamarla como suya, no había nada científico que pudiera explicar tal suposición.

Aunque todo fuera imaginario, le resultó hermoso dejar que su cuerpo se relajara y que se engañara al creer que su hogar se encontraba en los brazos de aquel hombre. Un hogar ficticio, por supuesto, pues ella jamás había considerado vivir sobre aquel cuerpo masculino. Con valentía y deseosa de experimentar, imitó los movimientos de la pecaminosa lengua varonil hasta que ambas se encontraron. El sabor del café, que había tomado antes de subir, se expandió por sus bocas. Era como si tomara de nuevo un sorbo de aquel delicioso líquido endulzado con el rico sabor de él. Fue en ese momento cuando admitió con resignación que jamás volvería a tomar un café tan sabroso y tan excitante. ¿Los besos siempre eran así? ¿Aportaban tanto placer a ambas personas? Porque no quería retirarse, era más, le dolió tener que hacerlo, pero la necesidad de respirar se hizo innegable. Cuando abrió los ojos observó que las pupilas de lord Giesler se habían dilatado y que sus iris se tornaron oscuros, expresando un sentimiento muy distinto a la indiferencia...

En el instante en el que su mente comenzó a enumerar las posibles razones por las que la miraba con tanto ardor, él tomó su rostro con ambas manos y la acercó lo suficiente como para notar de nuevo el calor de su aliento y la suavidad de sus labios.

—Voy a regalarte la luna, Mary —declaró antes de besarla otra vez y repetir un descarado, osado, indecente y maravilloso beso.

Pero todo lo bello no dura eternamente...

—Milord, ¿puedo entrar? —preguntó Shals llamando a la puerta con insistencia.

—¡No! —respondió él.

—¡Sí! —dijo ella, apartándose con rapidez de su lado.

Capítulo X

Le debía lealtad a su señor...

Desde que lo contrató, catorce años atrás, jamás lo había dejado indefenso y en esta ocasión tampoco iba a hacerlo. Salió de la biblioteca, donde se había escondido los últimos diez minutos para evitar encontrarse con la señora Reform y, después de confirmar que no había nadie, caminó con paso rápido por el corredor. Llevaba en su mano derecha el maletín de la señorita Moore, esa era la excusa que pondría al presentarse en la alcoba. Una vez que confirmara el estado de su señor, la agonía que llevaba padeciendo desde que la joven subió las escaleras dispuesta a poner en su sitio a lord Giesler desaparecería. Con la agilidad de un hábil ladrón y con una sonrisa de satisfacción cruzando su anciano rostro, Shals comenzó a subir las escaleras haciendo el menor ruido posible. Sin embargo, sus ojos se abrieron perplejos cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. Esperó el tiempo suficiente, allí plantado, para confirmar que, salvo él, nadie más había oído los insistentes toques de la aldaba en la madera. Resopló, depositó el maletín en el peldaño y retrocedió todo aquello que tanto le había costado conseguir. Se paró frente a la entrada, estiró el chaleco de su traje y, mostrando la severidad propia del hombre de confianza del lord, abrió.

—¡Shals! ¡Menos mal que me has oído! ¡Llevo algo más de cinco minutos golpeando la puerta! —dijo Martin mientras se quitaba el abrigo para ofrecérselo.

—Lo siento, señor, pero hoy tenemos la casa un tanto revuelta —comentó a modo de disculpa.

—¿Philip ha empeorado? —preguntó inquieto mirando hacia el piso de arriba al tiempo que se desprendía de los guantes.

—No, para alivio de todos nosotros, nuestro señor está estupendamente —explicó tras colgar el abrigo de Martin en el perchero y depositar los guantes en el cajón de la cómoda de la entrada—. La causa del revuelo se debe a...

—¡Martin! —gritó Valeria al salir al recibidor—. ¡Qué alegría volver a verte! ¿Desde cuándo estás en Londres? ¿Por qué no has venido a visitarme? ¿Has olvidado que tienes seis sobrinos que esperan la presencia de su tío favorito? —añadió antes de envolverlo en un fuerte abrazo maternal.

—Llegué hace varios días, te pido disculpas por no presentarme en tu hogar en ese momento, pero tenía un asunto importante que atender y no podía demorarlo —se excusó, dibujando la sonrisa más tierna y dulce que podía mostrar un hermano que adoraba a su hermana.

—¿Qué asunto? —espetó Valeria enredando su brazo izquierdo en el derecho de Martin.

—Hablares después de ello, si no te importa. Me gustaría mucho que Philip estuviera también presente cuando lo haga oficial.

—¿Te casas? —preguntó enarcando las cejas—. ¿Has conocido a una mujer?

—¿De verdad pensáis que soy incapaz de apartar los ojos de los libros? —preguntó con inquina.

—¡Yo no he dicho eso! Sé que, cuando levantes tus bonitos ojos de los libros, encontrarás a la mujer que esperas y ese día...

Shals aprovechó la distracción de los hermanos para subir de nuevo las escaleras. Tenía que poner fin al sufrimiento que padecía al no saber qué ocurría en la alcoba del lord. Necesitaba

confirmar que la señorita Moore no le había gritado, escupido o... matado. De ahí que permanecieran en absoluto silencio. Cogió el maletín y subió los últimos peldaños. Avanzó por el pasillo todo lo rápido que le permitían sus pies y, cuando llegó a la puerta de la habitación del lord, que estaba abierta, se quedó de piedra ante la imagen que se veía en el interior. Ellos no eran capaces de saber la estampa que mostraban, pues ambos tenían los ojos cerrados. Pero él fue el único testigo de un milagro. En silencio, los observó con tanto afecto que sintió cómo su corazón le daba un vuelco. Su señor, el hombre que renegaba del amor, pues decía que solo podía traer nefastas tragedias al mundo, acurrucaba el rostro de la señorita Moore entre sus grandes manos, mientras las de ella descansaban apacibles sobre su pecho desnudo, como iba siendo habitual desde que enfermó. El ventanal permanecía abierto, tal vez Phiona lo abrió al amanecer para que el amo admirara el hermoso día. No obstante, la belleza del exterior fue nimia con la imagen de los dos. La brisa movía ligeramente las cortinas, la luz del sol impactaba sobre ambos, como si todos esos elementos naturales quisieran glorificar un momento tan hermoso.

—Voy a regalarte la luna, Mary —le dijo lord Giesler a la mujer antes de besarla.

Podría haberse dado la vuelta y desaparecer sin ser visto ni oído, pero la voz de la señora Reform le indicaba que los hermanos de su señor subían para visitarlo. Dio un paso al frente, cogió el pomo con la punta de los dedos y fue cerrando la puerta hasta que solo quedó una pequeña abertura. Esa opción sería más adecuada que presentarse sin avisar y hacer que la señorita Moore se encontrara en un gran aprieto. Sus labios permanecerían sellados, aunque jamás olvidaría el brillo que su amo mostró en los ojos al mirarla, ni la declaración de esas palabras tan firmes y seguras. Se había enamorado. ¡Al fin! Y de una mujer a la que todo el servicio adoraba, pese a tener un comportamiento tan áspero como la lija de un herrero. Miró hacia atrás, para asegurarse de que la inoportuna visita alcanzaba el rellano del primer piso. Qué lord Giesler lo perdonara, pero era más sensato poner fin a ese momento tan romántico a que los encontraran de aquella forma. Cogió con fuerza el maletín, colocó los nudillos de su otra mano en la puerta y la golpeó sin apenas moverla.

—Milord, ¿puedo entrar? —preguntó.

—¡No! —tronó él.

—¡Sí! —dijo ella.

—Disculpe la interrupción, excelencia —comentó Shals adentrándose en la habitación con rapidez—, pero supuse que la señorita Moore necesitaba su maletín.

—Gracias, Shals —respondió la joven que, una vez que alisó las arrugas de su vestido con las manos, dibujó una sonrisa y extendió una palma para agarrar el maletín—. Es usted muy atento —agregó dándose la vuelta.

Lo colocó sobre la mesa pequeña que había a su lado y suspiró. Sus mejillas aún ardían, su corazón continuaba latiendo desenfrenado y sus manos temblaban. ¿Cómo había sido capaz de enredar los dedos en el asa del maletín si no podía controlarlos? Miró hacia el exterior y una ligera brisa calmó ese estado de excitación que había liberado segundos antes. No podía creer lo que había hecho. No solo se dejó llevar por un beso, sino que anheló más. Odió el momento en el que eligió ponerse un vestido de manga larga, pues sus antebrazos no pudieron tocar aquel torso masculino, maldijo el instante en el que la modista le indicó que el escote era apropiado, pues quiso averiguar si a lord Giesler le agradaba ver su pecho, al igual que a ella le agradó observar el suyo, y se enfadó con ella misma por no ser capaz de frenar aquella situación.

—Milord, quiero anunciarle que su hermano ha decidido visitarlo esta mañana —prosiguió hablando el mayordomo, quien se colocó frente a los pies de la cama—. Y que viene acompañado de la señora Reform...

—En efecto, Martin —dijo Valeria al presentarse en la habitación—, la señorita Moore ha decidido visitar a nuestro hermano y confirmar que evoluciona satisfactoriamente.

En ese momento, Mary quiso saltar por la ventana y correr sin mirar atrás hasta llegar a su hogar, pero lo único que hizo fue respirar hondo, girarse hacia las personas que accedían al interior de la alcoba y mostrar su mejor sonrisa.

—Mary, tengo el inmenso honor de presentarte a nuestro hermano pequeño, Martin Giesler.

Antes de poder dar un paso hacia ellos, el joven, quien físicamente se parecía mucho a lord Giesler, salvo que este utilizaba gafas y que su complexión era menos robusta, avanzó hacia ella, le cogió una de sus manos y le besó los nudillos.

—Estimada señorita Moore, es un placer conocerla al fin. Quiero agradecerle en persona que salvara la vida de mi hermano —expuso con tono gentil.

Ante esas palabras tan cordiales y afectivas Mary se ruborizó, parpadeó varias veces y esbozó una sonrisa coqueta. Mientras tanto, Philip alargó la mano derecha hasta que encontró el libro que había estado intentando leer hasta que decidió levantarse y pensó en lanzárselo a Martin. Pero se contuvo. Su hermano no era un rival para él, ¿verdad?

—El honor y el placer son míos —respondió ella con cierta timidez. Dio un paso hacia atrás, para mantener la distancia y se agarró las manos.

—¿Por qué motivo? —quiso saber él, enarcando las rubias cejas.

—Es una gran satisfacción para mí que un hombre con su talento me felicite.

—¿Con mi talento? —insistió Martin, enarcando la ceja derecha.

—Su fama es notoria por toda Inglaterra. No hay nadie en este país que no haya leído y admire su última publicación. He de confesarle que me quedé asombrada al leer su definición y cálculos sobre una intersección variable en dos planos curvos. Ha sido espléndida, si me permite el cumplido, lord...

—No soy lord, solo Martin Giesler —la corrigió con rapidez—. Es él quien ostentará, si es que se decide algún día —apostilló—, el título de Freiber Von Giesler. Le pido encarecidamente que me llame Martin. Después de comprobar que, frente a mis ojos, tengo posiblemente a la mujer más erudita de toda Gran Bretaña, me veo en la obligación y el placer de mantener una conducta más personal, ¿no le parece? —Y le sonrió.

—Siendo así, puede llamarme Mary, y gracias por el cumplido. Me halaga descubrir que existe un hombre en este mundo que no se siente intimidado por el intelecto de una mujer —contestó, añadiendo a sus palabras una débil sonrisa.

—Le informaba a mi hermano —intervino Valeria, quien aguantó como pudo la carcajada al ver cómo Philip se retorció en la cama—, que ha aceptado la invitación para almorzar con nosotros.

—¿Almorzar? —se entrometió Philip—. No sería educado ni apropiado, pues el anfitrión de esta casa, quien paga a sus buenos empleados y la comida que pondrán en las mesas, no puede comportarse como tal debido a *su enfermedad e indisponibilidad* —recalcó.

—¡Oh, Philip! —exclamó Valeria con una sonrisa fingida y moviendo la mano derecha con desdén—. ¡Siempre tan bromista! No te preocupes, Mary, no hay ningún problema. Además, gozaremos de la grata compañía de Martin. ¿Sabes que fue el muchacho más joven que contrató la Universidad? —Enredó su brazo derecho en el izquierdo de la muchacha y la hizo caminar hacia la puerta—. Ya sabíamos que se convertiría en una persona muy importante, pues desde niño siempre pensaba y razonaba como un hombre adulto. En cambio, Philip... ¡Oh, Dios! ¡No sabes la de problemas que tuve que soportar por su culpa! —exclamó de nuevo con aparente desconuelo. Cuando estaba a un paso de hacerla salir de la habitación, se paró y la miró—. Por cierto, ¿habías

terminado? Tal vez hemos interrumpido la revisión y no has podido finalizarla...

—No se preocupe, acababa de terminar de revisarlo cuando han aparecido. Solo me ha faltado volver a ponerle un nuevo vendaje, pero puede hacerlo Shals durante el día —le aseguró.

¡Por nada en el mundo volvería a quedarse a solas con él! ¿Le había gustado el beso? ¡Sí! ¿Había disfrutado al comprobar que había un hombre que la deseaba? ¡Sí! Pero ahí concluía su historia. No podía dejarse llevar otra vez por la excitación que lord Giesler le causaba. Era un hombre peligroso para ella, demasiado como para volver a permanecer solos.

—¿A qué conclusión has llegado? —perseveró Valeria, retomando el paso—. ¿Crees que pronto podrá levantarse y abandonar ese dichoso lecho?

—Lo conseguirá si se mantiene tumbado el tiempo que se le recomienda —alegó Mary antes de salir de allí sin tan siquiera poder despedirse con una fugaz mirada.



Los dos hermanos mantuvieron la mirada clavada en la puerta y solo la apartaron cuando Valeria y Mary desaparecieron.

—Milord —intervino Shals, que había permanecido durante todo el tiempo escondido en un rincón de la habitación—, con su permiso, he de confirmar que el almuerzo se prepara debidamente. —Dio un paso hacia la cama, hizo una rápida reverencia y salió de allí antes de que...

—¿Qué te ocurre?! —gritó Martin al sentir un terrible dolor en su pecho, causado por el impacto de un inesperado libro volador.

—¿Qué me ocurre? Dirás... ¿qué te ocurre a ti? —tronó. Apoyó los codos sobre el colchón y se sentó.

—No sé a qué te refieres —dijo agachándose para coger el libro que, tras la colisión, había caído en el suelo, abierto.

—*Le pido encarecidamente que me llame Martin. Después de comprobar que, frente a mis ojos, tengo posiblemente la mujer más erudita de Gran Bretaña, me veo en la obligación, y el placer, de mantener una conducta más personal* —repitió las palabras de su hermano como si estuviera masticando la suela de un zapato.

—¿Eso? —refunfuñó tras depositar el libro sobre la repisa de la chimenea—. Se considera educación y respeto hacia una mujer inteligente que, por suerte, ha salvado la vida de un ser querido.

Caminó hasta colocarse frente a Philip y se apoyó con el hombro derecho en un dosel de madera. ¿Podía soltar una enorme carcajada? ¡Porque bien sabía Dios que deseaba hacerlo! Si cogía el espejo que había sobre la cómoda y lo colocaba frente a su hermano, este descubriría que los demonios existían de verdad. Tal como le prometió a Valeria, ofreció una actitud receptiva hacia Mary para que Philip reaccionara. Sin embargo, admitía que lo dejó fascinado al averiguar que había leído su última publicación.

—¿Educación y respeto? ¡Casi vuelas como si fueras un querubín hacia ella para besarle la mano! ¡Besarle la mano! —exclamó, notando cómo una extraña acidez le quemaba el estómago.

—¿No me dijiste algo sobre no distinguir entre dos buenos senos femeninos y dos formas de calcular un mismo resultado? —comentó, aun sabiendo que el infierno partiría en dos la tierra y que el mismísimo Satán sacaría su mano para arrancarle el alma—. Pues, por una vez en tu vida,

he de darte la razón. La señorita... Mary parece que ha heredado un generoso y firme busto. Aunque su vestido azul no poseía un escote demasiado atrevido. Pese a todo, creo que cuando me acerqué para besarle esa dulce y tierna mano, nuestros torsos se acercaron lo suficiente para calcular sus medidas. ¿Me pediste que también contemplara la anchura de las caderas de una mujer? Porque he creído que... —Terminó de hablar cuando una almohada voló desde la espalda de Philip hasta impactar en su rostro, haciendo que sus gafas salieran disparadas hacia el centro de la habitación. ¿Cómo diablos se movía con tanta agilidad si aún estaba convaleciente?

—¡No te acerques a ella! ¿Entendido? —bramó—. O juro por Dios que esta conversación será la última que tengamos el resto de nuestras vidas.

Martin cogió las gafas del suelo, se las colocó y miró a su hermano. Por primera vez, la amenaza hacia su persona parecía ir en serio. ¿Era conveniente informarle que su actuación hacia Mary había sido planeada por Valeria? ¿Y si decidía vengarse de los dos? Si había algo inquebrantable en Philip era su necesidad de dar un escarmiento a las personas que lo desafiaban. Claro ejemplo de ello podría asegurarlo el hombre que, cuando Philip era adolescente, lo tildó de tramposo durante una partida de cartas en el antiguo club de su cuñado. Casi quince años había tardado en encontrárselo y, después de ese momento, el caballero no pudo levantar el ala de su sombrero durante dos largos meses. Según la versión de su hermano, el señor Manther chocó contra su duro hombro justo cuando él salía de White's y, lógicamente, no logró apartarse con rapidez para evitar un inoportuno y doloroso impacto en el ojo derecho. Así que si no deseaba llevar sombrero de ala ancha durante varios meses era mejor que le contara la verdad.

—Esta pantomima ha sido idea de Valeria —confesó al fin.

—¿Qué significa... *esta pantomima*? —preguntó, entornando los ojos.

—Lo de coquetear con Mary —esclareció.

—¡Maldita mente perversa! —exclamó Philip encolerizado.

—No tenía pensado hablar con la señorita Moore, ya sabes que no soy muy ducho en mantener conversaciones agradables con las mujeres, pero cuando me he encontrado con Valeria en el recibidor, no ha parado de hablar y hablar... Me dijo que os había dejado un tiempo solos y que le debías un enorme favor. Que necesitaba mi ayuda para averiguar si tu interés por esa muchacha era verdadero. Imagino que ha puesto las esperanzas en ella para que aceptes la dichosa baronía.

—Típico de ella... —masculló Philip.

—Te juro que mi presencia tenía otro objetivo. Deseaba pedirte consejo sobre un tema que tengo entre manos —manifestó sin apartar los ojos de su hermano. Relajada la tensión entre ambos, Martin adoptó una postura más tranquila: cruzó los brazos sobre el pecho y los pies, a la altura de los tobillos.

—¿Qué necesitas? —preguntó Philip, mirándolo sin parpadear.

¿Podía darle la vida algo dulce y ácido a la vez? Porque así se sentía. Había pasado de tener en sus labios la dulce boca de Mary a la acidez de luchar contra su hermano para conseguirla. Ahora, pese a saber que todo había sido una treta de Valeria, seguía sin poder recuperar de nuevo la añorada dulzura.

—¿Uno a cambio de otro, como cuando éramos niños? —Lo observó, enarcando las cejas rubias.

—Uno a cambio de otro —admitió mientras su cuerpo se relajaba considerablemente.

—Bien. He decidido establecer mi nueva residencia aquí, en Londres —comenzó a decir Martin al tiempo que se aventuraba a sentarse al lado de su hermano—. He hablado con Lawford Jr. y me ha dicho que podría invertir en la propiedad de los Bohann. Según me ha informado, es

un matrimonio bastante mayor y desea marcharse a su casa de campo para disfrutar de cierta paz el tiempo que les quede de vida.

—¿Sabes a qué vecinos tendrás? —espató Philip frunciendo el ceño y fulminándolo con la mirada... otra vez.

—Aún no la he visto, así que...

—¡A los Moore! —tronó de nuevo.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido—. ¡Menuda coincidencia!

—¿No me habías dicho que actuabas según el plan de Valeria? —gruñó.

—Te juro por el alma de nuestros padres que así es y que no tenía ni la más remota idea de que la familia de Mary serían mis nuevos vecinos. Solo quiero un hogar tranquilo, donde poder seguir con... —Se levantó, le dio la espalda a su hermano, caminó hacia el balcón y se mantuvo en silencio.

—¿Con? —perseveró Philip.

—He dejado el trabajo en la Universidad —dijo al fin sin apartar la mirada del exterior.

—¿Por qué? ¿Te has vuelto loco? ¿Para eso me necesitas? ¿No eres capaz de enfrentarte a la ira de Valeria? Porque se enfadará cuando lo descubra y me culpará de tu decisión —comentó Philip sin apenas respirar.

—No te culpará de nada porque le explicaré que me ofrecieron una alternativa más... —«¿Imperativa?», pensó Martin. No, no podía decir una cosa semejante, pues era vital para el bienestar de la familia que nadie supiera la verdad.

—¿Más? —insistió en saber Philip.

—Tranquila —respondió, volviéndose hacia su hermano—. Es cierto que el trabajo que he desempeñado en la Universidad ha sido gratificante, pero apenas he disfrutado de tiempo libre. Anheo un hogar, añoro vuestra compañía, quiero casarme, formar una familia y... vivir —le aseguró. Aunque la verdadera razón por la que había decidido establecerse allí no tenía nada que ver con la vida, sino con la muerte, y no de una persona, sino de cientos, tal vez miles...

—¿Cuándo pretendes llevar a cabo tu nuevo futuro? —preguntó intrigado.

—En una semana a lo sumo —declaró tras meterse ambas manos en los bolsillos y echar hacia atrás los paneles frontales de su chaqueta azul marino—. El tiempo que tarde Lawford en confirmar la compra de esa residencia.

—Bien... —murmuró Philip acariciándose una inexistente barba—. Valeria se enfadará contigo durante un largo tiempo, pero creo que es la mejor decisión que has tomado hasta el momento. Ya era hora de que volvieras y que decidieras buscar una esposa, que no será Mary, por supuesto —apuntó escrudiñando el rostro de su hermano.

—No será Mary, te lo aseguro. —Sonrió—. En cierta medida, has sido responsable de esta decisión. —Al ver que su hermano levantaba una ceja en señal de pregunta, añadió—: He sufrido mucho al pensar que podrías haber muerto. Me he preguntado todos estos días qué habría pasado si tú... —No concluyó la frase, le dolía demasiado—. Tenía pensado ofrecer mi carta de renuncia cuando finalizara el curso, pero la envié el mismo día que Pierre me hizo llegar la misiva de Valeria para informarme sobre tu enfermedad. —No era del todo verdad, la había escrito varios meses antes, cuando aquel desconocido se presentó en su antiguo hogar y le indicó que contaba con menos de seis meses para aceptar el nuevo cargo que se le ofrecía. El anuncio de la situación de Philip aceleró el trámite—. El tiempo es breve y creo que debo aprovecharlo para vivir junto a las personas que adoro —concluyó. Regresó al lado de su hermano y se sentó de nuevo sobre la esquina inferior de la cama—. Con lo cual, aquí estoy, a la espera de un papel para lograr un sueño... —reflexionó—. Ahora es tu turno, hermano. Dime qué secreto guardas —lo instó.

—Voy a aceptar la dichosa baronía —comentó después de echar la cabeza hacia atrás, hasta que esta tocó el cabecero de madera, y suspiró.

—¿De verdad? ¿Estás seguro? ¡Valeria llorará de emoción! ¡Lleva muchos años esperando a que tomes esa decisión! —comentó feliz.

—Pero solo si consigo casarme con ella —manifestó una vez que las miradas de ambos se encontraron.

—Así que... ¿te gusta? —discurrió Martin acomodando los pies sobre la cama, como solían hacer cuando eran niños.

—Estoy enamorado, Martin. No sé cuándo, ni cómo, ni por qué ha sucedido, pero he llegado a la conclusión de que no podría vivir sin ella —admitió con una sonrisa en los labios.

—He de comentarte una cosa, Philip —empezó a decir adoptando el tono que utilizaba para hablar a sus alumnos—, hay un estudio y un término médico que, hasta el momento, no se ha tomado muy en cuenta, pero que sería interesante que conocieras.

—¿Cuál? —Su voz sonó como si estuviera a punto de defenderse de un ataque repentino.

—*El shock de la gratitud* [7], el que sufre un paciente que, al ser salvado de una muerte segura, cree que se ha enamorado de su salvador y...

—¡Bobadas! —le cortó Philip—. Me enamoré de Mary desde el momento en el que la vi por primera vez. Lo que ha sucedido después solo ha confirmado que es la única mujer que deseo tener a mi lado el resto de mi vida —le aseguró.

—Y, ¿por qué vas a asumir la baronía cuando te cases con ella? —preguntó intrigado.

—Porque me ha pedido la luna y solo podré dársela si me convierto en un miserable aristócrata —claudicó antes de mirar el maletín que, de nuevo, había sido olvidado por su dueña.

Capítulo XI

Mary no apartó la mirada de la ventana mientras regresaba a su hogar acompañada de Valeria. ¿Cuál sería el motivo médico por el que notaba una fuerte presión en el pecho? Tal como esta le prometió, después del almuerzo, la condujo hasta la librería del señor Slow y le regaló las tres crónicas médicas que tenía reservadas. Debió mostrar felicidad por haber obtenido lo que tanto deseó los cinco días de castigo, pero no fue así. Cogió las revistas y las metió en el interior del maletín sin pararse a leer los títulos de estas. Reaccionó de manera autómatas, sin emoción, tal vez porque su cabeza se negaba a centrarse en otra cosa que no fuera... él.

Creó, inútilmente, que todas las emociones y sensaciones producidas durante el beso desaparecerían una vez que abandonara la habitación. Erró. Las revivió tantas veces que sufrió un sinfín de inoportunos sofocos en el almuerzo. Pese a que la conversación que mantuvo con Martin fue bastante agradable, no le resultó espléndida, ni maravillosa. Apenas prestó atención a la exhaustiva charla sobre el algoritmo cuantitativo en diferentes ecuaciones. En el fondo, y eso sí que le pareció inaudito, se aburrió. En algún momento de esa explicación, su alma abandonó su cuerpo para salir del comedor, subir las escaleras, correr por el pasillo y regresar a los brazos de lord Giesler. Sus labios sintieron de nuevo la suavidad de esa boca masculina, degustó aquel maravilloso sabor a café, su lengua bailó otra danza de caricias y, debido a ello, el placer y la pasión regresaron.

La mejor opción para mantener un bienestar mental y físico era evitar otro encuentro con él y eliminar de su mente todos aquellos pensamientos tan inapropiados. Nunca se había sentido tan atraída o intimidada por un hombre. Jamás dejó en un segundo plano quién era y en quién deseaba convertirse. Sin embargo, desde que aquel hombre apareció en su vida, todo se volvió un caos, pues no era capaz de centrarse en nada salvo en él. ¿Cuántas veces, desde que su padre le regaló el maletín, se olvidó de él? Hasta que lord Giesler se cruzó en su camino, nunca. ¡Si había noches que hasta dormía con él en la cama! Eso también había cambiado, porque durante su imprevista visita abandonó su preciado regalo en varias ocasiones...

Sin apartar la mirada del exterior suspiró hondo. Estaba muy decepcionada al no haber sido capaz de controlar ni su mente y ni su cuerpo cuando permanecieron juntos. Siempre estuvo al acecho de las traiciones de los demás, pero jamás imaginó que ella misma sería la mayor traidora hacia su persona. Desde que Anne sufrió la angustia de la muerte de Dick o el engaño que padeció Elizabeth por parte de Archie, se afanó en luchar contra todo lo que implicara una relación afectuosa hacia un hombre. Lo único que podían obtener de ella eran conversaciones y discusiones médicas. Cualquier sentimiento afectivo estaba vetado, negado, cerrado. Sin embargo, lord Giesler rompió todas las barreras que había construido con los años. Aquel gigante de ojos azules y cabello rubio se había convertido en su punto débil, pues había encontrado la manera de transformarla, a través de sus besos y caricias, en un ser vulnerable, frágil y común.

Se movió incómoda en el asiento mientras apretaba con fuerza las manos, colocadas sobre su regazo. Si no erraba, como empezaba a ser habitual en ella, sus mejillas ya mostrarían un leve sonrojo a causa de sus divagaciones. Valeria podría suponer que se debía a la ansiedad que le provocaba llegar a su hogar y enfrentarse de nuevo al castigo establecido por su madre, pero eso no era el motivo por el que sus carrillos parecían dos pequeñas llamas de fuego. El recuerdo de

cómo reaccionó su cuerpo durante los besos la alteró y la enfureció hasta el punto de subirle la temperatura corporal más de diez grados. Si tocaba el termómetro que guardaba en el maletín, el mercurio subiría tanto que el pequeño tubo de vidrio estallaría en sus manos. ¿Cómo se había dejado llevar con tanta facilidad? ¿Por qué su cerebro fue incapaz de frenarla? ¿No había leído que la amígdala cerebral ayudaba a buscar la estrategia necesaria para solventar una situación de estrés, miedo o peligro? Entonces, ¿por qué la suya se inactivaba cuando lord Giesler se encontraba cerca de ella? Resopló por la nariz. Le urgía encontrar las respuestas médicas a todas sus preguntas y tenía una solución para eso: buscaría el libro que su padre guardaba en la estantería de su despacho. Si no recordaba mal, el médico y científico francés, Paul Broca, le explicaría cómo funcionaba su sistema límbico. Allí encontraría cuál de sus cuatro componentes se encargaba de las respuestas emocionales. Una vez que hallara el problema, lucharía contra él y, si para ello tenía que utilizar aquellas dolorosas descargas eléctricas, se sometería sin dudarle un segundo. Necesitaba hacer todo lo que estuviera a su alcance para ser la Mary de siempre y alejarse de quien se había convertido. Ella nunca fue una mujer pasional, sino una respetable muchacha que razonaba, comprendía y observaba el mundo bajo una perspectiva lógica. No podía transformarse, de la noche a la mañana, en la desvergonzada que había notado cierto placer entre sus piernas o que anheló que las manos de aquel hombre recorrieran cada centímetro de su piel. De ningún modo volvería a desear algo que había decidido no tener en su vida. Lord Giesler tenía que morir para ella.

—¿Mary? —preguntó Valeria entornando los ojos.

—¿Sí? —respondió, girándose hacia su acompañante y dibujando una enorme sonrisa, la que vaticinaba un triunfo próximo.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. ¿Por qué lo preguntas? —continuó hablando sin borrar la ligera sonrisa de sus labios. Esperaba que su rostro no decidiera traicionarla también, pues no deseaba ser interrogada durante los pocos minutos que restaban para llegar a su hogar sobre el motivo por el que se hallaba tan ausente.

—Te noto... distante —adujo Valeria.

—Es mi estado normal —contestó mientras extendía una mano hacia el asa del maletín y lo colocaba sobre sus piernas—. Mi cabeza no puede parar de pensar en qué guardarán estos preciados artículos médicos.

—¿En eso estás pensando ahora mismo? —preguntó con una mezcla de desilusión y rabia.

—¡Por supuesto! —exclamó Mary para enfatizar su engaño—. Estoy ansiosa por averiguar qué nueva enfermedad han encontrado en Europa e informarme de cómo puede suprimirse. Aunque últimamente no han hallado muchos casos importantes. El mes pasado, los cuatro artículos que adquirí en la librería del señor Slow hablaban sobre el ensayo realizado por Henry Gray en mil ochocientos cuarenta y ocho, titulado *El origen, conexiones y distribución de los nervios del ojo humano*. Un magnífico descubrimiento para un joven anatomista y cirujano británico. ¿Sabes que tenía mi edad cuando fue elegido Fellow of the Royal Society? Aunque murió demasiado pronto. Una verdadera tragedia para la sociedad médica. Pero... ¿quién iba a suponer que fallecería de viruela a los treinta y cinco años? Según cuentan, se la transmitió un sobrino al que cuidaba y...

Valeria no supo qué decir al respecto. Había dado por sentado, al verla tan callada y azorada, que estaba reviviendo el tiempo que pasó a solas con su hermano, pero se equivocaba. La muchacha era inmune a los encantos de Philip. ¡Y era la primera mujer que lo hacía! No iba a darse tan pronto por vencida. En juego estaba la baronía y ante eso lucharía sin tregua.

—¿Has recordado ese ensayo porque has visto algo peligroso en los ojos de mi hermano?

—la interrumpió.

—¿Cómo? —espetó Mary confundida.

—Me preguntaba si el que menciones ese libro médico tiene algo que ver con alguna enfermedad que hayas podido apreciar en los ojos de Philip.

—¡No! ¡Para nada! —dijo con rapidez.

—¡Menos mal! Porque según tengo entendido, las personas que poseen los ojos de color marrón pueden...

—¿Marrón? —soltó Mary—. Que yo recuerde, lord Giesler tiene los iris azules claros, muy parecidos a los míos —agregó.

Bien. Por lo menos se había dado cuenta de ese detalle. Ahora debía proseguir con su plan.

—Cierto. A veces me confundo con los de mi marido —se excusó—. Entonces puedo imaginar que tu pensamiento no tiene nada que ver con otra posible enfermedad, ¿verdad?

—¡Exacto! —aseguró—. Tu hermano está muy recuperado y abandonará la habitación si guarda unos cuantos días más de reposo. Para serte sincera, aún sigo fascinada con su evolución.

—¿De verdad? —prosiguió Valeria. Si debía hablar sobre enfermedades para que se centrara en Philip, lo haría sin dudarle un solo segundo—. ¿Observaste la herida? ¿Piensas que requiere mucha atención? Yo no puedo ir a visitarlo todos los días. Mis hijos y mi marido son un desastre si me ausento más de tres horas de mi hogar. No me extrañaría que al regresar hayan quemado alguna habitación.

—No te preocupes. La herida está perfecta, apenas le quedará una fina cicatriz. Estoy segura de que mi padre, cuando lo visite esta noche, corroborará mi opinión. Solo espero que Shals no tarde mucho en vendarlo para que no se pose suciedad sobre la fisura.

—De eso no debes preocuparte. Las doncellas limpian todos los días la alcoba —manifestó Valeria.

—No se trata de ese tipo de limpieza —dijo antes de soltar una pequeña risita—. Se han descubierto cientos de bacterias que pululan por el ambiente y son invisibles al ojo humano. Una de ellas puede posarse en la herida e infectarla.

—Y sabiendo eso... ¿cómo no se te ocurrió vendarlo tú misma? —espetó atónita Valeria.

—Porque me arrastraste hacia el comedor y durante el almuerzo no me pareció correcto ausentarme en mitad de la maravillosa conversación sobre algoritmos de Martin. Además, tengo la certeza de que Shals lo vendó después de confirmar que la comida estaba preparada. Como bien me has explicado, es un mayordomo muy eficiente —expuso con seguridad.

—Aun así, creo que sería conveniente que regresaras mañana para confirmar tu suposición —expuso Valeria una vez que miró por la ventana y observó los tejados de la residencia Moore—. No me gustaría que Philip contrajera una infección ahora que empieza a mejorar.

—No veo necesario que regrese —manifestó con angustia—. Pero te prometo que cuando hable con mi padre, le informaré de lo que ha sucedido para que confirme que el vendaje se hizo de forma correcta.

—¿No deseas asegurarte de que mi hermano evoluciona favorablemente? ¿Te desprecucas con tanta facilidad de las personas a las que atiendes?

El carruaje estacionó en la entrada de su hogar. Debía esperar a que el cochero abriese la puerta y desplegara las escalerillas metálicas, pero se sentía tan ansiosa por salir de allí que, como tardara un segundo más, ella misma lo haría.

—Como te he dicho, mi padre se encargará de él como hasta ahora —comentó con más énfasis del que debía—. Además, recuerda que sigo castigada y cuando mi madre descubra que me has llevado a la casa de tu hermano en vez de revisar a tus hijos no me permitirá abandonar mi

hogar hasta que cumpla los treinta.

¡Gracias a Dios el cochero ya había abierto la puerta! Con el maletín en la mano, bajó todo lo rápido que pudo, alisó la falda de su vestido y se giró hacia Valeria, que aún seguía inmóvil en su asiento.

—Ha sido una jornada magnífica, Valeria. E insisto en que no debes preocuparte por tu hermano, seguro que en breve regresará a la vida que poseía antes de enfermar.

—Pero... ¿no quieres que te acompañe hasta la puerta? ¿Qué dirá tu madre sobre mí? Le prometí que cuidaría de ti y que te traería ante ella sana y salva.

—Me despediré en tu nombre. Además, cuando le explique que tenías prisa por llegar a tu hogar, por si alguno de tus hijos ha quemado una habitación, lo entenderá. Buenas tardes y gracias por el regalo —dijo antes de cerrar la puerta y caminar a grandes zancadas hacia su hogar, su santuario, su lugar protegido y del que nunca debió salir.



—No se preocupe por ellas, madre. Le aseguro que todas se encuentran perfectamente.

La afirmación de Madeleine hizo que Sophia levantara la mirada del bastidor y la fijara en la pequeña de sus hijas. Permaneció en silencio, observándola sin pestañear. Luego, tras descubrir aquel brillo tan hermoso y sincero en sus ojos verdes, sonrió y volvió a la costura.

—Lo sé —le aseguró—. Pero es inevitable preocuparse por ellas.

—¿Sigue inquieta por la visión que tuve sobre Anne? ¿Piensa que me equivoqué sobre lord Bennett? Le prometo que era él. Ese hombre nos salvará de la maldición —declaró solemne. Cerró la libreta en la que anotó la última receta que había preparado esa mañana, se levantó despacio de su asiento y caminó hacia su madre para sentarse a su lado.

—Confío en tus visiones, Madeleine. Si tienes fe en que lord Bennett es el hombre destinado para Anne, esperaré a que se cumpla tu profecía.

—¿Desaparecerá algún día? —preguntó después de unos minutos de silencio que utilizó para reflexionar; entrelazó sus dedos sobre la falda de su vestido celeste de raso mate con encajes en los puños y cuello—. Me refiero a mi don. ¿Se irá de la misma manera que vino, sin avisar?

—El mío sigue conmigo desde que nací. Aunque desapareció durante los embarazos porque toda mi energía se centró en crear una nueva vida, pero regresó una vez que vinisteis al mundo.

—¿Nunca deseó haber nacido normal? —susurró.

—¿Acaso no te consideras de ese modo? —espetó Sophia dejando la costura a su izquierda y volviéndose hacia su hija.

—No —contestó sin dudarle un solo segundo—. ¿Quién, de todas las personas que conocemos, puede tener sueños que predican lo que sucederá?

—Madeleine... —susurró cogiéndole ambas manos para estrecharlas entre las suyas—, eres una muchacha muy especial y no deberías sentirte mal por haber nacido con esa habilidad tan magnífica. ¿Has olvidado lo que sucedió aquel día? ¿Lo que hiciste por ese niño?

Madeleine fijó sus ojos en las manos unidas y se mordió ligeramente el labio inferior. No, no lo había olvidado. ¡Jamás podría hacer una cosa semejante! Pero fue en ese momento cuando su don tomó fuerza, el control de su vida, y no hallaba la forma de pararlo. Era cierto que aquel día se sintió feliz y orgullosa de sí misma. Sin embargo, no todas sus visiones fueron buenas. Muchas noches se levantó bañada en sudor, temblando y llorando de manera inconsolable porque la

maldad se apoderaba de ella.

—Esa criatura pudo salvarse gracias a ti, pequeña —dijo Sophia con suavidad mientras acariciaba con los pulgares los largos dedos de su hija—. Su alma acudió a la única persona que pudo escucharla... —añadió.

—Lo sé... —murmuró, agachando la cabeza.

—Y también fuiste la razón por la que Anne renunció a marcharse en aquel momento. Si no nos hubieras contado qué viste, ella ya no estaría con nosotras —insistió. Al percibir que sus palabras no la consolaban como deseaba, prosiguió—: Es cierto que no todos tus sueños serán buenos, pero tendrás que esforzarte para dominarlos. Un alma como la tuya atraerá tanto a las fuerzas buenas como a las malas. Tu misión es saber filtrarlas.

—¿Cómo haré algo así?

—Imagino que tendrá que pasar bastante tiempo para que lo consigas, tal como hice yo para desarrollar la mía. —Al ver que sus ojos se entristecían, apretó con más fuerza sus manos—. Pero una Arany siempre consigue lo que se propone, y no ha nacido una zíngara que se rinda sin antes luchar.

Madeleine suspiró hondo y agradeció las palabras reconfortantes de su madre con una leve sonrisa. Esperaba que tuviera razón, que no se confundiera, porque realmente necesitaba eliminar ciertos aspectos de su don. Rara era la noche que no se quedaba despierta, sentada sobre la cama, abrazándose las rodillas mientras se preguntaba qué ocurriría una vez que cerrara los ojos. Esa incertidumbre era la culpable de su comportamiento. Siempre permanecía esquiva a todas las personas que se acercaban a ella. No podía tocarlas, ni mirarlas sin descubrir, mediante aquellos dichosos sueños, algo sobre ellas. Algunas veces la hacían feliz, pero la maldad de la gente no tenía límites. Su corazón empezó a latir con fuerza al recordar la tarde que el primer prometido de Anne le tocó una mano para saludarla. Esa noche sus sueños fueron oscuros, tenebrosos e insoportables. Su espíritu se desprendió de su cuerpo y salió a la calle, mostrándole lo que sucedería al cabo de varias semanas. No fue capaz de explicar a su familia, mucho menos a Anne, lo que había visto. Tal vez porque ni ella misma lo creyó. Pero Dick murió... Y como consecuencia de todo aquello se retrajo aún más del mundo.

—Mary acaba de llegar —comentó Sophia levantándose con rapidez del asiento.

Caminó hacia la ventana y apartó despacio la cortina para confirmar que, tal como intuyó, el carruaje de la señora Reform había estacionado en el jardín. Miró el reloj situado sobre la chimenea y frunció el ceño. Habían pasado las cuatro de la tarde y, pese a que la informaron que su hija almorzaría fuera, estaba bastante enojada con Mary. Ella debió buscar cualquier excusa para rechazar la invitación. No era apropiado que permaneciera fuera de su casa tanto tiempo con una persona que apenas conocía, aunque esta estuviera muy agradecida por haberle salvado la vida a su hermano. Pero tenía que confiar en su hija. Estaba segura de que, si se hubiera encontrado en una situación comprometida, habría actuado con sensatez. Aunque después de operar a lord Giesler completamente desnudo ya no estaba tan segura de la racionalidad de su hija.

Abandonó en silencio la habitación de costura y se dirigió hacia la puerta para recibir las. Durante el breve trayecto, recordó el momento en el que la señora Reform apareció en su hogar horas antes, la expresión serena que ella exhibió al presentarse y cómo cambió tras la llegada de su hija. ¿Cómo no se había dado cuenta de ello? ¿Por qué su instinto no la alertó de una cosa así? «¡Morgana!», exclamó mentalmente al tiempo que avanzó hacia la entrada, abriéndola ella misma para no demorarse demasiado en averiguar si su corazonada era cierta.

—Buenas tardes, madre —le dijo Mary una vez que se encontraron de frente.

—¿Y la señora Reform? —preguntó mirando hacia el carruaje.

—Le he dicho que no me acompañe, que no era necesario que se molestara —explicó mientras accedía al recibidor.

—¿Qué le has hecho? —tronó Sophia cerrando de un golpe la puerta.

—¿Yo? ¡Nada! ¿Cómo puede pensar eso de mí? —dijo enfadada.

—Porque las dos veces que he visto a esa mujer nunca me pareció una persona irrespetuosa —insistió la madre.

—Le urge regresar a su hogar lo antes posible. Según me ha comentado, sus hijos son capaces de incendiar cualquier habitación de su hogar si permanece más de tres horas alejada de ellos —expuso al tiempo que le daba el abrigo a Shira, quien había aparecido a su lado sin hacer ruido.

—Pero... ¿no ibas a examinarlos? Que yo recuerde, la señora Reform dijo que habían sufrido un resfriado y deseaba confirmar que no les quedarían secuelas —indicó Sophia.

—No. Al final me libré de la presencia de esos diablos —declaró Mary antes de enarcar varias veces sus cejas castañas. Al observar cómo las mejillas y los ojos de su madre empezaban a enrojecer, decidió que había llegado el momento de escapar. Sin embargo, cuando dio un paso hacia delante para dirigirse hacia las escaleras, una mano la detuvo.

—¿Dónde has estado Mary Moore? ¿Por qué no eres capaz de mirarme a la cara? ¿Qué me escondes? ¿Qué ha sucedido?

—Sigo castigada, ¿verdad? —Sophia entornó los ojos como respuesta—. Bien, pues solo le diré que he curado a gente, pero no han sido a los hijos de la señora Reform, sino a los sirvientes de lord Giesler —confesó muy digna.

—¿Has desobedecido mi orden y regresaste a ese lugar? ¿Por qué?

—¿La verdad? —soltó Mary.

—Sí.

—He llegado a la conclusión de que Valeria se encontraba muy asustada por lo sucedido con su hermano y necesitaba que yo misma le confirmara que nuestro padre está haciendo un buen trabajo.

—¿Y? —perseveró Sophia.

—Y, como siempre, nunca me contento con hacer una sola cosa. Así que he terminado por elaborar dos convicciones en vez de una.

—¿Cuáles? —Sophia percibió cómo su hija se irritaba cada vez más. Nunca, hasta el momento, había regresado a casa después de visitar a un enfermo mostrando tanta irascibilidad. Lo habitual era que estuviese pletórica, emocionada. Pero tenía que recordar que el enfermo al que había visitado era lord Giesler, el motivo por el que estaba castigada.

—La primera ha sido que, en efecto, la curación de ese engreído está siendo espectacular y que nuestro padre es el mejor en el mundo. La segunda... —respiró hondo y por primera vez en su vida miró a su madre con rabia, como si fuera la única culpable de haberla hecho sufrir todas las emociones y sensaciones que nacieron al ser besada por lord Giesler—, debes sentirte muy feliz al comprender que siempre has tenido razón con respecto a mí...

—¿Yo? ¿Razón respecto a ti? ¿En qué? —soltó Sophia con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—Que, pese a que nunca ha querido reconocerlo, hoy ha entendido que por sus venas también corre sangre Arany.

La respuesta salió por la boca de Madeleine. Sophia observó cómo Mary le dirigía una mirada furiosa, pero la pequeña no se sintió intimidada por esa silenciosa amenaza. Exhibió una

enorme sonrisa antes de colocar sus manos en la espalda, girarse sobre sus talones y dirigirse hacia la cocina alargando exageradamente las piernas.

—Se siente muy orgullosa, ¿verdad? —soltó Mary apretando los dientes.

—Hija, por favor, cuéntame qué ha sucedido —le pidió Sophia alargando una mano hacia Mary para que se la aceptara y poderle transmitirle de ese modo algo de paz.

—Puedo resumirlo en unas cuantas frases: nunca más saldré de esta casa, nunca más volveré a ver a lord Giesler y nunca más dejaré que la sangre Arany se apodere de mí. —Aferró con fuerza el asa de su maletín y subió las escaleras todo lo rápido que pudo.

Capítulo XII

Llevaba horas encerrada en la biblioteca intentando estudiar el nuevo ensayo médico que había adquirido, pero no pudo leer ni dos frases seguidas. La dichosa voz cantarina insistía en interrumpirla cada vez que comenzaba la lectura. Resignada a no lograr nada de lo que se había propuesto, cerró el libro y acarició con ambas manos la larga trenza de su cabello mientras contemplaba las brasas. Después de lo ocurrido con lord Giesler, su madre consideró que los tubos metálicos eran muy peligrosos en sus manos y le prohibió a Shira que los utilizara en ella, insistió en que se atara el cabello con un inofensivo lazo azul. Según Josephine, era el arma más efectiva para estrangular a cualquier malhechor. Mary sonrió ligeramente al recordar la mañana en la que lanzó a lord Giesler sus rulos como si fueran proyectiles, pero esa leve mueca de diversión desapareció al recordar también que encontró uno de ellos guardado en un cajón de su cómoda. ¿Por qué lo escondía como si fuera un tesoro? ¿Estaría esperando el momento para devolvérselo?

Mary se reclinó en el sofá y suspiró. No tenía respuestas para sus preguntas. En verdad, era la primera vez que no las hallaba. Su mundo, basado en una severa rutina para facilitar a su cerebro la admisión de nuevos conceptos médicos, se sumergió en un profundo caos desde que aquel hombre irrumpió en su vida. ¡Ni siquiera se reconocía cuando se miraba en el espejo! No solo sus ojos brillaban de una manera extraña, sino que hasta su piel se tersó tanto que aparentaba cinco años más joven. Si en eso consistía la naturaleza femenina, en rejuvenecer para seducir a los hombres, que le durara cincuenta años más...

Cerró los ojos, cansados después de varias horas sometidos a una tenue luz, e intentó sucumbir al sueño que la embargaba. Fue incapaz de lograrlo porque allí estaba de nuevo la voz, que no cesaba de tararear una absurda canción en dialecto zingaro sobre la salvación que le proporcionaría un dichoso fuego. ¿Fuego? ¿Dónde? ¿A qué salvación se refería? Lo único que necesitaba era eliminar de su cabeza a un titán de cabellos rubios y ojos azules. Pero... si ella, con el carácter y la determinación que poseía, no pudo eliminarlo de su mente, ¿cómo lo haría el dichoso fuego? ¿Haría que lord Giesler se adentrara en él hasta que su grandioso cuerpo se convirtiera en cenizas? Esa idea, bastante macabra, la hizo sonreír de nuevo. Salvo en ciertas tertulias médicas, cuando alguna joven promesa médica se imponía por la fuerza a sus argumentos, su instinto asesino no aparecía. Ella daba vida no muerte. Sin embargo, aquel hombre era el culpable de que su lado criminal permaneciera latente desde que se despertaba hasta que se dormía.

Desesperada, porque la voz no cesaba de cantar, abrió los ojos y se levantó del diván. Si no podía leer, al menos buscaría a la persona que la interrumpía para hacerla callar de una vez por todas. Depositó con desgana el libro sobre el asiento, ató el lazo de su bata blanca y salió de la biblioteca.

Para su sorpresa, en el corredor no había nadie y, sin embargo, la voz estaba tan próxima a ella que parecía tenerla a su lado. Caminó despacio hasta llegar al pie de la escalera, miró hacia el segundo piso y arrugó la frente. ¿Dónde estaría? ¿Quién sería? Solo había dos alternativas posibles: su madre y Madeleine. Ambas eran las únicas personas de la casa que solían hablar en romaní. Mientras posaba el pie en el primer peldaño, escuchó las campanas

del reloj. Eran las dos de la madrugada, muy tarde para que la pequeña de las hermanas permaneciera despierta. Lo habitual era que se retirara a su habitación hasta el amanecer, pero desde que Josephine se marchó, se encontraba bastante inquieta y desconcertada. Quizás, al no poder dormir, decidió pasear hasta que el cansancio la venciera.

Animada a averiguar si Madeleine era la artífice de su desesperación, subió las escaleras, atravesó el pasillo, se colocó frente a la puerta del dormitorio de las mellizas y la abrió muy despacio. No, ella no era. La chiquilla se hallaba sobre la cama tapada con la sábana hasta la cabeza y tan quieta como una estatua. Con sigilo, salió de allí tal como había entrado. Como su primera opción estaba descartada, pensó en su madre. Tal vez, seguía nerviosa tras la partida de tres de sus hijas y era incapaz de conciliar el sueño con facilidad o... Sí, también cabía esa alternativa. El término médico para definir la tercera opción era sonambulismo, aunque su padre nunca le habló sobre este tipo de trastorno en la familia. No obstante, todo podía pasar con los Arany. Los Moore, por suerte para ella, sabían controlar hasta las actividades que realizaban de manera inconsciente. Admitiendo la posibilidad de encontrarse a su madre sonámbula, recordó el caso de Albert Tirrell, quien fue absuelto de asesinato por alegar que se encontraba en ese estado cuando llevó a cabo el crimen. Seguro que su madre no pensaría en matar a nadie, aunque no le faltaran las ganas; era más probable que la agitada mente la trasladase a su época juvenil, cuando tarareaba absurdas canciones zíngaras mientras lavaba la ropa en un río cercano al asentamiento.

Desde lo alto de la escalera, Mary miró hacia abajo. Nada. Sophia tampoco estaba, pero, increíblemente, la voz desde aquella zona de la casa se escuchaba con más claridad.

«Tócalo... tócalo y aparecerá frente a ti. Tócalo... tócalo y contemplarás tu destino. En el fuego hallarás lo que tanto deseas... En las llamas encontrarás tu salvación...».

¿Fuego? ¿Salvación? ¿Pero por qué no cesaba de una vez por todas la condenada voz? ¿Qué tipo de nana instaba a buscar una hoguera? Aquello jamás haría dormir a nadie, más bien alentaría a salir de la cama e investigar los alrededores.

Apoyó la mano derecha en la baranda mientras fijaba los ojos en la puerta de la entrada. ¿Habría salido su madre al exterior y se le habría cerrado la puerta? No, tampoco podía dar como válida esa opción. Si hubiera ocurrido, Sophia las habría despertado con rapidez. Nadie podría seguir durmiendo al escuchar los chillidos de una zíngara enfadada. Esa reflexión la hizo comprender que su madre tampoco debía ser la autora de ese canto y que, en el exterior de su hogar, había una persona extraña. Por un momento, dudó sobre descender y resolver el enigma o regresar a su alcoba. La segunda alternativa era la más sensata y la habría tomado si la Mary del pasado no hubiera desaparecido. Sin embargo, ya no era la misma persona. Lord Giesler la había transformado por completo. Odiando aún más al causante de sus irracionalidades, bajó despacio, sintiendo en la planta de los pies descalzos la frialdad y dureza de cada peldaño. La melodía se hizo tan fuerte y poderosa que, en mitad de la escalera, ya no pudo cambiar de opinión. Su cuerpo quedó atrapado, hechizado por la armoniosa voz. Pensando en ese hecho tan poco racional, se paró justo delante de la entrada, extendió las manos hacia las cerraduras y las giró una a una.

Cuando abrió la puerta, cerró los ojos al sentir la caricia de una suave brisa nocturna sobre su rostro. La bata se movió hacia atrás, pero el lazo impidió que se alejara de ella. Jamás había sentido tanta paz, tanta tranquilidad. Era como si toda la inquietud que había vivido en el pasado nunca hubiese existido. Se llevó las manos al pecho, captando cómo su corazón latía con lentitud. Seguía sin comprenderse a sí misma. Cualquiera persona en su situación se hallaría al borde de la locura. Sin embargo, ella disfrutaba de un estado de reposo inverosímil.

«Abre los ojos, extiende tus manos y acepta el destino que te ofrezco. Tócalo... Abrázalo... Encuentra tu salvación...».

Tal como le indicaron las frases de esa canción que no cesaba, Mary abrió lentamente los ojos y se quedó pétrea al descubrir dos cosas: una inmensa hoguera en mitad de su jardín, que ardía sin la necesidad de leños, y el cuervo más grande que había visto en su vida, apoyado en la baranda de mármol. Esa tranquilidad, esa calma que había notado recorrer por cada parte de su ser, se esfumó al observar cómo aquella inmensa ave extendía sus alas. Asustada por la aversión que tenía a aquel tipo de animales, retrocedió un paso con la esperanza de acceder de nuevo a su hogar sin hacer enfadar al pájaro. No le resultó fácil porque la puerta, de manera inexplicable, se había cerrado. Con la espalda apoyada en la madera, fijó sus ojos de nuevo en el animal. Este escondió las alas y la miró. Cuando ambas miradas se cruzaron, Mary contuvo la respiración al contemplar un hecho inaudito. ¿Los cuervos no tenían los ojos negros? Entonces... ¿por qué los de aquel animal eran azules, muy parecidos, casi iguales, a los del hombre en quien no quería pensar?

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¡Vete, miserable pajarraco! ¡Déjame tranquila! —recriminó, en un acto de valentía, al ave con la esperanza de que se alejara de ella.

El cuervo no se marchó. Después de escucharla, expandió nuevamente sus descomunales alas y las batió con avidez. De repente, la suave brisa se convirtió en un angustioso tornado, elevando hacia el cielo todas las hojas secas que había sobre el suelo. Horrorizada, cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos para no salir herida. En el instante que se dispuso a gritarle que parara, la tranquilidad regresó. Muy despacio, tan lento como pudo, abrió los ojos, expulsó todo el aire que retenían sus pulmones y apartó los brazos. Entonces observó algo que la dejó paralizada. La dichosa ave, la que deseaba ver lejos de ella, sobrevolaba el fuego dibujando unos enormes círculos.

—¡No! —chilló mientras corría hacia ella. Una cosa era odiar a ese tipo de animales y otra muy distinta desearles la muerte—. ¡Aléjate! ¡Te quemarás! —continuó hasta que se quedó parada frente a la extraña hoguera.

Como la vez anterior, el cuervo no le hizo caso y prosiguió con su vuelo sobre las llamas. La luz de la gran fogata alcanzó el negro plumaje y lo hizo brillar como si fuera una estrella. Su mirada volvió a encontrar la del animal. Mary empezó a temblar, anticipándose a la aterradora situación que ocurriría en breve. No podía presenciar un acto tan horrendo. Por mucho que le disgustara ese tipo de aves no sería capaz de vivir con la pena de no haber impedido una catástrofe semejante. Reuniendo la poca fuerza que tenía, levantó las manos y comenzó a agitarlas, en un absurdo intento de asustarlo. Sin embargo, el cuervo ascendió hacia el cielo y luego cambió de dirección, dirigiéndose hacia el interior del fuego en picado.

—¡No! —Mary chilló horrorizada.

«Tócalo... tócalo y aparecerá frente a ti. Tócalo... tócalo y contemplarás tu destino. En las llamas hallarás lo que tanto deseas... En las llamas encontrarás tu salvación...».

El animal no se detuvo. Se adentró en la fogata y ardió. Lo que ocurrió después dejó a Mary muy confusa. Mientras la voz continuaba cantando y unas lágrimas de tristeza vagaban por su rostro, el color del fuego pasó del naranja y rojo al blanco y azul. No podía describir con exactitud el estado en el que se encontraba, no había una palabra capaz de explicar qué tipo de emociones y sensaciones la embargaban en ese momento.

«No te alejes... Ahí está... Tu salvación llega... ¡Tócalo! ¡Tócalo!».

La voz cantarina insistía una y otra vez. Sin apartar los ojos de la lumbre, embelesada por el canto y hechizada por el extraño fenómeno que presenció, aceptó el mandato y extendió las

manos hacia las llamas blancas y azules. Las puntas de sus dedos no sintieron calor ni dolor. Todo lo contrario. Un suave cosquilleo les dio la bienvenida cuando las atravesó. Dio otro paso hacia el fuego, anhelando sentir ese tacto tan maravilloso en su cuerpo entero. Se situó en el centro, en mitad de esa insólita hoguera y empezó a notar sobre su piel unas fascinantes caricias. Ni la bata ni el camisón le impidieron sentir aquel magnífico tacto. Cautivada por ese estado de placer, cerró los ojos y se rindió a la suavidad que la recorría. De repente, justo cuando pensaba que podía morir de placer, sus labios fueron asaltados y presionados por una boca. Dejó de respirar, pues su mente reconoció quién podía besarla de esa forma. Aquella presión, aquella pasión y ardor al tomarla tenían un único apellido: Giesler. Quiso abrir los ojos para confirmar sus sospechas, pero no lo hizo. Anhelaba seguir sintiendo esa boca sobre la suya y que la libertad que brotaba en su interior aumentara. ¿Por qué le resultaba tan placentero estar con él? ¿Por qué ya no lo odiaba? Todas las preguntas fueron resueltas con una sola respuesta: porque lo deseaba. Sí, aunque le pareciera extraño, aunque le costara admitirlo, ella deseaba a Philip Giesler. Pero... ¿de verdad él era su salvación? ¿Cómo podía rescatarla quien la convirtió en una mujer distinta?

Siempre se había jactado de ser una Moore, de no tener en sus venas ni una sola gota de sangre Arany; sin embargo, esa forma de reaccionar era más propia de su madre que de su padre... Enfadada por su reflexión, abrió los ojos. Al principio, sus pupilas no le ofrecieron una imagen nítida del lord, pero con el paso de los segundos, aquel rostro se hizo tan claro como el agua de un río. Asustada, porque su cuerpo ardía en deseos de continuar entre sus brazos, de sentir el contacto de su robusto pecho desnudo y de notar la fuerza de su boca sobre la suya, echó un paso hacia atrás y lo miró extrañada. Las llamas seguían rodeándolo, la luz de estas continuaba iluminando esa silueta masculina que la tenía tan cautivada. ¿Alguna vez pudo imaginar que un hombre como él tendría la valentía de admirarla y desearla de esa manera? ¿Hasta qué punto debía sentirse honrada o apreciada? ¿Debía aceptarlo sin más o alejarse?

—Mary..., ven... —le susurró con voz aterciopelada—. No te marches de mi lado, amor mío... —añadió, extendiendo las manos hacia ella.

Mary lo observó en silencio. ¿Qué debía hacer? ¿Qué deseaba hacer? Suspiró hondo para aplacar su estado de excitación. No lo consiguió. Su corazón palpitaba tan rápido que su cuerpo se movía al compás de los latidos. Su piel buscaba el contacto que él le proporcionaba y su boca ansiaba aquellos labios. Apartó la mirada del hombre y la fijó en el suelo. Era una alucinación, un sueño que el subconsciente le ofrecía para que entendiera de una vez por todas que debía rendirse a una necesidad tan básica como era el placer carnal. Tal vez, lo que intentaba explicarle la canción era eso, que solo podía salvarse aceptando en sueños lo que no podía alcanzar en la vida real. Entonces... ¿por qué seguía reprimiéndose? ¿Por qué construía muros cuando lo único que debía hacer era derribarlos?

Levantó muy despacio su rostro, hasta que ambas miradas se cruzaron nuevamente. Hechizada no era la palabra exacta para definir lo que sentía por aquel hombre. Tampoco era atracción, ni deseo. Se negaba a denominar algo tan inmenso con un término tan simple. No. Ella no podía enamorarse de lord Giesler. ¡Jamás lo haría! Lo único que tenía que hacer era satisfacer esa parte de su cerebro que la trastornaba y que la normalidad regresara a ella. ¡Una Moore! ¡Ja! Ahora, más que nunca, su sangre Arany la invitaba a disfrutar de lo prohibido, de lo inmoral, de lo insano.

—Mary... —volvió a decirle.

No lo pensó, ni buscó los contras ni los pros de la acción que iba a realizar. Se lanzó a sus brazos, aceptando con sumisión lo que iba a suceder entre los dos.

—*¡Soy tuya!* —gritó cuando Philip la cogió en brazos.

—*¿Para siempre?* —le preguntó él acercando esa boca que adoraba a la suya.

—*Para siempre* —admitió antes de rodear con sus brazos el cuello y acercar sus labios a los del hombre.

—¡Mary! ¡Despierta de una vez!

La voz de Madeleine y el zarandeo al que la sometió la hicieron volver a su hogar, a su cama, a su querida habitación. Tras abrir los ojos y ver a la pequeña a su lado, con cara de espanto, Mary se sentó de golpe y cubrió su excitado cuerpo con la sábana.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una mezcla de angustia y alivio.

—Me desvelé en mitad de la noche y, como no pude dormirme de nuevo, decidí visitarte; eres la única que suele permanecer despierta a estas horas —dijo mientras se sentaba sobre la cama—. ¿Estás bien? Tienes los mofletes tan rojos como las amapolas que Elizabeth cuida en el jardín y tu pelo está... húmedo. —Se inclinó hacia Mary, extendió la mano derecha hacia su frente y la apartó con rapidez al notar mucho calor—. ¡Estás enferma! —exclamó asombrada—. ¿Quieres que llame a madre? ¿Te traigo paños frescos?

—¡No! —respondió apartando las sábanas de su cuerpo. Abandonó la cama de un brinco, caminó hacia la ventana intentando apaciguar el bochorno, y, una vez que no pudo alejarse más de la pequeña, se giró hacia ella. ¿Qué podía decirle? ¿Era correcto hablarle sobre el sueño? No, lo mejor era mantenerse en silencio. Por lo menos, hasta que ella misma encontrara una explicación lógica a lo sucedido—. Solo... solo ha sido una pesadilla —expuso apretándose las manos.

Madeleine se quedó en silencio durante unos segundos, observando la reacción de su hermana. Era extraña, pese a que Mary ya de por sí se comportaba de manera diferente al resto del mundo. Aun así, algo no encajaba. Ella jamás mentía, como estaba haciendo en ese momento. Mary era de las pocas personas que hablaban claro, aunque sus palabras hiriesen al ser más cruel de la Tierra. ¿Por qué actuaba así? ¿Qué habría visto en el sueño para atemorizarla tanto? Solo había una cosa que pudiera causarle pavor, algo de lo que se burlaba cada vez que aparecía el tema: hombres.

—Mary... —empezó a decir mientras colocaba sus manos sobre las rodillas—. En esa pesadilla... ¿viste un fuego?

—¡No! —negó con rapidez la segunda de las Moore.

—¿Un cuervo? —insistió la pequeña.

—¿Cómo se te ocurre preguntar ese tipo de tonterías? —contestó indignada.

—Porque, según madre, cuando soñó con nuestro padre, lo vio salir de una inmensa hoguera y fue un cuervo el que la condujo hasta él.

—¡Bobadas! —exclamó, acariciando su rostro con desesperación—. Los sueños son productos irreales. La parte inconsciente de nuestro cerebro actúa cuando nos encontramos en estado de somnolencia. Los sueños o alucinaciones, querida metomentodo, son vagos recuerdos de acontecimientos que vivimos y nos produjeron cierta intranquilidad o excitación. Por mi parte, he tenido una pesadilla con lord Grayson. Como es habitual en él, deseaba humillarme en un debate sobre injertos de piel en cicatrices infectadas —expuso con rotundidad al tiempo que regresaba a la cama—. Con lo cual, no he visto ningún cuervo o fuego. Aunque, ahora que lo pienso... ¿los cabellos grasientos de Grayson no se pueden asemejar con plumas mojadas? —añadió mordaz.

—Vaya... Lo siento. Sé que ese caballero es un monstruo. Padre siempre nos cuenta la valentía que muestras cuando te enfrentas a él —declaró Madeleine sin apartar la mirada de su hermana.

—¡Tonterías! —exclamó haciendo un movimiento de desdén con su mano izquierda—. No es valentía sino inteligencia. Hasta un mosquito puede superar los debates de ese petulante.

—¿Un mosquito? —preguntó Madeleine—. ¿No dicen que los cuervos son unas aves bastantes inteligentes?

—También comentan que algún día la raza humana aprenderá a respetarse y convivirá en paz eternamente. Pero no hablemos de falacias futuras. Dime, ¿cuál fue el motivo de tu desvelo? —cambió rápidamente de conversación.

—He sentido a Josephine aquí. —Se señaló el pecho—. Algo le ha sucedido.

—¿Qué significa algo? —No había estudios científicos sobre eso, pero era cierto que todo el mundo hablaba sobre la relación tan intensa que se formaba en el útero materno entre mellizos y gemelos. Esa unión, esa percepción conjunta, pese a no estar metódicamente estudiada, ofrecía unas causas y efectos reales.

—Su corazón se desbocó y provocó que el mío también lo hiciera —respondió, subiéndose a la cama para abrazarse las piernas—. Creo que ha encontrado al hombre que se convertirá en su marido. Aunque también siento que lo ha conocido de una manera poco convencional. He percibido su rabia, pero también un extraño... deseo —explicó antes de suspirar.

—Pero... ¿no decías que jamás encontraríamos un esposo porque estábamos sometidas a la maldición de Jovenka?

—Se ha roto —expuso mirándose el camión—. Anne ha logrado vencerla gracias a lord Bennett. Por eso, desde hace unos días, todas vivimos en un constante vaivén de sensaciones.

—¿Qué quieres decir con eso? —espetó, mullendo la almohada con más fuerza de la necesaria.

—¿No has sentido nada extraño? ¿No has apreciado ciertos cambios en tu cuerpo?

—No —mintió.

¡Claro que los había notado, sentido o percibido! Pero no tenían nada que ver con maldiciones, sino con deseos carnales hacia lord Giesler. ¡Su cuerpo desnudo era el causante de la perturbación mental que sufría! Ahora entendía por qué su madre se enfadó al descubrir lo que había sucedido. ¡No quería recriminarle el hecho de que lo salvara, sino protegerla de la tentación!

—Pues yo sí —afirmó Madeleine antes de echar la cabeza hacia atrás y suspirar de nuevo—. Solo espero que ninguna de nosotras suframos y que Morgana nos ayude a buscar el camino correcto.

—En el hipotético caso de que tuvieras razón... —empezó a decir Mary mientras acariciaba la sábana con aparente tranquilidad—. ¿Qué podría pasarnos?

—Se cumpliría la visión que os comenté hace unos años —indicó Madeleine, fijando los ojos en el pálido rostro de su hermana.

—Entiendo... —susurró Mary al tiempo que tamborileaba con ambas manos la sábana—. Pero cabe la posibilidad de que no se cumpla —insistió—. Recuerda que Elizabeth se ha empeñado en casarse con un aristócrata y, ¿de verdad podrá cumplir su deseo?

—Todas sabemos el motivo por el que Eli se ha empeñado en alcanzar esa clase social —apuntó la pequeña frunciendo el ceño—. Pero, por suerte para ella, se enamorará de un hombre que la tratará como a una reina.

—¿Se lo has dicho? Porque creo que eso puede consolarla bastante... —dijo burlona.

—Sabes tan bien como yo que ha sufrido mucho desde que Archie la traicionó y que ese fue el motivo por el que se hizo una promesa tan absurda. Sin embargo, olvidará el pasado cuando él llegue a su vida... —reveló con tono misterioso.

—¿De verdad crees que existe un hombre que tolere el comportamiento de Josephine? —replicó Mary.

—Si hay alguien para ti, ¿por qué no ha de haberlo para Josh? —contestó enfadada.

—Cierto. Esa tesis carece de discusión alguna. Si consigo encontrar un hombre capaz de soportar mi intelecto, Josh puede hallar a uno que pueda dormir tranquilo mientras le saca brillo al cañón de su nueva arma. —Y tras estas palabras, soltó una carcajada.

—No me crees, ¿verdad? —señaló con tristeza la joven—. Para ti, todo aquello que puedo ver son... visiones infantiles.

—Lo mejor que tiene la dulce etapa infantil e incluso la juvenil es que se puede hacer y decir todo lo que a una le plazca, pues los mayores alegarán que son cosas de la edad. En mi caso, por mucho que les pese a nuestros amados padres, considero que aún sigo en la segunda. Por ese motivo, hago y digo lo que quiero sin pararme a pensar en las consecuencias de ese comportamiento —aseveró.

—Pero pronto finalizará la etapa en la que admites vivir —dijo Madeleine dibujando una gran sonrisa.

—¡Oh, qué horror! ¿Estás insinuando que, cuando me levante, seré una mujer adulta? —Volvió a carcajearse. Cuando terminó de reír, se inclinó hacia su hermana, extendió sus manos y las colocó sobre las de Madeleine—. Si has venido a divertirme, lo has logrado —añadió dándole unas palmaditas.

—¿Cómo puedes ser tan cínica? —la reprendió la pequeña al tiempo que se levantaba de la cama.

—El cinismo es apropiado para vivir en el mundo real. Es lógico que, por tu edad, aún no lo tengas y que sueñes con una vida llena de fantasía y amor —expuso burlona—. Te aseguro que me encanta tu positivismo, pero sé realista, Madeleine, ¿quién puede casarse con una mujer que antes de bañarse ha de tener limpias todas sus armas? ¿Quién aceptará a Anne después de la muerte de sus pretendientes? ¿Y a Elizabeth? ¿De verdad piensas que existe un hombre que se rendirá a sus pies cuando descubra que posee un corazón negro bajo su belleza?

—¿Y yo? Porque... ¿quién logrará aceptar a una muchacha que no puede tocar a nadie? —soltó levantándose de la cama.

—Lo tuyo es un problema psíquico y tiene solución. Basta con que lleves puestos unos guantes para...

—¡Eres una mujer pérfida! —gritó Madeleine—. ¡Tanto como lo fue Jovenka!

—No te enfades... —intentó apaciguarla—. Seguro que actúas solo por nuestro bien, pero no me gustaría que te decepcionaras cuando...

—¡Tres días! —tronó mientras se dirigía hacia la puerta—. ¡En tres días se resolverá todo! Y, en ese momento, seré yo quien se ría, Mary.

—¿Tres días? ¿Voy a tener que esperar setenta y dos horas para confirmar que tengo razón? —expuso mordaz.

—Vas a casarte con el hombre que has visto esta noche en tus sueños—. Esa declaración hizo que Mary se tensase, pero intentó no mostrar la sorpresa que le habían producido las palabras de su hermana—. Él te dará aquello que jamás obtendrás por ti misma. Por muy irreal que te parezca, a su lado serás feliz. Tendrás descendencia y te convertirás en una madre tan protectora como la nuestra. ¡Tu sangre Arany brotará de una vez por todas!

—¡Por todos los libros que he leído! —continuó aparentemente divertida, aunque seguía estupefacta por la afirmación de Madeleine—. ¿Acabas de lanzarme una maldición? ¿No hemos tenido bastante con la de Anne?

—Sigue así, Mary. Sigue pensando que nada cambiará, que eres tan poderosa que puedes controlar el mundo. Pero te equivocas —aseguró mientras abría la puerta—. En tres días nuestras hermanas regresarán y les darán a nuestros padres una gran noticia. Cuando eso suceda... ¡tu cínica vida desaparecerá para siempre! —añadió antes de salir de la habitación dando un portazo.

Mary no apartó la mirada de la puerta hasta que escuchó a Madeleine cerrar la suya. Era la primera vez que discutían. Jamás le hizo daño, pues asumía que bastante dolor le causaba sobrellevar día tras día un comportamiento tan abstraído y tímido. Sin embargo, desde que conoció a lord Giesler, había perdido el buen juicio. No solo sentía cosas indebidas, inmorales e inapropiadas para ella, sino que también su cinismo, ese que recalcó la pequeña hermana, había aumentado. Tal vez se trataba de un mecanismo de defensa. Muchas personas actuaban de manera extraña para no mostrar al mundo su debilidad. Pero ella... ¿desde cuándo era una mujer débil?

Enfadada y decepcionada consigo misma, apartó la sábana y caminó despacio hacia la ventana. No tuvo que descorder las cortinas para subirse al alféizar. Su madre ordenó a Shira que las atara a ambos lados de la ventana para que la luz del día accediera a la habitación y la despertara antes de las nueve de la mañana. Se levantó hasta los muslos el camisón y se sentó sobre el frío capialzado. Se rodeó las rodillas y apoyó la barbilla sobre estas. ¿Por qué había actuado así con Madeleine? ¿Qué detonó su furia? La respuesta brotó sin necesidad de esfuerzo: porque si tenía razón, si la joven vidente estaba en lo cierto, su mayor deseo, por el que había luchado durante tantos años, desaparecería y, ¿todo por qué? Por un hombre. Ese género humano al que odiaba con todas sus fuerzas, que la había humillado y ultrajado, incluso en más de una ocasión escupieron cerca de sus zapatos para dejarle claro que no tenía valor alguno, pese a que sus conocimientos eran superiores.

Cerró los ojos y suspiró hondo, como si fuera una anciana a punto de expirar. ¿Madeleine pensaba que ella sería feliz con lord Giesler? Lo dudaba. Era cierto que la atracción sexual entre ambos era ilógica, pero nadie podía vivir décadas junto a una persona basándose en la pasión. Ella, en los escasos momentos que pensó en el matrimonio, soñó alcanzar lo que poseían sus padres: un matrimonio lleno de amor, respeto, consideración, apoyo y, sobre todo, confianza. Por supuesto, no podía confiar en lord Giesler, su fama de libertino era bastante considerable. Hoy podía morir por besarla, tocarla o poseerla, pero... ¿y mañana? Resopló ante la reflexión a la que había llegado, regresó a su lecho, se metió entre las sábanas y se cubrió con ellas. Una vez que notó el ligero calor del sueño, cerró los ojos y... ¡los abrió! Como si hubiera aparecido un dragón a los pies de la cama, se apartó las sábanas, se sentó sobre esta y miró hacia la puerta.

—¿Cómo diablos lo ha sabido? ¿Cómo ha descubierto que he soñado con el cuervo, con el fuego y con lord Giesler? —tronó antes de permanecer en aquella posición el resto de la velada.

Capítulo XIII

Jamás había vivido una situación tan exasperante con Madeleine. Tal vez porque al ser la pequeña de las hermanas el trato hacia ella siempre fue diferente. Nunca hubo una palabra o un hecho malintencionado por su parte, al contrario, raro era el día que no se veía en la obligación de mimarla o protegerla debido a su fragilidad. Sin embargo, durante los dos días siguientes, la dulce y tierna Madeleine se convirtió en la villana más cruel del planeta. Cada vez que tuvo la ocasión de charlar con ella, le giraba el rostro y alzaba la barbilla con soberbia. Todos sus esfuerzos para suavizar la convivencia entre las dos no obtuvieron los resultados deseados. Madeleine jamás había actuado de esa forma. Era la primera vez que sacaba, desde alguna parte de su cohibido ser, la valentía y la osadía tan características de la familia.

Se levantó de la butaca y estiró los brazos hacia arriba, notando cómo sus treinta y tres vértebras ocupaban el lugar correcto en la columna vertebral. Después del té, y tras sufrir otro rechazo por parte de Madeleine, decidió encerrarse en la biblioteca y dejar que el tiempo transcurriera antes de provocar otro acercamiento entre ellas. Esperaba que, durante esas tres horas y ante la llegada del atardecer, Madeleine fuera consciente de que había errado. Por supuesto, una vez que su antigua relación retornara, no haría mención al dichoso vaticinio. Estaba segura de que el fracaso la humillaría hasta el punto de agravar su carácter retraído.

Bajo ningún concepto dudó sobre qué ocurriría cuando expirara el plazo que su hermana indicó. La parte Moore, tan racional y sensata como siempre, apartaba de su mente cualquier tema sobre vaticinios, brujería, magia o hechizos y los retenía en alguna zona del cerebro que utilizaba para *informaciones innecesarias*. Todo a su alrededor tenía una explicación lógica, hasta la supuesta maldición de Anne: no era más que la conclusión de un compendio de circunstancias desafortunadas creadas por los dos prometidos. Era una lástima que Anne tuviese que sufrir las consecuencias de unas acciones que no le correspondían, pero así actuaba la hipócrita sociedad. Como no podían culpar a los muertos, porque lo consideraban una falta de moralidad, dirigían todas sus miradas y cuchicheos hacia los vivos, sin importarles la inocencia y la repercusión en estos.

Dejó el libro sobre la mesita de su derecha, se levantó del asiento y caminó por la habitación. Sentía un fastidioso hormigueo en las piernas por haberlas mantenido durante bastante tiempo en la misma posición. Muy despacio, se levantó la falda del descarado vestido azulón, uno que le compró su madre como castigo a su continua rebeldía, y movió los pies desde el tobillo. Por suerte, su exhaustivo conocimiento sobre el cuerpo humano la advirtió que no estaban dañados, sino contraídos por la falta de actividad. Dejó caer la tela, tapando de nuevo los zapatos de charol que había decidido ponerse ese día. Solo le faltaba una escoba, un gorro cónico y un caldero para exhibir la imagen de bruja de la que todo el mundo hablaba al coincidir con ella por la calle. Esa comparación, y la mezcla real de sangre que poseían las Moore, la hizo sonreír. En el fondo, no estaban mal encaminados. Si la premonición de Madeleine se hubiese cumplido, hasta ella misma habría dado por sentado que tenía orígenes mágicos. Quizás hasta admitiría que su habilidad médica se debía, en cierto modo, a esa procedencia zíngara. Pero, por suerte, no era así. Ella siempre supo que la adquisición de conocimientos sería la mejor herramienta para conseguir su sueño: convertirse en una persona tan extraordinaria como su padre. De ahí que, durante sus

lecturas, jamás invocara a ningún espíritu para que la ayudara a comprender mejor los ensayos médicos. Le bastó con leer y razonar. Esa era su única habilidad y secreto. Aunque nadie la haría cambiar de opinión sobre la racionalidad necesaria para la comprensión de todos los hechos, seguía dándole vueltas a un tema: ¿cómo descubrió Madeleine los tres elementos fundamentales de su sueño? Barajó la posibilidad de hablar mientras su hermana intentaba despertarla, pero no terminaba de aceptar esa afirmación como válida. Hasta el mismo día que Anne se marchó, esta jamás le hizo referencia a ese hábito inconsciente, y eso que dormía con ella desde que tenía uso de razón. Además, no le cabía ninguna duda que, si alguna vez lo hubiera hecho, se lo habría reprochado nada más abrir los ojos. Anne era la única de las hermanas que no se sentía infravalorada por su inteligencia y se enfrentaba a ella sin piedad. Por ese motivo, cada vez que erraba, allí estaba la mayor de las Moore para recordarle que, pese a su gran intelecto, tenía más defectos que virtudes.

—¡Señorita Mary! —exclamó Shira abriendo la puerta de la biblioteca sin llamar—. ¡Salga! ¡Rápido!

—¿Qué ocurre? —preguntó, volviéndose hacia ella con tanta rapidez que sus piernas se doblaron por la falta de fuerzas.

—¡Sus hermanas! ¡Han regresado sus hermanas! —gritó feliz.

—¿Cómo dices? —espetó Mary abriendo los ojos estupefacta.

—¡Lo que oye! Justo ahora mismo, acaba de llegar un carruaje con el blasón del vizconde de Devon —continuó eufórica. Al ver que la muchacha no era capaz de reaccionar, pues se había quedado de piedra y su rostro palideció hasta adquirir el color de la leche, dio un paso hacia ella—. ¿Se encuentra bien? Ya le he dicho mil veces que no debe pasarse tantas horas leyendo esos libros. Se va a quedar ciega y su piel se decolorará. —Shira alargó las manos hacia Mary, pero ella dio un paso hacia atrás, evitando cualquier tipo de contacto—. Su madre y Madeleine han salido a recibir las —informó antes de girarse sobre sí misma para dirigirse hacia la puerta—. ¿Las acompañará o le explico que ha decidido seguir encerrada en la biblioteca?

—Saldré en breve —comentó sin apenas voz.

—No las haga esperar, señorita Mary, o su madre volverá a castigarla sin salir de esta casa dos años más —advirtió antes de caminar con rapidez hacia el corredor.

¡Habían llegado! ¡Estaban allí! ¿Cómo era posible que Madeleine lo supiera? Angustiada y atónita, cerró los ojos y contó los días que habían transcurrido desde que sus hermanas se marcharon. No, todavía no había finalizado el plazo que el vizconde consideró oportuno para realizar el trabajo. Aún restaban doce días para el esperado regreso. Manteniendo los ojos cerrados, se llevó las manos hacia el rostro y se lo frotó desesperada mientras deambulaba por el centro de la sala. Tenía que encontrar, lo antes posible, una explicación lógica que la salvara del aturdimiento mental que padecía. Que Madeleine conociera ese hecho antes que ella no era aceptable. Ni la pequeña había salido a la calle, ni ella abandonó su hogar, salvo cuando la llevó engañada Valeria hasta la residencia de su hermano. ¿Les habrían informado del regreso durante su ausencia? No. Eso tampoco era creíble. Su madre era incapaz de guardar un secreto que incumbiera a la familia. Nada la haría callar, ni expresar la euforia que habría sentido tras recibir la noticia. No obstante, pese a toda concepción surrealista, había ocurrido. Sus hermanas se encontraban en la entrada justo el día que mencionó Madeleine. ¿Poseería de verdad un don zingaro? Y si fuera así... ¿qué cabida tendría entonces la lógica en el mundo? Si el futuro se podía pronosticar, las sorpresas, los avances médicos o las inquietudes por descubrir cosas nuevas dejarían de existir. Bastaría con buscar a personas con la habilidad de Madeleine para que respondieran a las preguntas que surgieran con el transcurso de los años. El mundo se rendiría a

pensamientos transcendentales, dejarían a un lado lo real y basarían sus vidas en la búsqueda de lo imaginario, tal como hicieron los grandes pensadores. Al reflexionar sobre esa opción, apartó las manos de su rostro y abrió los ojos como platos. ¿Serían entonces ciertas las teorías filosóficas? ¿Esos grandes genios evocarían la verdad? ¿Tendrían el mismo don que su hermana y por ese motivo vivían y pensaban de una manera tan diferente? Tal vez Platón, Sócrates, Aristóteles e incluso el mismísimo Immanuel Kant proclamaron sus ideas tras visualizarlas o presentirlas. Desesperada, apretó los puños tanto que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos. No debía reflexionar sobre el pasado, sino sobre el futuro. Según Madeleine, se casaría con lord Giesler, sería feliz y él la ayudaría a alcanzar todo aquello que siempre deseó. Eso haría dichosa a cualquier mujer que, entre sus planes, albergara la posibilidad de conseguir un buen matrimonio. Pero ella jamás consideró una idea tan descabellada. Sabía que, una vez que aceptara el apellido Giesler, este la convertiría en una persona sin decisión, sin autoridad. En pocas palabras: la anularía en todos los sentidos.

Enfadada, corrió hacia la ventana, desde donde podía contemplar el exterior de su hogar sin ser descubierta. Su corazón dejó de latir al ver que su madre abrazaba a Anne y ambas daban pequeños saltitos de alegría. Junto a ellas, Madeleine hacía lo propio con Josh, quien continuaba luciendo atuendos más propios de hombres que de mujeres. Luego observó cómo Elizabeth salía del interior del carruaje. Pese a que ocultó su rostro con el ala ancha del bonito sombrero blanco, Mary advirtió que sus ojos se clavaron en el suelo, como si la avergonzara regresar a su humilde hogar. Su madre, al verla, se retiró de Anne y la abrazó. Elizabeth no lo evitó, pero sí mantuvo los brazos extendidos hacia abajo, como si no tuviera fuerzas para devolver el gesto afectuoso. Un comportamiento atípico en ella porque, aunque siempre se creyó superior a las demás por su exuberante belleza, jamás rechazó una caricia maternal. Cerró los ojos, dejando atrás la extraña actitud de Elizabeth y centrándose en el tema que le preocupaba. ¿Cómo debía actuar? ¿Cómo lucharía contra algo que aún no había llegado y que no deseaba? Al obtener la respuesta, abrió los ojos de par en par y exhibió la sonrisa más maléfica que pudo dibujar su boca en un momento tan exasperante. Tenía la solución al problema. Por suerte para ella, su mente aún seguía lúcida a pesar del colapso que soportaba. El objetivo era muy sencillo: luchar con uñas y dientes para que la profecía de Madeleine no se cumpliera. Eso era una de las ventajas de conocer el futuro, que se podía buscar la manera más eficaz para evitarlo. Satisfecha, feliz y llena de energía, se giró hacia la puerta y caminó por la habitación juntando la punta de su pie izquierdo con el talón del derecho y viceversa. Si sus hermanas entraban en el hogar sin que ella las saludara correctamente, su madre se enfadaría tanto que aumentaría el castigo un par de meses más. Así comenzaba el plan para destruir su futuro. Cuantos más castigos recibiera, menos posibilidad tendría de salir de su hogar y las probabilidades de toparse con aquel gigante de ojos claros y cabello rubio se reducirían a *nada*.

—¡Mary! —gritó Anne cuando accedió a la biblioteca—. ¿Por qué no has venido a recibirnos? ¿Andabas de nuevo absorta en otra teoría sobre la radicalización de enfermedades infecciosas? —Antes de obtener una respuesta, se abalanzó hacia ella, la abrazó y le hizo dar un par de vueltas—. ¡Te he echado de menos, ratón de biblioteca! —añadió después de darle dos sonoros besos.

—¿Seguro? —preguntó escéptica.

Mientras las mellizas hablaban con Elizabeth en la galería, quien las informó de que se retiraba a su alcoba a descansar, Mary observó el rostro de Anne. Tenía un brillo especial en sus ojos y, por primera vez desde que murió Dick, irradiaba felicidad. Luego centró su atención en Madeleine, quien, después de esperar a que Eli subiera a su alcoba, caminó junto a Josh hacia

donde ellas se encontraban. Cuando cruzaron las miradas, la pequeña bruja le dedicó una sonrisa tan soberbia que la dejó congelada. Aquel gesto expresaba tanta diversión y triunfo que la perplejidad ante las absurdas profecías y la desaparición de la razón regresaron a su mente.

—¿Por qué no has salido a recibirlas? —tronó su madre, poniendo las manos en la cintura—. ¿Quieres permanecer encerrada el resto de tu vida? Porque te aseguro que es el castigo que te mereces.

—Lo siento, madre. Me ha sorprendido tanto la llegada de mis hermanas que he sido incapaz de reaccionar. —En ese momento, Madeleine soltó una sonora carcajada—. Pero si considera que debo estar castigada, esta vez no se lo discutiré —persistió Mary antes de ser asaltada por los fuertes brazos de Josh.

—¡Oh, madre! —intervino Anne cogiendo a Sophia de las manos—. Se lo ruego, hoy no la castigue. Tengo que daros una noticia estupenda y no me gustaría que Mary permaneciera triste en un día tan importante para mí.

«¡Al cuerno, Anne! —pensó Mary—. No es buen momento para que adoptes la postura de hermana solidaria y protectora».

—¿De qué se trata? —preguntó curiosa la madre, haciendo desaparecer el enfado que le causó la desobediencia de la segunda de sus hijas—. ¿Tal vez ese sea el motivo por el que habéis regresado tan pronto? —insistió sin apartar los ojos de Anne, que se había separado de ella lo suficiente como para empezar a dar vueltas.

—¡Se va a casar con el vizconde! —declaró Josh al tiempo que regresaba al lado de su melliza. Se apoyó en el marco de la puerta, adoptó una postura típica masculina y miró a su madre—. Él se lo ha pedido y ella no ha podido negarse —añadió.

—¿De verdad? —inquirió la sorprendida madre colocando las manos sobre los hombros de Anne para hacerla parar—. ¿Estás segura de la decisión que has tomado?

—Sí —respondió agachando levemente el rostro para ocultar su sonrojo—. Nunca he estado tan segura de algo. Logan es el hombre que he esperado toda mi vida y el único que nos salvará de la maldición. —Ahí finalizó su explicación. Era responsabilidad de Logan desvelar o no su procedencia. Aunque su madre debía entender que si ella lo había aceptado después de lo que sucedió en el pasado, el motivo era más que evidente.

—Creo que ya nos ha liberado de ella —admitió Madeleine dando un paso hacia delante.

—¿Por qué lo dices? —La pregunta la realizó Josh que, cuando la escuchó hablar, se apartó del marco de la puerta, se desdruzó de brazos y piernas y siguió a su melliza.

—Lo presentí hace unos días —continuó diciendo la pequeña—. He percibido que la oscuridad que nos rodeaba ha desaparecido. Ahora solo hay luz sobre nosotras.

—¿Has percibido alguna cosa más? —quiso saber Josh, quien se acercó a Madeleine por detrás y habló entre susurros.

—¿Te refieres al cambio emocional que has sufrido últimamente? ¿O quieres preguntarme por los sentimientos que has tenido hacia un joven más severo que un batallón de soldados? —murmuró antes de sonreír de oreja a oreja.

—¡Maldita sea! —refunfuñó poniendo los ojos en blanco—. ¿Alguna vez podré tener un secreto para mí sola?

—Nunca —le respondió Madeleine antes de girarse hacia ella y abrazarla de nuevo.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Sophia, entornando los ojos al observar que las dos menores cuchicheaban en secreto.

—¡No! —negó con rapidez Josephine separándose de Madeleine.

—Bueno, Josh tiene que comentarte algo sobre el nuevo miembro de la familia —intervino

Anne burlona.

—¿Nuevo miembro? —soltó la madre abriendo los ojos como platos—. ¿A qué te refieres?

—Se llama Galeón —respondió Josh feliz—. Es uno de los caballos que el vizconde posee en la residencia y, debido a la conexión que hemos tenido, me lo ha regalado.

—¿Un caballo? —dijo Mary sorprendida—. ¿Y dónde diablos has pensado guardarlo, en tu habitación?

Sophia recobró el color de su rostro, el que palideció al interpretar aquella afirmación de manera inapropiada, y respiró tranquila. Nunca barajó la posibilidad de que Josh se comportara inadecuadamente, pero después de escuchar que la maldición había desaparecido, todo podía suceder...

—¿De verdad? —intervino Madeleine—. Y, ¿cómo es?

—Es muy bueno e inteligente —declaró mirando a Mary—. He cabalgado sobre él durante todo el viaje. ¿No lo has visto? Lo até en una de las ramas del árbol de la entrada. Si quieres, podemos salir para que lo conozcas.

—¡Por supuesto! —exclamó la pequeña—. Estoy deseando presentarme al nuevo miembro Moore. Además, tengo el presentimiento de que ese caballo te ayudará a conseguir aquello que tanto has soñado —le aseguró mientras ambas caminaban hacia la salida.

—¿Es otra de tus visiones? —preguntó Josh entornando los ojos.

—No. Esta vez es solo una corazonada... —alegó misteriosa mientras la cogía del brazo y la dirigía hacia la salida.

Antes de que las dos salieran, Madeleine volvió su rostro hacia Mary. Cuando ambas se encontraron con la mirada, la joven separó los labios para lanzarle un mensaje que solo ella pudo captar: «Empieza tu cambio». Esas tres palabras le causaron un escalofrío tan mortífero que intentó apaciguarlo centrándose en la hermana ausente.

—Por cierto, ¿dónde está Elizabeth? —preguntó volviéndose hacia Anne.

—Sufre un tremendísimo dolor de cabeza —contestó al tiempo que tomaba asiento—. Lo padece desde el sábado por la noche. Aunque me ofrecí para aliviar su dolor, no quiso aceptar ninguna ayuda por mi parte. Sinceramente, no es la misma desde ese día —comentó reflexiva—. Durante el primer trayecto hacia Londres, decidió viajar en el segundo carruaje acompañada de Howlett, el ayuda de cámara de Logan. Pensé que el dolor desaparecería, pues el joven me dijo que tenía la solución para ello, pero no fue así. En la última posada que paramos a descansar, permaneció todo el tiempo en el interior del vehículo y no salió de allí hasta que tuvo que entrar en el que hemos venido. Insistí en ofrecerle un analgésico, pero no lo aceptó. Se inclinó hacia la ventana, cerró los ojos y no los ha abierto hasta que le anuncié que habíamos llegado —explicó Anne con tristeza. Albergaba la esperanza de que Elizabeth no actuara de esa forma tras la noticia de su compromiso con Logan. Sin embargo, nada podía darse por sentado con ella.

—Lo habrá provocado el viaje... —convino Sophia tras asumir que, por primera vez, la envidia podía estar causándole a Elizabeth un terrible desapego familiar.

—Si queréis, puedo ir a su habitación y averiguarlo —declaró Mary colocándose frente a ellas.

—Mucho me temo que ese dolor no desaparecerá con ningún remedio de los tuyos —respondió Anne mientras enredaba sus dedos sobre la falda de su vestido.

—¿Por qué dices eso? —preguntó la madre inquieta.

—Porque creo que no le ha agradado la noticia de mi compromiso. Ya sabéis que, desde lo sucedido con Archie, ella no ha dejado de insistir en que se casará con un aristócrata y quizás el hecho de que yo lo haya conseguido sin pretenderlo y sin soñarlo...

—¡Bobadas! —la interrumpió Mary—. Elizabeth es una engreída, una petulante y un poco estúpida, como los de esa dichosa clase social, pero por sus venas y las nuestras corre la misma sangre. Estoy segura de que la jaqueca tiene una causa lógica. No me cabe la menor duda de que actuará como siempre una vez que desaparezca —adujo como si fuera una abogada defendiendo a su cliente.

—Pero si te marchas ahora, no escucharás lo que me ha sucedido durante estos días. ¿No quieres saber cómo Logan me pidió matrimonio? —preguntó Anne entornando los ojos.

—Seguro que puedo adivinar la historia sin la ayuda de Madeleine... —dijo Mary colocando un dedo en la barbilla, mientras golpeaba el suelo con la punta de su pie derecho y fijaba los ojos en el techo—. Como no tuviste que velar por tu virtud, porque te la arrebató Dick, lo sedujiste hasta que cayó rendido a tus pies. Después de varios encuentros clandestinos, decidiste que, debido a su complexión y fuerza, no encontrarías otro hombre que te satisficiera en el lecho tanto como lo haría él. Así que utilizaste tu origen zingaro para lanzarle un hechizo. Este actuó de inmediato, haciendo que el pobre vizconde se enamorara de ti y te pidiera matrimonio, ¿estoy en lo cierto? —expuso mordaz.

—¡Mary Moore Arany! —clamó su madre levantándose de un salto—. ¿Cómo osas dirigirte de esa forma tan descarada e inapropiada a tu hermana? ¿Por qué no seleccionas todo aquello que aparece en tu mente y escoges lo más correcto para cada momento?

—¿Me va a castigar? —preguntó con fingido temor—. Estoy segura de que me lo merezco por cometer tal insolencia —insistió.

—Eso mismo fue lo que sucedió —interrumpió Anne la conversación entre su airada madre y Mary, esbozando una gran sonrisa. Si los años de experiencia con ella no la engañaban, esta intentaba llevar a cabo un plan que implicaba la palabra castigo. ¿Qué habría sucedido durante su ausencia? Lo mejor era averiguarlo antes de que Logan apareciera para pedir formalmente su mano y se encontrara en medio de una severa disputa familiar—. Aunque te equivocas en una cosa, yo no le seduje, él fue quien me cautivó y ambos llegamos a la conclusión que, debido a nuestra afinidad sexual, era conveniente compartir el resto de nuestras vidas bajo la misma alcoba antes de mantener encuentros secretos y esporádicos.

Esa respuesta dejó sin palabras a Sophia, pero causaron más extrañeza en Mary. ¿Cómo podía hablar de ese modo delante de su madre? ¿Su hermana había perdido el poco juicio que tenía? Si, tal como decía Madeleine, la maldición desapareció, había arrastrado con ella la poca moralidad y sensatez de Anne. ¿Jovenka no había tenido más de cien amantes? Pues, después de oírla, no le cabía la menor duda que, si el vizconde corría la misma suerte que los dos anteriores pretendientes, Anne superaría a la vieja zingara.

—Visita a Elizabeth y averigua qué le ocurre —comentó Sophia una vez calmó el inmenso sofoco—. Después, enciértrate en tu habitación hasta que te llamemos para cenar. Tengo que hablar con tu padre sobre la actitud que has adoptado desde que operaste a lord Giesler. Creo que...

—¿Operar? —soltó Anne atónita—. ¿A lord Giesler? ¿Y sigue vivo?

—Sí —afirmó Mary con orgullo—. Lord Giesler está sano y salvo gracias a mi sabia decisión y talento —prosiguió con soberbia.

—¡Tienes que contármelo todo! —le pidió levantándose del sillón.

—Lo hará, pero cuando termines de narrarme qué ha sucedido durante vuestra ausencia —replicó Sophia con autoridad.

—Entonces, si me disculpáis, sería conveniente que no tardara en averiguar qué tipo de jaqueca padece Eli —dijo Mary dando unas grandes zancadas hacia la puerta antes de que Anne interviniera de nuevo y su madre cambiara de opinión.

—No te vayas muy lejos —le advirtió Anne justo cuando ella se acercaba a la puerta—. Tenemos una conversación pendiente.

—Seguro que no será tan divertida como la tuya... —apuntó antes de salir y cerrar.

Capítulo XIV

Una vez que escuchó cómo Anne comenzaba su historia, apoyó la espalda en la puerta y suspiró hondo. Nada, su primer intento para que la castigara su madre no salió como esperaba. ¿Cómo podría lograrlo? Si hubiera hablado a Anne de aquella forma tan descarada antes de que todas pensarán que la dichosa maldición había desaparecido, habría tenido tal represalia que nada ni nadie podría haberla consolado en años. Sin embargo, allí estaba, ilesa, pese a su empeño por salir herida. Miró hacia la planta de arriba y frunció el ceño al recordar que Elizabeth no se presentó en la biblioteca para saludarla. Seguía comportándose de manera extraña. Hasta el momento, la altiva hermana siempre había actuado como una auténtica aristócrata incluyendo, en ese comportamiento arrogante, la hipocresía que mostraba dicha clase social al saludar aun cuando no lo deseaban. Pero, por alguna razón, no reaccionó como siempre. Daba igual que le doliera la cabeza, que tuviera náuseas o que se hubiera partido un hombro, Elizabeth jamás evitaba un encuentro familiar y menos después de un viaje como el que acababa de hacer. ¿Cuántas veces había salido a comprar y, tras regresar, la buscaba para narrarle todo lo que había hecho sin obviar ni un mísero detalle? Tantas que no podía recordarlas todas. Sin embargo, parecía que el viaje la había transformado hasta el punto de olvidar un principio tan básico como la cordialidad.

De repente, apareció la respuesta que andaba buscando para conseguir su ansiado castigo. Tal vez, si le reprochaba esa actuación inapropiada, su madre abandonaría esa actitud pasiva y haría regresar a la mujer que, con tan solo una mirada, hacía temblar a sus hijas. Solo esperaba que Eli no actuara con la misma benevolencia que Anne. De verdad que esta vez no necesitaba la compasión de ninguna de sus hermanas.

Sin poder borrar la sonrisa que su boca dibujó al tener otra alternativa entre manos, subió las escaleras de dos en dos. Apenas respiró cuando corrió por el pasillo, ni lo hizo al colocarse frente a la puerta. Tenía un nuevo objetivo y debía llevarlo a cabo cuanto antes. Desesperada, agarró la manivela, la giró y entró sin pedir permiso. Toda la emoción y felicidad que vivió durante la carrera desapareció de golpe al ver que Elizabeth no se encontraba donde ella esperaba. El edredón permanecía enroscado a los pies de la cama, la sábana echada hacia el lado derecho y el vestido que su hermana había llevado cuando apareció, en el suelo, tirado despreocupadamente. Ese detalle dejó a Mary un tanto confundida. Nunca, desde que ella recordaba, Elizabeth había tratado un vestido de esa forma. Los cuidaba y mimaba como si fueran sus hijos. A veces, hasta ella misma supervisaba a Shira cuando los planchaba y los almidonaba. ¿Qué le habría ocurrido para que actuara de esa forma? Su corazón empezó a latir con rapidez, advirtiéndole que la respuesta no sería de su agrado. Intentó alejar esa corazonada, más propia de la sangre Arany que de la Moore, y se centró en todo aquello que observaba. No se dejaría llevar por absurdas especulaciones, sus años de estudio le sugerían que debía analizarlo todo para llegar a una conclusión real.

Caminó despacio hacia el almohadón, lo levantó y abrió la boca al ver que el camisón no se encontraba en su lugar. ¿Desde cuándo Elizabeth abandonaba la habitación sin lucir uno de sus hermosos vestidos o sin arreglarse mil veces el peinado? Más preocupada si cabía, se dirigió hacia el tocador. Su hermana poseía un amplio surtido de utensilios para embellecer un tocado,

además de cuatro sombreros de diferentes colores, expuestos con mucho mimo en el perchero que su padre colocó sobre el espejo, y cuatro cepillos de diferentes materiales y formas. Mary no prestó atención a los objetos que armonizaban la habitación, sino a aquellos que la rompían, como el sombrerito que Elizabeth llevaba puesto al regresar. Se agachó despacio y lo recogió del suelo. ¿Qué sucedía? La idea que comentó Anne cobró fuerza e intensidad; pese a no querer admitirlo, todas las pruebas apuntaban hacia esa idea. Enfadada, porque no podía tolerar que los celos se apoderaran de Eli y que su terrible respuesta emocional arruinara la apacible vida familiar, dejó el sombrero blanco sobre el tocador y salió rauda de la habitación. Ahora sí que su madre no tendría más remedio que castigarla, porque los gritos de reproche que le ofrecería a la tercera de las Moore se escucharían hasta en la mismísima Alemania.

Pisando el suelo como si quisiera romperlo, recorrió el pasillo de forma apresurada. Se levantó el vestido y bajó las escaleras con tal celeridad que parecían haberle brotado alas en los tobillos. La situación iba a zanjarse en el momento en el que la encontrara y si para ello tenía que buscar por todos los rincones de su hogar, lo haría.

Pero no la encontró... Elizabeth no estaba en el interior de la vivienda.

Después de recorrer cada escondrijo durante algo más de media hora, no halló ni rastro de la muchacha. Solo le faltaba un lugar donde buscar: el invernadero. Mary pasó junto a la puerta de la biblioteca y escuchó cómo Anne seguía narrando su bonita historia de amor con el vizconde mientras su madre guardaba silencio. Ninguna de las dos sospechaba que la tercera de las hermanas había desaparecido. Daban por hecho que permanecía en su habitación, descansando y sobrellevando un terrible dolor de cabeza. Durante unos segundos, barajó la idea de advertirlas sobre el problema, pero luego desestimó esa opción. Si quería que la castigaran, ella misma tendría que reprochar el comportamiento infantil de su hermana. Tras resoplar, pues no le agradaba ocupar el papel de madre y mucho menos cuando buscaba una reprimenda, se dirigió hacia la puerta de salida. Una vez que la abrió, fue incapaz de apartar la mirada de la imagen que se producía en el exterior.

Madeleine se hallaba en mitad del jardín, aplaudiendo la actuación de Josh. La melliza cabalgaba alrededor de ella, dirigiendo al animal con templanza y seguridad, como un auténtico soldado. Mantenía la espalda erguida, mientras su cuerpo subía y bajaba al ritmo del trote. Mary fijó sus ojos en el rostro de la joven y contempló un orgullo y una satisfacción que envidió durante unos segundos. Luego observó el movimiento acompasado de su trenza. Ese cabello blanco que tanto le disgustaba a Josh la hacía tan hermosa que cualquier hombre quedaría postrado a sus pies. No entendía por qué seguía considerándose la hermana más fea cuando en realidad era una joven muy hermosa. ¿Por qué se les obligaba a las mujeres a pensar que solo alcanzarían la belleza si poseían los rasgos que dictaban los cánones sociales? Josh, pese a su continua negación, era preciosa no solo por su diferencia física, sino también por su carácter. E incluso ese comportamiento salvaje que presentaba a diario engrandecía su esplendor femenino.

Una hermosa admiración brotó en Mary al contemplar la majestuosa habilidad de Josh que, como le ocurría a ella en el campo de la medicina, era difícil de superar. Daba igual que todo el mundo alegara que su don era más propio de un hombre que de una mujer, lo poseía y lo exhibía con mucha dignidad. Mary suspiró hondo, reflexionando sobre el porvenir de la joven. ¿Cuál sería su destino? Si admitía que la maldición había existido, cosa que todavía no hacía, confiaría en que encontraría un marido capaz de aceptarla, pero ella sabía que eso no sería posible. Ningún hombre, de los que había conocido hasta el momento, soportaría que su esposa fuera más ducha en temas masculinos que él.

Dio un paso adelante sin poder apartar la mirada de esa unión entre humana y animal.

Josephine era, sin lugar a dudas, una amazona, una guerrera, una diosa subida a un caballo; ambos expresaban una complicidad tan extraordinaria que cualquier caballista enloquecería por alcanzar. Sin embargo, la magia de la celestial situación desapareció cuando Mary advirtió cómo las cuatro pezuñas del animal se clavaban repetidamente en el césped, ese que con tanto esmero cuidaban sus padres.

—¡Pero cómo se te ha ocurrido cabalgar por nuestro jardín! —gritó a Josephine caminando hacia ella—. ¿No recuerdas el esfuerzo de nuestros padres para cuidarlo de esta forma? ¡Les ha costado años mantenerlo así!

Josh, al escucharla, movió las riendas de Galeón para que este se dirigiera hacia la hermana chillona. Una vez que se colocó frente a ella, y la observó tan pequeña y asustada, una sonrisa maléfica se dibujó en su rostro.

—¡Aparta ahora mismo de mi lado a ese perisodáctilo! —ordenó mientras caminaba hacia atrás. Solo paró cuando su espalda tocó el grueso muro de piedra que dividía el jardín del hogar.

—¿Peri... qué? —preguntó Josh, apoyando los antebrazos sobre la crin del caballo—. Se llama Galeón.

—Perisodáctilo —repitió Mary sin disminuir la ira ni el miedo que sentía ante la presencia del grandísimo animal, que la miraba con sus inmensos ojos marrones—. Así se denominan los mamíferos placentarios que poseen en sus extremidades un número impar de dedos. Como puedes observar, tu nuevo amigo tiene uno en cada pata y se llama pezuña.

—¿Te gusta que te llamen de esa manera tan rara, Galeón? —le preguntó Josh, inclinándose hacia la oreja izquierda del animal. Este, como respuesta, relinchó y movió la cabeza, comportamiento que dejó a Mary más sorprendida si eso fuera posible—. No le vuelvas a llamar por ese nombre porque no le gusta.

—¡Pues me importa un bledo si le gusta o no! —respondió, moviéndose muy despacio hacia la izquierda para salir de aquella encrucijada mortal.

—¿Dónde vas? —preguntó Josh tras azuzar a Galeón para caminar detrás de su hermana.

—¡No me sigas! ¿Acaso no sabes que ese bicho cuadrúpedo puede matarme? —tronó sin mirarla y sin parar de andar.

—Galeón es inofensivo...

—Sí, claro, como las dichosas armas con las que has dormido hasta que te marchaste —replicó volviéndose hacia los dos en un acto de valentía—. ¿He de deducir que has olvidado tu viejo hábito de jugar con espadas, cuchillos o pistolas para suplantarlos por... esto? —alegó, señalando al animal con un dedo.

—¿De verdad piensas que las he sustituido? —respondió antes de soltar una ligera carcajada y levantarse la pernera del pantalón para mostrar la navaja que escondía en la bota—. Ellas siempre estarán conmigo, Mary. Son y serán mis mejores aliadas para luchar contra un mundo injusto —declaró con firmeza.

—¿Quieres luchar contra las injusticias? —le reprochó—. Pues necesitarás un buen arsenal, Josh, porque te puedo asegurar que encontrarás a lo largo de tu vida más de un millón.

—Las compraré en cuanto... —intentó responder, pero se quedó en silencio cuando observó la presencia de Madeleine quien, como siempre, llegó sin hacer ningún ruido.

—¿Hacia dónde te diriges, Mary? —preguntó la pequeña tras acariciar el cuello de Galeón—. ¿Estás buscando tu cambio? —añadió burlona.

—No —negó esta con rotundidad—. Busco a Elizabeth y, sobre mi cambio, te puedo asegurar que sé cómo frenarlo —masculló altiva.

—Si tú lo dices... —contestó la Madeleine exhibiendo una gran sonrisa.

—Se retiró a su habitación —intervino Josh mientras se bajaba del caballo—. Padece un terrible dolor de cabeza desde...

—El sábado. Sí, ya lo sé —la cortó Mary—. Por ese motivo madre me ha ordenado que la visite. Quiere que la ayude a calmar su dolor. Sin embargo, cuando me he presentado en su alcoba, no la he encontrado —continuó.

—Estará en el invernadero —dijo Josh sin mostrar ningún tipo de preocupación—. Ya sabes que las hierbas que cultiva son muy importantes para ella. Se ha preguntado durante estos días si Madeleine habría sido capaz de cuidarlas tal como ella le indicó. Tal vez, pese a ese dolor de cabeza, ha querido confirmar que no se les rompió un tallo o se les secó una hoja —añadió risueña al tiempo que cogía las riendas y las enredaba entre sus dedos.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Madeleine—. Me vendrá bien hablar con ella. No quiero que se enfade por algo que he podido hacer.

—No. Me interesa más que pases tu tiempo vigilando a Josh y a ese bicho. No sé dónde pretende meterlo, pero no creo que la elección que haya tomado sea la adecuada...

—Le pediré a padre que construyamos una cuadra —señaló la aludida, girando a Galeón hacia la puerta exterior del jardín—. Hay espacio suficiente para...

Mary dejó de escuchar la futurista idea de Josh cuando Madeleine la agarró del brazo y tiró de ella.

—No olvides lo que te dije. Acepta de una vez por todas tu destino.

—No, si puedo evitarlo —refunfuñó antes de soltarse de ese agarre y caminar a grandes zancadas hacia el invernadero, mientras escuchaba a la menor volver a soltar una gran risotada.

Si creyó, por un momento, que su malhumor desaparecería durante el trayecto hacia el invernadero, se equivocó. Después de los comentarios de Madeleine, su ira alcanzó un nivel insuperable. Estaba tan enfadada que podía presentarse ante Elizabeth y, sin decirle una sola palabra, cogerla del cabello para arrastrarla hasta el interior de la casa como si fuera una mujer prehistórica. Si Maddy pretendía apabullarla, no lo consiguió, lo único que había logrado era obsesionarla por alcanzar la manera de destruir su supuesto futuro.

Con las mejillas tan rojas como los pétalos de una gerbera, llegó a la puerta del invernadero y la abrió con tal brusquedad que las paredes de cristal temblaron y la falda de su vestido tiró de ella hacia atrás. Sin cerrar, dio dos pasos hacia delante y miró a su alrededor, buscando la familiar silueta femenina. Pero no la halló con tanta facilidad.

Cerró y comenzó a murmurar más de una decena de improperios inadecuados para una mujer. Luego caminó decidida por el estrecho pasillo que la guiaba hacia el estanque que su padre encargó construir. En cada paso, su nariz capturaba un olor diferente, haciéndola incapaz de averiguar qué flor desprendía una fragancia en concreto. Se paró en mitad del recorrido y observó tanto lo que encontró a su derecha como a su izquierda. Un edén. Elizabeth había construido bajo aquellas paredes acristaladas un hermoso lugar repleto de colores y perfumes. Se centró en su objetivo y avanzó lentamente sin apartar la mirada del arcoíris floral que tenía a ambos lados. Antes de llegar al diminuto aljibe, tuvo que esquivar las grandes ramas del único árbol que su hermana había plantado en el interior. Sonrió al recordar el día que ella apareció con aquel esquejo de naranjo. No contaba con más de seis años y mostraba tal entusiasmo que sus ojos brillaban como dos estrellas. Una vez que les explicó a sus padres qué pretendía hacer con el pequeño tallo, Elizabeth salió al jardín, miró hacia el cielo y se dirigió a la zona izquierda del hogar, después cavó un agujero con sus propias manos para plantarlo mientras sus padres la observaban en silencio. Dos meses más tarde, empezaron a construir el invernadero y, cuando lo finalizaron, Elizabeth se convirtió en el hada de las plantas. No podía calcular cuántas clases

poseía ni qué podía hacer con ellas, pero sí admitía que su don se había desarrollado con gran maestría.

Con la imagen del maravilloso rostro infantil cubierto de tierra, pues era raro el día que no llegaba manchada a su hogar y meditando sobre el cambio que sufrió después de la traición de Archie, avanzó hacia adelante. Entonces, mientras el sonido de la rueda que movía el agua del estanque llegaba a sus oídos, halló la silueta que andaba buscando.

Las frases que tenía preparadas para reprocharle su inapropiado comportamiento desaparecieron de inmediato al contemplarla de aquella manera. Su suposición se confirmaba, pero en vez de sentirse feliz por conjeturar otra teoría correcta, se entristeció. Aunque Eli había salido en camión, no pensó que la encontraría con un aspecto tan desaliñado. Su pelo, habitualmente recogido con esmero, estaba suelto y encrespado, como si no se lo hubiera cepillado en días; luego observó la planta de los pies y arrugó la frente al advertir la suciedad y las manchas de sangre. La mano izquierda de Elizabeth se extendía laxa, sin fuerzas, sobre esa parte de su cuerpo, mientras la otra se movía en círculos sobre el agua del diminuto estanque.

Durante un segundo, dudó si debía insistir en el motivo por el que se encontraba en ese estado o dejarla a solas con sus pensamientos. No tuvo que meditar mucho la respuesta, pues esta apareció en el momento que la escuchó sollozar.

—¿Eli? —preguntó reduciendo la distancia que había entre ellas—. ¿Estás bien? —Esperó a que le contestara, al no hacerlo, prosiguió—: Anne me ha dicho que sufres una terrible jaqueca y he venido a calmar ese dolor.

—Puedes marcharte, Mary. Mi dolor no desaparecerá con nada... —dijo después de unos angustiosos segundos.

—Lo dudo —aseveró posando la mano derecha sobre el hombro izquierdo de Elizabeth—. Sabes que cuando me empeño, ninguna enfermedad o dolencia soportará mi...

Mary enmudeció al contemplar el rostro de su hermana. ¿Dónde estaba la hermosa muchacha? No había un pequeño rastro de esa belleza con la que nació. Sus ojos azules no tenían luz, tal vez porque las ojeras que los rodeaban eliminaban todo su resplandor. Las mejillas, descritas por ella misma como perfectas, ahora no eran más que pellejo sobre huesos y sus labios no presentaban ese color rojo intenso que tanto había admirado, habían perdido la tonalidad hasta el punto de palidecer. Sin pensárselo dos veces, apartó la mano del hombro y se la colocó en la frente para averiguar si tenía fiebre. Pero Elizabeth no ardía, sino todo lo contrario. Estaba tan fría como una estatua de mármol.

—¿Qué diablos te ha pasado? —tronó con una mezcla de horror y angustia—. ¿Por qué estás así? —Antes de que Elizabeth pudiera responder, Mary fijó sus ojos en la mano que ella mantenía sumergida en el agua e instintivamente se llevó las suyas al pecho—. ¿Qué haces con eso? ¿En qué estás pensando?

—Según tengo entendido, nuestros padres nos dan la vida, pero el destino es quien dicta cuándo debe finalizar —expuso volviendo la mirada hacia el agua—. Tal vez la mía deba concluir antes de...

—¡No digas tonterías! —clamó antes de inclinarse hacia la daga y arrancársela de entre los dedos—. ¡Esto no es el fin, Elizabeth Moore! ¡Es el principio de todo! ¿Cómo se te ocurre pensar algo tan espantoso? ¿Te has vuelto loca? —Lanzó el arma hacia la puerta con tanta fuerza que la hoja de metal se rompió al impactar contra el suelo—. ¿Qué te pasa? —insistió zarandeándola—. ¿Qué piensa esa maldita cabeza?

Elizabeth rompió a llorar. Ocultó con las manos su demacrado rostro y no pudo consolarse hasta que Mary se sentó a su lado y la abrazó con fuerza.

—Anne piensa que estás así porque se ha comprometido con el vizconde —explicó mientras le acariciaba la mata de cabello rubio enmarañado—, pero yo sé que no es cierto. Pese a ese comportamiento repugnante que muestras, en el fondo sigue viviendo en ti la pequeña Elizabeth, esa que corría hacia aquí para averiguar si la semilla nueva había germinado o si los pétalos de una flor se habían abierto ante la llegada del amanecer.

—¡Soy horrible, Mary! —sollozó en su pecho—. ¡Soy la mujer más horrible que ha existido en el mundo!

—No, cariño, no eres horrible. Las circunstancias te han vuelto así. Naciste hermosa, como tu físico. Lo que sucede es...

—Mary... —susurró levantando el rostro hacia ella—. Soy horrible, te lo juro por la sangre que nos corre por las venas. He hecho... Ha sucedido... —No tuvo fuerzas para hablar, apoyó de nuevo la frente sobre el pecho de su hermana y continuó llorando sin consuelo.

¿Cómo iba a superarlo? ¿Cómo podía contarle a Mary lo que había pasado? No, no podía. Tenía que mantenerlo en secreto. No solo por su bien, sino también por el de la familia.

—¿Sabes? —comenzó a decir Mary mientras la agarraba con fuerza—. La vida es cruel para todo el mundo. Por mucho que intentemos luchar por liberarnos de aquello que nos mantiene presos, no lo conseguimos. La felicidad, esa que mucha gente se vanagloria de poseer, es una mentira, una ilusión ficticia. Nadie alcanza algo tan idílico.

—Entonces... ¿para qué vivimos, Mary? ¿Para qué seguimos en este mundo tan cruel? —preguntó sin levantar el rostro.

—¡Mírame, Eli! —le pidió tras colocar las manos sobre sus hombros—. Dime qué te ha ocurrido para que no tenga ante mí a la hermana a quien siempre deseaba pegarle una patada en el culo por engreída. ¿Dónde está la fuerza que expresabas? ¿Y ese carácter repulsivamente aristócrata?

—Ha desaparecido... —murmuró agachando la cabeza.

—¿Quién te ha hecho esto? —perseveró, alzándole el rostro con ambas manos.

—¿Cómo lo...? —preguntó perpleja.

—¿Lo has visto? ¿El destino te lo ha puesto de nuevo en tu camino? —insistió—. Porque si es así, ¡juro que esta vez lo mataré con mis propias manos!

—¡No! —respondió Elizabeth, levantándose del borde empedrado que rodeaba el estanque. Sin mirar a Mary, se frotó las manos, clavó los ojos en el suelo y suspiró—. No sé nada de Archie desde que recibí aquella carta.

—Bien. Me alegra saber que padre no tendrá que visitarme en prisión... por ahora —respondió Mary levantándose también. La cogió desde atrás y la abrazó con fuerza—. Si ese malnacido no es el motivo de tu depresión, ¿qué es?

—No creo que puedas quererme si te lo cuento —dijo inclinando los hombros hacia delante.

—¿Tú me quieres a mí? —preguntó haciéndola girar hacia ella—. ¿Me quieres a pesar de todo lo que digo o hago?

—¡Por supuesto! Eres mi hermana y sabes que te adoro pese a todas las cosas extrañas que haces o dices.

—¡Exacto! —la cortó—. Siempre, a pesar de todas las discusiones que tengamos, nos queremos por encima de todo. En eso consiste la familia, Eli. Y nada ni nadie puede eliminar ese vínculo existente entre nosotras. Podemos ser muy diferentes, por suerte para todas, pero esa desigualdad ha hecho que nos respetemos y nos comprendamos. —Respiró hondo y la miró con ternura—. Debido a esa comprensión de la que hablo, sé que tu jaqueca es falsa y que las especulaciones de Anne también lo son. Tu alma está rota. Algo espantoso te ha sucedido en ese

viaje y te hace tanto daño que no serás capaz de superarlo sin ayuda. Solo me queda decirte que estoy aquí, contigo, y que juntas nos sobrepondremos a todo.

—Ha sido... horrible —expresó antes de que las lágrimas aparecieran de nuevo.

—Lo intuyo por cómo te encuentras, pero necesito que me lo cuentes todo, solo así podremos buscar la mejor solución —aseveró con firmeza.

—¿Y si no puedes ayudarme? ¿Y si es algo tan espantoso que solo podría solucionarse con mi muerte o retrocediendo en el tiempo?

—Respóndeme tan solo a una cosa, Elizabeth —comentó mirándola a los ojos y cogiéndola con ternura de los hombros—. ¿Eso tan horrible nos hará buscar y sacar del cobertizo la cuna donde nuestros padres nos depositaron al nacer?

—¡No! —tronó Elizabeth horrorizada.

—Entonces, querida hermana, todo lo demás tiene solución —manifestó antes de abrazarla y escuchar cómo Eli suspiraba entre sus brazos.

Capítulo XV

Durante los siguientes diez días no tuvo ni una mísera hora libre para estudiar los ensayos que le regaló la señora Reform. Su madre se convirtió en una tirana y no cesaba de ordenarle mil tareas que debía finalizar antes del anochecer. Para asombro del resto de la familia, las realizó todas, pues ninguna implicaba alejarse de su hogar; mientras pudiera estar al cuidado de Elizabeth y mantenerse distanciada de lord Giesler, cumplía todo sin rechistar. Por el contrario, Anne salía y entraba continuamente de la residencia. Unas veces visitaba a los parientes de su prometido y otras acudía a la urgente llamada de la modista, que a su parecer no debía tener mucha experiencia, dado que la hacía probarse el vestido varias veces al día. Josh y Madeleine, con la excusa de ser las más pequeñas, apenas tenían responsabilidades. Lo único que se les encomendó importante fue controlar al nuevo miembro de la familia.

Todavía seguía sin dar crédito a los mimos y cuidados que recibía el animal. Lo acogieron con tanto amor que ni siquiera reparaban en el appestoso olor que invadía el jardín después de que este defecara donde le apeteciese. ¡Hasta su padre se unió a la disparatada felicidad! Desde que el vizconde puso un anillo en uno de los dedos de su primogénita, vestía con elegancia y se repasaba el nudo de la corbata mil veces antes de transitar por las calles de Londres en el interior del carruaje que le había regalado su futuro yerno.

Todos vivían en un eterno caos, en un infinito disparate. Sin embargo, admitía que ese estado de desorientación familiar era provechoso para Elizabeth. Apenas reparaban en sus continuas ausencias o que cada vez que se reunía con ellos no lucía uno de sus descarados vestidos, sino aquellos que Mary guardaba en el armario. Evitaban hablar del tema al dar por fidedigna la hipótesis de Anne y Josh: que Elizabeth lloraba de celos al no ser ella quien se casara con un aristócrata. Pero ella conocía la verdad y sufría la agonía de su hermana en sus propias entrañas. Desde la tarde que pasaron juntas en el invernadero, no había podido conciliar el sueño ni una sola noche, se pasaba las horas pensando en el miedo que soportó Eli y en lo sola que se encontró hasta que el ayuda de cámara del vizconde salió en su ayuda. No le importaba si ella se culpaba de haber alentado al miserable, lo único que pensaba era que, si era cierto que Morgana velaba por los de su sangre, debió matar al gajo justo cuando una de sus desagradables manos la tocó por primera vez.

Mary miró de nuevo la cortina granate que la dueña del comercio utilizaba para separar la tienda del taller y resopló con fastidio. Si aquella risueña dependienta tardaba más tiempo en atenderla, sufriría una apoplejía. Ella no debía estar allí, su tiempo era demasiado valioso para perderlo sentada en una incómoda silla; como siguieran ignorándola, el escándalo que le anunció a su madre se cumpliría en breve.

—Ponte un abrigo y recoge el encargo —le ordenó Sophia después de encontrarla escondida en la alacena—. La modista está esperándote.

—¿No puede encargarse de esa tarea Anne? Seguramente, hoy tendrá que probarse el vestido de nuevo y no le supondrá ningún esfuerzo soportar el peso de cuatro bolsas —propuso mientras salía de las sombras del inútil escondrijo.

—Hoy no la visitará —respondió caminando detrás de su hija—. Tiene que asistir al

almuerzo que ofrece la marquesa de Riderland en su honor.

—¿Y las mellizas? —sugirió volviéndose hacia su madre.

—Aún son muy pequeñas para pasear solas por las calles —respondió Sophia alzando el tono de su voz y enarcando la ceja derecha.

—¿Y yo sí que puedo hacerlo? —dijo con falso asombro—. ¿No le importa qué opinará la gente cuando vea a una mujer soltera caminando sin protección por Covent Garden?

—¿Desde cuándo te importa el qué dirán, Mary? —espetó su madre cruzando los brazos por delante del pecho.

—Desde que mi honorable y estupenda hermana mayor se ha comprometido con un vizconde —expuso como si se hubiera estudiado la respuesta mil veces.

—Así que... lo haces por tu hermana —dijo Sophia mirándola sin parpadear.

—¡Por supuesto! ¿De verdad ha pensado que lo hago por beneficio propio? —respondió, fingiendo sentirse ofendida—. Hemos de actuar correctamente, por el bien de Anne. Ya sabe cómo le gusta a la aristocracia los chismorreos y... ¿piensa que no cotillearán sobre la desprotección de una de las hermanas de la futura vizcondesa de Devon? ¡Será un verdadero escándalo! —añadió con aparente angustia.

Mary estuvo a punto de saltar de alegría al observar cómo su madre recapacitaba sobre el tema. Había encontrado el punto débil: las habladorías. Hasta el momento, a Sophia solo le interesaba cuidar la reputación de su marido, sin embargo, desde el compromiso, todo había cambiado.

—Por un momento, solo por un instante, he pensado que eras sincera, Mary Moore Arany, pero por suerte para mí la sangre que nos une me advierte que tu intención es diferente a lo que dices. Límpiame la harina de la falda, arréglate ese cabello y ponte el abrigo. Quiero los vestidos en nuestra casa antes de que Eugene termine de cocinar las perdices, ¿entendido? —manifestó enfadada. Le dio la espalda y caminó hacia la chimenea.

—¿Y si alguien quiere hacerme daño? —perseveró Mary.

—Después de lo que le hiciste al joven Wang, no creo que nadie tenga agallas suficientes para hablarte o saludarte —dijo Sophia atizando la lumbre.

¡Qué el infierno se congelara! Pero ¿por qué no lo había olvidado? ¿Cuánto tiempo había pasado, tres, cuatro años? Era cierto que el síncope que sufrió cuando abrió la puerta y la encontró escoltada por dos agentes fue tan grande que su padre tuvo que administrarle una pequeña dosis de cloroformo. Indudablemente, la castigaron en su habitación durante tres días, los mismos que pasó leyendo y disfrutando de una hermosa soledad. Cuando pudo explicar qué sucedió, su padre se tronchó de risa. Tal vez porque él era el único que entendía su postura sobre las enfermedades generadas por los trastornos celulares. En cambio, su madre solo pedía a Morgana que la sociedad londinense quedara sorda y ciega durante dos semanas. Le preocupó muchísimo la repercusión que caería sobre su marido cuando la gente supiera que la segunda de sus hijas golpeó, hasta romper su paraguas, el carruaje del joven Wang, quien pedía auxilio desde el interior.

No podía culparla por desconocer la importancia que tenía la teoría de la Patología Celular en medicina, pero aquel petulante sí y, por ese motivo, al escucharlo decir que se trataba de una conjetura sinsentido para explicar las enfermedades de los organismos, perdió el control. ¿Cómo podía hablar de esa forma el hijo de un médico que fue a la universidad con Rudolf Virchow? Solo un necio, como Wang, podía soltar por su boca semejantes sandeces.

El temor de su madre apareció antes de lo imaginado. La gente habló sobre la agresión de la trastornada hija del doctor Moore hacia el encantador Wang. Desde aquel día, daba igual

que paseara sola o de noche, nadie se le acercaba y cambiaban de lado cuando llevaba un paraguas en la mano.

—¿Señorita Moore?

La pregunta que lanzó al aire la dependienta, después de salir por decimoquinta vez de la trastienda, sacó a Mary de sus pensamientos. Se levantó del asiento, en el que llevaba algo más de una hora, y se acercó al mostrador.

—¡Al fin descubren que estoy aquí! —dijo con sarcasmo—. Pensé que me confundí de establecimiento porque, pese a llegar la primera, han atendido a otras clientas antes que a mí.

—Para hacer un trabajo excelente, hay que tener paciencia y tiempo —manifestó la trabajadora colocando sobre la encimera barnizada las bolsas que portaba en las manos.

—No lo discuto, pero le aseguro que han tenido el tiempo suficiente como para confeccionar dos vestidos y emplumar cuatro sombreros —insistió Mary mientras confirmaba que las prendas eran las mismas que había ido a buscar. En las bolsas estaba el vestido rosa pálido de Madeleine, el malva claro de Josephine, el marrón de su madre y, cuando observó el suyo, frunció el ceño y miró a la empleada como si buscara la forma más rápida de desnucarla. Luego cogió con dos dedos la tela de la prenda verde, la colocó frente a la nariz de la trabajadora y le preguntó enfadada—: ¿No le indicaron que este vestido debía ser azul marino? ¿Por qué no lo es? ¿Acaso la costurera sufre de discromatopsia [8]?

—Le expliqué a su madre que no era un color apropiado para una boda tan importante y que todos los invitados a la ceremonia pensarían que la joven en cuestión se hallaría en período de luto —expuso con orgullo mientras la miraba de abajo arriba—. Por eso le pedí que recapacitara y, para satisfacción personal, eso mismo hizo. La señora Moore es una mujer muy inteligente y seleccionó una tonalidad bastante actual y...

—¿Estúpida? —la interrumpió Mary—. No hay otra forma de describirla. Ahora, en vez de mostrar la imagen de una joven seria, correcta y virtuosa, pareceré la botella que coge algún bucanero borracho de Whitechapel en una mano.

—¿Cómo osa hablar de ese modo? —preguntó estupefacta—. ¡Ninguna de nuestras clientas se ha comparado con semejante barbaridad! ¡Todas están encantadas con nuestro trabajo! ¡Mi taller es único en la ciudad!

—¿Único? Seguro que mi ama de llaves arregla remiendos menos enredados que estos —comentó al tiempo que apilaba malhumorada las bolsas en ambas manos—. Y no se muestre tan ofuscada por una crítica constructiva. Su negocio sería mucho más rentable si escuchara las opiniones de los clientes, solo así conseguirá la perfección de la que se vanagloria. Espero que la próxima vez que le encarguen una prenda de un color determinado, usted se muerda la lengua y no opine.

—¡Santo cielo! —exclamó horrorizada llevándose las manos al pecho—. ¡No la compararán con una botella, sino con la hija del mismísimo Diablo! Ahora entiendo por qué deseaba un color tan oscuro, iría a juego con su alma.

—Tenga cuidado con lo que piensa... —le dijo Mary una vez que abrió la puerta—. Puede que esta hija del diablo invoque a unas cuantas almas errantes para que molesten a sus dóciles clientes.

Antes de cerrar la puerta, observó divertida cómo la dependienta no cesaba de persignarse, acto al que estaba bastante acostumbrada. La gente solía hacerlo después de escucharla hablar. Una vez que salió del comercio, soltó una grandiosa carcajada y se dirigió hacia el carruaje. Ella iba a tener que lucir un vestido horroroso, pero la empleada viviría asustada una larga temporada.

Satisfecha y orgullosa de ser una mujer tan sincera, avanzó hasta que el cochero la observó llegar y se bajó del vehículo. Abrió la puerta, bajó la escalerilla, esperando que ella subiera, pero no lo hizo. Mary se quedó junto al carruaje, sosteniendo las bolsas. Sus ojos, pese a que se dirigían hacia el interior del vehículo, no observaban nada en concreto. Estaba ausente, recapacitando en silencio sobre la idea que acababa de aparecer en su cabeza. Alzó la barbilla y sintió en su rostro las caricias del ligero viento que auguraba una pronta lluvia. Era el momento ideal. Si no lo hacía, ¿cuándo tendría otra oportunidad? Llevaba mucho tiempo encerrada, aceptando sin objeción todo lo que le ordenaba su madre, pues nada, salvo lo que le pidió horas antes, la alejaba de su propósito. Pero estaba fuera, bajo un cielo tan gris como el mercurio de un termómetro. Pensó en su padre y en las conversaciones con su madre sobre la incansable labor del mayordomo de lord Giesler. Según entendió, este hacía todo lo posible para que la recuperación de su señor fuera rápida y adecuada; eso implicaba también protegerlo de un posible aguacero...

Al deducir que su mayor problema no ocurriría, lanzó las bolsas al interior del carruaje, se abrochó el abrigo y le dijo al empleado sin mirarlo:

—Regresaré andando.

—¿Andando? —respondió bastante asombrado.

—Sí, andando. Es una de las habilidades físicas que caracterizan al ser humano. ¿Por qué cree que nacemos con dos piernas? —dijo sagaz.

—No lo digo por eso, señorita Moore. Permítame informarle que no sería correcto dejarla sola con este tiempo —dijo el amable trabajador después de cerrar la puerta—. Si observa las nubes, descubrirá que no tardará en llover y a la señora no le gustará que una de sus hijas enferme dos días antes de la ceremonia.

—No se preocupe por mi salud, Owen. Le aseguro que, si aparece esa lluvia, alquilaré un carruaje —respondió levantándose las solapas del abrigo.

—¿Me permite, al menos, que le ofrezca un paraguas? Su madre no la regañará si le explica que se ha resguardado...

—¡No! ¡Nada de paraguas! —respondió como si le hubieran pinchado en el culo con un alfiler—. Le prometo que ella se enfadará más si lo tengo.

—Como desee —terminó de decir antes de subirse y azuzar el caballo.

Mary se giró hacia su izquierda y, mientras escuchaba cómo se alejaba el carruaje, observó con entusiasmo todo lo que tenía frente a sus ojos. Por suerte para ella, la calle estaba muy tranquila, quizá porque, como había dicho el nuevo empleado, la amenaza de lluvia atemorizó a muchos londinenses; los pocos atrevidos que encontró pasaban por su lado sin reparar en ella, acto que agradeció porque no quería observar rostros de espanto, asombro o extrañeza. Necesitaba, después de tantos días enclaustrada en su hogar, sentir algo de libertad y tranquilidad.

Con la mano derecha ligeramente alzada, pues el asa de su retículo se encajó en la flexura del codo, se dirigió en primer lugar hacia la enorme fachada del Teatro Real de Drury Lane. Una vez allí, levantó el rostro para admirarlo. Sin duda, era un edificio grandioso. Según había leído, podía albergar a tres mil seiscientos espectadores y, después del último incendio, ocurrido en 1809, los arquitectos encargados de la reconstrucción utilizaron columnas de hierro para reemplazar las de madera que sostenían los cinco niveles de galerías. Pero si aquellos datos le parecieron extraordinarios, el hecho de saber que allí se celebraban, desde dos años atrás, los mejores espectáculos y melodramas, la dejó sin palabras. Miró intrigada el cartel que alguien colocó en la derecha del pórtico y suspiró. En otra ocasión, cuando su vida fuera menos bulliciosa, podría disfrutar de la música que tocaría la orquesta que anunciaba ese cartel. Con un inevitable sentimiento de añoranza, pues deseaba que la normalidad regresara al hogar de los

Moore, prosiguió el camino, esquivando a su paso los puestos de fruteros y verduleros que se encontró.

Covent Garden era un lugar muy estimulante, tal como indicaban los periódicos. Aunque no le pareció tan peligroso como insistían en describir. ¿Dónde estaban las prostitutas, los rateros y esos criminales que acechaban desde los rincones del mercado en busca de una víctima a la que asaltar? Ella no los veía, lo único que tenía frente a sus ojos era gente corriente, mundana, y quienes ofrecían su mercancía a los pocos clientes que caminaban cerca de sus puestos.

Siguió avanzando por ese lado de la calzada y, justo cuando determinó que el paseo debía finalizar, su nariz capturó un maravilloso aroma a café. Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Insuperable... Si la bebida era tan buena como el olor que desprendía, no podía volver a su hogar sin disfrutar de una buena taza. Con la nariz alzada, como si fuera un perro sabueso, se dirigió hacia el establecimiento donde lo servían. Cuando llegó, sonrió al ver que no era la única persona que abandonaba sus obligaciones para deleitarse con una costumbre tan poco inglesa. Quizá la maravillosa tradición de ingerir solo té empezaba a declinar, o tal vez había más gente tan extraña como ella.

Mientras esperaba su turno, se apoyó de forma relajada sobre la pared y buscó unas monedas para pagar la compra.

—¿Cuánto me costaría permanecer una hora con usted, señorita Moore? Le aseguro que lo abonaré con gusto.

Mary, muy despacio, sacó la mano del retículo, se apartó de la pared, levantó el rostro y miró con altanería al propietario de esa voz. Allí estaba el idiota más grande del mundo, vestido con un traje de color gris oscuro, tal como dictaba la moda en ese momento. Peter Wang la observaba con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo y mostraba con orgullo un repugnante bigote rubio, cuyos extremos se rizaban hacia arriba.

—¿Cómo dice? —preguntó tan indignada y furiosa que sus mejillas cambiaron de color por el sofoco.

—Le digo, señorita Moore, que estoy dispuesto a pagar todo lo que me pida si me ofrece algo interesante a cambio —indicó Wang revisando el tosco atuendo de Mary. Después de sonreír con malicia, avanzó hacia ella—. Imagino que ese es el motivo por el que se encuentra sola en esta parte de Londres, ¿no es cierto? —habló haciendo un leve repaso a su alrededor con la mirada—. Al fin ha asumido que jamás alcanzará su sueño y ha adoptado la posición más sensata para su edad: recobrar el tiempo perdido convirtiéndose en la amante de un distinguido caballero.

—Buenos días, señorita, ¿qué desea tomar? —intervino la amable dependienta ajena, hasta el momento, de la situación que se vivía frente a su puesto.

—Buenos días. ¿Le importaría servirme el vaso de café más grande que ofrezca a sus clientes, por favor? —respondió Mary sin mirarla.

—¿Café? —apostilló Wang sin apartar los ojos de ella—. Como es normal en usted, me confunde. Había deducido, erróneamente por supuesto, que se trataba de una mujer que adoraba pasar las horas del día tomando té con pastas, dado el volumen desproporcionado que han tomado sus caderas desde la última vez que nos vimos.

—¡Dios bendito! —soltó horrorizada la dependienta al escucharlo.

Gorda y prostituta. Hasta ese preciso instante la habían dedicado muchos adjetivos y sustantivos repugnantes, pero ninguno superaba la brillante descripción de aquel energúmeno. Mary miró de reojo a la abochornada trabajadora. Esta colocaba con manos temblorosas el vaso que le había pedido sobre el mostrador metálico y se retiraba hacia atrás, como si estuviera leyéndole el pensamiento. Sin atender a las palabras de Wang, quien perseveró en informarle que

su robustez había aumentado tanto que no debía ser buena para su salud, se giró hacia la izquierda, cogió el vaso y se lo lanzó.

—¡Maldito engendro! —exclamó—. ¿Cómo se atreve a hablarme con tanta insolencia? —vociferó—. ¡Es usted el hombre más estúpido que he conocido en mi vida!

—¡Serás ramera! —tronó Wang mientras sus manos enguantadas en piel negra desabrochaban el abrigo.

Todo lo que sucedió a continuación transcurrió muy lentamente para Mary. El hijo del médico se desprendió de algunas prendas y las tiró al suelo, luego gritó mil maldiciones al no poder calmar las quemaduras que sufrió su torso. La miró con tanta ira que cualquier mujer se habría muerto de miedo. Avanzó hacia ella, levantó el brazo derecho y extendió los dedos para asestarle un bofetón. Pero no llegó a tocarla. Una enorme mano, que ella reconoció con rapidez, apretó la muñeca de su agresor y tiró de él con una fuerza tan descomunal que este cayó al suelo junto a su ropa.



—¿Cómo ha sido capaz de hacer una cosa semejante? —tronó Philip levantándose de la butaca de un salto—. ¿Esa madre se ha vuelto loca?

—No creo que el término loca sea muy apropiado para describir a la señora Moore, milord —dijo Shals antes de darle una propina al chiquillo que le hizo llegar la noticia. Cuando este se marchó, se volvió hacia el angustiado lord y prosiguió—: Primero debería averiguar qué ha sucedido para que la señorita Moore viaje sin protección. Seguro que encontrará una explicación tan divertida que estará riéndose varios días...

¡Ni él mismo se creía sus propias palabras! ¿Cómo una madre, sabiendo qué opinión tenía la sociedad sobre su hija, le permitía abandonar el hogar sin carabina? ¿Quería que llegase el juicio final? Porque eso mismo iba a suceder. No solo por lo que aquella muchacha podía hacer, sino por lo que estaba a punto de realizar su amo.

—¿Shals? —preguntó Giesler al verlo inmóvil frente al perchero.

—Sí, señor, ya la tengo —respondió. Le mostró la chaqueta que había cogido y caminó hacia él.

—No hay explicaciones... —continuó hablando Philip mientras el mayordomo lo ayudaba a ponerse la chaqueta—. Mary no puede merodear por las calles sin protección. Además... ¿no habías dicho que pronto comenzaría a llover? —preguntó al girarse para que Shals le abrochara los botones.

—En efecto, milord. Las nubes son tan grises como la ceniza que hay en una chimenea después de un enorme fuego. Si el viento no las mueve, pronto aparecerán las primeras gotas. —Terminó de adecentarle la chaqueta y corrió hacia la puerta del despacho para dejar pasar al hombre que, pese a no estar totalmente recuperado de una operación, recorrería Londres a pie para proteger a la mujer que amaba en secreto.

—Dile al cochero que esté listo en un minuto —ordenó Philip antes de entrar en el salón comedor y desabrocharse la chaqueta.

No cerró al entrar. No era momento de preocuparse por buscar algo de intimidad, sino de actuar con rapidez. Se dirigió hacia la vitrina de caoba granate, colocó la mano derecha en la cornisa y movió los dedos hasta que encontró la llave. Una vez que la encajó en la cerradura, la

giró hacia la derecha y abrió la estrecha y larga puerta de cristal. El olor a pólvora llegó a su nariz haciéndole recordar distintos e importantes episodios de su vida. En cualquier otro momento, habría sonreído al inspirar la seguridad y diversión que le transmitía aquel perfume tan particular, pero ahora solo le proporcionaba un aroma, el de Mary, y expresaba un deseo: cuidar de ella.

¿Cómo había sido tan insensata de pasear por Covent Garden sin protección? ¿No le gustaba tanto leer? Entonces, ¿por qué no había leído en los periódicos las críticas sobre esa zona en concreto de la ciudad? Menos mal que su empleado fue sensato y le hizo llegar la información a través de aquel raterillo. Sabía que él actuaría con rapidez y que ni una lluvia de ratas infectadas con lepra le impediría ir a buscarla. Alzó el arma con la mano derecha hasta que la culata de marfil blanca quedó a la altura de sus ojos y con la otra mano cargó la munición, el proyectil y el taco de papel por la boca del cañón. Una vez que el tapón estuvo hecho, la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, cerró la puerta de la vitrina, puso la llave en su lugar, se volvió hacia la puerta y, mientras salía, se abrochó él mismo la chaqueta.

—Todo listo, señor —le dijo Shals ofreciéndole el abrigo—. ¿Quiere que le acompañe? Seguro que puedo ausentarme un par de horas... —añadió una vez que lo ayudó a ponérselo.

—No. Prefiero que estés aquí por si aparece Valeria o Martin —respondió levantándose las solapas del abrigo.

—Si eso ocurriera, ¿desea que les cuente la versión real o una más... edulcorada? —sugirió al tiempo que le ponía el sombrero sobre las manos.

—Real —declaró antes de colocárselo sobre la cabeza y salir de allí.

Shals se quedó mirando la gran figura de su señor hasta que este se metió en el carruaje con la ayuda del cochero. Durante las dos semanas anteriores, lord Giesler había permanecido muy tranquilo en su residencia, recuperándose de la operación. Él mismo creyó que si seguía así su señor moriría de aburrimiento, pues nunca permaneció en su domicilio tanto tiempo seguido, salvo cuando llegaba tan ebrio que no era capaz de recordar su nombre. Sin embargo, su actitud había cambiado tanto que el servicio murmuraba sin cesar sobre el extraño comportamiento del hombre que pagaba sus honorarios. Hasta llegaron a pensar que la señorita Moore, durante la operación, le extirpó no solo un trozo de tripa envenenada, sino también la virilidad. Nadie, salvo él, entendía el motivo por el que permanecía varias horas sentado en un sillón, postrado en su cama o caminando por la vivienda con mucho cuidado para no dañarse: la señorita Moore. Desde el día que los encontró en la habitación, en circunstancias comprometidas, lord Giesler no había pensado en nada salvo en cómo sanar con rapidez y cortejarla como era debido. ¡Hasta había leído libros de medicina! Su nuevo propósito consistía en que, la próxima vez que se encontraran, la muchacha se enamorara de él tal como él estaba enamorado de ella. Sin embargo, tenía la corazonada de que su primer encuentro social no saldría tan romántico como esperaba...

A pesar de todo, confiaba en la sensatez de la señorita Moore y rezaba para que no se metiera en ningún lío. Si ocurría, si su señor presenciaba cualquier ofensa hacia ella... ¡qué Dios se apiadara del insensato! La pistola que había guardado en el bolsillo era de un disparo y solo la utilizaría como advertencia. Para ser sinceros, no temía sobre el daño que pudiera ocasionar esa bala, sino lo que podrían hacer aquellas dos fuertes y grandes manos.

Shals suspiró cuando el carruaje se perdió en la lejanía. Cerró despacio la puerta, se giró y caminó por el corredor como si algún empleado hubiese solicitado su ayuda.

Capítulo XVI

Philip observó escondido detrás de la cortinilla marrón oscura del carruaje cómo Mary abandonaba la tienda en la que había permanecido desde que él llegó. Cuando estaba a punto de respirar tranquilo, acto que no había hecho desde que supo que se marchó sola de su hogar, observó, estupefacto, que ella depositaba las bolsas en el interior del vehículo y se apartaba de este. Anticipándose a lo que sucedería a continuación, colocó su mano izquierda enguantada sobre la manivela de la puerta y la abrió. Mientras él pisaba con sus brillantes zapatos negros los adoquines de la calzada, Mary hablaba con el empleado. Después, ella se abrochó los botones de su abrigo, se giró y empezó a andar por la calle.

—¿Milord? —le preguntó el cochero un tanto confuso al descubrir que su señor había abierto la puerta y salido del vehículo sin ayuda.

—Espérame aquí, Thenders. Si no vuelvo en diez minutos, tienes mi permiso para regresar —dijo sin apartar sus azulados ojos de la mujer.

—Como guste, señor —respondió el trabajador tras depositar las riendas en el asiento.

Philip caminó detrás de Mary, guardando la distancia suficiente para que no lo descubriera, pero la apropiada para actuar con rapidez si lo necesitaba. Por mucho que lo intentó, fue incapaz de apartar los ojos del cuerpo con el que había soñado casi todas las noches. Sus manos, tal como hicieron en esas alucinaciones eróticas, se dirigieron hacia ella para tocarla, pero las pegó a ambos lados de su abrigo al darse cuenta de lo que hacía. Enfadado por su inusual pérdida de control, las metió en los bolsillos y las apretó. La añoraba. ¡Sí, que lo hacía! No había mañana en la que se despertara y se preguntara qué sentimiento le invadiría si ella amaneciera a su lado. Pero dicha melancolía no terminaba cuando se levantaba del lecho. Cada hora, cada minuto, cada segundo del día extrañaba inspirar el perfume femenino mezclado con esencias medicinales, deseaba notar las suaves caricias de sus labios; la necesidad de tenerla a su lado era tan grande que estaba a punto de volverse loco. No entendía cómo ella había conseguido lo que tantas mujeres deseaban. ¿Fue su pasión, su intelecto o tal vez esa forma que tenía tan especial de mirarlo? Pese a que sus ojos desprendían ira, él sabía que esa rabia no era real. Lo deseaba, tanto o más de lo que él la deseaba a ella. Solo esperaba el momento en el que se rindiera a sus pasiones. Una vez que lograra romper esa rígida barrera, lucharía con todas las armas que tuviera a su alcance para hacerla suya para siempre.

Mientras su mente perversa revivía algunas escenas de sus sueños lascivos, observó cómo Mary se paraba frente a la entrada del teatro. Luego, tras leer el cartel que tenía a su derecha, prosiguió el paseo sin reparar en cómo la gente, que caminaba a su lado, la observaba de reojo. Indudablemente, todos se hacían la misma pregunta: ¿qué diablos hacía una joven como ella sin vigilancia? Él tampoco tenía la respuesta. No conocía el motivo por el que la señora Moore, una madre a quien consideraba coherente, permitió que su hija anduviera sin protección por una zona bastante peligrosa de Londres. De repente, ese deseo primitivo de cuidarla se intensificó. Necesitaba hacerles entender a quienes la miraban con recelo que no estaba desprotegida, que él la vigilaba. Sin embargo, se obligó a mantener la distancia pues si Mary lo descubría, no le cabía duda que lo atacaría como una leona.

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro al apreciar cómo levantaba la barbilla, cerraba

suavemente los ojos e inspiraba el olor a café que desprendía un establecimiento situado a tres puestos de distancia. Tal como le informó Shals, sentía cierta debilidad por esa bebida. ¿Cuántas tazas había tomado el último día que lo visitó? No recordaba bien si fueron cuatro o cinco, pero su fiel mayordomo le comentó que tuvo que hacer dos cafeteras para ella sola.

Sin poder borrar esa sonrisita de felicidad, pues ese pequeño gusto común los unía más de lo que podía hacerlo un anillo de compromiso, se quedó parado frente a ella. Por supuesto, estaba tan embelesada en buscar las monedas con las que pagaría a la dependienta que no reparó en su presencia.

Philip apoyó el hombro izquierdo en una farola, se cruzó de brazos y continuó observándola. La gente más atrevida, al pasar por su lado, lo miraban de reojo. Los temerosos se apartaron. Tal vez su vestimenta oscura, su altura o la arruga que apareció en su frente, al contemplar cómo un joven se acercaba a Mary con una sonrisa burlona, les advirtió que si querían mantenerse a salvo debían alejarse de él con rapidez. Cuando el muchacho se colocó frente a ella, Giesler se descruzó de brazos, se apartó de la farola y dio una enorme zancada. No atendió a la blasfemia que soltó un cochero al tirar con fuerza de las riendas de sus caballos para no atropellarlo. Estaba tan concentrado en aquella escena que todo a su alrededor desapareció. Dio otro paso, quedándose en mitad de la vía, se quitó un guante y lo tiró al suelo. Luego, en el siguiente paso, se desprendió del otro. Un paso más... Solo quedaban tres y podría escuchar qué le decía aquel extraño a Mary para que se mostrara tan tensa.

Su futura esposa.

Desde que entendió que no podría tener en su cama a otra mujer que no fuera ella, siempre se enfrentaba al mundo con la bravura de un dragón. Sin embargo, notaba que en esta ocasión se estaba conteniendo. Entonces, su valiente guerrera brotó, se giró hacia la dependienta, quien había puesto un enorme vaso de café sobre el pequeño mostrador de su comercio, lo cogió y se lo lanzó al susodicho.

Los tres pasos que faltaban para alcanzarlos se convirtieron en uno cuando Philip escuchó a aquel insensato llamarla ramera y vio cómo levantaba su brazo para golpearla. Cuando se colocó detrás del muchacho, le agarró la muñeca y tiró de él con tanta fuerza que este se quedó tendido en el suelo, sobre las prendas que arrojó.

—¡Lord Giesler! —exclamó Mary—. ¡No!

Pero Philip no la escuchó, ni notó cómo ella lo agarraba de la parte trasera de su abrigo para frenarlo. Con un rápido movimiento de hombros, deslizó el pesado gabán negro hasta que se desprendió de él. Luego, se desabrochó la chaqueta y la tiró al suelo. Una vez que dejó de sentir la presión que aquellas ropas ejercían en sus brazos, extendió las manos hacia el muchacho, lo agarró y lo levantó sin apenas esfuerzo.

—¿Cómo la has llamado? —tronó, alzándolo tanto que sus pies no rozaron el suelo.

—¡Milord! ¡Suélteme! —gritó Wang desesperado—. ¡Suélteme! —repitió.

—¿Cómo la has llamado? —volvió a gruñir.

—¿Acaso no lo ha visto? ¡Esa desgraciada me ha arrojado un vaso de café hirviendo! —intentó justificarse.

—Ramera —terció la dependienta, que había salido de su puesto y agarraba a Mary de los hombros para consolarla—. Ha llamado a la señorita ramera y gorda.

—¡Cállate! —le gritó Mary apartándose de ella.

Aterrorizada, dio un paso hacia delante y, justo cuando iba a abrir la boca para ordenarle al titán de cabellos rubios que lo soltara, su zapato derecho tropezó con algo duro. Miró hacia el suelo y abrió los ojos de par en par al ver la culata nacarada de un arma. Su angustia creció tanto

que se quedó muda. Presa de ese pánico que comenzaba a brotar desde lo más hondo de su alma, tiró el abrigo negro, que le había quitado al lord, y lo lanzó sobre la chaqueta para que nadie reparara en la presencia de esa arma.

—¿Ibas a golpearla? —siguió Philip ajeno a los movimientos de ella.

—Lord Giesler, se lo suplico, no hace falta que monte un espectáculo por algo tan insignificante. Todo estaba aclarado en el instante que... —intentó explicar, pero tuvo que callarse cuando su agresor la interrumpió.

—¡Se merece un escarmiento! —vociferó Wang mirando a su alrededor, buscando a una persona que lo defendiera.

Philip lo soltó y, cuando el joven apoyó las plantas de los zapatos en el suelo, levantó su brazo derecho y le propinó una bofetada que le cruzó la cara.

—¿Cómo este? —bramó fuera de sí.

—¿Es que nadie los va a separar? —gritó desesperada Mary.

Al principio, el tumulto que los rodeaba se mantuvo en silencio, pero cuando lord Giesler asestó el bofetón, el ambiente se alteró y se empezaron a escuchar gritos alentadores. Nadie deseaba parar la confrontación masculina, pese a ser conscientes de que no había igualdad física entre ellos; mientras Wang era un muchacho alto pero bastante escuálido, el lord le superaba en altura y su cuerpo doblaba a su oponente en musculatura.

—¡Vamos! —lo instó Philip mientras se remangaba la camisa—. ¡Devuélveme el golpe! ¿A qué esperas, maldita rata? ¿Dónde está ahora la valentía que mostrabas al atacar a una mujer? ¡Muéstrala con un hombre!

—No voy a pelear con usted... —dijo Wang caminando hacia atrás—. ¡No por esa!

—¡No! —gritó de nuevo Mary al contemplar cómo Philip se acercaba Wang y comenzaba a golpearle sin clemencia.

Miró aterrorizada a su alrededor, buscando a alguien lo suficientemente grande y valiente para frenarlo. Pero nadie se atrevería a intervenir en una refriega en la que uno de los combatientes exhibía la imagen de un dios cabreado. Preferían convertirse en meros espectadores a salir heridos. Asumiendo que la única persona que podía finalizar la pelea era ella misma, saltó hacia delante y se agarró al cuello de lord Giesler.

—¡Déjelo! ¡Déjelo! —repitió una y otra vez.

Él no la escuchó. Su cuerpo parecía un péndulo. Se movía de derecha a izquierda al ritmo de los golpes. Abrió la boca, con la pretensión de morderle el cuello, pero luego se lo pensó mejor. ¿No le dijo su padre que si se apretaba con fuerza el cuello de una persona esta dejaba de respirar y podía perder la consciencia? Pues eso mismo haría. Evitando no caerse, extendió su brazo derecho sobre la garganta del lord y la apretó con la intensidad suficiente para que su agitada respiración se tornara algo más pausada.

Giesler, al sentir cómo le faltaba el aire, echó un paso hacia atrás, miró el rostro malherido del hombre y sonrió satisfecho al comprobar que el ojo derecho estaba tan hinchado que no podría ver con claridad en varias semanas. Su regocijo aumentó al observar dos hilos de sangre bajo su nariz. Luego, muy despacio, miró por encima del hombro para confirmar que los brazos que rodeaban su cuello pertenecían a Mary. ¿Quién si no tendría el valor suficiente de frenarlo de una manera tan poco usual?

Extendió los brazos hacia atrás y acogió con sus grandes manos los gustosos glúteos femeninos. La falta de oxígeno lo tenía tan obnubilado que no supo discernir si ella había gemido ante el contacto o lo había imaginado. En lo único que podía centrarse era en que Mary no se dañara al depositarla sobre el suelo. Mientras la gente alentaba el acto violento, el cuerpo de la

muchacha bajaba hacia el suelo rozando el suyo. En otro momento, se habría vuelto loco de deseo, pero este no lo era. Necesitaba confirmar que no estaba herida.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —le preguntó cuando se volvió hacia ella. Le acarició la mejilla izquierda y metió un mechón de ese cabello negro despeinado detrás de la oreja.

—¡Yo?! —espetó sin poder apartar sus ojos de los de él—. ¡Yo estoy perfectamente, es él quien no lo está! —añadió señalando con un dedo de su mano izquierda al hijo del médico.

—Ese imbécil me importa menos que un cascarón de huevo, Mary. Lo único que me interesa saber es si tú estás bien o tengo que seguir golpeándole hasta que no recuerde cómo se llama —aseveró sin dejar de mirar aquel rostro enrojecido por la ira y la vergüenza.

El escándalo que ofrecieron aquellos que alentaron la pelea desapareció para dar paso a un extraño silencio.

—¡Apártense! —ordenó un hombre después de soplar varias veces con su silbato—. ¡Apártense de nuestro camino!

Philip se giró hacia aquellos que tranquilizaron a la muchedumbre, escondió a Mary detrás de su cuerpo y miró hacia el lugar de la calle por el que llegaron dos agentes. Estos, al reconocerlo, se acercaron a él y se llevaron la mano derecha al sombrero que cubría sus cabezas.

—Giesler... —se refirió uno de los policías a él por el apellido debido a la amistad que mantuvieron durante varios años.

—Thomas...

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó después de darle un fuerte apretón de manos.

—Este estúpido ha querido pegar a una mujer —masculló Philip, dirigiéndose a Wang con una mirada de reproche y odio.

—¿A cuál de ellas? —quiso saber el otro compañero al tiempo que observaba los rostros de todas las mujeres que permanecían frente al puesto de café.

—A ella... —declaró Philip haciéndose a un lado para que sus dos antiguos compañeros de Scotland Yard descubrieran a quien se refería.

—¡Por Dios, señorita Moore! ¿Es usted de nuevo? —preguntó Thomas atónito—. Pero ¿por qué ha agredido de nuevo al señor Wang? ¿Qué ha utilizado esta vez, ese bolso? —añadió divertido.

—No, señor. Esta vez solo le he rociado un vaso de café humeante —comentó Mary alzando el mentón de manera altiva—. Pero en mi defensa alegaré que yo no he tenido la culpa de este percance. Él se acercó y me insultó.

—¿Qué le ha dicho esta vez para enojarla, señor Wang? —perseveró el otro agente con voz cansada mientras lo ayudaba a levantarse.

—Gorda y ramera —intervino la dependienta—. Así la llamó delante de mis clientes.

—¡Maldito bastardo! —tronó Philip dando un paso hacia él, pero no pudo acercarse todo lo que deseó porque Thomas actuó con rapidez y se colocó entre los dos.

—Muchas gracias por la ayuda —masculló con sarcasmo Mary a la dependienta.

—De nada, señorita. Las mujeres debemos apoyarnos ante este tipo de monstruos —dijo la joven sin reparar en el tono acusatorio de su voz.

—¿Y bien? —espetó Thomas a Wang—. ¿Tiene algo que decir?

Wang, quien ya sujetaba en un brazo las prendas sucias, se retiró la sangre que desprendía su nariz con la manga izquierda de la camisa, miró a su agresor, luego a Mary, después a la gente que se aglomeró a su alrededor y terminó fijando los ojos en el agente que insistía en averiguar lo ocurrido. Al deducir que existía cierta camaradería entre lord Giesler y los policías, por la forma en la que se saludaron, determinó que la mejor manera de zanjar el asunto era hablar con cierta

elocuencia, pero sin olvidar su propósito: humillar a la sabelotodo Moore.

—Solo ha sido un desafortunado incidente que se ha malinterpretado con demasiada presteza —empezó a decir al tiempo que sacudía el polvo de la ropa—. He de confesarles que, desde que me he convertido en un médico titulado, me he obsesionado en encontrar un local apropiado para atender a mis pacientes. —Sonrió tanto que todo el mundo admiró su blanca dentadura manchada de sangre—. Por ese motivo caminaba distraído. Estaba concentrado en ese edificio de ahí cuando me topé con la señorita Moore. Ella, que había comprado un vaso de café, tampoco advirtió mi presencia y cuando se volvió, vertió sin querer ese líquido caliente sobre mis ropas. Como no deseaba abrasarme, pues las heridas de una quemadura son terriblemente dolorosas, me quité las prendas manchadas. En ese momento, todos los presentes comenzaron a gritar, tal vez pensaron que iba a castigarla por un acto que, sin duda, ninguno pudo prever. Justo cuando la señorita Moore y yo íbamos a disculparnos, apareció lord Giesler preguntando qué estaba ocurriendo. Cuando me giré para responderle, he dado un traspie con un adoquín y he caído de bruces sobre la calzada. De ahí que tenga el rostro hinchado y la nariz partida y sangrante —comentó sin borrar una repugnante sonrisa de su boca.

—Entonces... ¿no hay caso? ¿No pondrá una denuncia? —insistió Thomas, quien aceptó la narración sin discrepar porque libraría de este modo a su amigo de permanecer en prisión unas horas.

—¿Hacia quién? —preguntó Wang antes de soltar una carcajada, la cual cesó con rapidez al sentir un ligero dolor en la mandíbula—. ¡No hay denuncia posible, agente! Salvo que quiera llevar ante un juez la felicidad que sobrellevo desde que he conseguido licenciarme en medicina —respondió Wang mirando de reojo a Mary, quien lo observaba con los ojos inyectados en sangre.

—En ese caso... —manifestó el otro guardia—, no tenemos nada que hacer aquí, ¿verdad?

—Si aún luciera el uniforme —manifestó Philip a Thomas—, lo escoltaría hasta su hogar. El estado de felicidad que dice vivir puede provocarle otro desafortunado incidente y seguro que no le gustará al futuro doctor —repuso con retintín—, que su cabeza sufra un golpe tan fuerte que olvide todo lo que ha conseguido hasta el momento.

Mary suspiró sorprendida al descubrir que lord Giesler también había entendido las envenenadas palabras de Wang. Asombrada, lo miró con admiración durante unos instantes y un sentimiento extraño brotó desde lo más profundo de su ser. A continuación, percibió un revoloteo en su estómago y concluyó, estupefacta y a punto de desmayarse, que era la primera vez que se enorgullecía de conocer a un hombre que no fuera su padre. No solo adoró aquel acto brutal y primitivo de protección, pensamiento que meditaría en cuanto llegara a su casa, sino que la encandiló averiguar que, bajo aquella larga mata de cabellos dorados, había una mente lúcida y sensata.

—Gracias por su preocupación —apuntó Wang reticente—. Es cierto que un médico no puede tentar dos veces a la suerte... si quiere seguir siéndolo, por supuesto. —Sonrió de nuevo—. Señorita Moore... —se dirigió a ella con una leve reverencia y sin eliminar la sonrisa—, siento mucho haberla asustado y espero que este pequeño altercado no le impida acudir el próximo viernes a la asamblea.

—¡Claro que asistiré! —replicó Mary furiosa—. Como bien ha expuesto, soy inocente y ha sido su torpeza, condición que deberá estudiar si desea convertirse en un buen médico, la causante de este alboroto.

—¿Giesler? —le preguntó Thomas para confirmar que él también daba por concluido el altercado.

—Sin problemas. En cuanto os lo llevéis, acompañaré a la señorita Moore a su hogar —declaró acercándose de nuevo a Mary.

—Dado que este asunto está aclarado y zanjado, les deseo un buen día a ambos —concluyó Thomas mientras apretaba de nuevo la mano de su amigo y se despedía de Mary con un ligero movimiento de cabeza. Después, se situó al lado de Wang y, bajo la atenta mirada de la silenciosa muchedumbre, lo escoltó por la calle junto con su compañero.

Capítulo XVII

Una vez que los tres se alejaron, Philip se volvió hacia Mary y la contempló sin decir nada. Lentamente, sus ojos la inspeccionaron para confirmar que no había sufrido ningún daño físico. Estaba ilesa. Para fortuna de aquel insensato, llegó antes de que pudiera tocarla. Sin embargo, por la expresión de su rostro, supo que el dolor de Mary no era físico sino emocional. Permanecía inmóvil, con la mirada perdida, y agarraba con fuerza el pequeño retículo, que no soltó durante la trifulca. Los mechones escapados de su peinado colgaban a ambos lados de la cara y su cuerpo seguía rígido. Quien no la conociera pensaría que estaba tan habituada a sufrir aquel tipo de situaciones que se mantenía impasible. Pero él sabía que no era así. Sus mejillas aún tenían el color de la sangre y sus ojos brillaban por el odio. Aquel energúmeno la había humillado delante de todos. Quizá ninguno de los presentes entendió el doble sentido de sus palabras, pero él sí lo hizo y quiso matarlo por ello.

—Mary... —dijo para que despertara del posible *shock*.

—¿Le ha hecho daño? ¿Le duele la herida? —preguntó ella después de parpadear varias veces.

—No hablemos de mí. Ahora mismo me interesa saber si te encuentras con fuerzas para regresar a tu casa.

Su voz tembló y deseó abrazarla, luego quiso acariciar aquel rostro enardecido con una mano, pero se obligó a no hacer ni lo uno ni lo otro. No deseaba iniciar otra guerra, sino apaciguar la anterior.

Mientras esperaba una respuesta, se apartó de ella, se inclinó hacia el suelo y recogió sus ropas. Cuando las tuvo en su poder, palpó el bolsillo interior de su chaqueta y suspiró aliviado al comprobar que el arma seguía dentro.

—¿La habría utilizado? —espetó Mary mirándolo fijamente. Al observar cómo lord Giesler enarcaba una ceja sin comprender a qué se refería, añadió—: La he visto. Tropecé con ella...

—¿Y no le disparaste? —preguntó al tiempo que se ponía la chaqueta—. Me decepcionas, Mary Moore Arany. Pensé que eras la mujer más coherente de esta ciudad —dijo con tono burlón.

—Eso no habría sido un acto coherente sino demente. Y si hubiese procedido de ese modo, habría consolidado la opinión que todos tienen de mí... —murmuró, agachando el rostro avergonzada.

—Pues yo lo habría hecho si Thomas y Johnson no hubieran llegado. Ese imbécil se merecía un tiro en la frente —declaró con vehemencia y odiando aún más a Wang por hacerla sentir una paria.

—¿Lord Giesler! —exclamó mientras levantaba la cabeza de nuevo. Luego miró por encima de sus hombros para comprobar si aquellas palabras habían sido escuchadas por otras personas.

—Mary, te he preguntado si tienes fuerzas para caminar hasta tu hogar —repitió después de ponerse el abrigo.

Quería responder, dejarle claro que nada ni nadie la hundiría tanto como para no poder seguir con su vida, pero no pudo. Empezó a sentirse mareada... Su mente comenzó a revivir lo que había ocurrido: los insultos de Wang, la aparición de lord Giesler, los gritos de la gente animando la pelea, ella agarrando el cuello de su inesperado salvador... ¿Qué habría sucedido si le hubiese

disparado? Más gente... Más ruido...

Sus palpitaciones se aceleraron. Wang ya se había convertido en médico y ella jamás lo conseguiría. Le faltaba el aire... Tenía ganas de vomitar. Olor a café... Un humo frente a sus ojos... ¿Una neblina? No, no lo era. Eran sus lágrimas las que le impedían ver. Estaba entrando en pánico y debía pararlo. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia Philip, desesperada, muerta de dolor y de rabia.

—Está muy sucio, milord —dijo cuando se colocó frente a él. Extendió sus manos enguantadas y comenzó a sacudirle el gabán—. Shira dice que la ropa oscura no esconde las manchas blancas y tiene razón. ¡Mírese! Un hombre como usted no debería mostrar una apariencia tan desaliñada.

Lo que comenzaron siendo unas ligeras palmadas terminaron convirtiéndose en fuertes impactos de unos pequeños puños.

—Mary, ¡por Dios! ¿Qué haces? ¡Para! ¡Detente de una vez! —pidió al verla actuar de esa forma tan extraña. Tras deducir que aquel comportamiento no cesaría, la agarró por las muñecas y levantó sus manos hasta apoyarlas sobre su pecho. Cuando ambas miradas se cruzaron, descubrió, irritado, que sus ojos estaban bañados en lágrimas y que luchaba por retenerlas. Comprendiendo qué le sucedía, le soltó una mano y tiró con la otra de ella—. ¡Vamos! ¡Salgamos de aquí! —añadió antes de dirigirla hacia el primer lugar seguro que encontrase y en el que ella pudiera desahogarse con total libertad.

En otras ocasiones, le había enorgullecido la sumisión de sus amantes cuando las había agarrado de la mano para mantener cierta intimidad, pero ahora no sentía satisfacción sino odio. Odio hacia el hombre cuya muerte solo podría calmar la ira que despertó en él. Miró de reojo a Mary y maldijo en voz baja esa actitud tan débil que mostraba. Le urgía ver a la mujer que le lanzó los rulos, a esa que, pese a todas las adversidades, lo operó y le salvó la vida. Quería escuchar sus gritos e incluso que le regañara por llevarla en público de aquella forma tan inapropiada. Sin embargo, su Mary no estaba allí, a su lado, sino atrapada en una vorágine emocional.

Cuando llegó al final de la calle, miró desesperado hacia el lugar donde su empleado estacionó el carruaje, pero no lo encontró. ¿Qué le había dicho a Thenders? ¿Que le esperase diez minutos antes de regresar a la residencia? No sabía cuánto tiempo había transcurrido, para él solo habían pasado unos segundos...

Agarró con más fuerza la mano de Mary y avanzó hacia delante. Sus ojos no cesaban de mirar a un lado y a otro de la calle, buscando un carruaje de alquiler. Necesitaba hacerla despertar, sacarla de ese profundo abismo en el que se había sumergido. Si no lo hacía, podía perderla para siempre...

—¡Milord! ¡Lord Giesler! ¡Estoy aquí! —gritó Thenders azuzando los caballos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Philip agradecido.

—Lo siento, señor —se excusó el lacayo. Cuando frenó a los animales, estos relincharon como protesta. Tiró las riendas hacia el lado derecho, saltó al suelo, abrió la puerta y extendió la escalerilla de metal—. He regresado en cuanto escuché que un hombre defendía el honor de una de las hijas del señor Moore —explicó—. ¿Qué ha sucedido, milord? ¿Por qué la señorita Moore tiene la mirada perdida?

—Vamos, Mary, levanta un pie. Necesito que subas al carruaje —dijo Philip mientras la sujetaba del brazo izquierdo con mucha ternura y sin atender a las preguntas del empleado—. Te llevaré a casa.

Se había convertido en una muñeca, en un objeto inerte. Su conmoción era tal que ni siquiera le escuchaba. Philip miró a Thenders cuando Mary se quedó inmóvil frente a la escalera y este

asintió, entendiendo sin necesidad de palabras qué deseaba. Se acercó a ella por la derecha, le agarró el brazo y ambos la metieron en el interior del carruaje.

—¿Dónde quiere ir, milord? —preguntó una vez que su amo ayudó a la mujer a tomar asiento.

—A la residencia Moore —respondió antes de sentarse frente a ella y tomarle ambas manos.

—Cuide de ella, milord. La señorita Moore tiene un carácter muy fuerte, pero es la mujer más inteligente que he conocido en mi vida —manifestó con cariño Thenders después de recoger la escalerilla.

Cerró la puerta, subió con agilidad a su asiento, cogió las riendas y azuzó los caballos.

Cuando el carruaje emprendió la marcha, Philip se levantó de su asiento y se colocó junto a Mary. Le echó un brazo sobre los hombros y la atrajo hacia él.

—Mary... —dijo justo después de besarle el cabello despeinado—, debes reaccionar. Tú sabes, mejor que nadie, que no puedes guardar esa rabia en el interior porque te hará mucho daño. Necesitas liberarte de esa conmoción. Por favor, te suplico que dejes salir a esa mujer que se enfrenta al mundo con valentía. —Se reclinó hacia atrás mientras le acariciaba el brazo derecho—. Observa dónde te encuentras, pequeña. Estás conmigo, a mi lado, y te prometo que todo lo que suceda aquí se mantendrá en secreto. No es de personas débiles llorar. Yo lo he hecho muchas veces cuando mi madre murió. Mi odio hacia ella fue tan grande que tardé mucho tiempo en recuperarme, y lo hice llorando sobre su tumba mientras le reprochaba su falta de amor. Ahora, cuando he conocido a una mujer por quien estoy dispuesto a dar mi vida, la he comprendido... Todo tiene un porqué, una razón para que suceda... Por favor, pequeña, llora, grita, haz lo que desees. Si quieres dirigir tu ira hacia alguien, aquí estoy. Pégame cuanto quieras, pero despierta de ese trance de una vez.

Su rostro descansaba sobre el gabán negro y sucio del lord. Sus ojos dejaron de mirar hacia la ventana para dirigirlos hacia el pecho del hombre que la abrazaba. Este subía y bajaba, agitado. Intentaba calmarla cuando él no era capaz de hacerlo. Despacio, levantó el rostro y, tras observar la expresión de su cara, movió el brazo que él no dejaba de acariciar para colocarlo sobre el fuerte torso masculino.

Allí, sintiendo su calor, escuchando sus palabras de consuelo y cariño, dejó que el llanto que había retenido se liberara de una vez por todas.

—Así, muy bien. Lo estás haciendo muy bien, Mary —la animó Philip al oírla llorar. Sus brazos seguían agarrándola, cuidándola. Quería mostrarle que no estaba sola, que podía contar con él cuándo y para lo que fuera—. Eres tan valiente, tan especial... —añadió después de besar de nuevo aquella cabeza enmarañada que se apoyaba bajo su barbilla—. No te rindas nunca, pequeña. Por mucho que digan, por mucho que escuches, tú serás lo que quieras ser...

—No... —sollozó Mary—. ¡No soy nada! ¡Jamás lo seré!

—Cariño... —Le frotó la espalda para consolarla—. Serás todo aquello que desees. Atesoras la fuerza y la entereza suficientes para luchar contra hombres insignificantes como Wang. Además, recuerda que posees algo que los demás nunca conseguirán... a mí —declaró solemne—. No permitiré que te hagan más daño y quien lo intente dejará de respirar. ¡Lo juro! —clamó al sentir en su piel la humedad y el calor de las lágrimas.

Mary siguió llorando y sonándose la nariz mientras percibía cómo toda la presión que había guardado, toda la indignación que había vivido, desaparecía lentamente. No era prudente creerle. Ella sabía que, en estados de rabia, la gente prometía cosas que después no podían cumplir. Sin embargo, algo en su interior le indicaba que las afirmaciones de lord Giesler no caerían en saco roto. Llevaría a término su promesa, aunque le costara la vida.

—¡Médico! ¡Se ha convertido en un maldito médico! —exclamó transcurridos varios minutos

en los que no pudo consolar su llanto.

—Te garantizo que en esta ciudad no atenderá ni a un solo paciente. Si lo intenta, sufrirá graves consecuencias —aseveró Philip mientras le ofrecía un pañuelo.

—¿Por qué la vida es tan injusta, lord Giesler? —preguntó Mary separándose un poco de él. Cogió el pañuelo y se sonó la nariz—. Él es un médico titulado sin vocación. En cambio, yo, que nací con el don, ¿no puedo conseguirlo! —Y rota de dolor volvió a llorar—. ¡Es injusto! ¡Es injusto! —exclamó en mitad de ese fuerte lloriqueo.

Philip, consternado por el sufrimiento de Mary, extendió las manos hacia ella para consolarla. Al aceptarlo, la apretó tan fuerte que creyó partirla en dos. Tenía razón. La sociedad masculina no era capaz de asumir la igualdad, pero él no pensaba así. Su hermana le mostró que las mujeres eran tan fuertes como los hombres. Cuando él se arrodilló, Valeria le tendió una mano para que se levantara y continuara luchando. Y eso mismo iba a hacer con Mary.

—Mary... —susurró mientras apartaba lentamente sus manos de ella—, soy una prueba viviente de ese don que tienes. Sin ti, no estaría aquí.

—Eso... Eso no importa... —hipó al tiempo que levantaba el rostro.

—Eso sí importa, pequeña. Gracias a lo que hiciste, estoy vivo —añadió acunando su rostro entre las manos y apartando con los pulgares sus lágrimas—. Dime qué debo hacer para ayudarte y te juro por mi honor que lo haré.

—¿Puede retroceder en el tiempo y convertirme en un hombre? —sollozó—. Porque es la única forma posible de conseguir lo que deseo.

Philip sonrió levemente. Se acercó muy despacio, la abrazó y le dio un beso en la frente.

—No quiero un hombre, quiero ver a mi Mary. A esa mujer que es capaz de luchar contra el mundo por alcanzar su sueño —confesó.

Mary se quedó sin respiración. No por la presión que ejercían aquellos fuertes y robustos brazos en ella, sino por la declaración de lord Giesler. «Mi Mary». ¿Desde cuándo había asumido esa postura? ¿Por qué no le resultó desagradable? Ella nunca anheló esas palabras, mucho menos de un hombre. Entonces, ¿qué le hacía mantenerse en silencio y aceptarlo sin gritar?

«Vas a casarte con el hombre que has visto esta noche en tus sueños —escuchó las palabras de Madeleine como si estuviera a su lado repitiéndoselas—. Él te dará aquello que jamás obtendrás por ti misma. Por muy irreal que te parezca, a su lado serás feliz. Tendrás descendencia y te convertirás en una madre tan protectora como la nuestra. ¡Tu sangre Arany brotará de una vez por todas!».

Aterrada por ese recuerdo, se apartó con rapidez de lord Giesler. ¿Qué estaba haciendo? ¿No era consciente de que sus actos la llevaban hacia la premonición de su hermana? Sin embargo, esa distancia que se obligó a tener no la reconfortó. Al contrario, se sintió tan desgraciada que agachó el rostro y se lo frotó con las manos. Era una locura. Todas esas emociones la estaban volviendo loca. Necesitaba salir de allí. Le urgía apartarse de él antes de que esos sentimientos crecieran. Justo cuando decidió separar sus labios y pedirle que la dejara bajar, su mano izquierda notó la presión de una palma fuerte y cálida. Mary fijó los ojos en esa unión y dejó que la caricia de aquel pulgar la reconfortara. Se había perdido. Lord Giesler la embaucaba a continuar hacia un mundo que nunca había imaginado tener, pero en el que, por alguna extraña razón, se sentía tranquila.

—Mary... —comenzó a decir mientras se volvía hacia ella. Se extrañó al advertir su brusco cambio de actitud. Por la expresión de sus ojos, su Mary, la valiente y enérgica mujer, había despertado, tal como deseó. Solo esperaba que, al razonar sobre la situación que ambos vivían, no pretendiera escapar con el carruaje en marcha. Con una gran agilidad mental, buscó la manera de apartarla de los pensamientos que la mantenían abstraída—. ¿Puedes explicarme el motivo por el

que ese insensato ha intentado abofetearme? Me gustaría saber qué frase ha de escuchar antes de morir.

—No tiene por qué morir —dijo Mary, moviéndose incómoda en el asiento, pero sin retirar su mano de la de él—. No interceda más, milord.

—Philip —pidió mientras le cogía la otra. Se acercó ambas manos a los labios y se las besó con ternura—. Llámame Philip. Creo que merezco ese honor después de haber puesto mi vida en peligro —añadió con un ligero tono burlón.

—Usted no ha estado en peligro... —adujo apartando la mirada del hombre para fijarla en las partes de su cuerpo que seguían unidas a él—. Wang no le ha tocado en ningún momento.

—Él no —comentó con socarronería—. Sin embargo, he sentido cómo un brazo intentaba asfixiarme. ¿Eso no lo consideras peligroso? Porque yo he estado a punto de desmayarme por la falta de oxígeno —prosiguió jocoso—. ¿Quién te lo enseñó? ¿Lo has utilizado en otras ocasiones?

—Mi padre y no, no lo he utilizado hasta ahora. —Sus ojos se volvieron de nuevo hacia los de él y, pese a nombrarlo como inaudito, la repentina calidez que emergió desde sus entrañas la relajó—. La última vez que el señor Wang y yo nos encontramos fuera de la asamblea, utilicé la técnica del paraguas.

—¿La técnica del paraguas? —preguntó, dibujando una enorme sonrisa en su rostro—. ¿En qué consiste?

—Le pegué en su carruaje con dicho objeto mientras él pedía socorro desde el interior —respondió.

Philip soltó una grandiosa carcajada, se reclinó en su asiento y tiró de Mary para que se colocara de nuevo sobre su pecho. Una vez que sintió el ligero peso de su rostro, liberó una mano para ponerla de nuevo sobre sus hombros.

—¿Por eso te preguntó Thomas si habías utilizado esta vez el bolso? —quiso saber sin dejar de reír. Ella asintió y continuó riéndose—. Eres una mujer valiente y peligrosa, Mary Moore Arany.

—Milord, no debería alentar mi inadecuado comportamiento —respondió contemplando, atónita, el orgullo que exhibía su cara—. Mi madre se disgustaría si lo escuchara.

Philip torció el gesto. Estaba deseando averiguar el motivo por el que esa madre había cometido una imprudencia semejante y no reparó en la protección de una de sus hijas.

—¿Milord? —preguntó Mary al apreciar el cambio de emoción en su semblante.

—Philip —repitió.

—No sería adecuado que lo tratara con tanta familiaridad —dispuso mientras se apartaba de él una distancia lo suficientemente aconsejable.

—¿Por qué tu madre te permitió salir sin protección? —Cambió de tema ignorando el hecho de que Mary siguiera reticente a llamarlo por su nombre—. ¿No sopesó los problemas que podrías tener?

—¡No la culpe a ella! —exclamó horrorizada—. Mi madre no sabía qué decidiría después del encargo —insistió.

—Y, ¿en qué consistía dicho encargo? Sería muy urgente para permitir un descuido semejante —perseveró al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Me envió a recoger unos vestidos. Como bien sabe, mi hermana mayor se casa con el vizconde de Devon el sábado y toda la familia está loca por finalizar los últimos preparativos.

—¿Y? —insistió enarcando ambas cejas.

—Y como nadie podía acompañarme, fui sola. Pero ella no pensó que, después de

recogerlos, me dispondría a dar un paseo.

—Sola... —dijo apretando la mandíbula.

—Tenía que hacerlo, milord. Le juro que mi hogar es un panal de abejas. Todas andan de un lado para otro agitadas y no he tenido ni un solo momento de tranquilidad. Además, después de comprobar el color del vestido que ha elegido esa petulante modista para mí, debía calmarme o, de lo contrario, le habría roto el cristal del escaparate.

—¿Qué color? —preguntó, volviéndose hacia ella.

—¿El del vestido? —Philip asintió—. Verde esmeralda —respondió frunciendo el ceño.

—Entonces, ¿el responsable de todo este embrollo ha sido el color de ese vestido?

—Sí, milord —afirmó sin dudarle un solo segundo.

—Ya veo... —murmuró, llevándose la mano derecha hacia la barbilla para acariciarse la barba—. Aun así, creo que al señor Wang no le vendría mal una charla. Pienso que alguien debe enseñarle ciertos modales...

—¡No! —tronó Mary volviéndose hacia él—. ¡Se lo suplico, no le haga nada!

—¿Por qué, Mary? ¿Acaso sientes algo especial por él? —Después de soltar esa pregunta, los celos se apoderaron de la poca sensatez que tenía.

—¡Para nada! —exclamó ella sonriendo discretamente—. Lo único que puedo sentir por él es antipatía y odio. ¿No pensará que...? —Se llevó su mano derecha hacia la boca para no soltar una carcajada. Era la primera vez que un hombre mostraba hacia ella unos sentimientos tan absurdos como los celos. Odio... sí. Repugnancia, también. Pero ¿celos? ¡Nunca! Sin embargo, a pesar de haberlos catalogado en el pasado de aquella forma, notó cierto regocijo que no sabía de dónde procedía y ni por qué—. Su padre es el profesor Wang. ¿Ha oído hablar de él?

—No —respondió como un niño enfadado.

—Todo surgió cuando soñé con ser médico —comenzó a explicar acomodándose en el asiento y mirando hacia el frente—. El profesor Wang imparte clases desde muy joven y mi padre habló con él para que yo pudiera asistir como oyente.

—¿No tuviste una institutriz? —preguntó, relajando ese repentino y absurdo enojo.

—Sí, la tuve, pero se despidió cuando empecé a discrepar en sus explicaciones de matemáticas y ciencias. Le dije que debía leer libros más actuales, que los suyos los escribieron en la Edad Media —afirmó con soberbia.

—No me debería extrañar... —murmuró dibujando una pequeña sonrisa.

—¡Sus explicaciones eran arcaicas! —se defendió ante el sutil ataque—. ¡Era incapaz de asumir que habían transcurrido unos siglos y que existen nuevas investigaciones que anulan aquellas premisas! —añadió.

—Y, ante eso, se despidió —reflexionó en voz alta Philip.

—Hay gente que no es capaz de asumir la realidad —comentó sarcástica.

—Entiendo... —añadió sin poder borrar la sonrisa.

—Desde ese día mi padre me buscó un profesor más *apto* a mis conocimientos. —Inspiró hondo, relajándose cada vez más, pese a estar en el interior del carruaje con un hombre al que le había manchado la ropa de lágrimas—. El señor Wang se convirtió en mi mentor..., Philip —añadió su nombre mirándolo de reojo. Al observar su sonrisa de satisfacción, prosiguió—: No le importaba mi atuendo, sino la facilidad con la que aprendía. Mis días eran magníficos. Por la mañana, escuchaba las maravillosas teorías y por la tarde, después de tomar el almuerzo que Shira me preparaba, comprobaba la veracidad de esas explicaciones. Recuerdo que la primera vez que tuve un cerebro humano sobre mis manos, lloré de alegría mientras mis compañeros buscaban una papelera donde vomitar.

—¿Cuándo empezaste a visitar y a curar pacientes? —quiso saber.

—Demasiado pronto... —suspiró—. Mi padre jamás me ha prohibido nada y menos cuando le ofrezco una explicación lógica. Es un buen hombre...

—Y paciente —agregó con sarcasmo—. Todavía recuerdo una conversación que mantuve con Logan sobre la desesperación que mostró al pedirle que embarcara a tu hermana...

—¿Sabes por qué lo hizo? —le interrumpió, mirándolo fijamente a los ojos. Philip asintió—. Entonces, no deberías juzgarlo, sino comprenderlo. ¿Sabes que nos sucedería si alguien indagara sobre nuestros antepasados? Todo por lo que hemos luchado se destruiría si se conociera que somos hijas de una zíngara y que mi hermana mayor, supuestamente, ha padecido una maldición hasta que se comprometió con el vizconde —dijo con pesar.

—Mi madre era una gitana española y no menosprecio la sangre que corre por mis venas, Mary —comentó a modo de regañina.

—Yo tampoco. Estoy muy orgullosa de ello, pero te pido, por favor, que mi familia no lo descubra. No soportaría escuchar las reiteradas burlas de mis hermanas y toparme mil veces al día con la cara de felicidad que mostraría mi madre... —respondió sonriendo.

No supo por qué lo hizo ni con qué intención, pero se quedó mirándolo sin parpadear más tiempo del que debía. El titán de ojos azules y cabellos rubios la había hecho confesar algo que ni ella misma había reconocido en su interior. Estaba orgullosa de ser la hija de una zíngara, aunque no creía en maldiciones, ensoñaciones futuristas o embrujos, pero amaba a su madre más de lo que jamás podría expresar. Esa reflexión tan entrañable hizo que sus ojos se bañaran de nuevo en lágrimas.

—¿Por qué lloras? ¿Sigues encontrándote mal? —preguntó Philip cogiéndole de nuevo las manos.

—Aunque te parezca extraño —continuó tuteándole porque así quiso y deseó—, lo hago de felicidad y ha sido gracias a ti —añadió.

El cruce de miradas y el silencio tras su confesión la dejó temblando. Nunca se había sentido de ese modo. Estaba... ¡loca! Apartó sus ojos de los de él para posarlos, sin querer, en aquellos labios que besaron sus manos. El estupor que mostraron de repente sus mejillas se debió al recuerdo que surgió en su cabeza. Rememoró sin poder evitarlo los pocos momentos en los que ambas bocas se habían unido. Deseaba hacerlo de nuevo. Fuera una demencia o no, quería hacerlo. Se inclinó hacia delante y, justo cuando iba a cerrar los ojos, el carruaje cesó la marcha. Mary apartó rápidamente las manos del hombre, se arregló la falda del vestido y se colocó varios mechones detrás de las orejas.

—¿Señorita Moore! ¿Cómo se encuentra? —preguntó Thenders tras abrir la puerta.

—Mucho mejor, gracias —dijo antes de mirar a lord Philip, quien no era capaz de apartar sus bonitos ojos azules de ella.

—Permítame que la ayude —comentó el cochero después de extender las escaleras. Le ofreció la mano y la agarró con fuerza hasta que ella posó ambos pies en el suelo.

—¿Ha dejado de fumar? —preguntó Mary después de inspirar con descaro la ropa del empleado.

—Sí, señorita Moore. Usted me dijo que no era bueno para mi salud y seguí su consejo —comentó satisfecho.

—Muy bien... —respondió colocando su bolsito en la flexura del codo derecho. El carruaje se movió y se giró hacia la puerta; se quedó con la boca abierta al ver que lord Giesler tenía la intención de salir—. ¡No! —exclamó—. ¡No salgas! Mi familia se preocupará al verte acompañarme y, como siempre, me culparán de todo.

—Eso no sucederá si les explico qué ha sucedido —comentó Philip apoyando ambas manos en los marcos metálicos.

—Por favor, Philip. No lo hagas... —pidió suplicante sin reparar en la sonrisa que Thenders mostró cuando la escuchó dirigirse de esa forma tan familiar a su señor.

Giesler estuvo a punto de negarse, pero lo pensó mejor. Hasta ahora, nadie respetaba las opiniones de Mary, sus deseos o sus determinaciones. Él era diferente y quería demostrárselo no solo con palabras, sino también con hechos.

—Está bien —claudicó volviendo a su asiento—. Pero prométeme que, si quieren castigarte de nuevo, me enviarás a uno de tus sirvientes para hacérmelo saber.

—Prometido —dijo dibujando una enorme sonrisa.

—Hasta el sábado, Mary.

—Hasta el sábado, Philip —expresó antes de volverse hacia la entrada de su hogar y caminar a pasitos.

—Milord, ¿dónde desea ir? —preguntó Thenders una vez que Mary pisó el último peldaño que la llevaba hasta la puerta principal de su hogar.

—A la Universidad de Cambridge. Necesito hablar urgentemente con el profesor Wang —contestó sin apartar los ojos de ella.

—Ahora mismo, señor —manifestó antes de guardar las escalerillas y cerrar la puerta.

Capítulo XVIII

Antes de llamar a la puerta, Mary se giró despacio para contemplar cómo el carruaje de Philip se alejaba. Una vez que se perdió de vista, suspiró hondo debido a la tristeza que la embargó. Se había marchado y, en vez de sentirse feliz, lo normal en ella, sintió en su lugar una severa molestia en el abdomen, como si le hubieran extirpado el bazo sin anestesia. Se volvió hacia la puerta, la miró e inspiró profundamente. No entendía el motivo por el que se sentía de esa forma. Ni su vanagloriosa lógica le daba una respuesta coherente. Tal vez había llegado el momento de buscarla en otra parte de su cerebro, una que apenas utilizaba: el sistema límbico, el mismo que se encargaba de producir las emociones. Debía armarse de valor y ser sincera consigo misma. Aunque se negara a aceptarlo, era evidente que él despertaba en ella una rara e inexplicable agitación, una que lo habría animado a que golpeará un poco más a Wang, si no hubiese pensado que lo mataría. Sí, aunque ese comportamiento había sido inapropiado, troglodita e irracional, ella no podía juzgarlo con la racionalidad que hasta ahora había utilizado, porque la hizo sentir, por primera vez en su vida, especial y única.

¿A eso se refería su madre cuando habló sobre el instinto protector que generaba el amor? En su caso no lo era. Entre ellos no había amor sino cariño. Lord Giesler se encariñó con ella por haberle salvado la vida y, como caballero que era, asumió que estaba en deuda. Ahora, después de saldarla, no había obligación moral entre ellos. Lo único que encontraría el sábado, día en el que se volverían a ver, sería una fría camaradería.

Las primeras gotas de lluvia tocaron su rostro. Lo alzó, cerró los ojos e intentó apaciguar su mente, pues debía prepararse para lo que ocurriría cuando su madre le pidiera explicaciones sobre lo acontecido en el mercado. No logró calma sino inquietud al recordar algunas imágenes de la trifulca y, pese a que no era adecuado, sonrió. Le resultó muy divertido recordar cómo aquella sabandija intentó huir y cómo fue incapaz de reaccionar ante los golpes del lord. Si no le resultó suficiente razón para alejarse de ella cuando lo atizó con su paraguas, esperaba que la actuación de lord Giesler fuera el motivo final para evitarla en un futuro.

Gorda y ramera... dos adjetivos tan simples y dañinos como la mente que escondía Wang en el interior de su cabeza. ¿Cómo pudo convertirse en médico licenciado un imbécil semejante? ¿Cómo había sido capaz de superar los exámenes? Cuando ella asistía como alumna oyente, este se reclinaba en el asiento, se cruzaba de brazos y se quedaba dormido, debido al cansancio del trasnoche. Quizás ser el hijo del profesor y médico tan importante, además de haber nacido hombre, lo ayudaron a lograrlo.

Odiando de nuevo al mundo y a las injusticias sociales, levantó el puño derecho y golpeó la puerta varias veces, pues nadie la escuchó a la primera. Cuando Shira le abrió, lo que discurría su mente se borró con rapidez al contemplar la escena que se vivía frente a la habitación preferida de su madre; esta gritaba, Josephine replicaba en voz alta y Madeleine intentaba calmar la discusión. Si la acalorada disputa familiar la hizo dudar sobre permanecer fuera, ignorando que la lluvia cada vez era más intensa, los chillidos de Anne, provenientes de la planta superior, la dejaron atónita.

—Señorita Moore, ha llegado en el mejor momento del día —dijo Shira con sarcasmo.

—¿Tú crees? —respondió enarcando la ceja derecha. Muy despacio, se quitó el abrigo y

junto con el bolso y los guantes se los ofreció a Shira—. ¿Qué ha ocurrido esta vez? —preguntó al dar varios pasos hacia el interior.

Al oír cómo la puerta se cerraba tras ella, se encogió de hombros.

—Su madre discute con la joven Josephine porque, para sorpresa y felicidad de todos, un joven llamado lord Cooper le ha enviado un regalo —comenzó a explicar la sirvienta.

—¿Otro caballo? —ironizó volviéndose hacia ella.

—No —contestó mientras colocaba el abrigo y el bolso en el guardarropa de la entrada—. Era un ramillete con dos hermosas rosas blancas —añadió después de meter los guantes en el cajón del aparador—. Tan blancas como su cabello —matizó.

—¿Y? —perseveró intrigada, pues no entendía por qué unas flores podían crear un altercado semejante.

—Y la señorita Josephine, después de leer la nota que acompañaba el presente, la hizo mil pedazos y se la ofreció al caballo como alimento.

—¿El ramillete también?

—¡Oh, sí! —respondió Shira poniendo los ojos en blanco—. Aunque su madre corrió detrás de ella para que no lo hiciera. Ese animal ha disfrutado de un almuerzo bastante peculiar.

—Papel y flores... —murmuró Mary dibujando una pequeña sonrisa. Luego, al apreciar que los gritos de Anne no cesaban, fijó su mirada en el piso superior y preguntó—: ¿Y Anne? ¿Por qué chilla de esa forma?

—Todo comenzó cuando la señora sacó el vestido dorado de seda que su hermana guarda en el armario. Su madre ha decidido que, como no ha abandonado su habitación para que la modista le confeccione uno nuevo, debe ponérselo con un chal clarito para la boda.

Mary se volvió horrorizada hacia Shira. Eli solo se había puesto una vez la prenda a la que hacía referencia, en la presentación social de la hija del baronet de Drummes, pero después del escándalo, porque todos los invitados hablaron sobre el atrevido vestido de la segunda hija de los Moore en vez de centrarse en la protagonista de la fiesta, su madre lo escondió en el fondo del guardarropa gritando que, cuando se le pasara el enfado, lo convertiría en paños para el polvo.

—¿Qué le contestó Eli? —preguntó, abriendo los ojos como platos y notando cómo los latidos de su corazón empezaban a acelerarse.

—Que no se lo pondría ni aunque dependiese su vida de ello —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Y? —perseveró Mary, volviéndose lentamente hacia las escaleras.

—La señorita Anne, al escucharla, se enfadó tanto que se metió en la habitación y no ha cesado de gritarle desde entonces. Como siga chillando de esa forma, se quedará sin voz para responder a las preguntas del párroco.

Mary alzó las faldas de su vestido con ambas manos y subió lo más rápido que pudo; pararía aquella locura antes de que causara una tragedia familiar. Elizabeth aún no estaba preparada para enfrentarse a la vida social ni para llevar los vestidos que le recordaban qué ocurrió aquella noche. Conteniendo el aliento, corrió por el pasillo y, una vez que se colocó frente a la puerta de la habitación de la tercera de las hermanas, abrió sin llamar.

—¡Para de una maldita vez! —gritó al entrar.

Cuando observó la escena, sintió tanta tristeza por Elizabeth que la fuerza que la impulsó a llegar hasta allí se disipó de golpe. Ella permanecía sentada sobre el colchón, escondiendo su rostro entre las rodillas, en camisón y con el pelo sin peinar, mientras Anne estaba en los pies de la cama, realizando mil aspavientos.

—No voy a parar, Mary. Elizabeth necesita un buen rapapolvo. No puede continuar con esta

actitud —aseveró Anne cruzándose de brazos.

—¡Te he dicho que la dejes en paz! —tronó acercándose a Anne. La empujó lo suficiente para separarla de Eli y sentarse a su lado. Le echó el brazo sobre los hombros y la abrazó—. ¡Tu felicidad te ciega, hermana! —le reprochó apretando la mandíbula. Le dio un tierno beso en la mejilla y le preguntó—: ¿Estás bien?

Eli negó con un leve movimiento de cabeza.

—¡Esto es increíble! —exclamó Anne fuera de sí. Agitó las manos, enfadada, y se acercó de nuevo a la cama—. ¿Estás de su parte? ¿Desde cuándo y por qué, Mary? ¡Ah! ¡Ya entiendo! —Levantó la palma derecha para que no le contestara y siguió—: Como la maldición ha desaparecido y eso te hará encontrar un esposo, te has aliado con ella —señaló con el dedo a Elizabeth airada—, para que no se cumpla, ¿me equivoco?

—Deberías callarte y permitir que tu parte sensata razone adecuadamente —refunfuñó Mary, mirándola como si quisiera descuartizarla—. Ahora mismo no piensas con coherencia —masculló.

—¿Coherencia? —vociferó—. ¿Desde cuándo no eres capaz de ver con claridad? ¡Elizabeth no asume que me case con un aristócrata y quiere arruinarme el mejor momento de mi vida! —clamó fuera de sí.

Cansada de escuchar sandeces, cabreada por la actuación de su hermana mayor y triste al notar cómo Elizabeth se encogía entre sus brazos, Mary saltó de la cama, caminó hasta Anne y, sin pensárselo dos veces, le propinó un bofetón semejante al que lord Giesler le dio a Wang.

—¡Mary! —gritó Elizabeth levantándose de la cama—. ¿Qué has hecho? ¡Seguro que le has dejado marcas en la cara! —Se llevó las manos a la boca horrorizada al pensar que Anne luciría en su boda un ojo morado.

—Alguien debía ponerla en su sitio —respondió sin arrepentimiento—. Y las marcas se suavizarán si se pone un paño de agua fría. —Apartó la mirada de Eli y luego la dirigió a Anne. Esta se había llevado las manos hacia la mejilla para apaciguar su dolor—. La única desgraciada que vive en esta casa eres tú —continuó hablándole enfadada—. Te has obsesionado tanto en tu idílico futuro que no observas lo que sucede. Te importa un bledo si estamos mal o regular, lo único que te interesa es despertarte, probarte ese estúpido vestido de novia y confirmar que todas hemos acatado las órdenes que dictaste antes de salir.

—Mary... —susurró Anne confusa por el golpe y por las palabras que captaban sus oídos—. Yo...

—¿Yo? ¡Eso es lo único que he oído de ti desde que llegaste! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —gritó al tiempo que comenzaba a deambular de un lado a otro moviendo las manos, descontrolada—. ¿Dónde está nuestra Anne? Porque yo no la encuentro desde que, supuestamente, desapareció la maldición.

—Mary... —intervino Elizabeth—, no seas cruel con ella. Es normal que se sienta feliz. No la tildes de egoísta. Sabes que siempre ha estado cuidando de nosotras...

—¡Debió protegerte! —tronó Mary.

—Pero... ¿qué he estado haciendo toda mi vida, Mary? ¡Protegeros! ¿Cuántas veces he evitado que te castiguen? ¿Y a ella? —La señaló con el dedo índice de la mano izquierda—. ¡Les he ocultado a nuestros padres un sinfín de comportamientos inapropiados para salvarla!

—Por favor... —susurró Eli al recordar todo aquello que hizo y que, según ella, eran las causantes de su desgracia.

—Ese hombre te ha cambiado... —declaró con fervor.

—Sí, no lo niego. Logan me ha cambiado porque desde que estamos enamorados he

descubierto qué es el verdadero amor, pero sigo siendo la misma hermana de siempre. Vosotras sois lo más importante para mí. Vuestra felicidad es la mía y vuestros sufrimientos... son míos por igual —aseveró con firmeza.

—¿Estás segura de que nuestras penas son tuyas? —espetó mordaz Mary.

—¡Sí! —respondió Anne con firmeza.

—Mary..., por favor —intervino Elizabeth. Sus brazos se extendieron flácidos hacia el suelo y sus ojos se llenaron de lágrimas—. No lo hagas... Es mejor que...

—Debe saberlo, Eli. No puede culparte de algo que no sientes. Además, lo que te sucedió fue por su culpa. Si te hubiera protegido, nada te habría pasado.

—¿Protegerla? ¿De qué? ¿Qué estáis ocultando? —exigió saber Anne, mirando primero a una y después a la otra.

—¿Elizabeth? —preguntó Mary mientras se acercaba a ella.

—¿Eli? —intervino Anne colocándose entre las dos. Al ver cómo su hermana ocultaba el rostro con las manos, la abrazó con fuerza—. Eli..., por favor, ¿qué te ocurre? Sabes que puedes contármelo todo.

—No... No... es... —hipó Eli—. No serías capaz de... No volverías a mirarme...

—¡Basta! —exclamó Mary airada—. ¡Díselo o lo haré yo!

—Vamos, Eli —la animó Anne conduciéndola hasta la cama. Una vez que la hizo sentar, le apartó el cabello del rostro y limpió con su mano derecha las lágrimas que había sobre este—. Soy tu hermana mayor y te prometo que te ayudaré en todo lo que necesites.

—Somos las hermanas Moore Arany —declaró solemne Mary al tiempo que se sentaba al otro lado de Eli. Le cogió la mano izquierda y la apretó entre las suyas—. Para lo bueno y para lo malo... —Miró a Anne con cariño al advertir cómo ella posaba también la suya sobre las de ellas.

—Para lo bueno y para lo malo... —repitió Anne.



Con las manos a la espalda, Philip caminó de nuevo por el largo pasillo embovedado. Los alumnos lo observaban de reojo y murmuraban al pasar por su lado. Miró su reloj de bolsillo y arrugó la frente al confirmar que habían transcurrido algo más de cuarenta minutos desde que solicitó ver al profesor. Esperaba que la explicación del secretario fuera cierta y que apareciera cuando finalizara la clase. En caso contrario, eliminaría la postura que debía adoptar como lord y regresaría la conducta de Philip Giesler, el antiguo agente temerario de Scotland Yard. Seguro que el decano, cuando escuchara rumorear que un hombre irrumpía en las aulas preguntando por el señor Wang, obligaría al profesor a salir de su madriguera.

Mientras observaba los escasos cuadros importantes colgados a su alrededor, meditó sobre la conversación que tendría con Wang una vez que lo recibiera. No le pareció correcto comenzar haciendo referencia a las ineptas e irrespetuosas cualidades de su hijo, ni tampoco explicar que le propinó algunos golpes en el rostro tras escuchar cómo se refirió a Mary. Lo mejor era, si finalmente podían conversar, preguntarle el motivo por el que se había obsesionado con ella. Su instinto policial, ese que desarrolló durante los años al lado de Borshon, le indicaba que había un trasfondo peliagudo que debía conocer y que solo así hallaría la manera de librarla de aquel hombre; no pretendía pasarse el resto de su vida caminando detrás de Mary para evitar cualquier

incidente con el papanatas de Wang. No le cabía ninguna duda de que terminaría utilizando la pistola, que aún seguía en su bolsillo, y que ese acto criminal lo alejaría del propósito que se había marcado.

De repente, irrumpiendo el sepulcral silencio, se escuchó el eco del impacto de unas tapas de zapatos masculinos sobre el mármol. Philip se giró hacia la persona que se dirigía directamente a él y le hizo una rápida y exhaustiva inspección visual: pelo canoso, aunque aún le quedaban algunos finos mechones rubios, nariz puntiaguda, muy adecuada para sujetar las grandes gafas que necesitaba, pómulos marcados, barba cuidada. Su altura correspondía a la estatura habitual en un varón y cubría su cuerpo con una larga bata blanca manchada de sangre.

—Supongo que es usted lord Giesler, ¿cierto? —dijo a modo de saludo mientras extendía la mano derecha hacia él.

—¿El señor Wang? —le respondió Philip aceptando el saludo cordial.

—El mismo —manifestó quitándose la bata—. Siento la espera, pero la semana pasada les prometí a mis alumnos que hoy, en clase de anatomía, tendrían el privilegio de observar cómo se extirpan los pulmones y los intestinos de un cuerpo humano y no podía defraudarles —agregó, colocando la sucia prenda sobre el antebrazo izquierdo. Si es tan amable de seguirme, lo conduciré hasta mi despacho.

—Como guste —convino Philip cediéndole el paso.

Durante unos instantes, solo se escuchó el sonido de los zapatos impactar contra el suelo. Lo miró de reojo, intentando descubrir qué pensaba, pero no llegó a ninguna conclusión. El rostro de Wang solo exhibía cortesía, como si aún no conociese la razón de su visita.

—Debido a la amabilidad que me muestra, ¿he de suponer que aún no sabe qué ha sucedido con su hijo? —Giesler rompió el silencio.

—Al contrario, lo he sabido incluso antes de que Peter acudiera a mí —explicó Wang girándose hacia la estrecha galería de su derecha, en la que se encontraban los despachos del profesorado—. Es uno de los grandes inconvenientes que posee la popularidad, lord Giesler. Por muy grande que sea la ciudad en la que se vive, todo el mundo te conoce —agregó sin mirarlo.

—No me cabe la menor duda —alegó Philip con cierto halo de reproche.

—Quiero dejar claro que no le juzgo —apuntó parándose frente a una sólida y negra puerta—. Si estuviera en su situación, habría actuado tal como procedió.

—¿Mi situación? —espetó enarcando las cejas.

—La de protector de muchachas inocentes y luchador contra las injusticias —aclaró Wang. Metió la llave en la cerradura, la giró y, una vez abierta, la empujó con la punta de los dedos de su mano derecha—: Pase, por favor, y tome asiento.

Philip dio un paso hacia el interior de la habitación y observó lo que había en esta. Justo detrás de la puerta había un perchero de pared con tres ganchos. Dos estanterías cubrían la anchura y largura de los tabiques frontal y derecho, donde los libros que no pudo colocar se apilaban encima de otros. En la parte izquierda, halló una ventana, escondida detrás de unas cortinas opacas marrones y un pequeño sifonier bajo esta. La mesa, con el mismo color que los estantes, estaba desordenada y repleta de papeles, sobre ella encontró un tintero en la esquina izquierda; nada de bebidas, nada de copas vacías, solo halló el envoltorio de un caramelo.

—¿Y bien? —preguntó Giesler una vez que Wang colgó en un gancho la bata y caminó hacia su asiento.

—Lo único que puedo hacer en estos momentos es pedirle disculpas por la actitud que mi hijo ha mostrado en el mercado —indicó sereno al tiempo que se sentaba. Se reclinó ligeramente en el sillón de terciopelo negro y juntó sus manos por las puntas de los dedos. Luego, se los llevó

a los labios y se dio unos ligeros golpecitos.

—No me basta. Como comprenderá, no he venido aquí para escuchar una disculpa de su parte, usted no ha incitado a su hijo para que se comporte de esa manera tan cruel. Solo necesito que me explique el motivo de su fijación enfermiza hacia ella —dijo sin titubeos.

—¿No pensará que...? —preguntó separando las manos. Después las colocó sobre la mesa y miró a Philip sin parpadear—. Peter no tiene intención de cortejar a la señorita Moore —añadió un tanto sorprendido.

—Esa conclusión la había descartado —respondió Philip mientras se desabrochaba los botones del abrigo—. He visto muchas formas de conquistar a una mujer, pero ninguna incluía el insulto o la humillación en público.

—¿Tan grave fue? —soltó Wang abriendo los ojos de par en par.

—Lo fue. Como comprenderá, no voy a repetirle las palabras que le dirigí, porque eso aumentaría la rabia que intento controlar para charlar con usted de manera correcta, pero le aseguro que me habría encantado arrancarle la lengua con mis propias manos —declaró con firmeza.

—Lo siento... —dijo el profesor tras suspirar—. Este problema lo he generado yo, si busca una venganza, debe dirigirla hacia mí.

—¿Por qué? —preguntó Philip reclinándose en el asiento y cruzándose de brazos.

—¿Sabe usted que la señorita Moore asistió durante cuatro años a esta universidad? —preguntó Wang levantándose.

—Sí. Ella me contó que fue una alumna oyente durante algún tiempo —respondió Giesler sin apartar la mirada del hombre.

—¡Y de las mejores! Fue un honor que Randall la dejara bajo mi cuidado. Esa muchacha hizo que me sintiera orgulloso de dedicarme a la enseñanza —habló mientras se dirigía hacia la ventana. Se colocó frente al sifonier, abrió el primer cajón con cierta dificultad, cogió un enorme sobre de su interior, lo cerró con un brusco empujón de la cadera, regresó a su asiento y se lo ofreció—. Es una lástima que la sociedad no la comprenda tal como se merece...

—¿Qué es esto? —quiso saber Giesler inclinándose hacia delante. Una vez que lo cogió, lo abrió y encontró decenas de documentos.

—Los exámenes que realicé en secreto a la señorita Moore —explicó Wang con tranquilidad—. Si los observa con detenimiento, descubrirá que en los márgenes superiores derechos hay un símbolo egipcio. Tuve que utilizar ese sistema numérico para protegernos.

—¿Qué significa? —quiso saber. Los colocó sobre sus piernas y observó la caligrafía de Mary.

Clara, pero ni bella ni rítmica. El tamaño general de su letra podía catalogarse de mediano, por lo que la timidez y la introversión estaban eliminados. El espacio entre las palabras era muy simétrico, indicándole que sentía cierta obsesión por el control. Las mayúsculas tenían una altura muy superior al de las minúsculas concluyendo, en ese detalle, que conocía y asumía la diferencia de clases. Bueno, en realidad, nada de lo que descubrió le resultó extraño. Si hubiera observado cierta belleza en los rabillos finales de las letras, habría pensado que Wang lo engañaba o que Mary no era la mujer que decía ser. Pero todo aquello afirmó lo que ya sabía de ella.

—Son sus calificaciones —manifestó Wang—. Como bien sabrá, a una mujer se le permite acceder a la universidad para presenciar las clases como oyente, pero aún no se las puede evaluar.

—Pero usted lo ha hecho —comentó Philip sin apartar los ojos de los papeles al tiempo que revisaba una a una las hojas.

—Sí. Mi conciencia moral me instó a hacerlo. Soy de esos hombres que no catalogan a las personas por cómo van vestidas, sino por lo que guardan en las cabezas —expuso con serenidad.

—Las palabras de Mary, cuando se refirió a usted en nuestra escueta charla, fueron prácticamente las mismas —indicó Philip recopilando con cuidado los papeles para introducirlos de nuevo en el sobre—. Pero aún no me ha dicho qué significa ese símbolo.

—Es un asa invertida o grillete —aclaró Wang—. Los egipcios la utilizaban para escribir el número diez. En mi caso, para calificar sus exámenes.

—¿Quiere decir que Mary obtuvo la máxima nota que se podía alcanzar? —espetó atónito.

—Su capacidad intelectual sobrepasa incluso a la mía... —reflexionó Wang antes de suspirar profundamente.

—E imagino que usted, después de esto y en un arrebató de protección paternal, se lo enseñó a su hijo —concluyó Philip depositando el sobre encima de la mesa.

—Sé que obré mal, que no debí hacer comparaciones, pero en aquel momento actué a la desesperada. Mi hijo, lord Giesler, no era un joven responsable. Apenas asistía a las clases porque se pasaba las noches jugando en los clubs. Tuve que utilizar lo único que encontré para hacerlo entrar en razón —contó.

—¿No buscó otra alternativa? Un castigo sin precedentes habría sido una buena opción —masculló Giesler.

—Jamás pensé que Peter la odiaría tanto por ello —expuso afligido—. Le aseguro que mi único propósito fue hacerle comprender que debía aprovechar el tiempo. Mary, pese a sus deseos y buenas calificaciones, nunca logrará cumplir su sueño...

—¿Eso lo dice usted! —exclamó Philip, poniéndose en pie—. Pero yo no comparto su idea —añadió.

—Lord Giesler, no se acoja a un imposible —dijo Wang con voz calmada—, le suplico que no la aliente a soñar con falsas esperanzas. Eso la haría más desgraciada...

—¿Falsas esperanzas? ¿Cómo puede hablar de esa forma, señor Wang? Usted la ha conocido y reconoce su envidiable capacidad. ¿No opina que ella sería mejor médico que cualquier alumno de los que hoy he visto aquí?

—¡Por supuesto que lo sería! —respondió Wang alzándose de su asiento—. Estoy seguro de que, si pudiera lograrlo, se convertiría en una gran profesional, incluso superaría a su propio padre.

—¿Entonces? ¿Por qué no la ha ayudado? —le recriminó Philip tras colocar ambas manos sobre la mesa.

—Porque nadie apoyaría mi decisión... —reflexionó Wang, sentándose de nuevo. Se frotó el rostro, alzando las gafas hasta la frente, clavó la mirada en el sobre y añadió—: Pese a que Randall Moore es uno de los mejores médicos de Londres, y que la mitad de la ciudad está en deuda con él, nadie permitiría que su hija ocupara su lugar. La sociedad masculina teme que llegue el día en el que aquellas que cuidan sus hogares, crían a sus hijos y los complacen en los lechos sean capaces de igualárseles. Los hombres necesitan el poder absoluto, lord Giesler, y la igualdad no es un concepto que se incluya en el presente.

—La sociedad cambia y los pensamientos han de hacerlo también —declaró Philip con solemnidad—. He viajado por distintos países de Europa y puedo asegurarle que hay mujeres que están ocupando puestos que antes solo pertenecieron a hombres.

—Pero está en Londres, milord, y eso no ocurre aquí.

—Podemos cambiar —insistió.

—¿De verdad? —espetó incrédulo—. Porque yo no estoy tan seguro de ello.

—A la sociedad le hace falta un empujón —determinó Philip después de apartar las manos de la mesa. Echó varios pasos hacia atrás y se abrochó los botones—. Y estoy dispuesto a dárselo.

—¿Sabe cómo podría ayudarla? Si es que de verdad desea hacerlo... —dijo Wang cogiendo el sobre. Lo levantó y se lo ofreció de nuevo.

—¿Cómo? —respondió Philip aceptándolo.

—Construya un hospital y póngala a cargo. Nadie se atreverá a despreciar a la persona de quien depende el salario que ha de llevar a su hogar —aseguró.

—¿Así de fácil zanja usted un problema social? —soltó Giesler incrédulo.

—A eso debe añadirle un estatus social alto, es decir, que la convierta en un miembro de la aristocracia. Por si no lo sabe, los de su clase pueden hacer y pensar aquello que les plazca sin réplicas.

Philip fijó los ojos en el sobre que agarraba su mano izquierda y luego dirigió la mirada a Wang, quien se había levantado para despedirlo. Tenía razón. Las dos opciones que le había sugerido eran adecuadas para ayudar a Mary. Podía construirle un hospital en Londres, en un pequeño pueblo o donde ella quisiera, pero... ¿casarse con él? Ese segundo punto, aunque le pareció sublime, pues era lo que él deseaba con fervor, no le resultaría tan fácil como pedirle a su administrador que subvencionara la edificación.

—Esperaré noticias tuyas —expuso Wang extendiendo la mano hacia él.

—Las tendrá —le aseguró Philip—. Solo una cosa más —añadió sin soltarle la mano—, la próxima vez que su hijo encuentre a Mary, no seré tan benévolo...

—No se preocupe por él, milord. Esta misma tarde partirá hacia Chester. Mi hermano necesita un doctor joven y competente para sanar a sus feligreses —informó.

—Una oportunidad que no debe desaprovechar —masculló Philip.

—Le aseguro que no lo hará —afirmó Wang entendiendo el doble sentido de las palabras—. Que tenga un buen día, lord Giesler.

—Igualmente, señor Wang.

Cuando salió del despacho, miró el sobre y sonrió. Asumir la baronía ya no era discutible. Debía hacerlo por ella. Ahora necesitaba concentrarse en hallar la manera de enamorar a Mary hasta el punto de que aceptara convertirse en su mujer. Esa parte del plan sería la más complicada. Ella no prestaba atención a sus encantos masculinos, apenas lo miraba cuando estaban juntos, a Mary le interesaba más lo que guardaba en el interior de su cerebro y este, en ese mismo instante, no cesaba de barajar cientos de alternativas para conseguirla. Pero todas las opciones tenían un inicio común: el sobre sería el primer regalo que le ofrecería a su futura esposa. ¿Cómo reaccionaría al verlo? ¿Se lo agradecería? La respuesta la obtendría muy pronto...

Capítulo XIX

El cuarto baile de Anne y Logan, convertidos en matrimonio, sucedía mientras ella los observaba desde el exterior del salón.

La ceremonia fue muy sencilla, tal como decidieron los novios, aunque superaron el aforo de la iglesia. Según les explicó Anne, la familia de su futuro marido era muy numerosa y ninguno de ellos quería perderse el momento en el que el vizconde prometía, delante de todos, que su vida como libertino había concluido. Cuando Logan puso el anillo a su hermana, tanto sus invitados como ellos contuvieron el aliento, mientras los Bennett, quienes ocuparon el noventa por ciento de los asientos, vitorearon como bucaneros borrachos.

—No digas ni una palabra —la advirtió su madre al ver que ella separaba los labios para comentar la repentina actuación—. Prefiero que se centren en aplaudirles a que cuchicheen sobre el motivo por el que tu hermana luce un ojo morado el día de su boda.

Nada se pudo hacer cuando dejó la cara al descubierto. Por mucho que su madre intentó disimular el moratón, mezclando una crema con polvos de tinte marrón hasta que la asemejó al color de su piel, las lágrimas de emoción de Anne fueron eliminando poco a poco el ungüento. Sin embargo, el vizconde no mostró extrañeza alguna cuando le alzó el velo para darle un beso en la mejilla. Quizá su hermana le explicó que lo tenía. Solo esperaba que no añadiera a la información quién se lo había hecho y por qué.

Cuando el vals finalizó, la pareja de recién casados caminó hacia los marqueses de Riderland. Sus manos desnudas permanecían entrelazadas, mostrando su profundo amor. Había oído hablar de la libertad que se tomaban los Bennett para exhibir sus sentimientos en público, pero hasta ese instante no lo había asegurado y, pese a ser una conducta socialmente incorrecta, le agradó saber que no todos los aristócratas eran tan remilgados y frívolos.

Mary dio otro sorbo a la copa mientras se centraba en las parejas que se preparaban para bailar. Según su criterio, solo se trataba de un absurdo comportamiento humano para exhibir una cualidad tan nimia como moverse al compás de unos acordes musicales. Aun así, su madre las obligó a que lo aprendieran, pero nada salió como planeó. Allí donde Anne, Elizabeth e incluso una pequeña Madeleine disfrutaban con la enseñanza, Josephine y ella intentaban librarse alegando mil absurdas excusas. Al final, la señorita Mesh dio por finalizadas las clases cuando Josh acudió a una de sus clases portando una pistola sujeta en el fajín negro. Desde aquel día, Elizabeth se convirtió en una profesora muy estricta y ambas tuvieron que aprender por la fuerza.

Sonriendo al recordar aquellas tardes de lluvia donde Madeleine tocaba el piano y el resto de las hermanas bailaban frente al calor de la chimenea, prestó atención a esas parejas que ya daban sus primeras vueltas. Fue entonces cuando el líquido que saboreaba como si fuera enjuague bucal salió despedido por su boca y su nariz. Luego apareció la tos y a continuación un reguero de lágrimas. Cuando dejó de toser, se enjugó las lágrimas y volvió a mirar hacia el centro de la sala. No había sido un espejismo. Aquello era real. Sus dos hermanas pequeñas se incluían en el grupo de bailarines. ¿Su madre lo autorizó? Si era así, acababa de ocurrir un milagro. Aunque el fenómeno más extraño de todos, superando la decisión de su madre, fue contemplar a Josephine con su bonito vestido, adoptando una actitud sumisa y encantadora sin un arma que la protegiera.

Intrigada, clavó los ojos en ella y en su acompañante. El joven era alto, rubio y, pese a no

distinguirlo con claridad debido a la distancia, exhibía un porte muy propio de la aristocracia. ¿Sería el mismo que le envió las flores? ¿Dónde se habrían conocido? Salvo en alguna cacería o en una de las tiendas de armamento que frecuentaba su hermana, no podía situarlos en otro lugar. Al realizar la pareja otra vuelta, Mary sonrió al observar la expresión del rostro de Josephine. Por un mísero segundo, pensó que disfrutaba de la compañía y de la música, pero no era así; mostraba la típica expresión de quien masticaba ajos frescos.

Sin dejar de reírse, pues solo le faltaba sacar una pistola y apuntarle al pecho para que no se arrojara tanto a ella, se centró en Madeleine. Al contrario que su melliza, Shira optó por hacerle un peinado menos austero. El color rojo anaranjado brillaba aún más bajo las luces, pero a Mary no le llamó la atención ese bonito rasgo de su hermana, sino cómo el joven se movía con ella. Su acompañante la hacía bailar con una delicadeza y una elegancia tan extraordinarias que muchos invitados curiosos repararon en ellos. El joven en cuestión era más alto que Madeleine, su cabello corto y negro acentuaba el rostro severo que, pese a su juventud, exhibía absoluta madurez y convicción. Al igual que el compañero de Josephine, su porte era rígido, aristocrático. ¿Quién sería? Alguien muy importante si su madre consintió que su hija pequeña, más tímida que un ratón, bailara con él en público. Al ella realizar una media vuelta, pudo apreciar la expresión de Madeleine. Estaba extasiada, anonadada, feliz. Sus ojos brillaban y su sonrisa era permanente. Mary se fijó en las manos de su hermana. Llevaba puestos unos guantes blancos, evitando cualquier contacto con el caballero. Posiblemente, esa fuera la razón por la que no había salido huyendo. Tal como le advirtió semanas antes, su problema, el de percibir la maldad de las personas, se controlaba si su piel no tocaba a nadie.

Después del rápido escrutinio a los miembros de su familia que permanecían en la celebración, pues Elizabeth regresó al hogar tras finalizar la misa, sus ojos vagaron por el interior de la sala hasta que encontraron la figura masculina que no había dejado de buscar.

Llegó tarde, tanto a la ceremonia eclesial como a la fiesta. Aunque Anne comentó a sus padres que no se presentaría porque no le agradaba visitar sitios tan morales, lo hizo, y ella supo el momento exacto. Su cuerpo le advirtió de ello antes de escuchar los susurros de aquellos que se sentaron detrás. Sin ninguna explicación lógica, el vello de su piel se encrespó, como si él le hubiera soplado en la nuca, su corazón latió de manera arrítmica y su sangre hirvió, hasta el punto de notar cómo el sudor empapaba sus ropas. Intentó darse la vuelta, para confirmar la sospecha, pero su madre le dio un codazo y la obligó a no moverse. Así pasó el resto de la ceremonia: pensando en qué banco se habría sentado, intentando escuchar cuando hablaban sobre él, si había ido solo o acompañado y preguntándose si la buscaría.

Al salir de la iglesia, su mirada pasó de un rostro masculino a otro, buscando al único que deseaba encontrar. Pero tampoco consiguió verlo porque los Bennett les rodearon para darles la bienvenida a la familia. Cuando los besos, los abrazos y los apretones de manos cesaron, ni siquiera intentó buscarlo porque, al igual que sintió su llegada, supo el momento en el que se marchó.

Después de barajar mil alternativas por las que pudo percibir su cercanía y lejanía, siguió sin hallar una respuesta que la satisficiera. Su yo juicioso no acertaba a concluir alguna teoría admisible, en cambio, su yo místico insistía en aclararle que la zingara que vivía en ella abandonaba, al notarlo, la prisión donde la mantenía encarcelada y que regresaba cuando él se marchaba. De ahí que notase frío, que no observara nada salvo oscuridad a su alrededor y que la embargara un sentimiento de tristeza tan profundo que parecía estar a punto de entrar en una horrible depresión. Pero esa versión no era la adecuada para ella porque entonces debía admitir que la maldición existió y, tras ello, retractarse de todas las burlas que hizo sobre su origen.

¿Cómo negar, en un abrir y cerrar de ojos, que la noche y el día no se producían por el movimiento de rotación de la Tierra, sino por la gracia de Morgana? No. No podía cambiar con tanta rapidez. Tenía que ir asumiendo las cosas poco a poco. ¿Existiría un punto intermedio? ¿Sería una buena opción reconocer que la herencia zingara coexistía con la tangible?

Su mirada encontró a las únicas personas que hallaron un equilibrio entre las dos culturas: sus padres. Llevaban juntos casi tres décadas y seguían amándose como si se acabaran de conocer. Se comprendían y se respetaban mejor que otros matrimonios con convicciones semejantes. ¿Alguna vez le reprochó que sus rezos a Morgana no curaban las fiebres de sus hijas? Jamás. Mientras su padre las obligaba a tomar el jarabe más repugnante del mundo, su madre permanecía sentada junto a la almohada, acariciándoles el cabello al tiempo que rezaba a su creadora para que las liberara de la enfermedad.

Mary suspiró hondo. Estaba cansada de tantas creencias místicas, de razonamientos ilógicos y de conclusiones erróneas. Ya no sabía qué era real en ella o qué no. Lo único que reconocía era que, desde que vio por primera vez a lord Giesler, todo cambió. Al principio, sintió odio, pues nadie la había llamado bruja en su propia casa, pero hasta ese momento, seguía leyendo sus libros y soñando con alcanzar su deseo. Luego apareció la compasión, se quedó muy impresionada al ver cómo un cuerpo tan portentoso se debilitaba por una enfermedad. En esta etapa, los libros se quedaron sin abrir. Después pasó a la incertidumbre, se levantaba de la cama preguntándose cómo habría pasado la noche él y si habría tomado las medicinas. En ese tiempo, ni se acordaba de que existían libros o ensayos que debía leer. Finalmente, a pesar de luchar con todas sus fuerzas, nacieron sentimientos que la derivaron a un deseo tan intenso que no había noche que cerrase los ojos y él no apareciera. También debía añadir que se sintió una princesa salvada por un valiente príncipe cuando la defendió de Wang. Era cierto que el joven estaba en desventaja, pero eso no le impidió disfrutar del momento. Y... ¿cómo denominar ese estado de bienestar que obtuvo al escuchar sus palabras de consuelo?

Sin embargo, pese a todo, debía poner freno a la mujer apasionada que habitaba en su interior. Necesitaba que la cabal, reflexiva y sensata mujer que fue antes de encontrarlo regresara lo antes posible. Pero... ¿cómo hacerlo si lo único que la había mantenido cuerda hasta ahora divagaba sin cesar? Era su mente irracional la que no le permitía centrarse en sus objetivos. Lo único que le ofrecía eran imágenes de lord Giesler desnudo, a su lado, besándola y tocándola en lugares de su cuerpo donde ni ella misma lo había hecho. Si él hubiera sido como los demás no se hallaría al borde de la desesperación. Sin embargo, al tratarla de aquella forma tan tierna, alentaba esa atracción que intentaba eliminar.

Se llevó las manos hacia el pecho, agitado ante tanta confusión. No debía barajar más opciones salvo las que tenía a su alcance: o se acercaba a él, para calmar y apagar esa pasión, o le pedía a su padre que la internara en un convento alejado de Londres.

Mientras sopesaba qué alternativa tomar, sus ojos volvieron a centrarse en las parejas de baile. Silenció un chillido juntando con fuerza los labios al descubrir que lord Giesler estaba entre ellas con una joven de cabellos dorados. ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? ¿Por qué la invitó a bailar? Los celos, ese sentimiento posesivo que no había tenido jamás, se apoderaron de ella. Su cólera aumentó hasta el punto de perder la poca sensatez que le quedaba. No quería que él tocara la cintura de otra mujer. No iba a permitir que sedujera a nadie salvo a ella. Ese hombre era suyo y lucharía por conseguirlo. Mary respiró hondo, enderezó la espalda y accedió al salón con la entereza que su determinación había tomado: los separaría de inmediato y dejaría bien claro a todos los asistentes que él ya tenía una mujer con la que bailar.

La música, los bailarines, las voces de aquellos que intentaban mantener una conversación

pese al ruido musical, el humo de los puros, el calor de las respiraciones, el olor de las flores que adornaban el lugar, las ligeras carcajadas... la perturbaron tanto que cambió de dirección y de opinión. Caminó despacio por la galería derecha de la sala, procurando no llamar demasiado la atención. No le fue difícil. Por suerte, todos los invitados se encontraban tan absortos en sus charlas que no repararon en ella.

—¡Es cierto! —admitió una joven que conversaba con otras cinco más—. Lord Giesler se puso en peligro para salvarla de un problema que ella misma causó.

Mary abrió los ojos como platos, contuvo la respiración y, muy despacio, se colocó detrás de ellas, resguardándose tras uno de los gruesos pilares de mármol.

—¡Es un caballero ejemplar! —exclamó una con un largo suspiro.

—Sí, y ella una insensata —aseguró otra—. En primer lugar, no debió pasear sin protección por un lugar tan peligroso y, en segundo... ¿por qué no dejó tranquilo al señor Wang? Según he escuchado, él solo deseó comprar un café y ella le insultó delante de un centenar de personas —añadió antes de agitar el abanico.

—Parece mentira que os escandalicéis tanto por el comportamiento que muestra esa hija en concreto del doctor Moore —expuso una distinta—. Siempre ha sido igual. Mi querido esposo me cuenta que acompaña a su padre a las reuniones médicas de los viernes en el club y que es incapaz de mantenerse callada. Se pasa todo el tiempo reprochándoles la falta de conocimientos innovadores y se enorgullece de poseer la verdad.

—¿La verdad? —espetó otra con tono sarcástico—. La única verdad es que se ha pasado toda su juventud encerrada en bibliotecas y librerías, que se ha convertido en una solterona y que sus padres no paran de lamentar el hecho de que nadie le proponga matrimonio. Pero ¿quién en su sano juicio lo haría? —añadió antes de reír a mandíbula batiente.

—No seas tan cruel, querida —respondió la mujer que tenía a su izquierda dándole unos ligeros golpecitos en el hombro con su abanico cerrado—. Aún quedan muchos viejos viudos, hombres ciegos y algunos sordos que pueden pedirselo —alegó antes de que todas comenzaran a reír.

Mientras tanto, las manos de Mary se convirtieron en pequeños puños, sus mejillas ardieron y sus ojos desprendieron fuego; sentía tanta ira que podía arrancar el pilar y golpearlas con él. Sin embargo, toda esa cólera contenida fue aminorando al ver que lord Giesler se dirigía hacia las herejes. Sin pensárselo dos veces, salió de su escondite y fue a su encuentro. Los ojos del lord, al verla caminar con tanta determinación hacia él, se agrandaron por la perplejidad.

—Buenas noches, lord Giesler —dijo en voz alta y con un exagerado entusiasmo, para que las brujas de lengua afilada la escucharan—. ¿Me buscaba?

Philip miró a Mary, luego dirigió la mirada hacia las cinco mujeres que mostraban asombro y perplejidad, tomó la mano que ella le ofreció y se la besó.

—Siempre ando buscándola, señorita Moore.

—¿Por el baile que le prometí? —perseveró ella, escuchando cómo las arpías hablaban sin reparo sobre el inesperado encuentro.

—¿Solo era un baile? Creo que me prometió dos —declaró Philip, colocando la mano que había besado sobre su antebrazo izquierdo.

—¿Seguidos? —espetó, enarcando las cejas. Había intentado dar un escarmiento a las brujas, pero no quería finalizar la noche con un nuevo escándalo a sus espaldas.

—Solo si no se siente exhausta después del primero —afirmó Philip, conduciéndola hacia el centro de la sala.

¿Dónde estaba todo el mundo? Porque Mary no podía ni sentirlos ni escucharlos. Todo a su

alrededor desapareció al notar el fuerte agarre de una mano sobre la suya y cierto calor sobre la parte baja de su espalda. Muy despacio, apoyó las puntas de sus dedos en el hombro izquierdo de lord Giesler y cerró los ojos para intentar escuchar los primeros acordes musicales.

—¿Qué ha ocurrido ahí, Mary? —preguntó Philip una vez que empezaron a bailar.

—Hablaban sobre mí —respondió después de abrir los ojos.

—Imagino que se trataba de una conversación muy agradable —afirmó dibujando una pequeña sonrisa.

—Para ellas sí, para mí no —aseguró.

Mientras su nariz captaba ese olor tan característico en él, sus ojos vagaron despacio por el rostro masculino, estudiándolo como si fuera una pústula infectada en una bandeja. Las cejas rubias eran espesas, pero sus grandes líneas ensalzaban la redondez de sus cuencas. La nariz no era chata, aunque tampoco la podía catalogar de aguileña. Era aceptable determinar que se encontraba en un punto intermedio. Su barba de varias semanas presentaba franjas rubias más claras y oscuras que las de su cabello que, en esta ocasión, estaba perfectamente peinado hacia atrás. Después, su mirada se centró en la boca, había nacido con unos labios voluminosos y de un color carmesí realmente envidiable. Tras repasar también la barbilla y admitir que su estructura ósea facial era adecuada para un hombre de su masculinidad, avanzó hacia el cuello de la camisa y fue entonces cuando casi tropezó. Verde... Lord Giesler había decidido lucir públicamente un chaleco, un pañuelo y una corbata del mismo color que su vestido.

—¿Tu ayuda de cámara te obligó a vestirte de ese tono, como hizo conmigo la dependienta de la *boutique*? —preguntó a modo de regañina por el osado gesto.

—No. Él se decantó por un rojo sangre —explicó sin más.

—¿Por qué cambió de opinión? A un hombre de tu envergadura le daría un aspecto más varonil la primera opción —perseveró Mary.

—¿Por qué hablaban de ti? —cambió Philip de tema.

Era absurdo explicarle el verdadero motivo. Mary no entendería que, después de la charla con el profesor Wang, decidió dejar claro, con aquella indumentaria, sus intenciones hacia ella. La coincidencia de sus colores era solo el primer paso de su cortejo, el segundo... estaba esperándola en su hogar.

—Porque no hay otro tema en Londres que sea tan importante como el incidente que viví en el mercado y la oportuna salvación por tu parte. Creo que han pensado que me libraste de un juicio final.

—¿Juicio final? —preguntó él en mitad de un giro.

—Sí, eso he escuchado. Estaba a punto de ser juzgada o linchada públicamente hasta que llegaste.

—Entiendo... —murmuró Philip sin dejar de observar la tristeza y la ira que Mary mostraba en su cara—. ¿Por ese motivo has salido a mi encuentro con tanto entusiasmo? Te prometo que he tenido que parpadear varias veces para asegurarme de que no eras una alucinación.

—No —admitió avergonzada.

Aunque intentó agachar el rostro y esconder el sonrojo de sus mofletes, él tiró despacio de su mano izquierda hacia arriba, instándola a que volviera a levantarlo.

—Han hablado sobre mis locos comportamientos y lo orgullosa que me siento por ser tan inteligente —continuó explicando—. Y luego han dirigido la conversación hacia el pesar que muestran mis padres por no encontrarme marido. Una de ellas incluso ha deducido que terminaré casándome con un viejo viudo, con un sordo o con un ciego.

—O con un hombre que aborrezca la ineptitud que poseen algunas mujeres que solo utilizan

la cabeza para lucir bonitos peinados y costosos sombreros —masculló Philip.

—¡Oh, me has dejado anonadada! —comentó con fingida sorpresa—. ¿No buscabas eso mismo en tus amantes? Porque, mi querido Philip, te precede una fama de calavera mayor que la de mi actual cuñado.

—Buscaba pasar un rato divertido, *mi querida Mary* —apuntó con el mismo retintín que utilizó ella—, y siempre lo encontré. Pero cuando el acto finalizaba, no las abrazaba ni les susurraba palabras de amor. Me marchaba sin mirarlas. No me importaba qué decían, qué sentían o qué ocurriría al verlas en otra ocasión. Sin embargo, desde que cierta mujer irrumpió en mi vida de lobo solitario, necesito algo diferente. Ya no me contento con encuentros esporádicos, es más, desde que la conocí, mantengo vida célibe —añadió con picardía—. Ahora no busco una mujer que disfrute luciendo joyas que expresen el poder adquisitivo que obtendré cuando sea barón, quiero una mujer que no se contente con la banalidad diaria, que sea capaz de resolver problemas que ni yo mismo pueda solucionar; una esposa valiente, una madre entregada y que, por encima de todo, sea libre para cumplir su sueño —dijo sin titubear.

—¿Y la pasión? ¿No la buscas en tu futura esposa? Dicen que los esposos buscan amantes porque sus cónyuges no son buenas en el lecho —se atrevió a decir enfrentándolo con la mirada.

—Cuando una persona adora, respeta y admira a otra, el deseo está incluido. Esa pasión de la que hablas se transforma en ansia, en protección, en necesidad, en fortaleza y en muerte, si no se logra conquistar a la persona amada. Eso mismo es lo que intento demostrar, desde hace algún tiempo, a la mujer que me ha extirpado no solo una pequeña víscera putrefacta de mi cuerpo, sino también el corazón. Pero, según parece, no soy lo suficiente bueno para ella. Quizá su hombre perfecto sea uno tan inteligente que la haga enmudecer cada vez que tenga ocasión, en vez de conformarse con uno que la ame tanto que daría su vida por salvar la de ella —añadió antes de dar un paso hacia atrás y darle un beso en los nudillos, pues el baile para ellos había concluido.

Por primera vez en mucho tiempo, Mary se quedó sin palabras. ¿Había entendido bien? Porque tal vez la música, los giros y la ira que despertaron aquellas lenguas viperinas le taponaron los oídos y no comprendió con exactitud la pretensión de lord Giesler.

Mientras caminaban hacia sus padres, juntos y con la mano que él había besado sobre su antebrazo derecho, lo observó de reojo. No halló ni una mueca de burla. Su rostro era firme, sereno, tanto que le causó pánico. Sí, y mucho. La mujer que se enfrentaba a los problemas con su verborrea, su inteligencia o con un miserable paraguas negro temblaba de miedo al oír que él tenía una intención mayor que la de saldar una deuda. Intentó respirar con tranquilidad, para que su cuerpo actuara con la firmeza de siempre, pero le temblaban las rodillas, su corazón se agitó tanto que el corsé le estaba haciendo demasiado daño, las manos volvieron a sudarle y un repentino mareo hizo que su visión comenzara a nublarse.

—Buenas noches, milord —saludó Sophia a Philip con una leve reverencia—. Veo que hoy goza de muy buena salud. —La sonrisa que le dedicó desapareció al mirar el vestido de su hija y el chaleco del lord. Se esforzó para dibujarla de nuevo y no mostrar el asombro que sentía, sin embargo, al reparar en el rostro pálido de Mary, avanzó hacia ella, le cogió una mano y le preguntó—: ¿Te encuentras bien?

—Solo se trata de un ligero mareo, madre. Como ya sabe, no estoy acostumbrada a bailar y me agoto con tan solo dar un pequeño brinco —respondió apretándole la mano y avanzando hacia delante, para poner algo de distancia entre ellos.

—¡Cierto! —comentó Randall extendiendo la mano hacia Giesler para saludarlo—. Hasta ahora, ningún hombre se había atrevido a hacerlo. —Y tras eso, se echó a reír—. ¿Cómo se encuentra hoy, milord? ¿Sigue doliéndole la zona? —preguntó cuando calmó su risa.

Mary miró a Philip con la mandíbula desencajada, por la sorpresa de tal descubrimiento. ¿Le dolía? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se lo había dicho? ¿No le preguntó en el carruaje si había salido dañado?

—Ya no siento molestia alguna, señor Moore, las cápsulas la calmaron —respondió sin mirarla, pues sabía que, si lo hacía, se pondría a gritarle.

No contestó a su pregunta cuando estuvieron en el interior del vehículo, quizá porque, tal como le indicó, estaba más preocupado por cómo se encontraba ella que por lo que pudiera sucederle a él. Sin embargo, una vez que regresó a su hogar, el dolor se hizo molesto y Shals se empeñó en llamarlo. Ahora maldecía la decisión de su mayordomo. Justo cuando acababa de declararle su interés, descubría que la había engañado. ¿Podía suceder una tragedia mayor?

—Como le advertí la otra noche, no puede olvidar que fue intervenido hace relativamente poco tiempo y que, a pesar de sentirse fuerte, no puedo asegurarle cómo evoluciona su interior. Si le parece conveniente, puedo visitarlo mañana...

—Randall, querido, mañana partimos hacia Lonely, ¿te has olvidado? —le recordó Sophia.

—¡Es cierto! Gracias por recordármelo, querida —señaló el médico regalándole una sonrisa tierna y cómplice—. Pero Mary decidió no acompañarnos... —Su mirada volvió a Philip—. Si vuelve a notar molestias, puede llamarla —concluyó sin preguntar.

—¿Y las mellizas? —irrumpió Mary, volviéndose hacia su madre y dándole descortésmente la espalda a Philip.

¿Acudir a su llamada? Si su adorado padre pensaba que aprovecharía la semana de tranquilidad que se había propuesto tener esperando a que aquel mentiroso la llamara, ¿no la conocía! ¿Antes se encerraría en un convento que curarlo de nuevo!

—Han ido a despedirse de Anne. Si quieren estar listas antes de las doce, no pueden seguir trasnochando —respondió Sophia apreciando cómo el rostro blanco fantasmal de su hija se transformaba en rojo fuego.

—Me marcharé con ellas. Creo que la velada ha de concluir también para mí —indicó Mary mostrando un falso agotamiento.

—Entonces, ¿no me concederá el próximo baile? —preguntó Philip, intentando relajar la tensión que había aparecido entre ellos.

—¿Desea bailar de nuevo con Mary? —soltó Randall con tanta extrañeza que se ganó un leve codazo de su esposa.

—Espero que me perdone, milord —contestó ella, mirándolo como si fuera una niña arrepentida—. Pero como bien ha dicho mi padre no estoy acostumbrada a bailar y mis músculos se hallan contraídos y exhaustos.

—Si lo desea, como he sido el culpable de su agotamiento, puedo traerle una copa. Seguro que la hidratación la ayudará a calmar esa debilidad corporal —insistió.

No, no podía dejar que Mary se marchara pensando que era un villano. Necesitaba aclararle que, en aquel momento, solo se preocupaba por ella y que Shals fue quien decidió llamar a su padre.

—No —volvió a negarse—. Es mejor que acompañe a mis hermanas. Ahora he de ocupar el puesto de hermana mayor y tengo la obligación de cuidarlas.

—¿Cuidarlas? —dijo Sophia incrédula.

—Sí, madre, cuidarlas. Eso es lo que he dicho —masculló.

—En ese caso... —dijo Philip cogiéndole la mano derecha para besarle los nudillos—, me reservaré el honor de recordarle que me debe un baile en un futuro.

—Se lo guardaré —respondió Mary sin poder apartar los ojos de esos labios.

—Señor y señora Moore, si me disculpan, creo que mi velada también ha llegado a su fin —dijo al separarse de ella.

—¿También se marcha? —preguntó Randall.

—Sí. He logrado el propósito que me ha traído hasta aquí y, como buen guerrero después de una batalla sin precedentes, merezco un descanso —admitió observando cómo Mary enderezaba su espalda—. Si lo desean, puedo llevarlas hasta su hogar. No sería ninguna molestia... —perseveró en no apartarse de ella.

—¡No! —exclamó Mary con más ímpetu del que debiese.

—No se preocupe, milord. El vizconde ordenó que preparasen un carruaje para mis hijas —terció Sophia más confusa si cabía.

—Siendo así, buenas noches —dijo antes de marchar.

Durante unos segundos, Mary observó la figura masculina alejarse de ellos. Como siempre le ocurría cuando él estaba cerca, todo a su alrededor carecía de importancia. No escuchó la música, ni los murmullos, ni la conversación que sus padres mantuvieron. Allí solo estaba lord Giesler, caminando hacia sus amigos para poder despedirse educadamente de ellos. Sin embargo, un movimiento brusco la hizo apartar la mirada de su centro de atención y tambalearse.

—¿Qué diablos ha sucedido entre vosotros dos? —preguntó Sophia. La agarró del brazo y tiró de su hija para sacarla de la sala.

—Nada. ¿Por qué piensa que ha tenido que ocurrir algo? —la increpó, mientras se dejaba guiar por su madre.

—¿Por qué? —preguntó susurrando al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Porque lord Giesler parecía que había arrancado tela de tu vestido para confeccionarse el chaleco y la corbata. Te ha sacado a bailar en público y, cuando te ha acompañado hasta nosotros, tu cara parecía no tener color —continuó entre cuchicheos.

—En primer lugar, su ayuda de cámara, al igual que la dependienta que le vendió el vestido, han concluido que el color ideal de esta temporada es el verde esmeralda. Me ha sacado a bailar porque se lo prometí, como pudo escuchar, y he palidecido porque, después de esa danza, he comprendido que era el centro de atención y cuchicheos. Estoy segura que mañana, antes de que pueda tomarme una buena taza de café, algún noticiero escribirá algo como... *La segunda hija del afamado doctor Moore acepta un baile con el hombre que la salvó del escándalo el pasado jueves. ¿No saben de lo que hablo? Pues lo contaré de nuevo...* —dijo con retintín y moviendo las manos de manera teatral.

—Entonces... ¿no te desagrada lord Giesler? Porque he sentido algo que deberías saber... —intentó decir.

—¡Josephine, Madeleine! ¡Qué alegría veros! —exclamó cuando estas acudieron al *hall*. Por una vez en su vida, adoró la falta de consideración de las mellizas para interrumpir ciertas conversaciones—. Ahora mismo le preguntaba a madre si podíamos marcharnos.

—¿Qué me aspen si no lo hago! —tronó Josh visiblemente enojada.

—Yo no quiero, pero ella se ha empeñado. —Señaló con un dedo a Josh—. Dice que antes de dormir tiene que disparar a algo o a alguien —comentó Madeleine, a quien todavía le brillaban los ojos debido a la felicidad.

—¿Madre? —preguntó Mary, volviéndose hacia ella.

—¡Andad, marchaos! Será mejor para mí que lo hagáis —consideró al tiempo que les daba un beso en la mejilla a modo de despedida—. Así no tendré que presenciar cómo Josh le pisa los pies a otro joven caballero —añadió mientras abrazaba a la entusiasmada Madeleine.

—Buenas noches, madre —dijo Mary, ansiosa de que cesaran las despedidas. Necesitaba

llegar a su hogar, encerrarse en su habitación y reflexionar sobre todo lo acontecido. Además de suavizar su enfado. ¿Por qué no le dijo que se sentía dolorido? ¡Ella podría haberlo curado! Habría hecho todo lo posible por salir de su casa, verlo y averiguar cómo se encontraba. Pero no. Prefirió llamar a su padre antes que a ella. Tal vez, la diferencia que creyó ver con respecto a los demás hombres en realidad no existía.

—Buenas noches, hijas mías. Sed buenas y obedientes.

—Sí, madre —respondieron las tres a la vez.

Antes de marcharse, miró a Mary a los ojos y frunció el ceño. Su vida estaba a punto de alcanzar su gran cambio, el vínculo que las unía se lo hacía saber. Pero en esta ocasión no debía preocuparse porque Mary no era como Anne y la maldición había desaparecido. Solo esperaba que, ocurriera lo que ocurriese, la decisión que pronto tomaría su segunda hija fuera, de una vez por todas, la adecuada para alcanzar su felicidad.

—¿Le pisaste? —soltó Mary cuando ya no las pudo oír.

—Tres veces —admitió sonriendo maléficamente—. Pero el muy insensato no entendió mi deseo y siguió bailando hasta que finalizó la dichosa música —farfulló Josh. Se agarró con ambas manos la falda del vestido y caminó hacia la entrada aplastando las losetas del suelo como si pisara cucarachas—. ¡Debí traerme una daga y haberle atravesado el corazón cuando pidió permiso a nuestros padres para sacarme a bailar! —agregó tan encolerizada que la palidez de su tez desapareció.

—Pues a mí me ha encantado bailar con ese caballero —comentó Madeleine con tono soñador. Al contrario que su melliza, ella caminaba de puntillas y movía la falda de su vestido de un lado a otro, como si continuara danzando—. Me ha enamorado la música, la belleza de la sala con los colores de los vestidos, cómo ellas los agitaban al bailar, las risas, los susurros y la sensación de libertad. ¿No os ha parecido maravilloso?

—¡No! —respondieron al unísono las dos hermanas.

Capítulo XX

El trayecto a su hogar se le hizo eterno... Mientras las mellizas no paraban de discutir sobre el primer y único baile al que habían asistido en su vida, Mary se mantuvo en silencio, con los ojos clavados en la ventana, girando, de forma involuntaria, los botones de su abrigo como si pretendiera arrancarlos. Era incapaz de eliminar de su mente el instante en el descubrió que Philip hizo llamar a su padre para que apaciguara su dolencia. Cada vez que lo revivía, más frustrada se sentía.

Desde que visitó por primera vez a un enfermo, escuchó, por parte de mucha gente, miles de ofensas hacia su persona, pero ninguna la hirió tanto como la traición del hombre de quien se había enamorado. Al oír su propia voz admitiendo tal barbaridad en su cabeza, se movió incómoda en el asiento. Ella no podía definir amor a un sentimiento basado en el deseo. Su mente aún debía permanecer en *shock* para elegir una palabra tan inapropiada. Esta volvía a equivocarse, como solía hacer desde que lo conoció. Suspiró hondo, se recostó en el asiento y cerró los ojos. La culpa de toda su demencia mental la tenía la dichosa creencia familiar. Si no se hubiera dejado llevar por absurdas falacias zingaras, aún seguiría manteniendo su apreciada racionalidad y su vida no se habría alterado hasta el punto de describir una atracción como enamoramiento.

Amor era lo que tenían sus padres. Amor era despertarse añorando a la persona que dormía a tu lado, pese a que esta aún seguía abrazándote. Amor era soñar con él, aunque tus ojos permanecieran abiertos. Amor era sentir cómo los latidos del corazón se aceleraban al verlo aproximarse. Amor era extrañar sus caricias, sus besos y su voz, sin importar cuánta gente pudiera rodearte... ¿Podía describir su dolor como la necesidad de todo ello?

Parpadeó varias veces cuando notó la humedad de sus primeras lágrimas. No podía llorar por algo irreal. Ella no añoraba sus besos, sus caricias ni siquiera anhelaba el tono de su voz. La presión que notaba en el pecho, lo que le impedía respirar, era un horrible sentimiento de traición. ¡De eso se trataba! Se sentía tan traicionada que necesitaba llegar de una vez por todas a su hogar, encerrarse en su habitación y liberar todas las lágrimas que deseaban brotar. Cuando ya no le quedara ninguna, cuando la razón regresara a ella, seguro que la mujer que una vez fue regresaría y le proporcionaría esa fuerza que había perdido para continuar la vida que se propuso antes de conocerlo.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Josephine.

—¿Sobre qué? —Muy despacio abrió los ojos y centró la mirada en su hermana.

—¡Sobre la boda! —exclamó Madeleine entusiasmada—. ¿No te ha parecido la mejor boda del año?

—No puedo contestarte a eso; si no lo recuerdas, no he tenido el honor de ser invitada a otras para hacer una justa comparación —aseveró Mary mordaz.

—Yo tampoco he asistido a ninguna y, pese a ello, creo que ha sido la más hermosa. De todas formas, tendremos que acostumbrarnos a este tipo de celebraciones, pues auguro que la próxima, aunque no será tan popular como la de Anne, será muy especial para todas nosotras —declaró Madeleine sonriendo maliciosamente.

—Si tú lo dices... —dijo antes de volver a cerrar los ojos, fingiendo que su cansancio le

impedía seguir escuchándolas.

Pero fue lo peor que pudo hacer porque en realidad sí que estaba cansada de luchar contra sus sentimientos. El suave traqueteo del carruaje y la calidez que había en el interior, la adormilaron. Mientras sus hermanas proseguían la charla, ella revivió, a través de sueños, el momento en el que lo conoció. Regresó su irritabilidad cuando los sirvientes quisieron bañarlo con agua fría para bajarle la fiebre, vio de nuevo aquel cuerpo débil esperando su ayuda. Sufrió otra vez la agonía que percibió al operarlo, al ser consciente de que la vida del titán estaba en sus manos. Sintió la calidez de su boca sobre la suya, el aliento acariciándole las mejillas, la reacción de su cuerpo cuando sucedió. Contempló aquel rostro airado durante la pelea con Wang, la calma que consiguió transmitirle teniéndolo a su lado. Su voz, el brillo que revelaban aquellos ojos azules cuando la miraba, su protección, el baile, los celos al descubrirlo bailar con una mujer que no era ella, su decisión, la predicción de Madeleine, la oscuridad de la noche iluminada por una hoguera de donde él salía para amarla, la frialdad que siempre percibió su cuerpo hasta que lo encontró...

—¡No! —gritó repentinamente.

—¡Mary! —exclamó horrorizada Madeleine—. ¿Qué te ocurre?

La más pequeña de las Moore intentó levantarse para consolarla, pero justo en ese momento el carruaje paró. Desesperada y desorientada, Mary abrió la puerta para salir sin la ayuda del cochero. Le faltaba el aire, su corazón latía tan rápido que podría salir de su pecho en cualquier instante. Corrió, pese a las voces que dieron sus hermanas para que parara, ella no pudo ni quiso frenar esa angustiada carrera. Necesitaba encerrarse en su habitación, necesitaba llorar sin testigos, necesitaba... olvidarlo.

—La llave está debajo del jarrón —comentó Josephine al observar cómo su hermana, alterada y angustiada por algo que ella no llegaba a comprender, empezó a tocar exasperada el marco derecho de la puerta.

—Por favor, mantengámonos en silencio. Es mejor que Shira no presencie este horrendo espectáculo o se lo contará a nuestra madre —indicó Madeleine, que se encontraba tan agitada como Mary.

—Shira ya está despierta —comentó la doncella al abrir la puerta—. Con los gritos que han dado, creo que toda la ciudad ha de estarlo —añadió como regañina.

Mary se colocó frente a ella, pero no la miraba. Allí no había nadie salvo ella y esa voz mental que no cesaba de repetirle incoherencias: amor, deseo, él, anhelo, alivio, decepción... En un arrebato de locura, apartó a Shira de su camino. La pobre empleada tuvo que agarrarse con fuerza a la puerta para no caerse. Josephine, asombrada y enfadada por el acto tan cruel hacia una mujer noble y querida por la familia, avanzó hacia delante, agarró a Mary por el brazo izquierdo y tiró con tanta fuerza de ella que la hizo volverse hacia la salida.

—¡Suéltame! —vociferó Mary desesperada.

—No hasta que me cuentes qué te ocurre —replicó.

—¡No me ocurre nada! —tronó antes de impulsar el brazo hacia abajo para librarse del fuerte agarre.

—Es por lord Giesler, ¿verdad? —comentó Madeleine con voz temblorosa al tiempo que se acercaba a ellas.

—¿Quién te ha dicho a ti que la culpa de mi enfado la tiene ese hombre? —preguntó, girándose hacia la pequeña de sus hermanas como si quisiera propinarle una paliza—. ¿Acaso no hay más problemas en mi mundo?

—Te ha hecho daño, percibo tu dolor —manifestó la joven consternada.

—¿Él? ¡Jamás me volvería tan estúpida para permitir que un miserable hombre me destrozara! ¿Piensas que soy tan débil como Eli? ¿O tal vez crees que puedo volverme loca como lo hizo Anne? —añadió airada.

—No. Pienso que eres Mary y que te has enamorado, pero el pesar que sientes no te deja ver la realidad —explicó dando un paso hacia ella.

Josephine se interpuso entre las dos, como experta en la lucha, sabía cuándo era el momento de actuar para evitar un asalto no deseado.

—Vete a la cama, Mary —comentó Josh con tanta tranquilidad que les resultó impropia de ella—. Seguro que cuando mañana te despiertes, el problema se habrá resuelto.

—¡Ja! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. ¡No tienes ni idea de lo que hablas! —prosiguió airada.

—Señoritas, por favor —intervino Shira, que no salía de su asombro—. Lo mejor para todas será retirarnos a descansar. Ahora mismo no son capaces de actuar con tranquilidad. Cuando llegue el nuevo día, hablarán con sus padres sobre...

—¡No hay nada de qué hablar! —tronó Mary girándose hacia las escaleras tan desesperada por huir de todo que la falda de su vestido se enredó entre sus piernas y la hizo caer de rodillas.

—¡Mary! —dijo Madeleine al acercarse a ella.

—¡No me toques! —pidió levantando su mano izquierda para evitar cualquier contacto.

Mientras tanto, Shira, perpleja por ese acto de ira, se alejó de ellas para buscar algo que, según intuyó, convenía darle en ese momento a Mary. Si no había escuchado mal, el enfrentamiento entre las tres lo generó un hombre, el mismo que había enviado un sobre para la segunda hermana de las Moore. Regresó con él en las manos y esperó a que la muchacha se levantara. Al ver que no lo hacía, se lo extendió allí mismo.

—¿Qué es esto? —gruñó.

—Es para usted, de parte de lord Giesler. Lo trajo un sirviente llamado Shals justo cuando todos partieron hacia la iglesia —explicó.

—¡No lo quiero! ¡Devuélveselo! —Después de gritar su orden, se puso las manos en el rostro y comenzó a llorar.

—Mary... —susurró Madeleine apenada al verla tan destruida.

—Yo lo abriré —dijo Josephine, cogiendo el sobre que aún seguía en las manos de Shira—. Si estás así por un hombre, averiguaré ahora mismo qué te ha hecho y lo desafiaré a un duelo.

Todas se quedaron expectantes al escuchar a la joven proclamar a viva voz aquella sentencia. Lo había dicho tan firme que ninguna dudó que lo llevaría a cabo. Con las miradas de Shira y de Madeleine clavadas en ella, Josh rasgó el sobre como si arrancara el cuello de una gallina.

—¿Qué diablos son estos papeles? —preguntó la muchacha sacando los documentos que había en el interior—. ¿Evaluaciones? ¿Cuándo las has hecho? ¿Por qué? ¿Se lo has comentado a nuestro padre? ¿Alguien de esta casa sabía que realizaste las pruebas para conseguir la licenciatura de médico?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mary, levantándose de un brinco.

Con los ojos bañados en lágrimas, las manos aún temblando y sin poder controlar su respiración, agarró los papeles a los que hacía referencia su hermana. En efecto, eran los resultados de las evaluaciones que el profesor Wang insistió en hacerle el verano pasado. Unos que, según le explicó, no superó y que destruyó para que nadie pudiera reprocharle su incapacidad. Pero la engañó.

Pasó lentamente las hojas, asegurándose de que no había ni una sola corrección. Eran tan perfectos que ni siquiera tuvo el valor de poner un número entendible para todos, sino que utilizó

un símbolo egipcio. Atónita, sin poder decir ni una sola palabra, apartó la mirada de los papeles y la dirigió hacia sus hermanas. Las dos mostraban en sus rostros la misma confusión que ella y, según dedujo, esperaban una explicación. Sin embargo, no estaba en condiciones de darla, pues ni ella sabía qué decir.

—¿Por qué te los ha envidado lord Giesler? ¿Cómo los consiguió? —preguntó al fin Josh.

—No lo sé... —murmuró Mary tan desorientada y aturdida que no podía mantenerse de pie.

—Hay una nota —apuntó Madeleine tras recogerla del suelo—. Será mejor que la leas. Quizá responda a las preguntas que te ha hecho Josh —sugirió mientras se la ofrecía—. Vamos —dijo empujando a su melliza hacia la escalera—, es mejor que Mary permanezca sola.

—Pero... pero...

—Hazme caso. Presiento que debemos marcharnos y usted debe retirarse también —se dirigió a Shira—. Dejémosla tranquila.

—¿Está segura? —preguntó la empleada sin moverse.

—Lo estoy. Os prometo a las dos que mañana Mary hallará todas las respuestas que necesita y nos contará con calma qué ha sucedido —expuso antes de coger la mano de Josh y tirar de ella escaleras arriba.

Una vez que llegó al piso superior, justo antes de girarse hacia el pasillo de la izquierda, Madeleine miró a Mary y sonrió. Horas... solo faltaban unas horas para que se convirtiera en la mujer más feliz de Londres.

Mary se sentó en el primer peldaño, colocó los documentos sobre sus rodillas y los repasó de nuevo. ¿Por qué le mintió el señor Wang? Desde que acudió a la primera clase, él siempre le mostró su apoyo. Entonces, ¿por qué le ocultó que superó la evaluación final? Sus recuerdos aparecieron sin esfuerzo, haciéndola revivir cada minuto como si hubiera ocurrido ese mismo día...

Al terminar la clase de anatomía, donde diseccionaron un cadáver con un problema de aterosclerosis, se acercó discretamente a ella y le dijo que tenían que verse en su despacho lo antes posible. Cuando todos los alumnos se marcharon, ella se dirigió hacia la oficina sin hacer ruido. Estaba tan emocionada por conocer los resultados que llegó hasta allí dando pequeños saltitos. Una vez que entró, se sentó y miró al profesor. Algo malo sucedía porque la expresión tierna y comprensiva que siempre le mostró había desaparecido... Y así fue. Lo primero que le dejó claro fue que estaba muy decepcionado porque había puesto muchas esperanzas en ella. Llorando, le preguntó dónde estaban sus evaluaciones, que deseaba llevárselas a su hogar para revisar sus errores. «Como comprenderás, he tenido que destruirlos por el bien de los dos», le respondió. Abandonó el despacho con el corazón partido en mil pedazos y sin ninguna confianza en sí misma. Al llegar a casa, se encerró en la habitación para repasar los temarios del examen. No entendía nada. Sus respuestas eran exactas a las que había en los libros. Entonces... ¿qué clase de valoración había utilizado con ella? Pese a tener las pruebas del engaño, no dudó del hombre al que siempre denominó su mentor. Al día siguiente, regresó a la universidad y Peter Wang comenzó su odiosa guerra contra ella. Cansada de todo, decidió no asistir más y seguir acompañando a su padre.

Guardó los papeles en el interior del sobre y desdobló la nota que le había escrito Philip para leerla. Las lágrimas regresaron, nublándole la visión.

«No solo por esto, cariño mío, eres digna de mi respeto y adoración».

Sin pensárselo dos veces, se levantó, se dirigió hacia la puerta, la abrió y corrió hacia el

único lugar donde quería estar.



Philip tiró la copa al interior de la chimenea. El fuego se avivó por el licor y los cristales comenzaron a crujir y a fragmentarse por la alta temperatura. Apoyó las manos sobre la celosía, metió la cabeza entre los brazos y observó las llamas. Había acabado. Su historia con Mary había finalizado incluso antes de empezar. No hizo falta que ella lo confirmara, con tan solo observar sus ojos y su rostro, descubrió el dolor de la traición. Tenía que habérselo contado durante el baile en vez de centrarse en expresar sus sentimientos, pero estaba tan abstraído con su compañía que no pensó en nada salvo en disfrutar de ese momento. Si hubiera apartado sus emociones, no padecería el dolor más mortal que un hombre podía sufrir: tristeza al perder a la mujer amada. Ahora ya era tarde para explicarle que, tras dejarla en su hogar, había visitado al señor Wang, que después marchó hacia la embajada alemana, que habló con su amigo Müller sobre las alternativas que existían para que ella se convirtiera en médico, ni la recomendación de este para que se matriculara en la Universidad de Halle [9]. Tampoco podría contarle que conversó con su administrador y que este enviaría al día siguiente una carta a su abuelo para informarle sobre su decisión de aceptar el título, ni que ambos lo visitarían después de la boda. Nada, ya no podía contarle nada...

Apartó las manos de la chimenea y clavó la mirada en la banqueta donde había permanecido desde que entró al salón. Como si ella tuviera la culpa de su fracaso, caminó hacia esta y le propinó tal patada que la hizo volar hasta el centro de la habitación.

—No deberías tratar de esa manera el mobiliario, podrías ocasionarte una fractura y no te quedaría más remedio que llamar a un médico —dijo ella desde la puerta.

—¡Mary! —gritó sorprendido—. ¿Eres real o una alucinación?

Su respiración, agitada debido a la carrera, se calmó al verlo tan apenado, como si no hubiera trotado desesperada durante más de quince minutos. La corbata y el chaleco verdes, iguales al tono de su vestido, ya no cubrían su cuerpo; los puños de la camisa presionaban sus codos y los botones de esta estaban abiertos, mostrando gran parte de su fuerte torso. ¿Cuántas veces se habría tocado el cabello? Muchas, por lo despeinado que estaba. No sabía si era sano sentirse tan orgullosa al contemplar a un hombre como él destrozado de esa manera por ella, pero si ese sentimiento de felicidad podía describirse como pecado, acababa de convertirse en la mayor pecadora del mundo. Lo miró despacio, regocijándose en esa apariencia descuidada mientras su corazón palpitaba con tanta fuerza que podría levitar y acercarse a él sin apenas esfuerzo.

—Sí, Philip, soy real —comentó dando un paso hacia delante.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué...?

—¿Por qué estoy hecha un desastre? —le interrumpió, apartándose coquetamente con la mano derecha los mechones de pelo que le ocultaban el rostro—. Porque no ha sido fácil correr hasta aquí sin despeinarme —añadió, dibujando una ligera sonrisa.

—¿Corriendo? —preguntó, dando un paso hacia ella.

Todo su cuerpo vibraba por la emoción que sentía al tenerla en su hogar, a su lado, pese a creer que la había perdido para siempre.

—El cochero pensó que su función acabó cuando nos dejó en casa. Supongo que no dedujo

que, diez minutos después, saldría de mi hogar para venir... hasta aquí —prosiguió, avanzando otra pequeña zancada hacia él.

—¿Para agradecerme el regalo? —dijo señalando con la barbilla el sobre que ella mantenía agarrado en la mano izquierda.

—Primero quiero saber por qué llamaste a mi padre. ¿Por qué no me pediste que te ayudara? —preguntó sin tomar aliento mientras daba un nuevo paso.

—No fui yo quien llamó a tu padre, sino Shals. Después de dejarte en tu hogar, me dirigí a la universidad para que el señor Wang me diera respuestas —contestó, acortando un poco más la distancia entre ellos—. Al regresar, empecé a sentir unas leves molestias y mi mayordomo se preocupó tanto que él mismo salió en su búsqueda.

—Si fue Shals, está exento de cualquier culpa. Seguro que lo hizo porque estaba muy preocupado por ti —comentó bastante sosegada—. Y, ¿las obtuviste? Me refiero a las respuestas.

Pese a que deseaba lanzarse a sus brazos al escuchar que él no había pedido ayuda a su padre, decidió retrasar un poco más ese momento. ¿No dijo su madre que las mujeres debían hacerse valer? Pues, aunque ella había aparecido en su hogar, sola y con un solo pensamiento en la cabeza, iba a retrasar todo lo que pudiera el motivo de su llegada.

—Sí —contestó sin poder apartar la mirada de ella.

—¿Y? —perseveró, abriendo la mano izquierda, dejando que el sobre se deslizara por sus dedos hasta caer al suelo.

—Me dijo que no había conocido a nadie como tú, que estaba tan obsesionado con tus resultados que se los mostró a su hijo. Los guardó desde aquel entonces en un cajón de su despacho y, después de enseñármelos, no tuvo más remedio que dármelos.

—¿Por qué lo hizo, Philip? —persistió sin moverse.

—Porque supo, por la forma de mirarlo y hablarle, que, si no quería terminar en un estado semejante al de su hijo, debía entregármelos —masculló.

—¿A qué conclusión has llegado tras descubrir mis resultados? ¿Sigues admitiendo lo que me confesaste en el baile o has cambiado de opinión?

—Eres un incordio, Mary, y tan inteligente que me das miedo, pero sé que eres la mujer que he esperado siempre. Me has robado el corazón, la cabeza y el cuerpo. Ya no me pertenece nada de lo que ves porque la dueña de todo eres tú. ¿Te parece adecuada mi declaración de amor, Mary?

—No lo sé. Es la primera vez que un hombre se atreve a hablarme de esa forma y, aunque pueda sonar arrogante, me esperaba algo más de un libertino, de un amante que ha sabido encandilar a las mujeres más frías de la aristocracia londinense —apuntó divertida.

—Ninguna de ellas logró tocarme bajo la piel.

—¿Te refieres a cuando metí mis dedos para arrancarte la fosa ilíaca? Eso fue un acto de caridad, Philip, no implicó placer... —dijo con una voz tan suave que parecía una de esas místicas sirenas seduciendo a un marinero.

—Intentaré mejorarla —dijo antes de escucharla reírse—. Eres única. Un maravilloso tesoro que he encontrado en mi vida y al que quiero proteger por y para siempre. —Un paso—. Nunca he sentido esto y te juro que me causa pavor, pues sé que, si mis sentimientos no son correspondidos, caeré en un pozo sin fondo. —Otro paso—. Anhele tu olor. Ese que dejaste impregnado en mi habitación y que, debido a tu ausencia, ha desaparecido. Te extraño todo el tiempo, aunque te encuentres cerca. Quiero y ansío tocarte continuamente. Necesito conocer tus pensamientos para anticiparme a tus deseos. Me siento derrotado cuando no te tengo y fuerte cuando te veo aparecer. Mi corazón vive y late al sentirte, al observarte, al pensar en ti... Pero si todas mis palabras no

han sido suficientes para dejarte claro mis sentimientos, voy a decirte algo que nunca ha salido por mi boca, Mary Moore Arany. Te quiero. Te quiero muchísimo y lo hago desde el primer momento en el que mis ojos te encontraron —declaró parándose frente a ella, tan cerca que podía escuchar su respiración.

—¿Y? —preguntó, alzando el rostro hasta que sus miradas se cruzaron.

—Y deseo besarte hasta que te quedes sin aliento —afirmó, extendiendo los brazos hasta que sus manos la agarraron por la cintura y la atrajeron hacia él.

Se miraron en silencio, escuchando tan solo el latir de ambos corazones. No había duda. Él era su titán rubio. El hombre de las visiones de Madeleine. El único que había despertado su sangre zingara. El hombre que la amaba por quién era. ¿Podía dejarlo marchar? ¿Deseaba que el curso de la vida continuara? ¡Sí, claro que sí! Mary levantó despacio las manos y las dirigió hacia el despeinado cabello. Como si fuera una frágil figura de cristal, fue acariciándolo, observando el placer que mostraba su rostro al hacerlo. Después, las yemas de sus dedos recorrieron sus mejillas y sus labios como si los dibujara. Seguidamente, estas bajaron por el cuello, sintiendo el calor de su piel, regocijándose al percibir el ritmo de su palpar en la vena cava superior. Finalizaron el recorrido en el pecho, para tocar con suavidad el vello del torso medio desnudo.

—¿A qué estás esperando para hacerlo? —preguntó ella con voz entrecortada por el deseo.

—¡A nada! —exclamó antes de besarla tal como deseó hacer el día que la conoció con aquel seductor camión y con unos espantosos rulos en la cabeza.

Ella se dejó besar...

Al cerrar los ojos, no sintió oscuridad, sino pequeñas luces de colores parpadeantes. Nunca imaginó que un acto tan simple, como el de presionar unos labios contra otros, pudiera hacerla sentir tanto. No quiso describirlo como una caricia, porque en realidad no lo era. A través de aquellos labios, Philip le transmitía añoranza, ternura, confianza, deseo y posesión... Cuando la acercó aún más a él, ambas sombras, dibujadas en el suelo gracias a la luz del fuego, se convirtieron en una. Jamás pensó que dos cuerpos pudieran encajar con tanta perfección, con tanta similitud. Muy despacio, extendió sus manos por el pecho de Philip, acariciando aquella piel desnuda y caliente. Un gemido. Philip le respondió a ese gesto con un profundo suspiro de placer. Fascinada por el poder que ejercía sobre él, prosiguió acariciándolo hasta que sus manos alcanzaron sus hombros por debajo de la camisa. Ese atrevido acto acarrió dos inesperadas consecuencias. La primera fue que Philip presionó con la punta de su lengua sus labios, animándolos a que se despegaran. Lo hizo. Deseosa por sentir lo mismo que cuando la besó apasionadamente en su habitación, abrió su boca. Los movimientos de aquel órgano muscular, que solo servía para la masticación, deglución de los alimentos y para articular los sonidos de la voz, realizaron en su interior una función más importante: el aumento del deseo. Notó cómo respiraba por la nariz con tanta fuerza que el aire caliente que expulsaba le hacía cosquillas allí donde impactaba. Pero en vez de retirarse, como haría cualquier inocente mujer, ella le imitó. En algún lugar entre su boca o la de él, aquellos órganos musculares se tocaron y le causaron una vorágine mental. Philip la apretó tanto que descubrió la segunda consecuencia: excitación. Él estaba tan excitado que la dureza atravesaba su ropa para alcanzar su piel. ¿Qué deseó antes de que él apareciera en su vida? No lo recordaba. La única afirmación que podía discurrir en ese momento era que lo deseaba a él. Todo lo demás había dejado de existir para ella.

—Eres... —murmuró Philip cuando Mary acarició sus brazos por debajo de la camisa.

—Soy... —dijo clavándole las uñas, como si estuviera grabando su nombre allí donde tocaba.

—Una perversa... —susurró cerrando los ojos, dejándose llevar por el maravilloso

momento.

—¿Por tocarte? —preguntó al tiempo que sus manos volvían hasta el pecho, agitado por la excitación—. Quiero hacerlo, necesito hacerlo —insistió mientras empezaba a desabrocharle los botones de la camisa.

—Mary..., voy a perder el poco control que tengo —insistió colocando su frente sobre la de ella.

—Voy a decirte una cosa que no he dicho nunca —apuntó mientras le quitaba la camisa y la arrojaba al suelo—. No me respetes, Philip. Hoy no quiero que lo hagas, así que libera de una vez ese hombre que... ¡Philip! ¿Qué haces? —espetó mientras él la cogía en brazos.

—Voy a hacer realidad todos tus deseos, Mary Moore Arany, porque la única función importante que tendré en mi vida será la de hacerte feliz —afirmó antes de atravesar el salón a grandes zancadas.

Capítulo XXI

—Bájame, por favor... —susurró, cuando llegaron al pie de la escalera, sin apartar la boca de aquel pecho desnudo y caliente—. Podrías hacerte daño y no terminaríamos la velada como hemos previsto...

Philip miró hacia la planta superior, luego a ella y emitió un profundo suspiro. De nuevo, su pequeña erudita tenía razón. Aunque en ese momento su excitación había alcanzado un punto tan álgido que le impedía pensar con claridad, debía guardar todas las fuerzas para después. Un después que esperaba desde que la conoció.

—Como desees —dijo, bajándola muy despacio.

Su cuerpo deslizándose lentamente por el suyo lo extasió hasta el punto de no ver nada frente a él salvo aquel rostro bondadoso y angelical. ¿Cómo podía el amor nublar tanto la mente de una persona? ¿O era la felicidad la que lo había dejado ciego de amor? Fuera el motivo que fuese, quería que cada día de su vida ocurriera aquel milagro: ella a su lado, aceptando su amor incondicional. Una vez que Mary pisó el suelo, sus manos acunaron el bello semblante para observarlo y deleitarse con el sonrojo erótico que exhibía.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido... —aseguró antes de besarla de nuevo.

Mary enloqueció con el beso, fue cálido y tierno, sus piernas comenzaron a temblar y la parte más baja de su vientre se encogió más y más hasta que sintió unas punzadas de dolor tan intensas que la irritaron. Ya no había dudas, la certeza estaba escrita en su propia piel: era una Arany de la cabeza a los pies. Debería sentirse contrariada por el descubrimiento, pero no fue así. Era la primera vez que su verdadera esencia brotaba y le mostraba el camino correcto.

—¿Tienes dudas? —preguntó Philip al retirar su boca de la de ella y contemplarla con los ojos entornados.

—No —aseveró Mary dibujando una enorme sonrisa—. Ninguna.

Al escuchar las palabras que deseaba oír de aquella gloriosa boca, no se demoró ni un segundo más. La cogió de la mano y tiró de ella hacia la primera planta, hacia su habitación, hacia el único lugar de la casa en el que quería estar con ella.

Mientras, escondido tras una esquina igual que un hábil ladrón, Shals sonreía orgulloso y se frotaba las manos. ¡Ya tenían señora! Y no una cualquiera, como pensaron en varias ocasiones. Gracias a Dios, el amo había encontrado a la única mujer que podría hacerlo feliz...

Mary se detuvo frente a la puerta de la habitación, Philip la abrió y la empujó con la punta de los dedos de su mano derecha. Su corazón vibraba acelerado, todo su cuerpo se disponía a entregarse, a declararle que le pertenecía. Sin embargo, ¿estaría preparada para un paso tan importante? ¿Sería el amor lo que la había llevado hasta él? ¿O solo el deseo de tener a un hombre que la respetaba y la valoraba por ser quién era? Con miles de ideas bullendo en su cabeza, caminó despacio hacia el interior de la habitación, observándola como si fuera la primera vez. El aliento caliente de Philip le acariciaba la nuca en cada paso que ella daba, animándola a continuar. Miró la cama, luego la chimenea, encendida y avivada por algún fiel sirviente, y se dirigió hacia ella.

—Puedo esperar —comentó él colocando las manos sobre sus hombros, intentando apaciguar cualquier duda que hubiera aparecido en su mente mientras subían.

—Lo sé —dijo sin apartar los ojos del fuego, idéntico al de sus sueños. El mismo color de las llamas, la misma sensación de tranquilidad, de seguridad. Entonces, ¿por qué no paraba de temblar?

—Tengo bastante con saber que has venido a mí, que quieres permanecer a mi lado. No habrá tiempo entre nosotros —aseguró después de darle un beso en el cuello y hacer que su vello se erizara con el leve contacto.

—Sí, he venido... —murmuró a través de un profundo suspiro. Cerró los ojos e inclinó suavemente la cabeza hacia atrás—. Cuando leí tu nota, tuve la certeza de que nadie salvo tú podría entenderme y quererme como soy. Sin contar a mi padre, claro —añadió dibujando una leve sonrisa.

—Lo haré siempre... —aseguró con un tono dulce que la hizo inspirar hondo.

—Quiero advertirte que no soy como todas las mujeres que has tenido hasta ahora.

—No me acuerdo de ninguna, Mary. Nadie ha sido tan importante como tú lo eres para mí. —Tras su confesión, la abrazó, atrayéndola más a él.

—No soy romántica sino práctica —confesó—. Veo la vida de una forma diferente a los demás. Sé que el corazón late porque ha de hacerlo para poder vivir; que la sangre no hierve, sino que aumenta considerablemente la temperatura porque hay una infección en ella; que sudamos porque nuestro cuerpo reacciona de ese modo al realizar un sobreesfuerzo y que...

—Cariño, te prometo que estaré atento a todas esas reacciones médicas —comentó divertido sin dejar de apretarla.

—Y, a pesar de eso, ¿crees que nuestra relación puede funcionar? —preguntó confusa y girándose hacia él.

—Funcionará, porque lograré que ese corazón lata no solo para sobrevivir, sino también por mí. Haré que tu piel sude, cuando te insinúe lo que haré contigo cuanto estemos solos y, como consecuencia de ello, tu sangre hervirá sin necesidad de enfermar.

—¿Estás seguro? —insistió, mirándolo con una devoción tan impropia en ella que ese corazón que palpitaba para mantenerla con vida se petrificó.

—Sí. —Colocó las manos sobre el cabello para despojarla de las horquillas y dejar libre su bonita y larga mata de pelo—. Y tú, ¿estás segura de que soy merecedor de tu amor?

—Sí —contestó sin dudarle un segundo—. Pero quiero confesarte que jamás he... que serás el primero en...

La volvió a besar sin permitirle explicar lo que él ya sabía.

El olor de Philip la llenó mientras los labios fuertes y suaves la envolvían. Esta vez no necesitó sentir la presión de la lengua para abrir su boca, lo hizo para recibirlo y se quedó atónita al oír su propio gemido cuando el beso se intensificó. Mientras él le acariciaba los brazos, el cabello, el rostro y el cuello, ella hacía lo propio en su pecho fuerte y desnudo. No hubo timidez ni pudor, pese a que era la primera vez que se entregaba en cuerpo y alma a un hombre. Ahora comprendía por qué las mujeres se convertían en amantes. ¿Cómo iban a actuar con sensatez cuando eran besadas y acariciadas de esa forma?

—Cuando te vi en lo alto de la escalera —empezó a decir Philip al tiempo que desabrochaba el primer botón del vestido—, te describí como una bruja... —Su voz aterciopelada, sensual, acariciaba el cuello de Mary al hablar—. Luego admití que una bruja era una descripción demasiado simple para ti...

—Medusa —comentó Mary cerrando los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás para seguir sintiendo el calor de la respiración de Philip en su piel.

—Sí. —Sonrió—. Mi Medusa...

El vestido se deslizó por el cuerpo de Mary hasta que Philip apreció cómo el corsé le apretaba tanto el torso que alzaba de manera descarada y pecaminosa sus bonitos pechos. Aquella prenda del diablo desaparecería pronto de su cuerpo, al igual que los pololos y las medias de seda.

—Aquel día me dejaste sin aliento, Mary... —Sus dedos desataron con habilidad el lazo del corsé. Una vez abierto, lo lanzó hacia algún lugar de su habitación de manera despreocupada. Luego se arrodilló para hacer lo propio con los pololos—. Y repetiría mil veces ese día, moriría mil veces más por encontrarte —añadió al levantarse. Después de mirarla, inclinó la cabeza para inspirar la fragancia que ella desprendía entre sus senos.

El olor dulce de Mary, sin aderezos, emergió y lo excitó tanto que su erección se hizo terriblemente dolorosa... Tal como imaginó, era femenino, hipnótico y tan suave como tocar una nube con la punta de los dedos. Con sumo cuidado, porque el temblor de ella se hizo notable, sus grandes manos se posaron sobre los pechos, abarcándolos, llenándolos, acostumbrándolos a su tacto. Estuvo a punto de arrodillarse ante ella y ponerse a llorar como un joven inexperto. Si alguna vez pensó que tocarla sería maravilloso, erró, pues esa palabra no definía la reacción de su cuerpo por y para ella.

—Según tengo entendido, es aconsejable estar desnudos para practicar el coito —comentó Mary, al sentir cómo la desesperación empezaba a incomodarla.

—Uno —dijo cogiéndola de la cintura y transportándola hasta los pies de la cama—, lo que vamos a hacer nunca, nunca, debes llamarlo coito, sino hacer el amor. —La depositó despacio sobre el mullido colchón y acalló cualquier réplica posando sus labios sobre los de ella—. Dos —continuó al separarse—, se puede hacer con ropa o sin ella, pero me gustaría que nuestra primera vez nada cubriese tu cuerpo. Quiero admirarlo, venerarlo hasta que no sea capaz de pensar en nada salvo en desnudarte de nuevo. —Muy despacio, la hizo sentarse. Él se arrodilló y, sin apartar la mirada de ella, cogió un zapato, se lo quitó y le besó el empeine. Luego hizo lo mismo con el otro. Mary movió los dedos de los pies, como si se le hubieran quedado dormidos. Philip sonrió ante el pequeño acto infantil—. El romanticismo, mi querida señorita Moore, comienza con la devoción hacia la persona que está a tu lado y, por si no te has dado cuenta, aquí estás solo tú.

—A tu lado... —murmuró ella sin poder apartar los ojos de él.

—Siempre —admitió, acariciando ambas piernas con lentitud y suavidad—. ¿Lo vas comprendiendo? —preguntó cuando sus dedos alcanzaron los ligeros. Con calma, mientras sus manos arrastraban las medias de seda, él besaba su piel desnuda.

—Y, ¿cuándo se supone que haremos el amor? —preguntó extasiada.

Colocó ambas manos sobre el colchón para sentir algo de sujeción, pues su cuerpo se debilitó tanto que no podía sostenerse ni aun estando sentada.

—Eso es el final, cariño —respondió Philip separándole despacio los muslos—. Primero tienes que alcanzar el paraíso. Para conseguirlo necesito que te relajes... —le pidió justo cuando la mano derecha se colocó sobre su sexo, húmedo, caliente y necesitado por él.

—¡Philip! —exclamó sobresaltada.

—Shhhh... —dijo antes de cogerle los tobillos para acomodar las plantas de sus pies sobre el colchón—. Déjame disfrutar de ti...

Miró. No sabía cuánto tiempo lo estuvo haciendo, pero le resultó incapaz de apartar los ojos de aquel lugar tan íntimo y virginal. Por suerte para él, ella le otorgaba el privilegio de ser el primero en averiguar su sabor, darle placer, poseerla hasta que gritara que era suya...

—¿Eso...? ¿Eso...? ¡Philip! —gritó cuando aquellos gloriosos labios rozaron ansiosos su

sexo. Se agarró a la colcha, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. ¿Qué era eso? ¿Entre sus piernas? ¿Eso se podía hacer con la lengua? ¡Y ella pensando que era un músculo sin importancia! ¿Por qué le abría la...?—. ¡Oh, sí! —exclamó y se olvidó de pensar.

La habitación se iluminó con millones de pequeñas luces de colores cuando Philip recorrió con la lengua sus anchos y mojados labios vaginales, llenándose de la esencia que ella desprendía debido a su excitación. Su sabor lo llenó de lujuria, de necesidad, de brutalidad. Sus grandes manos se acomodaron bajo sus glúteos, sujetándola para que no se moviera ni se retirara de él. Sus dedos, hasta ahora enredados en la colcha, se encresparon, como si quisieran arañar la tela cuando aquel perverso órgano muscular alcanzó su clítoris. ¡Qué Morgana cuidara el alma del gran investigador Mateo Realdo por diseccionar uno y convertirlo en un importantísimo tema de Anatomía! Pero Philip no había asistido a ninguna clase para ser tan habilidoso... Estuvo a punto de padecer un ataque de celos cuando las contracciones vaginales se hicieron tan intensas que fue incapaz de respirar pausadamente. Se mordió los labios, los apretó, sus mejillas ardieron, sus párpados se abrieron y se cerraron. Quería saltar de la cama, gritar, correr desnuda por la casa, pero siempre de la mano del hombre que la estaba llevando a una placentera muerte con la boca.

¿Todo eso se hacía antes de la cópula? Pues que Morgana se apiadara de ella, ya no quería noches tranquilas, donde un anciano esposo durmiera en la habitación contigua mientras ella estudiaba un nuevo ensayo. ¡Ahora quería a Philip en su cama! ¡Todas las noches, todos los días, toda su vida!

Justo cuando estaba suplicándole a Morgana que olvidara todo aquello que le pidió antes de conocerlo, Philip colocó la punta de la lengua en el clítoris y lo estimuló de tal forma que estuvo a punto de ponerse a llorar.

—¡Philip! —exclamó desesperada, contrayendo todos los músculos que pudo controlar en ese momento.

—¡Lo quiero, preciosa! —respondió él, apartándose lo suficiente para observar maravillado el éxtasis de su mujer.

Cuando la notó al borde, casi a punto de saltar al abismo del placer, su boca se acercó de nuevo a esa zona erecta femenina e hizo que su lengua jugueteara sin parar al tiempo que le metía un dedo en la vagina para que el gozo aumentara. Pero Mary seguía estancada, no llegaba. Con rapidez, tomó la decisión de masturbarla con dos dedos. ¡Por supuesto que ella requería de dos! Su mujer no era como las demás: tímida, ligera, débil pese a ser virgen. Ella era la mujer más poderosa que había conocido y, por suerte, podría albergarlo sin miedos, sin temores.

—¡Philip! ¡Philip! —tronó, retorciéndose como si la hubiera poseído un alma endiablada. Gritó con una voz que no era suya, evocándolo como nadie lo había llamado.

—¿Quieres más, cariño? ¿O piensas que es suficiente para tu primer día? —preguntó sin dejar de darle placer.

—Sí, por favor —sollozó—. Lo necesito, lo quiero, lo deseo...

La complació con su boca, con sus dedos, con su aliento, con su lengua, con sus dientes... Todo lo que ella deseó, lo obtuvo.

Después de culminar, su cuerpo se relajó tras el inmenso esfuerzo de tocar el cielo e intentó apaciguar su respiración. No pudo. No fue capaz de hacer nada salvo pensar en el éxtasis que había alcanzado. Su cuerpo tenía vida y él se la había proporcionado. Nunca se había sentido tan despierta, tan lúcida, tan hábil físicamente. Su corazón latía como si hubiera corrido detrás de un galgo, pero no estaba cansada, sino dispuesta a seguir. ¿Qué se comentaba después de un momento así? ¿Debía darle las gracias?

—Es... Ha... No... —intentó decir al notar que Philip se alejaba.

No podía verlo con claridad. Su vista aún seguía nublada por la pasión.

—¿Qué, Mary? ¿Qué quieres decirme? —preguntó sin poder borrar la sonrisa de satisfacción de su rostro.

No pudo responder, por su boca no salieron palabras al verlo desnudarse de aquella forma tan sensual, sino pequeños sollozos. Tiempo atrás, pensó que era como el gran jefe de una tribu y que las mujeres de dicho clan prehistórico alzarían las caderas para que engendrara machos tan fuertes y vigorosos como él. ¡Pues las mataría a todas! Ella era la única a la que Philip podría fecundar, pues tenía pleno derecho al haberle salvado la vida. Y por quererlo... a su manera. Celosa por las mujeres pasadas y por las que él rechazaría en un futuro, se incorporó hacia delante hasta sentarse de nuevo. Los ojos de Philip brillaban por la pasión y el deseo, los suyos..., también. Cuando se colocó frente a ella, extendió las manos hacia su vientre y acarició la marca de la operación con la punta de los dedos. Él inclinó la cabeza hacia atrás, suspiró hondo y espiró emitiendo un gemido. Sin apartar la mirada de él, encaminó sus manos hacia la erección. Era como la noche y el día. Quizás esa fuera la razón por la que su madre se enfadó tanto... Ninguna mujer virtuosa debía observar el sexo de un hombre sin haber un matrimonio de por medio, pero ella no era una mujer casta, le quedaban pocos minutos para transformarse en una gran pecadora.

—¿Quieres tocarme? —preguntó Philip sin apenas voz, como si alguien se la hubiera arrancado de cuajo.

Mary no respondió. Abrió la mano derecha, la colocó alrededor de su miembro y lo acarició con mucho cuidado. Por el profundo gemido que expulsó su boca y por el grosor de sus venas, comprendió que estaba tan excitado que podía segregarse en cualquier momento. Entonces, su mente, hasta ahora abstraída de toda racionalidad, le envió una información coherente, pero la rechazó de inmediato. Tenía algo más de veinticinco años, aquel hombre la adoraba, ella lo adoraba a él y ambos deseaban mantener un acuerdo... ¿Por qué no lanzarse a una aventura?

—Mary... —susurró apartándole la mano de su sexo. Muy lentamente, la alzó junto con la otra para quitarle la camisola por la cabeza. El movimiento de su cabello y cómo este acariciaba su piel lo estimularon más—, no haré nada que no quieras —dijo como si leyera su mente.

—Lo quiero, Philip —admitió ella, echándose despacio hacia atrás—. Pero antes de entrar, antes de que este vínculo que nos una se haga inquebrantable, necesito que seas consciente de lo que puede suceder entre nosotros porque no he tomado medidas para...

—No las quiero. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente—. Ni las querré hasta que tú lo decidas.

—Entonces... continúa —lo animó, dirigiéndole una mirada de complicidad y seducción.

—¿Tus conocimientos médicos te han informado sobre lo que sentirás la primera vez? Porque puedo causarte cierto dolor que amainará en las siguientes...

—Shhhh. —Lo hizo callar posando un dedo sobre sus labios—. Sé lo que va a suceder una vez que entres en mí.

—¿Y? —preguntó, sonriéndole, acomodándose sobre su cuerpo.

—Y estoy preparada —aseguró antes de posar sus dedos sobre su firme cuello.

Pero no actuó como ella esperaba. Philip no colocó su cadera sobre la de ella para empezar el acto de penetración, sino que su boca fue besando cada zona de piel desnuda que encontró a su paso.

La sangre latía en los oídos de Philip y se agolpaba en su miembro, aportándole tal dureza y rigidez que terminaría eyaculando sin introducirse en su interior. Pero quería derribar la barrera del antirromanticismo que se había marcado Mary y demostrarle que eso mismo encontraría entre los dos. Dado su historial con los hombres y su visión del mundo, sabía que le costaría mucho

lograr algo con lo que muchas mujeres habían nacido, pero era un buen reto para empezar: conseguir que Mary lo amara tanto que le dijera las dos palabras más hermosas del mundo.

Pensando en la sensación que albergaría cuando la escuchara, abrió la boca para capturar uno de los pezones de sus maravillosos pechos. Lo chupó, lo paladeó y lo mordió hasta que la escuchó gritar su nombre con fuerza. Luego hizo lo propio con el otro, sintió sus gloriosas piernas tocándole la espalda, invitándolo a unirse a ella, pero no quería correr, el tiempo no importaba... Quería que, cuando recordara su primera vez, sus mejillas se sonrojaran, que sus ojos brillaran y su vello se erizara. Ese era el comienzo entre ellos. Mary debía acostumbrarse a ser tocada, amada, adorada por el único hombre que la amaba por su carácter, por ser fiel a sus principios, por ser pura. Quería que borrara de su mente cualquier nombre o situación que le aportara malos recuerdos y que se centrara en él, el único que estaría dispuesto a dar su vida por ella.

—Philip... —susurró al notar una de las grandes y calientes manos acariciando de nuevo su sexo, palpando su humedad, deslizándose, resbalándose dentro de ella y extasiándola. La excitación era hermosa, comprendió, porque el hombre que la tocaba la trataba con el mismo fervor que a una diosa—. Philip... —repitió cerrando los ojos, enredando los largos cabellos rubios entre sus dedos.

Él, complaciente, se movió sobre ella hasta que su erección tembló al notar el lugar por donde debía acceder. Alzó el rostro y la miró, se deleitó en la visión de su mujer, en la pasión que mostraba aquel maravilloso semblante enrojecido por el deseo, y la besó mientras se introducía en ella, con todo el cuidado que le permitió su propia excitación. Su boca era tan cálida, suave y húmeda como su sexo. Su lengua se resbalaba por el interior de su boca al igual que su sexo dentro de la vagina. Mary y Philip, Moore y Giesler, mujer y hombre, por y para siempre...

—Philip... —baluceó abriendo los ojos, observándolo con amor; el corazón estuvo a punto de salirse por la boca al nombrarlo.

—Mary, amor mío, te quiero —dijo con los labios tan cerca de los de ella que la besó sin hacerlo.

Escuchando tan solo los jadeos de ambos, se introdujo un poco más.

Prieta, caliente, rodeándolo, acogiéndolo...

—¡Philip! —gritó cuando la posesión se llevó a cabo y notó cómo se quebraba por dentro. Apretó las uñas en los hombros, echó la cabeza hacia atrás y elevó las caderas—. ¡Sigue! —lo animó al notar que habían cesado sus acometidas por temor a hacerle daño—. ¡Quiero sentirte dentro!

—Lo estoy —le aseguró. Sacó despacio el sexo, mojado no solo por la humedad de la excitación de Mary, y lo adentró con fuerza; ambas caderas se encajaron como las piezas de un puzle—. ¡Eres mía, cariño! —gritó fuera de control—. ¡Eres mía, Mary! ¡Solo mía! —añadió sin dejar de entrar y salir de ella, escuchando su nombre y la mezcla de sus gemidos.

—Para siempre... —susurró ella al oído.

Y culminó. Ese acto de amor, de pasión y de posesión, anhelado por los dos, finalizó al él eyacular. Ni los escalofríos que sintió ni los zarandeos que el placer provocó le hicieron salir de ella. No. No podía ni quería alejarse por si aquello era un sueño. La miró, anonadado, incapaz de apartar los ojos del rostro de su amada. Quería observar si los suyos expresaban la misma felicidad, si estaban tan complacidos, tan llenos de amor...

—Te quiero —dijo antes de besarle la nariz.

—Lo sé —contestó, acariciándole el cabello y el rostro—. Y te prometo que yo siento...

—No hace falta que prometas nada —apuntó. Se tumbó a su lado, la atrajo hacia él y la abrazó—. Sé que algún día lo harás.

—Estoy aquí, a tu lado... —Se giró hacia él y lo miró con tanto cariño que el corazón se le encogió. ¿Por qué no podía decirle aquello que esperaba? ¿No había ido a su casa y se había entregado? Entonces... ¿por qué sus labios se apretaban cuando intentaba hacerlo? Tal vez porque la vida le había demostrado que las palabras se olvidaban, pero que los hechos perduraban. Y eso era lo que ella le ofrecería el resto de su vida. Hechos, mil hechos de amor y adoración por él.

—Es más de lo que podía desear... —indicó besándola de nuevo.

—Gracias por aceptarme sin restricciones —expresó cuando apoyó su cabeza en el torso, agitado por la respiración.

—Mary...

—¿Mmm...? —preguntó mientras acariciaba con la punta de los dedos el pecho de Philip.

—¿Cuál ha sido tu mayor deseo? —Su mano izquierda comenzó a vagar por la espalda de forma tranquila, serena.

—¿Antes o después de conocerte? —espetó alzando el rostro, mostrándole una sonrisa que lo dejó sin aliento.

—En ambas situaciones —admitió. Se inclinó y besó con ternura aquellos labios hinchados por la pasión vivida.

—Siempre quise convertirme en médico, pero eso ya lo sabes. Después de encontrarte, mi único deseo fue matarte, luego revivirte y a continuación... llevarte a la cama —expuso tras posar de nuevo su mejilla derecha sobre el firme busto.

—Te he dicho que voy a vivir solo para complacerte —le aseguró—. Y me gustaría cumplir tu primer sueño, pues el segundo acabamos de hacerlo realidad.

—No puedes hacer nada —dijo sin mirarlo. No quería que él descubriera la sombra de la tristeza que acababa de aparecer en sus ojos. Tampoco deseó que se sintiera culpable por no lograr un imposible. Las promesas se hacían, pero en muy pocas ocasiones se cumplían.

—Sí que puedo —apuntó levantándose y haciendo que ella lo imitara. Le agarró las manos, se las llevó hacia la boca y se las besó—. Puedes convertirte en un médico licenciado una vez que nos casemos.

—¿Casarnos? —soltó confusa. Intentó apartarse, pero él se lo impidió—. ¡No quiero obligarte a nada, Philip! Podemos ser amantes.

—¿Amantes? —tronó él tan desconcertado que se quedó sin aliento—. ¿Cómo puedes pensar algo así, Mary? ¡Te quiero!

Se quedó mirándolo, sorprendida al observar su desesperación y confusa al comprender que lo decía en serio. Pero... ¿estaba lista para casarse? Era un paso muy importante y decisivo, incluso mucho más que el de entregarle la virginidad. Anne conoció a su marido sin ella y Elizabeth...

—Hablé con un amigo de la embajada alemana —empezó a decir para romper el silencio incómodo que se creó entre ellos—. Me explicó que hay una universidad en Alemania que admiten mujeres y que...

—¿Cuándo? —preguntó, apoyando las rodillas sobre el colchón.

—El mismo día que conversé con Wang. Él fue quien me sugirió que debías salir de esta ciudad para hacer realidad tus sueños —explicó sin dejar de mirarla.

—Pero... ¿salir de aquí? ¿Abandonar a mi familia? ¿Casarme contigo? —dijo sin apenas respirar, acariciándose el cabello con desesperación.

—¿No quieres casarte conmigo? —preguntó sin apenas voz.

—Pretendía comenzar una relación, Philip. No sabemos si seremos capaces de...

—¡Lo seremos! —exclamó abalanzándose hacia ella, aferrándola a su cuerpo como si

volvieran a ser uno y aportándole la tranquilidad que necesitaba—. ¡Sé que lo conseguiremos!

—Pero nunca soñé con una boda... —susurró—. Nunca lo vi posible... No soportaré las miradas, los comentarios, los nervios de mi madre, las pruebas del vestido, la ceremonia... —Su agobio aumentó al enumerar todo aquello que había vivido Anne durante las dos últimas semanas.

—En ese caso, solo nos queda una alternativa —indicó él, retirándose lo suficiente como para acoger aquel rostro entre sus manos.

—¿Cuál?

—Si lo que te preocupa es todo lo que padecerás hasta que consiga hacerte mi esposa, hay una opción más rápida y menos peligrosa para mí, por si al final decides huir de mi lado —expuso con tono burlón.

—¿Estás seguro de lo que me pides? —insistió—. Sabes que es un paso muy importante para...

—Mary, eres la única mujer que quiero a mi lado. Te necesito tanto como el aire que respiro —declaró solemne.

—Me resulta tan extraño convertirme en alguien tan importante para una persona —admitió, agachando despacio el rostro, pero Philip se lo levantó hasta que ambas miradas se cruzaron y ella pudo contemplar su felicidad que, aunque le costara asumirlo aún, era la misma que la suya—. ¿Qué estás pensando hacer?

—Tus padres partirán hoy hacia Lonely, ¿verdad? —Ella asintió—. Bien, pues cuando regresen, se llevarán la grata sorpresa de que nos hemos casado en Gretna Green.

—¿Quieres que nos escapemos como hicieron mis padres? —Sus ojos se abrieron como platos y su corazón latió con rapidez.

A su madre le daría un síncope, su padre no dejaría de sonreír y sus hermanas... Bueno, sus hermanas la comprenderían.

—Solo si me aceptas —respondió acercando su boca a la de ella—. ¿Quieres ser mi esposa, Mary Moore Arany?

—¿Y dejar atrás la humillación que he soportado en esta ciudad, las disputas sobre mi incapacidad mental y los cotilleos malignos, para obtener una vida nueva, convertirme en un médico en tierras alemanas y someterme a un marido que, pese a respetarme y quererme, convertirá mis noches en una pesadilla sexual? ¡Sí! ¡Claro que quiero casarme contigo, Philip! —gritó antes de lanzarse hacia su boca.

Capítulo XXII

Un par de horas más tarde, los dos viajaban abrazados en uno de los carruajes de Philip rumbo a su hogar. Mientras observaba la bolsa que Shals le preparó en menos de diez minutos, meditó sobre todo lo que le había sucedido desde que lo conoció. No encontró nada que la hiciese dudar sobre su decisión, al contrario, se hallaba feliz, ilusionada y satisfecha. Apretó su mano izquierda sobre el abrigo de Philip y lo miró. Como siempre, él le devolvió la mirada añadiendo a ese gesto amoroso una sonrisa tan tierna que le paralizó el corazón. Su marido... En algo más de un día, el hombre que había luchado por alcanzar su amor se convertiría en su esposo y ella, en una mujer casada, una mujer unida a él para siempre. Esa visión la hizo estremecer. Meses atrás, ni siquiera pensó que eso fuera posible. Jamás sospechó, cuando discutía con sus hermanas sobre los sueños de estas, que viviría la vida que ellas anhelaban. Había dado por sentado que no existiría nadie que pudiera amarla sin hacerle cambiar sus pensamientos, su comportamiento o su visión de la vida. ¿Cómo iba a existir un hombre, género al que odiaba con todas sus fuerzas, que la comprendiera y la amara sin intentar cambiarla? Pero se equivocó, porque sí existía y lo había encontrado. O más bien, él la encontró aquel día cuando, después de maldecir la decisión que tomó su madre de levantarla temprano en todos los idiomas que había aprendido, salió de su habitación en camión, con los horribles rulos que Shira enredó en su cabeza, rascándose el trasero mientras bostezaba. ¿Cómo podía llamar Philip aquel momento como el más maravilloso de su vida? Si hubiera estado en su pellejo, sin duda alguna habría salido corriendo sin mirar atrás.

Mary sonrió al comprender que el amor podía cegar a las personas. Solo esperaba que, con el paso de los años, cuando convivieran día tras día o discutieran por alguna decisión importante, siguiera mirándola de ese modo.

—Si estás pensando en escapar de mí, te advierto que no lo conseguirás —comentó Philip levantando muy despacio el rostro de Mary con el dedo índice de su mano derecha hasta que volvieron a cruzar sus miradas—. No habrá ventana o puerta que no vigile mientras estás en el interior.

—No pienso huir de ti —respondió con una gran sonrisa—. Ya no...

—Eso me tranquiliza, no me gustaría que todo Londres rumoreara sobre el horrible secuestro de una de las hijas del doctor Moore. Por si aún no lo sabes, hay gente que no aprueba mi comportamiento en ciertas situaciones —dijo antes de apartarle de la cara los mechones que no había podido recoger en el rápido peinado y darle un tierno beso en los labios.

—Seguro que muchas mujeres describirían ese secuestro como romántico —apuntó mordaz al recordarlo bailar con una joven.

—Pero la única a la que quiero secuestrar lo encontraría ofensivo, pues pensaría que no respeto su decisión —expuso, observando cierto rubor en las mejillas de Mary—. ¿Por qué te has sonrojado? ¿Quieres que te secuestre? Sabes que lo haría con mucho gusto...

—No —contestó, agachando levemente la mirada y quitándole una pelusa inexistente al abrigo de Philip—. Acabo de recordar algo que me ha enojado...

—¿Por mi parte? —preguntó, moviéndose en el asiento para mirarla mejor—. ¿He hecho algo que te ha desagradado? Si es así, te pido mil perdones.

—Bailar —respondió sin apartar los ojos de los botones.

—¿Bailar? —Extendió ambas manos hacia el rostro de ella y se lo alzó despacio.

—La otra noche, en la fiesta, te vi bailando con una joven rubia. —Al escucharla y entender que el motivo de aquel leve sonrojo se debía a la aparición de un sentimiento tan inesperado en ella como los celos, soltó una carcajada—. ¿Por qué te ríes de mí?

—¡Oh, Mary, cariño! —dijo acercando de nuevo su boca a la de ella—. Te prometo que no tuve más remedio que hacerlo. —Mary levantó una ceja en señal de pregunta y continuó—: Fui a buscarte. No me pareció correcto que mientras yo permanecía en el salón oyendo conversaciones carentes de sentido para mí, tú continuaras escondida en aquel balcón. Pero en mitad del camino me encontré con lord Anson y, después de pedirme opinión sobre la compra de uno de los almacenes que hay en el muelle, me empujó, con hábiles palabras, a bailar con su hija la siguiente pieza.

—Y aceptaste —masculló Mary.

—Por obligación, cariño. Pero te prometo que ni la miré, pues mis ojos seguían fijos en la única mujer que me interesaba de la fiesta —expresó, acariciándole con los pulgares las mejillas—. Cuando el baile terminó, la acompañé hasta Anson y fui a buscarte.

—Una actuación muy cortés por tu parte —continuó con tono mordaz.

—Es el comportamiento que se espera de un futuro barón. Si nadie de esta ciudad hubiera descubierto mi verdadera identidad, seguiría siendo Giesler, un exagente de Scotland Yard y el amigo de Logan Bennett.

—Y, ¿quién difundió ese secreto? —preguntó Mary intrigada.

—Mi hermana —declaró antes de resoplar—. Valeria no ha parado de insistir en el tema desde que su marido averiguó que mi abuelo aún seguía vivo y que había una posibilidad de que el legado de nuestro padre perdurara en nosotros. Pero siempre he rechazado esa herencia hasta que te conocí...

—¿La aceptarás por mí? —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Solo por ti —manifestó antes de darle un beso tan apasionado que se le encogieron los dedos de los pies.

El corazón se le aceleró. Mary no sabía si era por aquella confesión, por apaciguar esos absurdos celos o porque, en realidad, tal como le aseguró en la habitación, lograba que su órgano vital no latiera solo por sobrevivir, sino también por tenerlo cerca.

—Puedes acompañarme —le sugirió cuando sus labios se separaron—. Así comprobarás que no quiero escaparme de ti.

—¿Y cómo reaccionarán tus sirvientes al vernos aparecer juntos a estas horas de la madrugada? —soltó asombrado por la determinación de Mary.

Aunque Shals no cesó de llorar de alegría mientras preparaba su equipaje, los empleados del señor Moore podrían actuar de otra forma, tal vez hasta lucharían para que ella no saliera de allí; si lo hacían, él utilizaría su fuerza bruta para llevar a cabo el nombrado secuestro.

—La única que podría descubrirnos sería Shira, que tiene el oído tan fino como el de una lechuza, pero estoy convencida de que, después de lo que ocurrió con mis hermanas al regresar de la fiesta y tras preparar el equipaje de la familia, estará tan agotada que no saldrá de la cama hasta el mediodía.

—No deseo causarte ningún... —intentó decirle.

—No haremos nada malo, Philip —dijo poniéndole un dedo sobre sus labios para hacerlo callar—. Apenas notarán nuestra presencia. Subiré a mi habitación, cogeré un par de mudas y bajaré rauda.

—Y, ¿cómo entrarás? —quiso saber al tiempo que el carruaje estacionaba frente a la residencia Moore—. ¿Tregarás por el muro como un vigoroso amante?

—¿Lo has hecho alguna vez? —espetó, entornando los ojos.

—No —respondió con rotundidad.

—Yo tampoco —resopló tranquila—. Te prometo que no tendré que escalar ni poner en peligro mi vida para acceder al interior de mi casa. Mi madre guarda una llave bajo el jarrón gris de la entrada. Como ya supondrás, requieren la presencia de mi padre a todas horas, muchas veces regresa bastante tarde y ella no quiere que moleste a ninguna de nuestras empleadas. Aunque creo que jamás ha tenido que usarla porque mi madre siempre lo espera. Según dice, no puede conciliar el sueño si no está su marido a su lado —explicó sorprendida de entender, por una vez en su vida, la desesperación que padecía su madre por su padre. ¿Quién podría conciliar el sueño con la incertidumbre de no saber qué podría sucederle a la persona amada?

—Auguro que a mí me sucederá lo mismo... —declaró Philip antes de abrir la puerta, impaciente por ver a Mary de nuevo junto a él y poner rumbo hacia Gretna Green.

Aceptó la mano que él le ofreció para ayudarla a bajar y no la retiró hasta que llegaron a la entrada principal. Con los ojos de Philip clavados en ella, levantó el jarrón, cogió la llave y, tan lenta como pudo, abrió la puerta. Como dedujo, nadie del servicio se había levantado y sus padres habrían partido junto con las mellizas hacia Lonely. Pese a la determinación que había tomado, la embargó cierta tristeza al ser consciente de que su familia no estaría a su lado en un día tan importante para ella. Antes de entrar a su hogar, pensó que casarse en Gretna Green era una buena idea, pues así se ahorraría padecer todo aquello que sufrió Anne, pero después de entrar, de inspirar el perfume que caracterizaba a las personas que tanto amaba, la fortaleza que había tenido desapareció de repente. ¿Cómo reaccionaría su padre cuando le diera la noticia? ¿La odiaría por no permitirle acompañarla del brazo, como hizo con su hermana? ¿O la apoyaría, pues él actuó de la misma forma con su madre?

La imagen de su padre acompañando a Anne hasta el altar apareció en su mente. Se perdería verlo tan guapo y sonriente, a su madre llorar por la emoción, a sus hermanas cuchichear sobre el vestido que la harían llevar... Cuando diese la noticia obtendría reproches, enfados, desconsuelo... Todo eso empañaría su felicidad y sería incapaz de mirar con dignidad al hombre que amaba.

—¿Sabes? —susurró él a la espalda tras notarla dubitativa—. Me quedé aquí mismo el día que te conocí, de eso hace ya cuarenta y dos días.

—Nunca entendí el motivo —respondió en voz baja mientras recobraba algo de serenidad.

Se giró hacia él y, al apreciar en sus ojos una extraordinaria devoción, decidió seguir adelante con el plan. Su familia la entendería y la perdonaría cuando explicara los motivos por los que lo había hecho. ¡Incluso le darían las gracias por ello! Pues no sería agradable para ninguno de ellos escuchar un sinfín de maliciosos rumores sobre el rápido enlace matrimonial entre la horrible segunda hija de los Moore y el encantador lord Giesler. Seguro que alguno de los futuros médicos con los que mantuvo alguna disputa extendería el rumor de que lo había envenenado y que no le daría el antídoto hasta que se casara con ella...

—Tu padre visitó a Logan para pedirle que se llevara a Anne en su próximo viaje. Mi amigo lo rechazó, pero él fue tenaz y le dejó un sobre con una buena suma de dinero antes de marcharse. Bennett quiso devolvérselo en persona y, dado que nuestra amistad ha sobrevivido a mil infortunios, me pidió que lo acompañara para evitar falsos rumores sobre su visita. Durante todo el viaje, imaginé este hogar muy oscuro, tenebroso, lleno de jóvenes brujas deambulando por la casa. Cuando entré, mis pies fueron incapaces de dar un solo paso hacia delante, tal vez porque

supuse que este era el lugar menos peligroso o el más rápido para escapar, si ocurría alguna desgracia.

—Y tu predicción se cumplió... —comentó Mary alzándose de puntillas y dedicándole una traviesa sonrisa—. Encontraste a una bruja malvada...

—No, encontré a la mujer más perfecta y hermosa del mundo —murmuró, cogiéndole las manos para colocarlas sobre su pecho—, y por quien estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario hasta que ella esté segura de permanecer conmigo el resto de su vida.

—Lo estoy, Philip —dijo acercando un poco más sus labios a los de él.

—Mary, he notado tus dudas. No las quiero entre nosotros. Sé lo que pueden crear en un futuro y...

—Estoy muy segura de mi decisión, Philip Albrecht Freiherr von Giesler —dijo antes de besarlo con tanta pasión que todo lo que había a su alrededor dejó de existir y de importar.

Ya no estaban en su casa, no se encontraban en el mismo lugar en el que la conoció, Josh no apuntaba su corazón con una pistola, ni escuchaba los gritos de su madre. Solo estaban ellos.

Mary abrió la boca para aumentar esa pasión que él le ofrecía cada vez que la besaba. Con los ojos cerrados, apartó las manos del pecho de Philip y las colocó sobre su cuello, atrayéndolo más a ella, evitando cualquier lejanía y haciendo desaparecer todas sus indecisiones. Lo amaba. Ya no tenía duda de ello. Aunque no fuera capaz de decírselo con palabras, su cuerpo reaccionaba sin necesidad de hablar. Su temblor, sus gemidos, el latente deseo de tenerlo de nuevo sobre una cama, desnudo, acariciando con las puntas de los dedos su piel erizada... Todo eso era más que suficiente para asegurar que no podría vivir sin él y que le importaba un bledo lo que ocurriera en el futuro si permanecían unidos.

—Ejem... ejem... —dijo una de las nueve personas que, estupefactas ante la escena, fueron incapaces de moverse del corredor desde el que los espían.

Mary intentó apartarse de Philip, pero este, con la agilidad de un gato, colocó sus manos alrededor de su rostro para evitar que se moviera. Fue él quien observó con los ojos entornados a los que interrumpían un momento tan íntimo.

—Dime que no hay nadie mirándonos, que solo ha sido el viento golpeando los cristales de las ventanas —le rogó Mary.

—Te dije que nuestra hija no estaría haciendo nada malo. Es la mujer más sensata que he conocido —comentó Randall con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿A esto llamas tú nada malo? —espetó Sophia, tan sorprendida por lo que había visto que tartamudeó al hablar.

—¿Cuánto nos habíamos apostado? —intervino Josh, extendiendo la palma izquierda hacia Anne, quien cogió una mano de su marido para no desmayarse.

—Os dije que había salido en busca de respuestas —se entrometió Madeleine sin parar de dar palmaditas.

—Pues, por lo que hemos presenciado, no me cabe la menor duda de que las ha encontrado —apuntó Roger abrazando a Evelyn, quien no cesaba de suspirar ante la romántica situación.

—Ya os advertí que no había necesidad de llamar al comisario. Mi gran amigo y futuro miembro de esta familia ha estado protegiendo a Mary desde que la conoció —explicó Logan, quien no podía borrar la sonrisa.

¡El gran Philip! El amante de todas y de ninguna se había olvidado de su primera norma para encandilar a una mujer: no besarla en público. Y no era un público cualquiera. ¡Estaban toda la familia Moore y los marqueses de Riderland!

—Buenos días —dijo Philip separándose de Mary lo justo para cubrirla con su propio

cuerpo y protegerla de cualquier disputa, como había indicado Logan.

—¿Buenos días? —tronó Sophia con los ojos tan abiertos que podían salir disparados como balas—. ¿Solo va a decir esas palabras después de pasar una noche con mi hija?

—Buenos días, a todos —señaló Giesler mirando a los Bennett y contagiándose de la diversión que ambos mostraban por lo ocurrido.

—Esto no es lo que parece —habló al fin Mary, intentando suavizar, con un tono de voz relajado y calmado, el drama y el bochorno del suceso.

Pero no consiguió nada. Allí había nueve personas que los miraban como si hubieran cometido un asesinato. ¡Nueve! Y ella había sido una insensata al creer que todos se habían marchado, que estaban solos... ¿Acaso no era consciente de que en su hogar podía suceder lo impredecible? Ya era un hecho firme: cuando Philip estaba a su lado, se olvidaba de cosas tan primordiales como esa...

—Pues a mí me parece que lord Giesler te besaba apasionadamente y, por cómo movías la cabeza y jugabas con su lengua, le respondías con el mismo ardor —apuntó divertido el médico.

—¡Randall Moore! —exclamó Sophia—. ¿Cómo puedes burlarte de algo tan vergonzoso para la familia? ¡Por el amor de Morgana! —se le escapó—. ¡Besándose como dos desvergonzados delante de los marqueses de Riderland!

—No se preocupe, Sophia —intervino Evelyn para apaciguarla—. Nuestra familia no se escandaliza por cosas como esta. Al contrario, estamos muy felices de que nuestro querido Giesler haya decidido casarse con una mujer tan especial como Mary. Porque estoy segura de que se casarán, ¿verdad? —preguntó a Philip con un tono que no admitía réplica.

—Sí, excelencia. Nuestra pretensión era marcharnos a Gretna Green para casarnos lo antes posible —explicó Philip, cogiendo a Mary por la cintura, pese a la cara de espanto de ella.

—¿A Gretna Green? —gritó Sophia a punto de sufrir un síncope.

—No sé por qué te alteras tanto, querida. Nosotros hicimos lo mismo hace algo más de treinta años —indicó Randall extendiendo primero la mano hacia Philip para saludarlo. Este respondió al saludo y al pacto silencioso que ambos firmaron. Luego, el médico se giró hacia su hija y abrió los brazos para recibirla. Mary no se lo pensó, se abalanzó hacia él llorando—. ¿Estás segura, hija mía? —le preguntó al oído—. Ya sabes que a mí no me importa lo que haya sucedido. Has cumplido los...

—Lo estoy, padre. Creo que es la primera vez en mi vida que estoy tan segura de algo —respondió cerrando los ojos, sintiendo tanta emoción al abrazarlo que no podía dejar de llorar. Lo habría añorado y sabía que, aunque él la hubiera perdonado por huir para casarse con Philip, ella jamás haría desaparecer esa espina de su corazón.

Mientras Mary permanecía en los brazos de su padre, Giesler se acercó a Logan para recibir su abrazo y las palmadas en la espalda que solían darse cuando algo salía tal como esperaban. Besó las manos de sus futuras cuñadas. Incluso Elizabeth, a quien todo el mundo creía enferma, se dejó tocar. Luego se giró hacia Sophia y esperó a que reaccionara. Tras resoplar como lo haría un caballo después de una carrera, lo abrazó.

—Sé que la amas y que lo haces desde el día que pusiste un pie en esta casa, pero si le haces daño, te juro que te mataré —le susurró sin borrar una sonrisa.

—Si eso ocurriera, yo sería el primer en ponerme delante de usted para que cumpliera su promesa —respondió sereno.

Una vez que la muestra de cariño con su futura suegra finalizó, Philip se dirigió hacia Evelyn, quien lo achuchó entre sus brazos como haría su madre, si aún estuviera viva. Por último, se dirigió hacia Roger. Le extendió la mano, como debía tratar a un marqués, pero Roger lo abrazó y

le palmeó la espalda como hizo Logan.

—El secreto de la felicidad —le susurró en mitad de ese abrazo— es amar a la persona que está a tu lado aceptando sus virtudes y sus defectos...

—¿Cómo quieres la boda? —preguntó Anne—. ¿Cuándo se celebrará?

—¡Ni se te ocurra pensar que quiero una boda como la tuya! —exclamó Mary horrorizada—. Yo no soy tú. Mi paciencia tiene un límite y seguro que terminaré estrangulando a la modista si me obliga a probarme el vestido más de dos veces.

—Tenía que hacerlo —comentó Anne mientras Logan extendía el brazo sobre sus hombros para acercarla aún más a él.

—Sí, porque esa modista es una incompetente —aseguró Mary al tiempo que observaba cómo Philip regresaba a su lado. Pese a que no debía, pese a que no era adecuado, extendió su mano derecha hacia él para que se la agarrara. Cuando lo hizo, este se la llevó hacia su boca y le dio un tierno beso en los nudillos.

—No, porque está embarazada —comentó su madre con un brillo en sus ojos que ninguno de los presentes supo concretar si era por el anuncio del embarazo o la emoción contenida por la boda de Mary.

—¿Embarazada? —preguntó Mary atónita—. No es posible... ¿Y...?

—¡Oh, Mary! No voy a responder a tus preguntas —expuso Anne abochornada por el descaro de su hermana—. Estoy segura que lord Giesler te ha enseñado cómo se puede crear una nueva vida...

Mary se ruborizó tanto que pensó que le saldrían quemaduras en los mofletes. Era cierto que Philip le demostró qué debían hacer para crear una vida, al igual que le prometió que no la dejaría tranquila hasta que eso sucediera... ¡Seis hijos! ¡Él quería seis varones! Seis fuertes y robustos Giesler a los que enseñaría cómo seducir a mil corazones femeninos...

—Roger, si no te importa, necesito que hables con Sheiton —comentó Philip—. Quiero que me consiga una licencia especial.

—Seguro que Cooper te la conseguirá mañana mismo —aseguró Roger—. E incluso él puede casaros, si os parece bien.

—Será un honor para nosotros —respondió Philip mirando de nuevo a Mary.

—¿Ha dicho Cooper? —preguntó Madeleine a Josh al oído, quien se puso tan roja como un tomate por la cólera que ese nombre despertaba en ella—. ¿No será el padre de...?

—¡No! —exclamó Josh, alejándose de su melliza para dirigirse a Mary y abrazarla de nuevo.

Solo faltaba su madre. Su padre, sus hermanas, su cuñado, incluso los marqueses la habían abrazado para desearle lo mejor. Pero la mujer que le dio la vida seguía mirándola como si aún no pudiera aceptar lo que estaba sucediendo. ¿Por qué no actuaba con ella tal como lo hizo con Anne? ¿Dónde estaban las lágrimas de alegría, los abrazos y los besos?

—¿Madre? —preguntó Mary, dando un paso hacia ella.

—Siempre supe que encontrarías un hombre que te haría feliz, pero no pensé que lo encontrarías tan rápido... —comentó con la voz rota, como si fuera incapaz de decir su nombre, ese que había gritado en mil ocasiones y que la había hecho correr para esconderse—. ¡Hija mía, te voy a extrañar! —exclamó abriendo sus brazos. Una vez que se abrazaron, ambas comenzaron a llorar y esa emoción se transmitió a los demás—. Mi precioso ratoncillo de biblioteca ha encontrado a su hombre... Mi niña, como siempre has dicho, eres una auténtica Moore y espero que tu esposo te quiera tanto como te quiero yo, mi vida...

—Pensé que, tras el espectáculo que hemos ofrecido, le reprocharía que se hubiera

convertido en una Arany —le dijo Philip a su futuro suegro.

—¿Por qué crees que mi hija ha cambiado? —espetó Randall, entornando los ojos y mostrándole ya la confianza propia de un miembro Moore.

—Porque Mary me comentó en cierta ocasión que su sangre zíngara es la que la impulsa a convertirse en una mujer irracional —apuntó Giesler, sonriendo de oreja a oreja.

—Pues se equivoca. No fue la sangre Arany la que me llevó hasta el campamento donde vivía Sophia, ni la que me impulsó a sacarla de allí para casarme con ella, sino la mía —confesó orgulloso Randall—. La sangre Moore es más salvaje y ardiente que la de mi esposa, Philip. Solo espero que puedas sobrellevar el desgaste físico y mental que te causará una mujer tan especial como Mary.

—Después de esta confesión, voy a presentarme en el hogar de los Sheiton lo antes posible. Quiero casarme con Mary esta misma tarde para que el apellido Moore no pierda su verdadera esencia...

Y ambos soltaron una enorme carcajada mientras madre e hija seguían abrazadas.

Epílogo

Brunswick, Alemania, 16 de abril de 1883.

Mary agarró la mano que Philip le ofreció y bajó con su ayuda. No había ni una sola parte de su cuerpo que no le doliera. Parecía que había hecho el viaje sobre un camello cojo en vez de en un cómodo carruaje, pero no podía quedarse en el hotel, como le sugirió su marido; tenía que estar a su lado en un día tan importante. Una vez que sus pies tocaron el firme suelo, levantó la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Tal como le explicó Valeria, el ermitaño Edgar Albrecht Freiherr von Giesler vivía a las afueras de la ciudad, pero no fue muy exacta al describir aquella residencia como mansión. Se asemejaba más a un viejo castillo medieval, solo faltaba que una comitiva de caballeros con relucientes armaduras metálicas saliese a recibirlos. Sin dejar de admirar las cinco torres, las más de treinta ventanas de medio arco y la entrada, a la que comparó con la fachada de la catedral de San Pablo, Mary caminó hacia la puerta apoyándose en el brazo izquierdo de Philip.

—Ese es el estandarte familiar —comentó él señalando un enorme tapiz que colgaba del torreón de su derecha—. Como puedes apreciar por el tamaño del lienzo, los Freiherr von Giesler siempre han estado muy orgullosos de su posición y poder.

—Salvo tu padre —apuntó divertida Mary.

—Cierto. Aunque te ruego que no hables sobre ese tema. Mi abuelo aún no ha superado que mi padre rechazara la vida y el deber que le esperaban para fugarse a Londres con una gitana española.

—Te prometo que me quedaré sentada y no abriré la boca, salvo si he de contestar alguna pregunta —dijo para tranquilizarlo, a pesar de que ella era incapaz de hacerlo.

Después de leer la última carta que recibió Philip de su abuelo, escrita de su propio puño, quería arrancarle los ojos con sus manos. ¿Cómo había podido ser tan estúpido de pedirle que buscara la manera de anular su matrimonio para casarse con una muchacha alemana? ¿Acaso las mujeres inglesas no eran buenas para los von Giesler? ¿Pensaba que ella no era suficiente para su nieto? ¡Pues lo era! Desde que se casaron, se convirtieron en un matrimonio tan feliz como el de sus padres. Solo esperaba que, tras conocerla, cambiara de opinión y se retractara, o utilizaría todas las excusas posibles para que Philip no regresara a Brunswick hasta que el viejo ogro falleciera.

Antes de llamar, Philip le dedicó una tierna sonrisa a la que ella respondió con un leve asentimiento. Estaba nervioso, no era para menos. Una vez que entrara y su abuelo consintiera el matrimonio, comenzarían una nueva vida lejos de Londres y de todos los que amaban. Era el destino de su marido, el único legado que heredó de su padre, y debían ser fuertes para aceptarlo.

—¿Preparada? —preguntó cogiendo la aldaba metálica.

—Siempre —le aseguró.

Philip golpeó cuatro veces antes de que la puerta se abriese con lentitud y les recibiera un sirviente vestido de riguroso negro, como si viviera en período de luto.

—*Guten morgen, Bert* [9]—saludó al tiempo que la dejaba pasar en primer lugar.

—*Guten morgen, junker* —respondió el empleado con semblante serio. Se echó a un lado

para que los dos pudieran entrar y extendió los brazos para coger los abrigos—. *Ihr Großvater erwartet Sie im Büro* [10].

—*Danke schön* [11]—contestó antes de coger la mano derecha de Mary.

Mientras la dirigía por la casa, ella observó la austeridad y frialdad del lugar. No debió extrañarse tanto, pues el exterior le dejaba bien claro qué podría encontrar en el interior; sin embargo, no pudo evitar asombrarse. Era un hogar bastante apático, solitario, demasiado masculino para su gusto. Se percibía que hacía muchos años que no habitaba allí una mujer. Según le narró Philip, el barón se negó a casarse de nuevo tras la muerte de la baronesa y se empeñó en vivir recordando a su esposa. Siguió inspeccionando el inmenso recibidor. No había flores en los jarrones, estos permanecían vacíos; las cortinas eran tan rudas que no permitían el acceso de la claridad; barandas de gruesa y tosca madera oscura, lámparas simples, candelabros de cobre... Soledad. Aquel lugar desprendía tristeza, abandono y un severo aislamiento. ¿Habría superado el barón la ausencia de su hijo? No. Todo lo que contemplaba a su alrededor le indicaba que, tras la huida de este con la madre de Philip, el mundo dejó de existir para el anciano aristócrata. Pero, si no superó esa separación, ¿por qué no aceptó el matrimonio y les pidió que regresaran?

—No tienes la obligación de entrar —le susurró Philip una vez parados frente a la puerta del despacho.

—Pero quiero hacerlo —aseguró ella.

—De acuerdo... —dijo antes de tocar la puerta con los nudillos de su mano derecha.

—*Herein* [12]—respondió una voz masculina.

Philip abrió y, como hizo al llegar, la instó a que avanzara delante de él. Con el mentón elevado, exhibiendo tanto orgullo como el que mostraría el altivo barón, Mary dio varios pasos hacia la habitación. Un anciano, vestido también de negro, se inclinaba sobre unos papeles que leía con la ayuda de unas gafas. No le resultó un ogro, como lo habían descrito sus nietos, simplemente era un hombre que, tras el paso de los años y la vivencia de esa soledad, se convirtió en un esquivo personaje, pues aún no se había dignado a levantar el rostro para saludarlos.

—*Komm rein. Bleib nicht da stehen* [13]—habló el barón sin mirarlos.

—*Ich komme nicht alleine* [14]—respondió Philip tras colocar la palma de su mano derecha en la espalda de Mary.

—*Wen hast Du mitgebracht?* [15]—espetó alzando al fin el rostro. Cuando la descubrió, sus ojos azules, iguales a los de su marido, se centraron en el vientre abultado de Mary. ¿No le informó Philip sobre el hijo que esperaban? Porque la evidencia ya no se podía ocultar con facilidad. La barriga le había crecido tanto que no podía verse la punta de sus pies—. *Schwanger! Deswegen hast Du sie geheiratet?* [16]

—*Sprechen Sie nicht mit ihr in diesem Ton, oder Ich schwöre...* [17]

—*Wie wagen Sie es mich mit solcher Rücksichtslosigkeit zu behandeln? Ich bin kein Hund!* [18]—intervino Mary dando un paso hacia delante.

—¿Habla alemán? —preguntó en inglés a su nieto.

—Hablo cinco idiomas, milord. Así que puedo entenderle y responderle con el que más le convenga —afirmó con tanta entereza que Philip emitió sin querer un largo suspiro.

Edgar se reclinó despacio en el asiento, juntó sus manos y se quedó durante unos segundos observándolos en silencio. Muy a su pesar, debía admitir que su nieto poseía la valentía que no tuvo su padre al presentarse ante él con su esposa. ¡Y embarazada! Ya no había posibilidades de romper el matrimonio, como le pidió en su última misiva. Debía asumir que los futuros von Giesler poseerían sangre inglesa y no alemana como soñó.

—¿Piensa pasarse mucho tiempo observándonos de esa manera? —espetó airada Mary.

—Estoy intentando asumir que mi nieto se ha casado con una deslenguada inglesa —respondió Edgar fascinado por la osadía de la mujer.

¿Qué le habían explicado sobre las mujeres inglesas? Que eran débiles, que siempre estaban enfermas y que, por su actitud fría, los esposos buscaban el calor de una amante. ¡Eso era impensable para los von Giesler! Ellos se caracterizaban por amar a sus esposas, por cuidarlas y protegerlas hasta que dejaran de respirar. Pero por la forma de hablar de aquella muchacha y por lo que llevaba en su vientre, tal vez sería la única inglesa que no sufriría continuas enfermedades y mantendría a su nieto en su propia cama.

—En ese caso, tomaré asiento, pues deduzco que tardará más de lo que mis piernas pueden soportar de pie. —Caminó hacia las sillas colocadas frente a la mesa y se sentó.

—No hemos venido para discutir, abuelo —dijo al fin Philip, quien seguía asombrado por el comportamiento de su esposa—. Deseo hacerle saber que no acataré su último mandato y que rechazo el título.

—¿Rechazarlo? —replicó el anciano con sorpresa.

—Sí, eso mismo ha dicho —se entrometió ella dibujando una enorme sonrisa.

—No estoy sordo, jovencita —la regañó Edgar por su falta de decoro—. Solo confuso —añadió apartando sus manos del estómago para situarlas sobre la mesa.

—Mil disculpas —dijo centrándose en el temblor que mostraba la mano izquierda del anciano.

—¿Por qué vas a rechazarlo? —le preguntó a Philip, que se había colocado de pie junto a su esposa.

—No voy a separarme de ella. No soy como mi padre. He venido hasta aquí para dejarle claro que nada ni nadie me distanciará de la mujer que amo. Si quiere que ostente el título de barón, ella se convertirá en baronesa —explicó solemne. Sus palabras hicieron sentir a Mary tan feliz que estuvo a punto de levantarse y besarlo delante del viejo ogro, pero se contuvo. No por la posible falta de respeto, sino porque de verdad le dolían los pies.

—Ella no se adaptará a este lugar —comentó Edgar con tono reflexivo—. Es difícil que una mujer inglesa no decida, en algún momento de su vida, regresar a su tierra —puso como excusa—. En cambio, una mujer que se ha criado...

—¿Desde cuándo tiene esos temblores? —interrumpió Mary levantándose del asiento. Los ligeros movimientos involuntarios de aquella mano le despertaron tanto interés que se olvidó de sus dolencias—. Son muy continuos, ¿verdad?

Bajo la atenta mirada de su esposo y la del asombrado anciano, rodeó la mesa, se puso al lado de este y le cogió la mano.

—¡Suélteme! —exclamó Edgar al tiempo que intentaba deshacerse del agarre, cosa que no logró pues su debilidad se lo impidió.

—Tiene parálisis agitante [19]—le dijo a su esposo después de palparle muy despacio los dedos—. Él no pudo escribir las últimas cartas, Philip. Alguien lo hizo por él.

—Sí, mi sobrino Dagobert —confesó Edgar estupefacto—, pero redactó todo aquello que le ordené. No puedo consentir que se destruya la integridad que ha caracterizado a los Freiherr von Giesler durante generaciones. No somos como esos ingleses que muestran una conducta intachable y luego sucumben a las perversiones —alegó con solemnidad.

—¿Ha perdido alguna habilidad más? Me basta con saber si ha olvidado ciertos recuerdos carentes de importancia... —insistió sin apartarse del anciano y obviando las duras y dañinas palabras.

—¿Qué es todo esto? —tronó el barón mirando a su nieto.

—*Esto* es mi esposa, abuelo. Una mujer que me robó el corazón con su inteligencia. Posiblemente, no ha habido en esas generaciones de las que tanto se enorgullece una mujer tan inteligente como la mía —respondió con orgullo—. Y entiendo que le tenga pavor. Suele causar ese efecto cuando anuncia que se ha matriculado en la universidad de Halle [20] para lograr la licenciatura de médico.

—¿Universidad? ¿Una mujer? —soltó atónito—. ¿Por qué?

—¡Oh, porque la vida de esposa inglesa me aburría! —respondió burlona.

—¡Una baronesa licenciada! —exclamó Edgar más asombrado si cabía.

—Le recuerdo que mi marido ha venido a verlo para rechazar el título y solo podré convertirme en una baronesa licenciada si usted consiente nuestro matrimonio —apostilló mordaz.

—¡Qué verán mis ojos antes de cerrarlos para siempre! —soltó el anciano horrorizado.

Entonces Mary volvió a cogerle la mano que temblaba y se la colocó sobre el vientre. El ser que llevaba en su interior no cesaba de moverse, inquieto al transmitirle ella su zozobra.

—Verán lo que usted quiera ver —dijo con tono cariñoso—. Depende de lo que haya anhelado durante toda su vida. Seguro que ha sido muy duro vivir en soledad y se ha maldecido por la decisión que tomó su único hijo. ¿Cuántas veces quiso retroceder en el tiempo para cambiar la discusión que mantuvo con él? Porque estoy segura de que no ha habido ni un solo día que no se arrepienta de haberlo dejado marchar. Se ha perdido el nacimiento de sus nietos, su afecto y todas las vivencias que han tenido por no apartar su orgullo. ¿Quiere que se repita la historia? —Mientras ella hablaba, Edgar podía sentir el movimiento de aquella criatura en su mano, incluso pensó que, por unos momentos, esta había dejado de temblar para captar los zarandeos de ese pequeño ser. Miró a Philip, luego a la mujer y terminó por fijar sus cansados y viejos ojos en aquel grandísimo bulto agitado—. Si acepta el matrimonio, llenaré este hogar de vida y lucharé junto a mi marido para que la herencia de su familia perdure. No tema por lo que sucederá entre nosotros, le juro que mi esposo no saldrá de nuestro lecho sin obtener lo que necesita y hasta ahora, siempre he sido una mujer con salud. Me hastía tanto como a usted ese comportamiento débil que muchas esposas se obsesionan en tener.

—¿Y de marcharte de Alemania? —preguntó Edgar mirándola a los ojos.

—Salvo para visitar a mi familia, no me alejaré de usted —declaró ella tajante.

—¿Me lo prometes? —insistió el anciano levantándose al fin.

—Se lo prometo —le aseguró antes de abrazarlo y mirar a su marido para susurrarle unas palabras que no le había dicho todavía: «Te quiero».

Avance del siguiente libro

La batalla de Elizabeth

Londres, 15 de febrero de 1884.

Abrió los ojos y se despertó con lentitud. Por suerte para ella, las pesadillas habían desaparecido y en sus sueños solo había paz y sosiego. Se apartó la sábana, se sentó y escuchó el silencio en el interior del hogar. Su madre, junto con las mellizas, había salido temprano esa mañana hacia la residencia de Anne. Según su padre, el parto se acercaba y ninguna estaba dispuesta a perderse el nacimiento del segundo Bennett Moore.

Elizabeth posó los pies en el suelo y se levantó. Ella, antes de acudir a esa reunión familiar, debía terminar de arreglar los crisantemos para hacérselos llegar a la floristería que los vendía. Mientras caminaba hacia la ventana, para descorrer las cortinas y contemplar el nuevo amanecer, meditó sobre el cambio que había dado su vida desde la última visita de Mary. Además de no tener aquellos sueños nauseabundos, recobró la fuerza para salir de su habitación, de su hogar y transitar por las calles con la cabeza alzada. No entendía, ni podía explicar, el motivo por el que había cambiado tanto. Parecía que su parte zíngara había resurgido de sus cenizas para animarla a seguir viviendo. Fuera el motivo que fuese, se sentía feliz consigo misma.

Cogió con ambas manos las cortinas, las descorrió hacia el lado derecho y miró a través de la ventana. Había nubes y por el movimiento de las ramas de los árboles, también algo de viento. Como si sintiera el frescor del exterior, colocó las manos sobre el cuello de su camión y se lo alzó. Pero en realidad solo lo simulaba, pues no tenía frío. Lo que notaba en su interior era algo muy extraño, tanto que la dejó desconcertada. Confundida por esa sensación tan rara, empezó a mover los pies para dirigirse hacia el baño. Sin embargo, algo que observó por el rabillo del ojo la instó a colocarse de nuevo frente a la ventana.

Alguien, aprovechando el viento, hacía volar una cometa de color rojo. Pero parecía descontrolada, pues iba de un lado para otro a merced de la brisa; comenzó a girar en círculos y después se dirigió hacia ella como si fuera el proyectil de una bala. Cerró los ojos, asustada al imaginar el impacto que esta tendría en el cristal, pero los abrió al no escuchar nada. Apoyó las manos en el alféizar y la frente en el vidrio, intentando averiguar hacia dónde se había marchado y a quién pertenecía. Entonces, la cometa volvió a aparecer ante ella, en esta ocasión sobrevolaba la residencia vecina. Su mirada no podía apartarse de ese juguete que algún niño soltaría asustado, y siguió observándola hasta que se enredó en uno de los árboles que rodeaban la que un día fue la residencia de los Bohann.

Su curiosidad aumentó cuando descubrió una figura caminar hacia ese árbol. ¿Se trataría del niño o el padre de este? ¿Ellos serían los dueños? Todo el mundo hablaba sobre la venta de la finca, pero hasta el momento nadie merodeó por el lugar. Sin embargo, allí había alguien. Esa

figura, que al principio fue borrosa, se fue haciendo cada vez más nítida. Era un hombre, de cabello dorado, iba en mangas de camisa y despeinado, como si hubiera dormido con esa misma ropa. La necesidad de averiguar de quién se trataba aumentó, hasta el punto que quitó el pestillo y abrió la ventana. Su cabello rubio y suelto se movió por el viento, como hizo la cometa. Elizabeth se inclinó hacia delante hasta que pudo verlo con más claridad. Sus ojos azules se abrieron de par en par al contemplar a un hombre intentando escalar el tronco del árbol, uno a quien conoció en esa última visita de Mary, el hermano de su cuñado: Martin Giesler.

Una repentina sonrisa le cruzó el rostro al apreciar que no era tan diestro en ascender como Josephine. Antes de alzar el pie, cerraba los ojos, como si estuviera calculando la distancia exacta para no caerse, luego los abría y aseguraba la punta del zapato en la zona que pensó correcta. Tardó más de diez minutos en sentarse en la gruesa rama que había bajo la cometa. Alargó las manos hacia arriba, intentando alcanzar la cuerda con la punta de los dedos y, entonces, en lo que dura un parpadeo, Eli fue testigo de cómo se partió la rama donde él permanecía sentado. Impulsó su cuerpo hacia arriba, para agarrarse a la rama que tenía sobre su cabeza, y movió las piernas. El pobre parecía un mono haciendo un espectáculo de circo. Una vez que saltó al suelo y confirmó que no estaba herido, Elizabeth regresó al interior, cerró la ventana y soltó una sonora carcajada. Al escucharse, se llevó las manos hacia la boca y enmudeció. Llevaba sin oír su risa desde que aquel hombre intentó hacerle daño...

Continuará...

Agradecimientos

En primer lugar, quiero darte las gracias, a ti y a todas las lectoras y lectores que habéis elegido mis novelas entre tanta diversidad. Espero que Mary te haya gustado y divertido tanto como a mí. Esta mujer es una caja de sorpresas y Philip ha tenido mucha suerte.

En segundo lugar, a mis lectoras cero que, como siempre, las mantengo en secreto porque soy una egoísta y no me gusta compartirlas.

En tercero, y no por ello menos importante, a mi familia. De quienes siempre obtengo una sonrisa y el apoyo necesario para seguir viviendo en este mundo literario.

Si te preguntas qué sucederá con Elizabeth... Lo único que puedo decir es que será una historia muy dulce, porque Martin es un amor. Pero... ¿qué guardará el interior de esa novela? Es un enigma, como todo lo que escribo.

Muchas gracias por seguir a mi lado y espero que continúes haciéndolo durante mucho tiempo más.

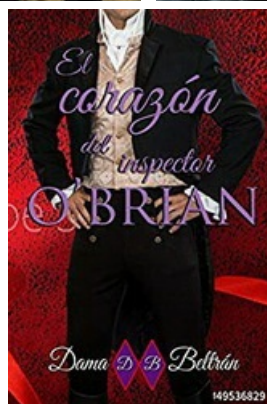
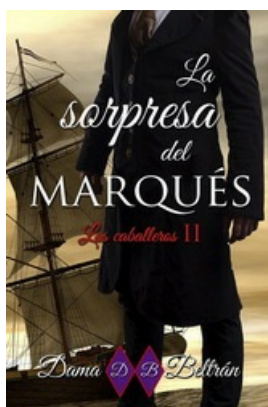
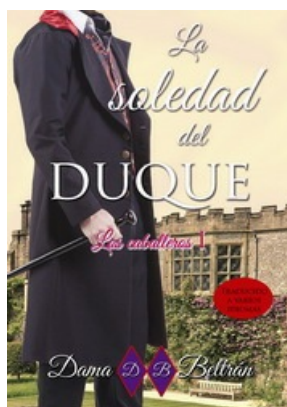
Te quiere,
Dama Beltrán

Nota de la autora

Como habrás observado, en esta novela me he tomado muchas licencias, pero Mary las necesitaba todas. No sé si en aquella época una mujer tendría las agallas para operar de apendicitis, por mucho que he buscado información, no he encontrado nada. Lo que sí he visto es que todas lucharon por conseguir sus sueños y que muy pocas los alcanzaron. Nuestra Mary no solo se convirtió en médico, sino que el propio barón, ese abuelo ogro al que todos temían, le cedió una de sus tierras para que pudiera construir el hospital. No le resultó fácil, pues muy pocos hombres quisieron trabajar bajo las órdenes de ella, pero lo consiguió gracias a su tenacidad, su habilidad médica y el incondicional apoyo de su marido.

Otros títulos

Serie Los caballeros



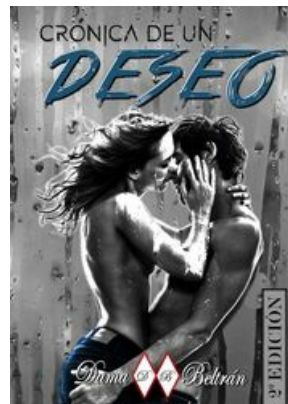
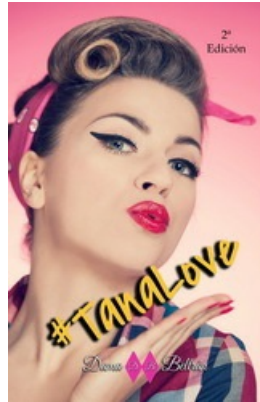
[Disponibles en Amazon](#)

Saga Hermanas Moore



[Disponible en Amazon](#)

Libros independientes



[Disponibles en Amazon](#)

[1] Gilles de Rais fue un barón francés que cometió más de 200 asesinatos. Todas sus víctimas fueron niños. Los torturaba, los mataba y luego, tras fallecer, los violaba. Dicen que enloqueció cuando su gran amor, Juana de Arco, murió. Sin embargo, según estudios criminológicos, han llegado a la conclusión de que se trataba de un psicópata asesino en serie que solo hallaba placer a través de la crueldad. Se le juzgó y se le llevó al patíbulo el 26 de octubre de 1440 para ser ahorcado y luego quemado en la hoguera. Allí pidió perdón a los padres de las víctimas y suplicó que nadie siguiera su ejemplo. Su historia inspiró el personaje Barba Azul.

[2] ¡Maldita sea!

[3] El origen de las cápsulas gelatinosas se sitúa en la primera mitad del siglo XIX. Fue el francés Mothes, quien, en un intento de enmascarar el mal sabor de algunos fármacos, preparó ampollas de gelatina en 1834.

[4] Material quirúrgico cuyo material es intestino de gato. Joseph Lister, cirujano inglés, descubrió que era muy eficaz para coser heridas porque su alto contenido proteico evitaría infecciones. Lo probó, por primera vez, en una intervención a su propia hermana.

[5] ¡Maldito canalla!

[6] ¿Ese es el problema, padre?

[7] No tiene nada que ver con el síndrome del salvador. Recordad que Mary es quien salva y Philip el salvado.

[8] El término discromatopsia se utiliza en medicina para describir la dificultad en la percepción de los colores. Si es de origen genético, también se le denomina discromatopsia congénita o daltonismo.

[9] La Universidad Martín Lutero de Halle—Wittenberg (1502) también llamada Universidad de Halle (1691) fue creada en 1817, en Alemania. La universidad debe su nombre al reformador protestante Martín Lutero, quien fue profesor en Wittenberg.

[9] Buenos días.

[10] Su abuelo lo espera en el despacho.

[11] Gracias.

[12] Adelante.

[13] Pasa, no te quedes ahí parado.

[14] No vengo solo.

[15] ¿A quién has traído?

[16] ¡Embarazada! ¿Por eso te casaste con ella?

[17] No le hable de ese modo o juro que...

[18] ¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera tan desconsiderada? ¡No soy un perro!

[19] Con los años, se denominó Parkinson porque fue James Parkinson quien descubrió la enfermedad en 1817.

[20] El 12 de junio de 1754, la universidad de Halle otorgó la licenciatura de Medicina a Dorothea Christiane Erxleben, gracias a Johann Juncker, un defensor de la educación para las mujeres. Pero no se volvió a entregar otro título a una mujer hasta 1901.